





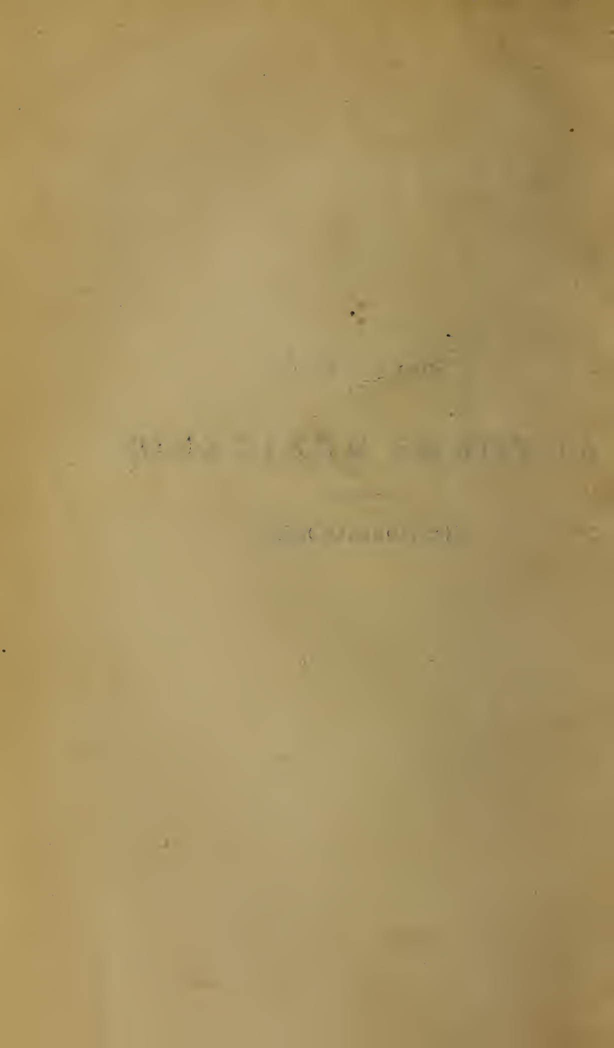


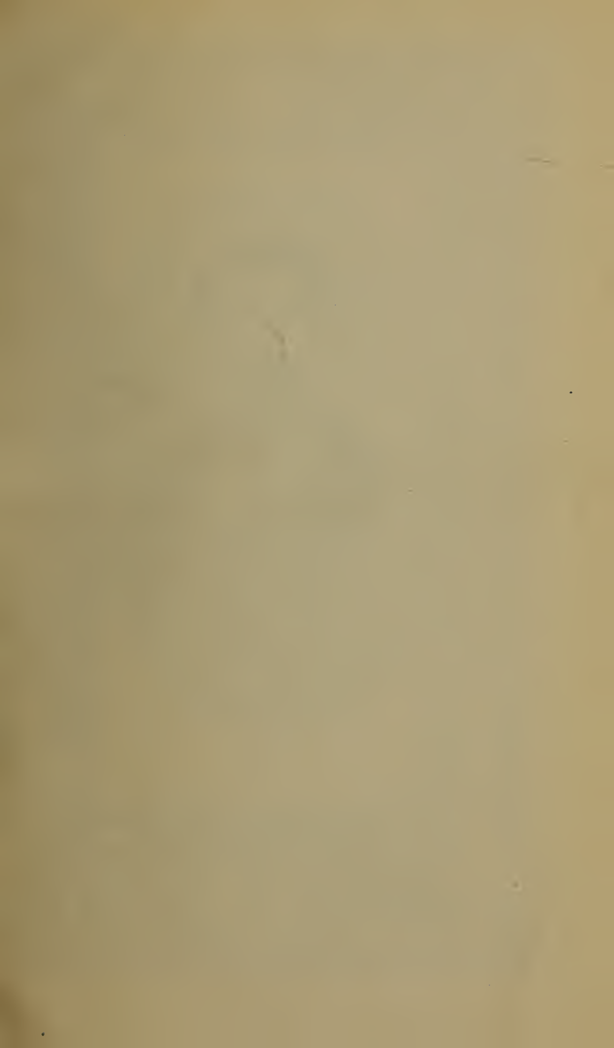
BIBLIOTECA

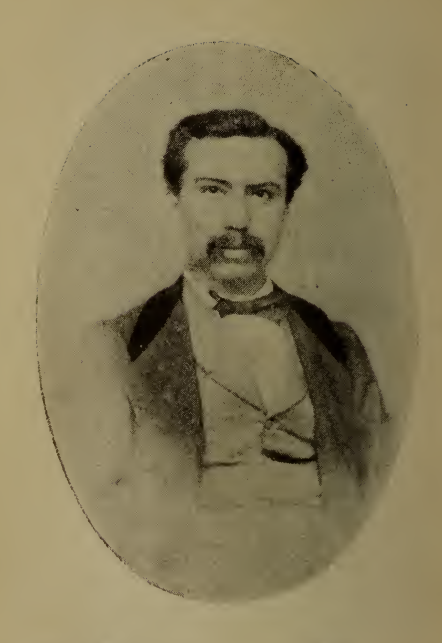
DE

AUTORES MEXICANOS

HISTORIADORES







M. Ramirez Aparicio


LS
R1727
BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
59
OBRAS
DE
DON MANUEL RAMIREZ
APARICIO
LOS CONVENTOS
SUPRIMIDOS EN MEXICO
TOMO I.
V A
400664
27.2.42
MEXICO
IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.
1908





NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

Nació el señor Lic. Don Manuel Ramírez Aparicio, en una aldea del Estado de Puebla, Los Reyes de Acatzingo, el 12 de Marzo de 1831. Su padre, el señor Don Manuel Cristóbal Ramírez de Arellano, murió dejando á su hijo de edad de dos años. El P. Filadelfia se encargó de la primera instrucción del niño; y cuando éste tuvo once años, su madre, la señora Doña María del Carmen Aparicio, lo envió al Seminario de Puebla. Entonces compuso sus primeras poesías, algunas de las cuales (las que escribió teniendo dieciseis ó dieciocho años) aparecieron en su libro "Consuelos y Esperanzas."

Después de graduarse de bachiller, pasó á la Capital de la República, á fin de

estudiar leyes en el antiguo colegio de San Ildefonso.

En 1856 obtuvo el título de abogado, habiendo sido pasante del famoso Lic. Don José M. Cuevas.

Poco después fué nombrado Oficial primero de la Sección de Crédito Público en el Ministerio de Hacienda, y en ese puesto sirvió al país con inteligencia y honradez.

Por los años de 1859 y 1860, fué el señor Ramírez redactor de la "Gaceta de los Tribunales," y en ese periódico—fundado por el Lic. Don Luis Méndez—se publicaban los extractos que su redactor hacía de todas las causas criminales. En esta época era también Jefe de la Sección de Desamortización en el Ministerio de Hacienda, del que estaba encargado á la sazón Don Guillermo Prieto en el gabinete del Sr. Juárez.

Durante la intervención francesa, el señor Ramírez se vió obligado á salir de la capital, siguiendo al Gobierno de quien era empleado.

De San Luis Potosí, ciudad donde aquél se disolvió, pues sólo continuaron hácia la frontera el Presidente Juárez y sus Ministros, pasó el señor Ramírez á Durango; y allí, en compañía de Don José Antonio Godoy, se encargó de la

redacción del periódico oficial del Estado, que tenía por título "La Libertad."

En esa época desempeñó algunas comisiones delicadas del General Patoni cerca del General González Ortega.

En 1864, establecido ya el imperio de Maximiliano, se vió obligado á regresar á México, y aquí desempeñó el cargo de auditor del Congreso de Estado y de Secretario de la Dirección de Caminos.

Pocos meses después del triunfo de la República, en 1867, el 10 de Diciembre de ese año, falleció el señor Ramírez en el rincón de su ignorado hogar á donde se había retirado, con el ánimo decaído y profundamente desalentado.

En 1858 había contraído matrimonio con la señorita Estefanía Castañeda, hija del señor Lic. D. Marcelino Castañeda, que ocupó distinguido lugar en el foro mexicano.

Según testimonio de Don Francisco Zarco, que lo conoció y trató, el señor Ramírez Aparicio "fué un modelo de virtudes privadas."

Digamos algo ahora de sus obras literarias.

Desde muy joven dió pruebas de su afición á la poesía, y ya queda dicho, que en el Seminario de Puebla, cuando sólo

contaba dieciséis ó dieciocho años, escribió sus primeras composiciones.

Ese amor á las letras se acrecentó en él durante su permanencia en el colegio de San Ildefonso. En las distribuciones de premios, de cada año, casi siempre leía él mismo alguna de sus poesías, obteniendo calurosos aplausos y felicitaciones de sus profesores y compañeros.

Aparte de esto, los periódicos de la capital publicaban, con beneplácito, composiciones suyas en prosa y verso. "El Siglo XIX," entre otras, publicó en 1855 una novela del señor Ramírez Aparicio con el título de "El Cura de Almas."

En 1858 publicó un tomito con el título de "Consuelos y Esperanzas" en que aparecen coleccionadas sus composiciones en verso, y al frente de ellas figura un prólogo que es un reflejo del estado social de la época, y en el cual el autor expone sus ideas sobre la poesía en general, y sobre lo que, acerca de ella, se sentía y pensaba entonces en México.

Dice que al poeta se le tenía en muy triste concepto, cual era el de un utopista, el de un soñador, cuyos proyectos benéficos encaminados á las reformas y adelantamiento social, no podían en modo alguno llevarse á la práctica porque se pensaba que tales medidas y proyectos,

simplemente por salir de los labios de un poeta, eran lucubraciones, sueños, poesía.

"Afortunadamente—agrega después el señor Ramírez—no es éste el modo general de concebir y apreciar entre nosotros;" y después de afirmar que el joven que ha recibido el sagrado privilegio de la inspiración poética no debe desalentarse con la idea de ser tenido por un apóstol de la mentira, agrega:

"Por otra parte, el pueblo mexicano, si quiere ser justo, jamás podrá desconocer esta verdad, y es, que mucho de lo que es y será en adelante, lo debe á sus poetas que no han vivido en medio de él inútiles y ociosos, que no sólo fueron hombres de gabinete, sino que supieron hermanar el estudio y la acción, la ciencia y las virtudes, la palabra y los hechos; y que en esta doble vida le han prestado servicios eminentes, contribuyendo no poco á desarrollar en su seno la semilla del bien, y rodeando su nombre de una aureola de inmortalidad."

En comprobación de su aserto, cita á Navarrete y á Sánchez de Tagle, á Calderón y á Gorostiza, que prestaron importantes servicios á la sociedad y á la patria.

Para concluir, señala el autor los san-

tos y nobles destinos de la poesía, así como también la alta misión del poeta. "Su influjo—dice—se extiende al órden físico y al moral, al mundo de la inteligencia y al mundo de la materia. A manera de un diestro piloto, conduce el espíritu humano por los tenebrosos mares del presente á las espléndidas regiones del porvenir. Ella le da al corazón lo que más necesita en esta época: "consuelos y esperanzas."

Así pensaba el señor Ramírez, y así procuraba él practicarlo al escribir. Por eso en todas sus composiciones poéticas se encuentran acentos de fé y de esperanza, de ternura y de consuelo, que derraman sobre el alma un bálsamo delicioso y reparador.

En 1861 publicó otro tomo de poesías, al cual puso por título "Cantos Patrióticos y Amorosos." En él se registran setenta composiciones.

Al verificarse en 1861 la expulsión de religiosas y religiosos de sus respectivos conventos, en esta capital, tuvo el señor Ramírez la feliz idea de escribir y publicar una serie de artículos biográficos, con el nombre de **"Los Conventos Suprimidos en México."**

Proponíase con esta obra, no sólo satisfacer una deuda de gratitud á esas an-

tiguas instituciones, á las que tanto debía la sociedad, sino salvar del olvido la memoria de muchos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y legaron á la patria obras útiles y dignas de eterna recordación. "¿ Echaremos por tierra—decía el señor Ramírez—física y moralmente esos monumentos seculares que fueron el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?"

Animado, pues, y sostenido por ese generoso impulso, emprendió el entusiasta escritor la obra que queda mencionada, la cual publicó por entregas el activo y benemérito editor Don José María Aguilar Ortiz.

En ella, á la manera que lo había hecho Don Víctor Balaguer en España, con su libro **"Los Frailes y sus Conventos,"** mezcló la tradición y la historia, la piedad y el sentimiento, escribiendo narracions interesantísimas, algunas de ellas hasta dramáticas, con toda la riqueza de colores y esa poesía del pasado, que tan singular encanto comunica á las obras de este género.

Algunos errores, sin duda, se deslizáron en esas narraciones; mas puede asegurarse que no fueron de mala fé, sino tal vez debido á la falta ó insuficiencia de los datos que tuvo á la mano.

Seamos indulgentes con el autor, ya que, por otra parte, debemos agradecerle su obra meritoria y patriótica, con la cual prestó un servicio á la historia, no menos que á la causa de la civilización cristiana.



INTRODUCCION

Preciso es aceptar los sucesos como vienen. A fines del año pasado y principios del corriente asomó la revolución por las calles de la capital con la sonrisa en los labios y la frente coronada de gloria: tuvimos días de regocijo febril, incomparable, inmenso; vivas y gritos frenéticos, casas engalanadas, banderas flamantes de todos colores y matices, arcos suntuosos, flores y guirnaldas para los vencedores, triunfos menos ceremoniosos, menos oficiales, más sinceros que los de los antiguos romanos, y lo más notable de todo, repiques á vuelo que escuchaba el sol al dejar los brazos de la aurora y seguían tributándole estrepitosas armonías aun después de reclinarse á descansar en su lecho de púrpura.

Mas ¡oh triste condición del humano linaje! por qué la alegría de unos se compra á costa de la amargura y padecimientos de otros? Para que un hombre sea feliz, ¿por qué es forzoso que sea desgraciado su semejante? No tratemos de romper los sellos del libro del destino.

Lo cierto es que en medio de la grandiosa fiesta no faltaban excepciones de luto. Entre los rostros animados con el color sonrosado de la dicha, había otros, y no pocos, desencajados por la sorpresa y el desaliento: las miradas de amor y de júbilo se cruzaban con las miradas centelleantes de cólera, ó empañadas con el desdén. Por entre nuestros hermanos del bando vencedor se deslizaban nuestros hermanos del bando vencido.

Entre los grupos que se formaban en las aceras, pasaban escenas curiosas. Hallábase un joven charlando y riendo con algunos amigos en la tercera calle de San Francisco. Repentinamente un sujeto misterioso le dirige la palabra en estos términos:

—Caballero, ¿me permite usted un instante?......

—Mándeme usted, contesta el joven, dejando su alegre compañía y alejándose algunos pasos.

—¡Vaya! ¿con que no me conoce usted?

—Me parece que.... nunca he tenido ese honor.... ¡Ah!.... vamos..... vamos.... sí.... ¿no es usted Fr. M?.....

—Es posible que tan olvidadizo sea usted?

—Pero, "Pater," ¿cómo iba á descifrarlo si está usted hecho un enigma, un geroglífico egipcio?

—Calle, hermano, por amor de Dios, no me comprometa; más bajo, más bajo.

—¡Qué miedo es ese, si está usted inconocible con el disfraz!

—Pero no faltará algún oficioso que....

—¿Y qué?

—Las iras populares......

—Hombre, ¡viene usted de la luna! ¿tan poco así conoce usted el corazón de sus paisanos?

En efecto, nuestro fraile nada tenía que temer, y por lo demás al joven le sobraba razón. ¿Quién podía adivinar á un ex religioso en un elegante "rojo" de cobarta encendida, sombrero á la Garibaldi y varita flexible?

De esta metamórfosis tuvimos innumerables pero innecesarias porque á ninguno se maltrató y si al día siguiente á la entrada de las huestes victoriosas quedaron vacíos los conventos, no fué menester valerse para ello de la fuerza: el hecho se verificó en silencio, sin aparato, como un fenómeno en que no se piensa, como el

fruto maduro que cae por su propia virtud.

Otra cosa pasó en la refundición de las comunidades de religiosas.

Una noche—¡noche terrible!—se oyó rodar por las calles un desusado y prolongado estruendo: no parece sino que todos los coches de la ciudad se han vuelto locos, y vagando ora por aquí, ora por acullá, han dado en el tema de no dejar dormir á los pacíficos moradores.—¿Qué será eso? preguntábamos á la almohada, ¿qué sucederá?

Entre tanto, paraban los carruajes á las porterías de los conventos de monjas, y los ciudadanos comisionados se entraban de rondón, intimando á las reverendas la orden de exclaustrarse para ir á mudar aires á otro monasterio.

—Pero señores, ¡por amor de Dios!...

—¿Cómo puede ser eso?

—Sea lo que Dios dispone.

—Hágase su voluntad.

—Pero ¿adónde hemos de ir? ¡esto es inícuo!

Tales eran las frases que interrumpían el silencio pavoroso del claustro; pero los ínclitos ciudadanos comisionados tenían una tapia en los oídos, y á todas las observaciones sólo contestaban, restregándose las manos.

—Vamos, vamos, "señoritas," no tenemos tiempo que perder.

En efecto, el tiempo era limitado.... la noche.... porque de día tal vez... los ciudadanos comisionados hubieran tenido.... asco de penetrar en los conventos ó bien, porque sólo de noche pueden llevarse á buen término ciertas travesurillas ministeriales.

Es fama que algunas pícaras novicias al oirse llamar "señoritas," olvidaron por un instante su dolor y sonrieron.... No faltó madre de las que aún no entran de lleno en la categoría de las monjas "graves" que hiciese lo mismo. Y después de todo, ¿no será excusable semejante falta que no pasa de venial? Una muchacha linda y fragante como una azucena ¿no se fastidiará de oirse llamar todo el día y á toda hora "madrecita, mi reverenda madre, cómo está su reverencia?"

Pero volviendo á los ciudadanos comisionados, es menester hacerles justicia: se manejaron de perlas, porque son hombres "come bisogna"; y á la mañana siguiente, cuando todos nos preguntábamos qué sucedió anoche, se nos contestaba en tono festivo, indiferente ó sepulcral:—han exclaustrado á las monjas.

—¿Cómo así?

—Como lo oye usted; se han refundido

unas comunidades en otras, y todos están yendo á visitar los conventos vacíos.

Este es un suceso de los que, como decíamos al principio, es preciso aceptar. ¿Viene de Dios? ¿viene de Satanás? Todo puede ser, mayormente si el lector opina como algunos, esto es, que Satanás es..... todos nosotros.

Pero después de tan extrañas aventuras, apareció la destrucción con semblante azorado, y con su pesada barreta empezó á descargar golpes furibundos sobre los desdichados conventos.

Este es otro suceso como los demás: es preciso también aceptarlo; mas no como viene, porque podemos influir en él ó siquiera en sus consecuencias. Y aquí disimule el lector que perdamos los estribos.

¿Y ya no hacen falta los frailes? ¿son plantas sin savia? ¿los conventos ya no ejercen en la sociedad actual la benéfica influencia que en los primeros años de su establecimiento?

En hora buena. ¿Pero nada les debemos? ¿ya nos decargamos de nuestra deuda de gratitud?

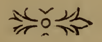
La revolución ha sacudido esos mundos paralizados como una revolución geológica.

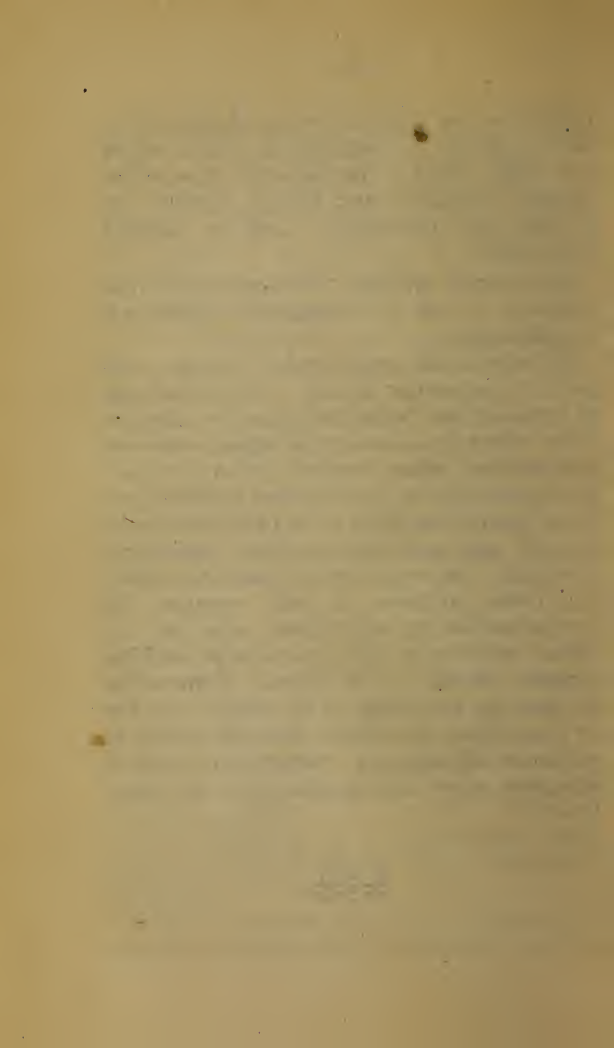
Pero dejaremos perecer en el sueño del olvidado la memoria de algunos hombres

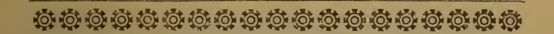
virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendición? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser después.

Penetrado de esta verdad, no he vacilado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los "estudios" que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá día en que pueda extenderlos á los de otras poblaciones de la República. Este es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida, pero la posteridad tomará cuenta á la actual generación del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolición.







SANTO DOMINGO

I

Las Momias

Pero entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente sería nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de embrocarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornisas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un vía-crucis edificante, una peregrinación á Palestina. Pero meses hace, la visita que proponemos tenía un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y co-

mo vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitación.

Era una tarde..... la más sobria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde.... así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterías de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñía el atrio del convento, aún estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que había rehusado jurar la constitución y había protestado contra las leyes de Reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulálpan.

A la entrada se veía sentado en un banco el oficial de la guardia, que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba paso libre á todos los curiosos, y se hallaba á la sazón en sabrosa y animada plática con varios amigos.... de corbata roja, por supuesto.

En el atrio jugueteaban algunos soldados, haciéndose diabluras, llamándose por sus apodos y echando á correr de cuando en cuando para librarse de la persecución de algún camarada ofendido por sus travesuras. Otros, empleando mejor el tiempo, limpian sus armas ó comen al ado de sus mujeres y

chiquillos, saboreando los placeres de la vida en familia después de las vicisitudes y contratiempos de tres años de combates.

Mas ved al frente, hácia el Norte, la magnífica fachada del templo con sus columnas corintias y su friso, donde el arquitecto ha esculpido todos los risueños adornos del arte; parad la atención en esa torre esbelta, desde cuyos arcos salían no ha mucho escandalosas voces de júbilo, como una monstruosa y sostenida carcajada Una gasa de tristeza parece cubrir todo el monumento; la gran puerta está desdeñosamente cerrada; las campanas guardan silencio, y entre los arcos de la torre no se ve más que un ser viviente.... un soldado que, puesto de codos sobre un balcón y sacando la rodilla por entre dos balaustres, contempla con aire de indiferencia el espectáculo que tiene á la vista.

A la izquierda se abre el vestíbulo del convento, notable por la solidez de su construcción; pero lóbrego como la boca de una caverna. Sigue la portería; y si es cierto que los conventos se edificaron á imitación de las casas romanas, esta parte del que observamos corresponde al **prothyrum,** ó sea pasadizo entre la puerta que daba á la calle y la

interior que comunicaba con el **atrium ó cavaedium.**

Por lo demás, nada notable recuerda la portería, si ya no es el hecho de haber estado en ella la célebre cruz verde del Santo Oficio, que según nos informa Alamán en sus Disertaciones, permanecía allí colgada todavía hasta su tiempo.

Pasemos adelante.

En lugar del pacífico donado, nos encontramos á la puerta un grave centinela de mirar hosco y áspero bigote, que con voz tremenda nos grita: ¡atrás!

—Permítanos usted un solo momento

—¡No hay orden!

—Venimos á ver las momias

—Ya pasó la hora.

Desconsolados por tal recibimiento, no teníamos otro recurso que volver pie atrás, pero he aquí que un incidente viene á favorecer nuestros deseos.

Un murmullo sordo al principio y después clamoroso se deja oír á lo lejos en el patio. —¿Qué será eso?—Esperemos.

Era un concierto grotesco formado de voces femeniles mezcladas con gritos roncos y salvajes: era una riña; los contendientes se acercan, ya se oyen más

distintas las palabras, ya vemos á los que las profieren.—¡Cabo cuarto!, exclama el centinela, y acude el cabo, y acude el Oficial de guardia, y acuden todos los soldados y... y á río revuelto, ganamos nosotros la entrada del patio.

Aunque ya otra vez habíamos visitado aquel lugar, no pudimos menos de detenernos á ver los corredores. El patio es un cuadrado amplísimo, y su centro está ocupado por una fuente que ha substituido al **impluvium** de los antiguos. El techo de los cuatro corredores se halla sostenido por veintiocho arcos, que descansan sobre elegantes pilastras; y á pesar de lo ahumado de los muros interiores y del ambiente húmedo y sepulcral que allí se respira, el efecto de la airosa columnata, no puede ser más agradable.

Del patio, y siguiendo el corredor de la derecha hasta su extremo, pasamos á una galería vasta, aunque obscura, donde nos llamó la atención un espectáculo extraño y lleno de vida. ¿Quién podía esperar ver en aquel recinto á más de cincuenta **soldaderas** entregadas, cerca del fuego, á las ardientes faenas de la cocina! Unas asaban carne, envueltas en nubes de humo; otras agitaban compasadamente el aventador para avivar

el fuego; ésta, con el mismo objeto, sopla sobre los tizones, y la llama refleja sobre su rostro como si la encendiera; aquella empuña varonilmente una enòrme cuchara, y metiéndola en la olla la mueve circularmente con un ruido particular; la de más allá trata y regatea con algunos vendedores de comestibles; finalmente, todas charlan y rien, forman do una algazara no interrumpida.

La travesía por aquel océano cocinal fué árdua; pero al fin llegamos á la escalera que conduce á las galerías superiores, y un momento después nos hallábamos en el claustro, á cuyo extremo se ve la capilla que encerraba las momias.

Por las paredes cubiertas de polvo y telarañas, el altar vestido de luto, el retablo apolillado, y en suma, por el aspec to de antigüedad, de vejez, de decrepitud, que se notaba en la capilla, cualquiera la hubiera juzgado digna tumba de los restos humanos que ostentaba; era también un cadáver exhumado; la momia de la arquitectura que acogía en su regazo á otras momias.—Estas se mostraban al través de una reja gótica, la mayor parte en fila, reclinadas sobre una banca, en pie, y con el semblante hacia los espectadores.

Digna era, por cierto, de observarse aquella entrevista de la vida con la muerte, de los inquietos huéspedes del mundo con los silenciosos moradores del sepulcro; aquella hilera de sères animados, alegres, llenos de curiosidad, en frente de otra hilera de seres misteriosos, quimeras de hombres, fábulas de vivientes, que no tenían ojos y parecían ver, que no tenian labios y parecian recibirnos con un gesto de indiferencia ó de ironía; aquel encuentro singular entre las miserias y las glorias de la generación actual y las reliquias de las anteriores; y finalmente, aquel saludo del presente al pasado, del tiempo á la eternidad.

¡Oh!, aquellos restos enjutos y cubiertos de harapos, esas estatuas de polvo, hojas secas desprendidas del árbol de la humanidad, eran una lección imponente! Pero ni el tiempo ni las circunstancias nos permitieron aprovecharla. Después de un período altamente filosófico en que combatió gloriosamente una idea contra otra idea, un principio contra otro principio, empezábamos á envolvernos en el humo de las pequeñas miserias de partido; al drama sucedía el sainete: después de una guerra titánica entrábamos con mucho calor y seriedad

en el combate liliputiense de los lazos rojos con los lazos verdes.

Pero no todos los frutos de un árbol son lozanos y gustosos; prodúcelos también amargos y raquíticos: dejemos á cada tiempo lo que da, y volvamos á las momias.

Tarea difícil y enojosa sería referir los diversos juicios que sobre ellas se formaron. Por muchos dias, cada uno pensó y creyó lo que primero se le vino á las mientes: circulaban comentarios, se aventuraban conjeturas, llovían amenazas de venganza, se daban la mano las consejas, brotaban gritos de indignacion y tropezaban unas con otras las explicaciones, ¿y todo para qué? Para explicar la inesperada aparición de unos pobres frailes desecados que esperaban tranquilamente en el osario el clamor de la trompeta del juicio final, y no contaban con que manos caritativas habían de ir á turbar su sueño para dar un espectáculo curioso. una función gratis á los habitantes de la capital. Pero esto merece una brevísima advertencia.

Hay en nuestros partidos políticos ciertos entes que son, con todo rigor, los mites de la gran revolución social, que en el país se representa. Por de contado que ellos se consideran personajes

de importancia y de los más bien iniciados en las tradiciones y misterios de su comunión: ellos son los que en el periodo de **caída** encuentran á usted en la calle y con aire cauteloso le dicen:—¡estamos conspirando!—y ellos los que en tiempo de **alta**, le dicen á usted, estrechándole la mano con tono afabilísimo: —¡amigo!, parece que no **gobernamos** tan mal: ahora puede usted colocarse; voy á solicitar un empleo para usted, y espero que no **nos** desairará. Todo lo saben, de todo hacen un secreto, cualquiera palabra suya es una revelación; cuando despliegan los labios es menester creerlos como á un oráculo; andan siempre con aire apresurado, no tienen tiempo que perder, desempeñan comisiones de cuenta, son el **factotum** de los ministerios, y empuñan el timón del gobierno, ni más ni menos que como araba la mosca pegada al cuerno del buey.

Para ellos debe representarse el partido como los sacramentos, con signos sensibles: el traje y todo lo concerniente á la persona debe ser consecuente con la idea política. Así es que el conservador usará patillas, sombrero alto indispensablemente, cuello erguido y rebelde, pantalón negro, prendedor en la ca-

misa, y pese á quien pesare, capa española.

El liberal cometería un crimen de lesa-nación si renunciara al **fieltro**, que es el sombrero democrático por excelencia, y ni todos los amagos de guerra extranjera le obligarían á abandonar la cinta del reloj y la corbata rojas.

Sus principios, si son realmente principios los que profesan, se encierran en el dogma del exclusivismo y la incompatibilidad.—¿Trata usted á fulano?—¡qué!, ¡cómo!, ¡si es un **puro**!—¿Y usted aprecia á Zutano?, es hombre de mérito. —Ni por pienso; no entran en mi reino los retrógrados.

En sus apreciaciones campea la calumnia, y creen muy formales hacer un servicio á su casa, procurando desacreditar la contraria, aun cuando para ello se valgan de sandias especies ó de tradiciones fabulosas.

El conservador cree á pie juntillas que todos los puros son herejes ó punto menos que ateos; ningún liberal obra de buena fe; todos persiguen sistemáticamente al culto católico y á sus ministros, permiten la libertad de imprenta para desmoralizar al pueblo, y pretenden entregar á la nación en cuerpo y alma á los yankees.

En cambio, el **puro** sostiene á capa y espada que los conservadores nos venden á España; que todos son hipócritas, falsos, déspotas, ignorantes y acérrimos partidarios de la inquisición. Concretándonos al asunto que nos ocupa, conoce tan ampliamente la historia del país, que, en su concepto, los frailes no vinieron á México sino para sistemar la tiranía; ningún beneficio se les debe; todos son y han sido un hato de zafios, inteligentes sólo para apropiarse los bienes ajenos, y promover autos de fe: ¿se extrañará, según lo dicho, que los liberales de esta ralea hayan querido hacer creer al vulgo que las momias eran frailes emparedados, víctimas de las venganzas de sus propios hermanos, ó del implacable tribunal del Santo Oficio?

Por fortuna no todos se dejan alucinar con los engendros de almas visionarias. La exhumación se hizo á presencia de muchos, y antes de ocho días todos sabíamos que las momias fueron extraidas del osario del convento, donde reposaban como cualesquiera otros cadáveres de los hijos de la orden.

Hay más: un librito escrito con veracidad hizo populares los nombres que tenían cuando Dios las animaba con su

aliento de vida. Entre ellos, ¿quién no recordará con admiración y gratitud el Dr. Fr. Servando Teresa de Mier?

Este religioso fué uno de los primeros mexicanos que se presentaron con lucimiento en Europa, acreditando que la nación no era indigna de ocupar lugar entre las civilizadas. En todas partes le granjeaban amigos su conducta intachable y modales decentes, al paso que era estimado por su claro talento y sus letras. Durante los doce años, poco más, que residió en Inglaterra, vivió entregado á labores científicas, y estableció una academia de idiomas, en la que él mismo enseñaba español, francés, italiano y latín; esto ciertamente no dejaria de llamar la atención en un tiempo, (hacia fines del siglo pasado), en que tan pobre idea se tenía de nuestros paisanos.

Pero el hecho más relevante de su vida fué la parte tan activa y gloriosa que tuvo en la independencia de la patria. El comprometió al General Mina á venir á México, proporcionándole los recursos necesarios para organizar su ejército; juntos desembarcaron en Soto la Marina; juntos batallaron contra el poder colonial, teniendo por mucho tiempo una parte igual en los favores y en los reveses de la fortuna. Y bien mira-

do, esta consagración eficaz y exclusiva otorga al Dr. Mier mejores títulos á nuestra gratitud, que aún al propio Mina; éste, como él mismo declaró, "no había pasado á América á favorecer directamente la revolución, pues que no amaba á los americanos **ni mucho ni poco.**"

Además, para que no faltase ningún mérito al P. Mier, su amor á la independencia le acarreó amargos sinsabores. Sufrió destierros, prisiones y tratamientos indignos con la serenidad de un héroe, con la maravillosa resignación de un mártir.

Después, verificada ya nuestra emancipación política, tuvo asiento en el primer Congreso constituyente, siendo uno de los individuos que formaron la Constitución de 24. Murió tres años después, generalmente sentido, legando á la posteridad varias producciones de su pluma, entre otras las célebres **Profecías** y una relación de sus viajes por Europa. ¿Pudieran muchos presentar una vida mejor empleada?

Pero volviendo á las momias, se asegura que una ha sido donada á la Escuela de Medicina, y cuatro van á ser transportadas ó ya lo fueron, á la República de Buenos Aires. Si lo último es cierto,

y entre ellas va la del Dr. Mier.......
¡raro en verdad es el destino de este hombre! Su suerte es viajar aún después de muerto, como el Cid guerreó contra los moros ya convertido en cadáver.

Lejos estábamos de prever este paradero, los que arrimados á la fría reja contemplábamos sin repugnancia. y antes bien poseídos de un sentimiento indefinible, aquellos seres silenciosos que parecían próximos á convertirse en polvo; aquellas sombras de faz indecisa, evocadas de un mundo lejano para venir al nuestro, á patentizarnos con lenguaje insinuante la vanidad de la vida.

Una vez apagada la curiosidad, discurrimos por el claustro un momento, con la íntima convicción de ser éste el último que nos era dable aprovechar para ese objeto, porque ya la demolición se preparaba á sus faenas. La soledad y el silencio habían invadido aquellas galerías que parecían interminables: la noche estaba próxima, y el crepúsculo les comunicaba por las estrechas ventanas uno que otro rayo de claridad enfermiza y pavorosa.

Volvimos á bajar por la escalera que remata en la ancha y espantosa galería donde las soldaderas tenian senta-

dos sus reales. Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguian con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenían eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado habia tenido en México sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante, traía consigo á una tapatía por **esposa**: las sirenas de la capital, luego que le vieron sano y salvo, le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho; aquello fué una cuestión legal, una conjuración. Pero cuando todas disputaban y ninguna se convencía, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias....

Cuando atravesamos el patio, ya iba entrando la noche; y mientras las pilastras se dibujaban en un claro-obscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros, como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta, vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia, que decora la entrada de la mansión del reposo.

II

Pasado.

¿Pero nada dicen al pensamiento estos lugares? ¿No hiere vivamente á la imaginación este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer? ¿Quiénes echaron los cimientos de estos muros? ¿Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro? ¿Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas? Volvamos la vista al océano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, exento de la más ligera nube; parecía la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y

se levantaba lentamente, como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoración, y toda palabra un himno; en estos momentos de animación universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¿Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélago?

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca majestuosamente. ¿Será una nube impelida por los halagos de la brisa? ¿Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas?

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el regocijo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interés de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de León, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de México; pero trae asimismo á doce personajes miste-

riosos, cuyos nombres no se proclaman; pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneración.

Al día siguiente se les ve tomar su camino hacia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastuoso con que más tarde emprendían su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinación es un triunfo: por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que éstos nuevos huéspedes, pobremente vestidos, y en cuyo modesto semblante leían la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertían en ceniza los pueblos y reducían á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recién venidos eran objeto de éstos y otros mil agasajos: el sentimiento que despertaban en cuantos los veían, era el que excitan los enviados de la Divinidad.

Contemplaban ellos, radiantes de júbilo, las selvas vírgenes que los acogian en su seno de perfumes, los valles dilatados donde se espacía la vista por alfombras de lirios y gentiles arboledas; las cataratas les hablaban el idioma del desierto; una brisa balsámica les daba

el ósculo de paz; aves de nunca visto plumaje seguían sus pasos, vertiendo la magia de la armonía, y hasta las nevadas cumbres de la excelsa cordillera, parecían inclinarse á darles la bienvenida.

En medio de esta pompa risueña llegan á esta ciudad, de donde sale á recibirlos lo más granado de la nobleza española recién avecindada, y á su frente el conquistador. Todos á porfía se empeñan en darles las más brillantes pruebas de amistad y acatamiento; pero ninguno se extremó tanto como Cortés. Arrodillado delante de cada uno, le besaba las manos y vestidos, poniéndoselos en los ojos y sobre su cabeza.

Los hombres que movían las fibras más delicadas de tantos corazones, en quienes se cifraban tantas esperanzas, y cuya presencia se consideraba como un dón del cielo, eran doce frailes humildes, pertenecientes á la religión que produjo á Santo Tomás de Aquino, el varón más docto de su tiempo, y en la que florece el P. Lacordaire, dechado de predicadores; eran los primeros religiosos de la orden de Santo Domingo, que pisaban nuestro suelo.

Esta entrada en México, se verificó en 23 de Junio de 1526.

El origen de la venida de los religio-

sos, no fué sino el celo en que ardían en aquella época todos los varones apostólicos por extender el imperio de la fe en las regiones del Nuevo Mundo, recientemente conquistadas. Y no cabe duda en que la mies que habían de cosechar era copiosa.

Nuestros frailes vinieron de España enviados por su general, que lo era á la sazón el P. Fr. Silvestre de Parra. Fueron cinco de la provincia de Castilla·

Fr. Tomás Ortiz, vicario,
Fr. Vicente de Santa Ana.
Fr. Diego Soto Mayor,
Fr. Pedro Santa María, y
Fr. Justo de Santo Domingo.
Tres de la provincia de Andalucía:
Fr. Pedro Zambrano,
Fr. Gonzalo Lucero, diácono, el lego
Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, según otros.

No quizo más de ocho religiosos el vicario, porque traía noticia, según refiere un cronista, "del bendito P. Fr. Domingo de Betanzos, que estaba en la Isla Española, y traía licencia del general para que de aquella provincia pudiese hacer cumplido el número de doce religiosos para México." Este número era

sagrado, y hacía alusión al de los apóstoles.

En efecto, al pasar por la Isla de Santo Domingo, se unieron á los viajeros, además del referido P. Betanzos, otros tres, con los cuales se completó el número deseado, y fueron:

Fr. Diego Ramírez,
Fr. Alonso de las Vírgenes, y
Fr. Vicente de las Casas, novicio.

Recibidos en esta ciudad, como se ha dicho, fueron llevados en procesión al convento de San Francisco, donde se hospedaron, manteniéndose en él tres meses, hasta Octubre del mismo año, que fueron al sitio que se les señaló para fabricar su convento, en una casa que estaba donde fué después la Inquisición, y probablemente donde hoy está la Escuela de Medicina.

Pusieron manos á la obra, y en poco tiempo consiguieron darle cima; pero los acogió tan mal el temperamento, que en menos de un año murieron cinco religiosos y enfermaron los demás, de suerte que el año siguiente de 1527, Fr. Tomás Ortiz, que vino de Superior, tuvo por conveniente regresar á la Península, y con él otros tres religiosos.

Pasó después en 1528 el mismo P. Ortiz con otra mision de veinte religiosos á Santa María, de órden del Emperador, quien al año siguiente lo hizo Obispo de allí, y fué el primero de aquella provincia: con esto ya no quedaron en México sino tres frailes, que fueron Fr. Diego Lucero, Fr. Vicente de las Casas y el P. Betanzos, á quien se debe no sólo la fundación de este convento, sino de toda la provincia de Guatemala.

Permanecieron los religiosos en el sitio indicado hasta el año de 1530. El gobernador Juan Alonso de Estrada les señaló y dió el de la esquina de enfrente, y según nos informa el escritor de quien tomamos esta noticia, "labraron allí su convento á costa de la real hacienda, cuya iglesia se dedicó el año de 1575, y el año de 1590 á 8 de Diciembre, la consagró el señor D. Fr. Alonso de Guerra, religioso de la misma orden, y Obispo de Michoacán; pero después, como la iglesia y convento por lo cenagoso del sitio estaban tan maltratados y hundidos, el día 6 de Julio de 1716 se anegó de tal suerte la iglesia y oficinas bajas del convento, que le fué preciso al provincial, que lo era á la sazón Fr. Francisco Aguirre, juntar sus Padres á consejo, y fabricar nueva iglesia y conven-

to, que con efecto se resolvió, y desde luego se comenzó con bastante ardencia, de suerte que en 3 de Agosto de 1736, se dedicó la nueva iglesia enteramente acabada, que es uno de los más magníficos y suntuosos templos de la ciudad" Costó más de doscientos mil pesos.

"Su situación es de Norte á Sur; á este viento la puerta, y á aquél el altar mayor; tiene seis capillas á la banda del Poniente y cinco á la del Oriente, todas magníficamente adornadas, y la del Rosario puede servir de iglesia principal.

"Este convento es la cabeza de la provincia, la que hizo independiente de la Santa Cruz de la Isla Española, que pretendía tenerla unida, el P. Fr. Domingo de Betanzos, fundador de ella, que el año de 1531 pasó á España á este efecto, y consiguió dos bulas del señor Clemente VII, la una fecha en Roma á 2 de Julio de 1532 y la otra en Bolonia, á 8 de Mayo de 1533, y patente de su general para erigirla en provincia, separada é independiente de la Santa Cruz de la Isla Española; y por haber llegado á México en 24 de Julio de 1533, víspera del apóstol Santiago, le tomaron por su patrono, y se intituló la provincia de Santiago de México, orden de predicares."

En cuanto á la capilla del Rosario, se dedicó en 29 de Enero de 1690, habiendo sido abierta á los fieles el día anterior. El diario del Lic. Robles nos describe este suceso de la manera siguiente:

"Sábado 28, se abrió la capilla del Rosario, y se trajo la Señora del Rosario, á las cinco de la mañana á Catedral, de donde volvió en procesión á la tarde; y fué el señor Arzobispo en ella vestido de pontifical, y asistió el virey y ciudad; hubo muchos fuegos; fué por las Escalerillas á la calle del Reloj por la Encarnación."

Del claustro no sabemos más, sino que se dedicó con procesión y sermón el 29 de Septiembre de 1692.

Fundáronse asimismo otras dos capillas con entrada por el atrio, mirando al Oriente: una dedicada al Señor de la Espiración, cuyo altar mayor da frente á este mismo rumbo, y otra que es de la Tercera Orden, se extiende de Norte á Sur, quedando el altar mayor hacia este último viento.

Tal es el cuadro en que encerramos la historia de la fundación del primer convento de domínicos en el país: de intento hemos renunciado á darle mayores dimensiones por evitar la proligidad que resultaría de incluir en él pormeno-

res que pudieran acaso parecer impertinentes ó fastidiosos. Sin embargo, no es dable referir este suceso, sin trasladarse á la época en que se verificaba, y contemplar con interés, con cariño y admiración el grandioso espectáculo de la lucha de dos civilizaciones, ambas antiguas, imperfectas ambas, de las cuales una moría y la otra empezaba á aclimatarse en nuestro suelo. Llevaban la parte más meritoria en esta labor difícil los primeros varones apostólicos que llegaban á la capital, los cuales no bien se proporcionaban un albergue, cuando cediendo á los impulsos de la caridad, daban principio á sus misiones, sembrando entre los idólatras la semilla del Evangelio y con ella las primeras ideas de reconciliación entre las razas vencida y vencedora. Ellos fueron—preciso es confesarlo con la antorcha de la historia en la mano—ellos fueron los primeros que levantaron la voz indignada contra los desmanes sacrílegos de los conquistadores, y armados de la cruz se colocaron entre éstos y los oprimidos mexicanos. como un escudo de acero. No se encerraron en el lóbrego recinto de sus misterios, como los sacerdotes de Egipto; por el contrario, llamaron á sí y á la participación de sus luces. á to-

dos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oídos á los que pedían su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrostrando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista más suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos países, impulsando los adelantos de la geografía, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenían sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilización.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro, es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro, son menos acreedores á las miradas de la

posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de México.

III

Fray Domingo de Betanzos

Nació este varón insigne en León de España, no se sabe á punto fijo el año ni el día. Desde sus primeros pasos en la vida, dió claras muestras de lo que alcanzaría en la edad provecta, siendo por esta causa la delicia y la admiración de sus padres, que figuraban entre las más ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposición para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose después á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio más fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecía su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el joven Pedro de Arconada, **mozo de buen ingenio y buena vida,** como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivían juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos, así por el empeño que ponían en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.

No pocas veces se entregaban en su misma casa á tan laudable ocupación, llamando á dos pobres de los más menesterosos de la ciudad, á quienes aplicaban algunas medicinas, si estaban enfermos, y si no, los socorrían con dinero, ó los sentaban á su propia mesa, sirviéndoles como criados la comida. También los hacían dormir en sus camas, acostándose ellos en el suelo. ¿Se ven ejemplos de esta clase en nuestros días?

Entre tanto, la fama de sus virtudes se propagaba por toda la ciudad. Captábanse el aura popular sin pretenderlo; llegaron alguna vez á sus oídos las alabanzas de que eran dignos por sus merecimientos; mas esta popularidad que otros hubieran comprado aún á costa de

los mayores sacrificios, la conceptuaron ellos un gravísimo peligro, y determinaron no hacerle frente, sino huírle, apartándose del mundo.

Pasados algunos días, vemos á Pedro tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban de Salamanca, y á nuestro joven emprender el camino de Roma con ánimo de solicitar del Padre Santo la autorización competente para poder entregarse á la vida de ermitaño.

Obtiene un buleto que favorecía este intento, y para realizarle, se dirige á Nápoles, y de allí, en la barca de un pescador, á la isla de Ponza, donde pasa cinco años encerrado en una gruta incómoda y entregado á las asperezas de la más ruda penitencia. Respetemos esta determinación, hija de una alma nutrida con la lectura de las vidas de los anacoretas: no le apliquemos el metro inexorable con que averiguamos la distancia que recorre la locomotora en nuestros ferrocarriles, y el pensamiento en el alambre del telégrafo. A cada edad, sus elementos propios, su labor correspondiente en la grandiosa obra del progreso universal. Tocó á la nuestra admirar la trinidad magnífica del desarrollo moral, intelectual y material;

pero no desconozcamos la parte de influencia que han tenido las anteriores en los adelantos de la humanidad. Si hoy graduamos de inútil y ociosa la vida del retiro, hubo tiempo en que la moral y la ciencia se albergaron en su seno, y en él se mantuvieron vivos los fuegos del astro, que más tarde amaneció esplendente en medio de las tinieblas de la barbarie.

Pero el joven ermitaño se había equivocado en su elección de vida. La Providencia le destinaba á recorrer una senda más difícil y gloriosa. El siglo XV había contemplado con asombro poco antes de expirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colón. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas más osadas; este período que vió nacer y realizarse las más locas esperanzas y los proyectos al parecer más absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano, atlántide que renacía de entre las olas, paraíso re-

conquistado que volvía á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podía permanecer indiferente en medio de esta animación portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentía un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditación. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se transladaba á un mundo lejano donde aires más puros le adormecían suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El joven había perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subía al punto más elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecía atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo, como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecía que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Esteban, donde Arconada le recibe con aquella exaltación de júbilo y ternura que sólo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

IV

Continuación

Es imposible dejar de admirar más y más cada día los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el tesón con que los primeros misioneros se oponían al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto,

queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaría que imbuídos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilización, todos tendrían iguales miras y se enderezarían á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos; cuando el primero creía ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebosaba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecían de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno veía en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia más pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como seres

explotables: aquél los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes, que hacen la vida menos desgraciada, y éste los reducía á esclavitud y los obligaba á trabajar como bestias, para centuplicar los productos de sus heredades.

Y esta diferencia nacía de que el rudo aventurero no atesoraba más ciencia que la de destruir, ni sentía otro estímulo que el de pasiones de baja ley, mientras el varón apostólico, ilustrado con las adquisiciones científicas de la época, comprendía el verdadero espíritu del cristianismo y encaminaba todos sus esfuerzos á difundirlo entre sus semejantes. De esta manera la propagación de la fe, que para el uno era nada más que un pretexto, en el otro era la realidad de sus proyectos filantrópicos, el pensamiento continuo y exclusivo que absorbía toda su existencia.

La suya consagró el P. Betanzos á tan santa causa. En la Española le contemplamos entregado á la sublime tarea de la predicación y de la conversión de los indios á la vida civil, no menos que á la defensa de los más caros intereses del hombre, cuales son la existencia y la libertad. "No trabajó menos el santo en plantar la fe en los indios, que en refor-

mar el desorden de muchos españoles. Es lástima aún ahora acordarnos de las crueldades y fierezas que nuestros españoles usaron, en particular en aquella isla y su comarca, en los pobres indios." Así se expresa á este respecto el P. Fr. Agustín Dávila Padilla; y en otro lugar de su crónica añade: "Bien se ha parecido por los efectos cuán maltratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despobló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los reyes católicos, llamaban promulgación pacífica su violenta demanda de oro; y el no dársela, llamaban resistencia á la promulgación del Evangelio, y con esto los destruían."

Hácia este tiempo todavía se usaban los **repartimientos** ó **encomiendas**, especie de servidumbre contra la que tanto combatió el ilustre Las Casas. Del cronista ya citado, tomamos este dato sobre una de las ocupaciones á que solían los encomenderos dedicar á los infelices que les estaban sujetos. "Enviaban, (dice) á los indios á que buscasen oro en los ríos, y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sem-

brados, sin darles de comer, más que una libranza en las yerbas y raíces del campo, y sin más paga que un ordinario disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los amos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos de riquezas deseaban."

Betanzos reprendía enérgicamente á los autores de tales excesos. Es un consuelo para el que medita ante el sangriento y lóbrego espectáculo de la historia, callar casi siempre al lado de los opresores quien abogue por las víctimas. Si la defensa no surte el efecto apetecido, si en la lucha con la maldad es derrotada, no por eso alcanza menos prez; su gloria reside no precisamente en el triunfo, sino en la proclamación de la justicia ante la violencia, en la protesta incesante y audaz de la libertad ante la tiranía.

Tal fué el noble papel que desempeñó Fr. Domingo durante su residencia en la Española, hasta que movido por las instancias del P. Fr. Tomás Ortiz, y ansioso de nuevas conquistas, se vino con él á México.

Ya dijimos lo bastante acerca de esta peregrinación, de las circunstancias que la acompañaron, y de su término final, que fué el establecimiento de la orden

dominicana en esta capital, de donde se extendió por toda la entonces Nueva España. Réstanos seguir los pasos de nuestro excelente fraile después de la fundación

Inútil parece advertir que su conducta en el nuevo teatro á que le llamó la Providencia, no desdijo en nada de la que había observado en la España, señaladamente con respecto á los indios.

En efecto, él fué su constante patrono, y abogó siempre porque se les tratase con los miramientos debidos á su dignidad de hombres. Con este objeto, y para dar una lección severa á los que medraban con el trabajo y vida de los infelices naturales, desecho siendo prior de este convento la propuesta del gobernador Alonso de Estrada, que tenía comisión del Emperador para dar pueblos en encomienda, sobre que los de Cuitla huac, Mexquic, Zumpango y Xaltocan, que están fundados en la laguna, tributasen al convento de Santo Domingo, en pescado fresco, lo que habían de tributar en dinero y maíz á otro encomendero.

En esta repulsa no sólo tuvo por mira el bienestar de los mexicanos, sino la santidad de costumbres de los regulares. á quienes quiso mantener en el estado de pobreza evangélica que profesaban.

Por esta misma causa rehusó siempre admitir rentas y tener haciendas, aunque con importunos ruegos le ofrecían los ciudadanos de México grande cantidad de dinero y posesiones.

Parecióle más conforme al espíritu de su instituto, vivir de mendicidad; y consecuente con esta idea, enviaba diariamente á sus frailes por las calles de dos en dos con árguenas al hombro, que pidiesen la comida por amor de Dios. Si alguno de estos buenos religiosos, salvando los umbrales de la muerte, apareciese hoy en medio de nosotros, ¿qué pensaría de nuestras contiendas por unos bienes que vieron ellos con tanto desprecio y aun aversión?

Pero no sólo estableció que en común careciese de propios toda la provincia, sino que en particular cada fraile fuese muy pobre: "vestíanse, como afirma el cronista ya citado, de una jerga gruesa que se hacía entonces. Era el sayal muy tosco y las ropas cortas y angostas, por el orden que mandan las constituciones. La túnica era una ropa á raíz de las carnes, y luego el hábito llamado saya, y escapulario y capilla de lo mismo."

Todos, aún los prelados, caminaban á pie, y no había excepción de esta regla, ni tratándose de largas distancias, como

de México á Tehuantepec. Sería verdaderamente pasmoso ver á un anciano como Fr. Domingo, atravesar las ásperas serranías de Oaxaca y Chiapas, para ir á fundar su órden á Guatemala: al volver á la capital encontró en el camino á Pedro de Alvarado, que ya sincerado en la corte de los cargos que contra él pesaban, regresaba con gran pompa y acompañamiento á Guatemala, como gobernador y capitán general de aquellas provincias. ¡Singular contraste el de aquellos dos hombres, uno de los cuales viajaba con un séquito regio, mientras el otro no llevaba consigo más recursos para subsistir que la pobreza, ni más compañeros que su báculo y su breviario!

Antes de pasar á bosquejar los progresos ulteriores de la orden de Santo Domingo en nuestro país, no conviene apartarnos de los primeros años de su fundación, sin referir dos casos que patentizan la benéfica influencia que ejercían los frailes en aquella época. Corresponde el primero al orden público. Dejemos hablar al P. Fr. Antonio de Remesal.

"En los primeros días del gobierno de Alonso de Estrada, hubo ciertas palabras entre Diego de Figueroa, vecino

de México, y Cristóbal Cortejo, criado de D. Fernando Cortés, que salió herido de la pendencia, y sin darle lugar á que se curase, en término de una hora, sin acusación de parte, se hizo Estrada fiscal y juez, y le sentenció á cortar la mano izquierda, sin oirle ni admitirle apelación. Y al escribano que le notificó la sentencia, por harto liviana ocasión, maltrató de palabra y obra.

"Cortada la mano á Cortejo, le mandó volver á la cárcel, porque juntamente le sentenció á destierro de toda la Nueva España, para hacerle cumplir el día siguiente esta segunda pena. Temíase este colérico gobernador de que D. Fernando Cortés, que había sentido, como era razón, la desgracia de su criado, procurándola vengar, ya que no la podía deshacer, se volviese contra él. Y tomó á censo otra inconsideración, y envió á notificar á D. Fernando Cortés, que se saliese de la ciudad, y que so pena de la vida no quebrantase el destierro. Abrasóse México con este decreto, y acudió toda la ciudad á D. Fernando, ofreciéndose á impedir su salida, con todo el daño posible de quien la mandaba hacer. Pero mientras más gente acudía á casa de Cortés con este intento, él se daba más prisa á aprestarse para cumplir su

destierro: cosa que se tuvo por ejemplo digno de inmortal alabanza de D. Fernando Cortés, y de su gran valor, prudencia, y respeto á los ministros del Rey, porque estuvo en su mano usar con Alonso de Estrada, el término que había usado con él, y peor que el que ejercitó con su criado Cristóbal Cortejo."

A este extremo habían llegado las cosas, cuando nuestros frailes se presentan por primera vez en la capital. Hállanla dividida en dos bandos; pero en lugar de entrar á las filas de alguno y atizar la discordia, deploran esta desgracia como una horrible calamidad, y emplean todos los recursos que les ministraban su ingenio y su sagrado carácter, en conjurarla ó por lo menos aplicarle algún remedio. "Rogaban á unos, suplicaban á otros, poníanse de rodillas á los pies de quien querían persuadir dejase el enojo contra su prójimo, y si era menester, sacaban del corazón lágrimas vivas, testimonio de su gran caridad, para mover á más compasión de los daños que de no hacer lo que pedían, se podían seguir. Ejercitáronse en esto muchos días hasta dar fin a la guerra civil, que se trazaba por el destierro de D. Fernando Cortés, el P. Fr. Tomás Ortiz y el P. Fr. Domingo de Betanzos.

que de todos sus compañeros eran los que más salud tenían. Y por orden suya, para confirmación de las paces, D. Fernando Cortés sacó de pila á un hijo de Alonso de Estrada, que le nació estos días: y tratándose de allí adelante los dos gobernadores de compadres (parentesco de grande unión en aquellos tiempos, y no poco celebrado en éstos), nunca jamás tuvieron diferencia alguna." ¡Qué no hayan vivido en nuestros días algunos eclesiásticos de esta especie! ¡Cuánto menores serían los males que tuviéramos que deplorar!....

El segundo de los casos á que nos referimos, mira al orden privado, y es una escena de costumbres.

En la casa del marqués del Valle, que comprendía varias de las que dan frente á la plazuela del Empedradillo, están reunidos algunos amigos de aquél, con ánimo de divertirse. Propone uno jugar, por vía de pasatiempo, y queriendo que al pensamiento corresponda luego la ejecución, arroja sobre una mesa los naipes que ya traía consigo. Opónese el marqués con otros de los concurrentes, haciendo memoria de los rayos lanzados desde el púlpito por el P. Betanzos contra los excesos del juego: hay sesudas

observaciones de parte de unos, y clamores y acaloramiento de parte de otros; mas al fin prevalece la idea de los que deseaban jugar.

Siéntanse todos al rededor de la mesa, y en breve no se oye más ruido que el de los naipes al escapar de manos del banquero, y el del oro, que circula con profusión.

Todos los rostros están desencajados, las miradas fijas en un centro común, las respiraciones fatigosas ó contenidas: no se hace uso de la palabra sino para expresar el gozo por el acierto, ó prorrumpir en desalmados juramentos por la derrota.

Entre tanto, el cielo se ennegrece: es de tarde y empieza á faltar la luz. Invade el cenit una nube inmensa, agitando sus desiguales partes como los negros miembros de un monstruo: fulmina, truena y vomita de su seno un aguacero tan copioso, que amenaza á la ciudad con un nuevo diluvio.

Los habitantes están consternados: muchos, en medio de su turbación, publican á voces sus culpas. El agua que inunda las calles, se introduce con estrépito en las casas bajas.

Entre tanto, los jugadores siguen impasibles en su malaventurado entrete-

nimiento: todos parecen ceder á una fascinación diabólica. A la luz del sol que los envolvía en una claridad apacible, ha sucedido la artificial que derrama una bujía colocada en la mesa, y que alumbra sus semblantes pálidos y descompuestos con siniestro resplandor.

De súbito el edificio todo se estremece, cruje el techo, y un rayo que cae á plomo sobre la mesa, la hace astillas...

En medio de la obscuridad, humo y polvo que siguieron á este instante indefinible, apenas se logra ver á los actores de la escena, helados de espanto, con los ojos fuera de las órbitas y tendidos en el suelo.

—¡Castigo del cielo!

—¡Favor! ¡favor!

—¡Dios mío, piedad!

Tales son las únicas palabras que se oyen en la sala luego que empieza á renacer la serenidad en aquellos ánimos conturbados.....

El día siguiente amaneció tranquilo y alegre: asomó la aurora por el horizonte, pura y divina, como una sonrisa de la naturaleza.

Todavía las calles estaban en parte inundadas y en parte cubiertas de cieno; pero en las acequias que atravesaban la ciudad, la agua espejeaba, y de trecho en

trecho ofrecía á la vista el animado cuadro de las canoas y las chalupas cargadas de verdura y flores.

Una brisa sutil, enriquecida con los perfumes de los jardines y bosques del valle, acariciaba los sentidos como una emanación del paraíso.

Los habitantes de la capital, formando corrillos, no hablaban de otra cosa sino de la tempestad pasada, y del suceso lastimoso que tan fatal pudo haber sido á Cortés y sus amigos. Alegrábanse, sin embargo, al saber que ninguno había padecido grave daño. Y como todas las impresiones se borran pronto del corazón, desvanecido el temor de la víspera, volvían á su puesto la tranquilidad y la confianza.

Pero mientras los pacíficos vecinos se entregaban sin zozobra á las delicias del presente, ocurría en el convento de Santo Domingo algo que llamaba la atención.

Arrodillados ante un fraile se veían en el claustro algunos caballeros engalanados con primor.

Era el fraile un anciano pobremente vestido, pero de un rostro venerable en que asomaba la limpieza de corazón; uno de esos rostros modestos y animados á un tiempo, que como el de algunos bien-

aventurados que admiró el Dante, insinúan la caridad, "visi á caritá suadi."

Los caballeros inclinan la frente y clavan los ojos en el suelo, atreviéndose apenas á desplegar los labios.

Rodeado de ellos el anciano permanece en pie, con los brazos cruzados, mirándolos con amor.

Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de más autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdón. Entregáronse al juego el día anterior: profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque sólo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

V

No son hombres los indios

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ajeno á la política por razón del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasión que excitan las miserias de la especie humana, cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su elección.

Más de una vez tuvo ocasión de demostrarlo; pero ninguna con más veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no sólo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podían zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hom-

bres los indios, se oyó decir por todas partes: apliquémoslos al trabajo con dureza, y si perecen abrumados bajo el yugo, al fin son bestias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazón de una manera extraña; y ardiendo en un celo de que sólo es capaz el hombre en los más floridos años de su vida; por la honra de la religión que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie; por la honra del nombre español, comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopción y propagación de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazón las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto, acrecentaba la que ya antes ejercía por sus demás merecimientos. Siendo esto así, ni había dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera;

y apadrinando la causa de los mexicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguía en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediación de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo más.

Persuadido de que una declaración de la Santa Sede sobre este particular, sería decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varón docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir "declaración de que los indios son hombres y capaces de sacramentos."

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse más de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendía.

Consta la declaración de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos Papas comprometieron su dignidad por la ambición y aún la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que

exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la consideración universal, nivelándolos con los demás reyezuelos de Itatlia; si el tráfico de las cosas sagradas en que empleaban una mano, impedía á la otra empuñar bien el cayado del pastor, y finalmente, si el esplendor de la tiara llegó á poner en olvido la aureola de santidad que circundaba la venerable frente de los inmediatos sucesores de San Pedro, no obstante es menester convenir que una de las glorias del pontificado ha sido el velar sobre la libertad de los pueblos, fulminando anatemas contra los tiranos, y que si alguna vez fomentó la sed de conquistas de los reyes, nunca prestó su ascenso á la violación de los sacrosantos fueros de la humanidad.

El documento á que nos referimos, traducido del latín, es del tenor siguiente:

"Paulo Papa III. A todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendición apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe á ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: "Id y enseñad á todas las gentes." A todas, dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de re-

cibir enseñanza de nuestra fe. Viendo esto y envidiándolo el común enemigo del linaje humano, que siempre se opone á las buenas obras para que perezcan, inventó un modo nunca antes oído, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase á las gentes, ni ellas se salvasen. Para esto movió algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer á sus codicias y deseos, presumen afirmar á cada paso que los indios de las partes occidentales y las del mediodía, y las demás gentes que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio como animales brutos, á título de que son inhábiles para la fe católica; y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen, y apremian tanto, que aún la servidumbre en que tienen á sus bestias apenas es tan grande como la con que afligen á esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducirlas á él, pues es este nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces

de la fe de Cristo, sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, según nos consta; y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado"

Con declaración tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera envangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo

otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardón; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

VI

Nuevas Empresas.—Ultima peregrinación

La planta había arraigado y era ya un árbol que crecía vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que desciende de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raíces no sólo profundizasen en la tierra, sino que se extendieran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles excelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religión: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde había escrito "Amparo y protección á los desvalidos." Pero era menester que esta enseña flamease en los más remotos

ángulos del territorio nacional, y que la divisa fuese conocida de todos sus habitantes.

Para lograrlo, el buen fraile no sólo emprendió viaje á Guatemala y fundó el primer convento de aquella provincia, como se ha dicho, sino que procuró y realizó el establecimiento de otros en las cercanías de México, y aun en los distritos más lejanos como la Mixteca, enviando á este fin á los religiosos que conceptuaba más inteligentes, activos y virtuosos.

Fruto de este celo, merecedor de toda alabanza, fué por de pronto el convento de Tepetlaoxtoc, dedicado á Santa María Magdalena.

En seguida, y cuando vinieron de España otros ocho religiosos, fundáronse las casas de Oaxtepec, donde aprendieron la lengua mexicana, y sucesivamente las de Chimalhuacán, Chalco y Coyoacán. En una palabra, el año de 1591 tenían ya los religiosos dominicos en nuestro país sesenta y seis casas, con el competente número de conventuales, en las que se enseñaban las lenguas indígenas habiendo algunas que sabían hasta siete, y predicaban en todas con notable maestría.

Mas perdamos de vista por un momen-

to el principio y adelantos de la orden dominicana en México, para seguir al P. Betanzos en sus últimos días. De ninguno más propiamente que de este hombre venerable se pudo decir que su vida fué una peregrinación sobre la tierra; aunque si se fija la atención en las muchas que hizo y en los bien sazonados frutos que de ellas obtuvo, se deberá concluir, ó que en él han vivido al mismo tiempo otros hombres, ó que supo con las obras multiplicar su existencia hasta el grado de hacerla equivalente á la de muchos.

Esto, que se presenta con visos de paradoja, es realmente una verdad para quien estudia su vida. Desentendiéndonos esta vez del período de su juventud, ya de su yo interesante por las eminentes virtudes que en él ejercitó, y tomando el hilo de su historia desde que dejó el convento de San Esteban para venir á América, ¡cómo no admirar á un hombre á quien el exceso de vida obligaba á entrar y discurrir por distintos senderos, si bien para llegar á un solo término, hubo de sentir en su alma un vacío que no podía llenar sino lo infinito, y he aquí por qué desplegaba esa actividad inagotable, siempre creciente, siempre eficaz y bien dirigida, que le hacía adoptar no un medio solo, sino muchos, para con-

seguir el fin que se proponía: por esto aparece su vida una y múltiple; su carrera abraza al mismo tiempo otras carreras, y la aptitud que tiene para una la acredita para todas: por eso le vemos en el claustro perfecto cenobita, en la predicación ardiente apóstol, en la ciencia letrado distinguido, y en la sociedad cristiano severo y filántropo sublime.

Pero el noble viajero se acercaba á la meta, que había tenido siempre á la vista, y cansado del camino, sólo deseaba reposar en el Señor. Todas las épocas de su vida están señaladas por otras tantas peregrinaciones, y le había llegado su vez á la última. Cuando joven, le vemos dejar á Salamanca, donde su virtud podía suscitarle peligros, y encaminarse á Roma: de allí parte á sepultar esta misma virtud en el retiro de la isla de Ponza: cinco años después regresa á Salamanca y viste el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban: en seguida toma el báculo y las sandalias para dirigirse á San Lúcar, donde se embarca rumbo á la Española: de esta isla viene á México; de aquí va á fundar su orden á Guatemala; vuelve luego que ha llenado cumplidamente su objeto, y emprende de nuevo su camino

á Roma para solicitar de la Santa Sede la independencia de la provincia de México de la de la Española, que pretendía tenerla sujeta. Pasado algún tiempo, le vemos aquí de regreso, dedicado, como antes, á sus tareas evangélicas. Y cuando agobiado por los años, pero no abatido, esperaban todos los que tenían la fortuna de conocerle que exhalaría en esta tierra el último suspiro, quedan atónitos al observarle emprendiendo una nueva peregrinación en compañía del P. Fr. Vicente de las Casas. ¿A dónde dirige sus pasos el anciano apóstol?

Fijos lleva los ojos en el Oriente, donde brilla una luz divina que le embriaga y atrae con mágia irresistible. ¿Será la imagen de la patria que hermosa y radiante como un ángel le invita á morir en su regazo? Pero el discípulo de San Pablo no tiene más patria que el suelo donde hay hombres que gimen. Otro es el imán que ejerce en su alma tanto imperio; otro el lucero cuyos fulgores le hechizan.

Allá en las regiones de la aurora contempla una tierra sagrada, objeto del culto y de las bendiciones del mundo; tierra de amor y prodigios, sembrada de tiernas memorias, y teatro donde se representó el drama inefable de la reden-

ción del género humano..... Allá le llevan sus ansias, quisiera volar en alas de su anhelo. y despreciando la cárcel del cuerpo, su mente salva las distancias. Quiere regenerarse en las linfas del Jordán y apagar la sed en los ríos que nacen del Edén perdido; quiere aspirar las brisas impregnadas del olor de los cedros del Líbano, contemplar en su majestuoso aislamiento á la ciudad deicida, y meditar á la sombra de los olivos seculares que inclinaron sus ramas para acoger la tristeza y sublime agonía del Hombre-Dios; ¡quiere morir en la Tierra Santa!

Pero quiso Dios llamarle á sí antes de que se cumplieran sus deseos. Embarcóse para España; navegó con próspero viento, y en el mes de Julio de 1549 aportó á San Lúcar. Continúa su camino, sin encontrar el más mínimo estorbo, y con esto cobra nuevos bríos su esperanza; mas al llamar á la puerta del convento de San Pablo en Valladolid, se siente gravemente enfermo, y algunos días después deja de existir para el mundo.

Refiérese que poco antes de expirar, ocupado todavía en la suerte de los indios, anunció en tono profético su completa desaparición, "de suerte que antes

de muchas edades se había de preguntar de qué color eran los que vivían en estas tierras antes que los españoles viniesen á ellas." ¡Tales serían los tratamientos que recibían entonces de parte de los nuevos señores de este continente! Y nosotros ¿hemos hecho lo posible por impedir ó á lo menos aplazar el cumplimiento de esa profecía? ¿Qué deben los hijos de la raza conquistada á los actuales descendientes de los conquistadores? Ya no existen los repartimientos, ¿pero ha desaparecido la servidumbre de las haciendas? Los progresos de la civilización han hecho pedazos la vara del encomendero, mas ¿quién piensa romper el látigo del mayordomo? ¿Quién se propone de buena fe disipar la nube de ignorancia que envuelve á la clase indígena? ¿Dónde están las escuelas gratuitas que se hayan fundado en los pueblos para instruirla? ¿Quién de nuestros gobiernos ha pensado enjugar sus lágrimas y respetar sus dolores, esos dolores íntimos y silenciosos que sobrelleva sin murmurar? ¡Libertad y reforma! ¡Religión y fueros! ¡Progreso! ¡Garantías!.... Palabras huecas para nosotros, sonsonete de voces cuyo sentido es arbitrario, sombras sin substancia, máscaras de ideas sin ideas. Los crédulos, los embaucado-

res, y también los amantes de la verdad, salgan de las capitales y vean qué son las instituciones en un pueblo de indios. La libertad es allí el trabajo forzado y la explotación del hombre por el hombre; las garantías son la leva; el progreso es el **statu quo** de la ignorancia; la reforma el **requiescant in pace** de los abusos; la religión, la idolatría.

¡Oh!, en medio de tantos declamadores sin meollo, de tantos hombres de Estado que no han salido de garitas, de tantos apóstoles sin fe ni caridad; en medio de las entidades que se disputan el poder como una presa, de la afluencia de ambiciones ridículas ó descabelladas, de los proyectos absurdos, de las miras innobles y de los principios-pretextos; en medio de los sepulcros blanqueados de la política, ¡cuán satisfactorio es apartar la vista del mezquino panorama del presente, y salvando horizontes más limpios, llegar á una edad remota, transladarse á un recinto sagrado y asistir á los últimos instantes de hombre humilde, que ha empleado la vida en bien de sus semejantes, sin ostentación ni esperanza de recompensa! ¡Cuán grato es observar que en aquella hora suprema, su último pensamiento es para la humanidad, y el último suspiro que exhala para una raza oprimida!

La noticia de la muerte de Betanzos se propagó en España y América, con la rapidez del relámpago, y en todas partes se consideró la pérdida de este hombre como una calamidad. Valladolid se conmovió, y todos sus moradores se agolpaban á las puertas del convento pidiendo á voces que se les permitiera contemplar los restos del varón esclarecido, muerto en olor de santidad. Dificultad hubo en evitar que no acabasen por dejar desnudo su cuerpo venerable, pues tanto así era el empeño que cada uno tenía en quitarle un retazo de sus vestidos, para conservarle como sagrada reliquia, reliquia del santo apóstol mexicano, como entonces le llamaban.

Así acabó sus días este hombre singular. Consagrado á las tareas apostólicas de una manera exclusiva, si bien atesoraba buenos conocimientos en todas materias, apenas tuvo tiempo para escribir. La única obra suya que ha llegado á nuestra noticia, tiene por título "Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso F. Diego de Córdova."

Pero sujetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos

aspirado ese perfume delicioso, y aún sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos, es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazón no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardientemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegación, y el de sus hermanos hasta el sacrificio

---

VII

Calamidades

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco descorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma, porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la más descollante, quedan otras de segundo orden no menos amables, que irá contemplando el lector en el cur-

so de esta narración. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina, que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado, (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un joven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocación, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado, mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monje más austero hubiera observado un levísimo lunar en su conducta; mas apenas transcurrieron algunos meses después que hizo la profesión solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que había manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo, y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este extremo, deploraron los religiosos sus yerros, sin pretender que

se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinación que tomaron todos, de común acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir, y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por un malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que, arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habían equivocado en su elección, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupción. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un río caudaloso. Era la siesta: las aves se acogían al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las

márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de soledad.

Entre tanto, los jóvenes, recostados sobre la grama, veían espejarse las copas sombrías, y las cortinas de lianas intrincadas y caprichosas. Vaga el río mansamente, ostentando una superficie tersa y cristalina, como una alma sin doblez. El cielo, de un azul claro donde juega la luz diamantina, también se retrata en aquella agua purísima, ofreciendo la imagen de una vida tranquila, dedicada al cumplimiento del deber. Los tres espectadores se gozan en aquel cuadro, sin hablarse; dos de ellos recogen en el fondo de su corazón el placer inefable que gota á gota se desprende de los objetos; pero el otro pasa adelante con la consideración; piensa en su destino, y de recuerdo en recuerdo llega hasta los días serenos de su niñez, embellecidos por el cariño maternal, por los contentos embelezadores de la familia y por el entusiasmo religioso que Dios hace gustar á la inocencia. Piensa después en los extravíos de su juventud, y entonces el remordimiento suscita en lo íntimo de su alma una tempestad horrible que le hunde en la desesperación: quiere un instante volver al sendero de la virtud, mas lue-

go se arrepiente, cree delirar, y ríe y se burla de sí mismo.

En este instante brota del río un ruído extraño; la superficie se turba, formando olas que avanzan hasta la orilla, y en medio del agua transparente aparece un mónstruo que se dirige hacia los espectadores nadando, y con los ojos hechos brasas. Es un enorme cocodrilo.

Al verle aquéllos, dan un grito de terror y emprenden la fuga á todo correr; pero el terreno escabroso y casi escarpado, opone un obstáculo invencible á la soltura de sus movimientos, y el reptil espantoso que los sigue no descansa hasta hacer presa en el que se queda atrás á quien despedaza y devora.

Este infeliz no era otro que el fraile renegado, cuya vida y lastimoso paradero deploraron los dominicos, como una calamidad.

Con otra quiso afligirlos la Providencia, que en aquellos tiempos de fe sincera y de gran fervor religioso, se tuvo por un azote del cielo.

Hallábase en Guatemala Fr. Domingo Betanzos, y el religioso que durante su ausencia había quedado haciendo las veces de Prior en el convento, quiso decir misa cierto día muy de mañana, y antes del amanecer se encaminó á la iglesia. No celebraba el santo sacrificio

sin prepararse con un rato de oración, y acostumbraba hacerla delante del sagrario. Llegóse en esa ocasión á un sitio próximo al altar; ¡mas cuál sería su asombro al notar que la puerta del sagrario estaba abierta, y los objetos contiguos en desorden! Acércase, registra, y helado de espanto ve que falta la urna en que estaba guardada la custodia.....
—¡Robo sacrílego!, ¡se han llevado al Santísimo Sacramento!, ¡el Señor castiga en nosotros alguna grave culpa!...
Tales fueron las exclamaciones que resonaron por todo el convento, y que pronto tuvieron eco en la ciudad. Día fué este de luto y consternación para los frailes, no menos que para los vecinos todos.

Salieron los primeros, y voz en cuello, con las mejillas humedecidas en llanto, publicaban por calles y plazas el desgraciado suceso, dando á conocer muy á las claras que no había medio humano que los sacase de aquella tribulación. Dispusieron, por tanto, de acuerdo con las autoridades, implorar la piedad divina en un acto solemne á que concurriesen todos los habitantes, por ver si con este arbitrio lograban conmover las entrañas del impío que cometiera tan abominable desacato, y le decidían á con-

fesar su crimen, así como á entregarles la custodia.

En consecuencia, se hizo el día siguiente una procesión de sangre, á la que asistieron los principales vecinos, la audiencia y el marqués del Valle, que no dejaba pasar ocasiones como esta sin aprovecharlas, para acreditar más y más su amor á la religión y el gran respeto con que miraba á los padres dominicos. En ella salieron éstos, descalzos y con la cabeza cubierta de ceniza, asociados á los franciscanos, y todos presididos por el P. Fr. Martín de Valencia, que al mismo tiempo iba predicando. Adoptó por texto las palabras "quem quoeritis?" que dirigió Jesucristo á los judíos que venían á prenderle, y desarrollando todo su sermón sobre ese tema, hacía derramar abundantes lágrimas al auditorio.

Tal fué el modo con que procuraron aquellos frailes sencillos, reparar el sacrilegio. La autoridad, por su parte, hizo también lo posible por descubrir al criminal, pero en vano; todo el fruto que dieron sus pesquisas, fué el haber hallado á orillas de la laguna varios fragmentos de la urna susodicha.

La tercera de las c[illegible]unidades que nos hemos propuesto refe[illegible], no cayó directamente sobre el convento de Santo Domingo; pero siendo un suceso pertene-

ciente á la historia general del país, en que figuran los religiosos á un tiempo como víctimas y como ángeles de caridad, sería culpable omisión no consagrarle algunas líneas. Para esto, nos transladaremos al año de 1575.

Algunos antes, habían celebrado los españoles el quincuagésimo de la toma de la capital, con públicos festejos, en que tuvieron participio los indios, como si quisiesen demostrar que, olvidados de sus antiguas glorias, no daban ya ningún valor al holocausto de su independencia, y más bien se afanaban en adornar con rosas el yugo que los oprimía. Depuesta la actitud hostil que no pocas veces habían manifestado recién hecha la conquista, empezaban á complacerse en el letargo que produce la costumbre de la esclavitud, y ya sólo apetecían una paz no interrumpida. Pero el cielo, que miraba su envilecimiento con desdén, iba á mandar sobre ellos, no los desastres de la guerra, pero sí los males de una plaga más terrible.

A la aprición de un cometa sucedió un día la de las parelias, que se vieron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. De aquí tomó ocasión el vulgo para hacer anuncios funestos, y el resto del año se pasó en continuos sobresaltos.

Mas por una de aquellas raras coincidencias que se efectúan en el orden de los humanos sucesos, el siguiente año vino á justificar los temores que se habían concebido. Una peste horrible empezó á desarrollarse entre los naturales, con tal vehemencia, que para curarla no bastaban los muchos médicos que había, y aunque éstos se hubieran multiplicado, no hubieran sido de provecho, siéndoles incógnita la causa y sus remedios. "No sabemos (dice el P. Cavo, de quién es esta noticia) en qué lugar haya comenzado, pues los autores lo callan. Lo que consta es que por más de seiscientas leguas desde Yucatán hasta los Chichimecas, corrió con tal mortandad de los naturales, que en la historia de México no tiene ejemplar.

"Entrada la primavera, sin haber precedido causa alguna, comenzaron los mexicanos á sentir fuertes dolores de cabeza, á éstos sobrevenía calentura, que les causaba tal ardor interior, que con las cubiertas más ligeras no podían cobijarse. Nada los recreaba más que el salir de sus pobres casas y echarse ó en sus patios ó en las calles, lo que hacían los que carecían de asistencia: á esto se agregaba una perpetua inquietud, y sobreviniendoles flujo de sangre á las narices, á los siete ó nueve días morían. Si alguno, por

dicha, escapaba de este fatal término, quedaba con tal debilidad, que á cada hora temía la muerte.

"Ninguna casa de los mexicanos fué exenta de esta calamidad, por haberse pegado la peste de unos á otros, y esta fué la causa del grande estrago que hizo. Aquellos que ó no tenían deudos que los asistiesen, ó cuyas familias todas estaban contagiadas, no teniendo quien les ministrara aquel corto alimento de atole, como llaman en México, ó de poleadas de maíz, morían de hambre; y fueron tantos los que murieron por esta causa, que acaso á los principios, mayor estrago hizo la necesidad que la peste. Esta no perdonó sexo ni edad, y causaba horror entrar en las casas de los apestados y hallar á los moribundos niños entre los cuerpos de sus difuntos padres.

"Los mexicanos, casi atónitos con aquel improviso estrago, como si su raza hubiera entonces de acabarse, caían en una profunda melancolía que les era fatal. Mexicanos hubo que se contagiaron de miedo. A la verdad, este azote de la divina justicia tenía tan maligno carácter, que no se puede explicar, y por lo mismo, pareció cosa extraña, mucho más teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles é hijos de ellos gozaban de salud.

"El Arzobispo, que era á la sazón Don Pedro Moya de Contreras, y el virrey Don Martín Enríquez, cada uno por su parte pensó en levantar hospitales en que se curaran los apestados; pero imposibilitado este arbitrio por ser la peste general, llamaron según conjeturo á los médicos más insignes y los exhortaron á que averiguada la causa, aplicaran los remedios convenientes; pero éstos, después de muchas juntas y repetidas disecciones de cadáveres hechas en el hospital Real por el Dr. Juan de la Fuente, nada determinaron, pues en los anatomizados no observaban sino hinchazón en el hígado, y así, jamás atinaron con los remedios: lo que á los unos sacaba de las fauces de la muerte, aplicado á otros les abreviaba la vida: las sangrías y demás auxilios del arte, nada aprovecharon.

"Viendo esto el Arzobispo, llamó á los superiores de las religiones y les encomendó el cuidado de los apestados. Encargados éstos, conforme al número de sujetos que tenían, los padres franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, se distribuyeron por aquellos barrios de los indios, de esta manera: los unos llevaban los alimentos y medicinas; otros oían sus confesiones, les administraban el viático extremaunción y los exhortaban á morir cristianamente: en

seguida venían otros que sacaban de las casas los cuerpos muertos, y llevaban á enterrar á las iglesias vecinas: esto se hacía á los principios; pero después, cuando la mayor parte de los naturales estaba contagiada, en los cementerios, que por lo común están delante de las iglesias, se abrían profundas fosas en donde les daban sepultura eclesiástica.

"Tuvieron gran parte en el piadoso trabajo de asistir á los apestados, no sólo los clérigos, sino también los seculares; pero sobre todos, las matronas, mujeres é hijas de españoles, que se mostraron en esta ocasión madres de los desvalidos indios; corrían éstas acompañadas de sus criadas por aquellos barrios, de casa en casa, limpiando las horruras de los enfermos. Conociendo, como era verdad, que la incuria y desaseo eran causa de tanto mal, los proveían de ropa limpia y les suministraban los alimentos más delicados que su caridad les sugería; y como para el cuidado de los enfermos están dotadas de particular gracia, á muchos libraron de la muerte.

"Esta asistencia poco más ó menos tuvieron los indios en las poblaciones donde había muchos españoles; pero en aquellas en que sólo ellos habitaban, todo el cuidado de los apestados cargó so-

bre los curas, religiosos, que salían de sus conventos ó casas al amanecer, gastando el día en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos, ni volvían á sus casas sino al Ave María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido éstos, se ignora. Se sabe solamente que de los Padres Franciscanos murieron muchos, ocho de los Padres dominicos y uno que fué el Rector de los Padres Jesuitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de México, no pueda dar razón individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningún español se contagió sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del excesivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generación los nombres de los bárbaros, que por saciar la ambición ó la codicia, derraman la sangre de sus hermanos; apláudense los crímenes de los grandes

guerreros de oficio, hienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, ¡y se condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad!... ¡Almas sublimes!, ¡piadosos desconocidos!, ¡gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habéis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; ¡mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores!, ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la lección que nos dáis en vuestra vida!

VIII

Nuevo Servicio.

Hubo antes, en 1545, otra peste, que también atacó solo á los naturales, y en los seis meses que duró, hizo desaparecer cinco partes de la población de esta

raza, aunque Dávila Padilla asegura que no fallecieron más que ochocientos mil individuos. En ella prestaron los dominicos los mismos servicios eminentes que en la referida poco antes. Además, en este año se señalaron por otra acción de más valía, que no debemos pasar en silencio.

Ya se ha dicho cuánto trabajó Fr. Domingo Betanzos por la libertad de los indios. Pero los insignes triunfos que alcanzó sobre los interesados en mantener la esclavitud, sólo sirvieron al principio para exacerbar las malas pasiones de éstos, y si bien pudo afirmarse que había salido vencedor en teoría, los encomenderos se encargaron de probarle que era fácil y hacedero frustrar sus miras en la práctica. Los repartimientos seguían en vigor, y conforme al antiguo sistema.

Verdad es que por influjo del venerable Las Casas, el emperador había prevenido en una ley "que se tuviera cuidado de que los españoles trataran bien á los naturales, pues eran tan libres como ellos; pero tanto ésta, como otras hidalgas disposiciones, eran eludidas por los encargados de cumplirlas, cediendo á las instancias de los muchos que pretendían seguir viviendo del jugo de las encomiendas. Ni aun la comisión del visitador Te-

llo surtió todos los buenos efectos que eran de esperarse.

No obstante, la ejecución de uno de los puntos que abrazaba, dió margen á un hecho que favoreció grandemente la causa de los naturales. El punto á que aludimos, era nada menos que la orden de convocar á los Obispos de la Nueva-España para que arreglaran lo que convenía al bien espiritual de aquellos infelices.

Juntáronse efectivamente en esta ciudad todos los Obispos, menos el de Chiapas, que ya lo era Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien el virrey Mendoza detuvo á algunas jornadas de aquí para sustraerlo á los insultos de los encomenderos, que le odiaban como á su mayor enemigo; y si bien es cierto que de esta junta, especie de concilio provincial, á la que concurrieron igualmente los superiores de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, nada resultó, desde luego, favorable á la mira con que se había convocado, todavía sirvió para mover la cuestión "de si era ó no, lícita la esclavitud de los indios," que se trató animosamente en otra conferencia posterior.

Tuvo ésta verificativo en el convento de dominicanos. No quiso el virrey que asistiesen á ella los Obispos, porque siendo protectores de ellos los encomenderos, se dijo que indudablemente resolve-

rían á su favor; pero sí asistieron, además de nuestros frailes, muchos otros eclesiásticos de probada virtud y ciencia, y unánimes resolvieron que por ningún título era lícita la esclavitud de los mexicanos, y que á los que hasta entonces habían estado en ella, debía darse libertad. "Esta decisión (dice el historiador antes citado) con aplauso de los naturales de Nueva-España, se publicó por toda ella, y aun por las islas, para que constara que cuanto en aquella materia habían ejecutado los españoles, era contrario al derecho divino y humano. A más de esto, los Obispos en las diversas sesiones que tuvieron, fuera de otras resoluciones que no pertenecen á esta historia, decretaron que los encomenderos negligentes en tener ministros eclesiásticos en sus repartimientos que enseñaran la doctrina cristiana y administraran los sacramentos á aquellos neófitos, fueran privados de sus encomiendas y compelidos á restituir todo lo que de ellos habían percibido, cuyo producto se aplicaría á la enseñanza de aquéllos y de otros indios."

Tal era la ingerencia que por razón de su ministerio creían deber tener entonces los eclesiásticos en la política; tales los medios de que echaban mano para conciliarse el amor y la estimación de los pueblos; tales las armas que juzgaban lícito

y conveniente blandir contra los gobernantes para obligarlos á entrar en el sendero de la justicia. ¿Quién hubiera sido osado á tacharlos en su conducta, de parcialidad vituperable? ¿Los movía algún sentimiento bastardo? Pero su interés personal y de corporación hubiera ganado más en ponerse del lado de los encomenderos. ¿Tenían mucho que esperar de los mexicanos? Al contrario; debían estar convencidos que si por ventura llegaban éstos á sublevarse contra el poder colonial y á obtener un triunfo, quedarían ellos asimismo envueltos en la ruina común. De esta manera, su interés, su tranquilidad y aun su vida, estaban vinculadas en el interés, la tranquilidad y la vida de sus compatriotas. ¿Cuál era la razón de su apego á los indios?

¡Sólo la caridad!

IX.

Fr. Domingo de Santa María

Sí, la caridad!.... La fe hace mudar de asiento las montañas; con la fe dirá el hombre á este monte arrójate al mar, y le obedecerá! pero la caridad amalgama todas las naciones para formar una sola,

tiende los brazos á todas las razas, por incompatibles que parezcan, para estrecharlas á su seno de madre, brinda á todos los pueblos los tesoros de su amor para encerrarlos en una sola familia, la humanidad: ella transforma el mundo viejo en mundo nuevo: al mundo tiranía substituye el mundo libertad; al mundo miseria y abyección, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituía el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertía al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilización. Véamoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por excelencia, de la Orden dominicana, el personaje de que vamos á hablar es el tipo social más acabado de que, con justicia, puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia, es que fué natural de Jerez de la Frontera,

y que en su juventud vino á México con su familia, que se avecindó en esta capital. En ella vivieron con honra y distinción, merced á su buen comportamiento, siendo el joven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecía más halago y seducciones, toma súbitamente la resolución de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años después, le vemos convertido en un fraile austero y rigoroso consigo mismo, mas al propio tiempo, indulgente y amable con los demás. Imagináronse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacían á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podía ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos más nobles, aspiraciones más encumbradas, y profesando en toda su extensión el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el con-

vento recién fundado de Yanhuitlán, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no sólo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo, para comunicar sus ideas, comienza desde luego la serie de sus tareas evangélicas y la divulgación de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condición social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposición del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó, además, el de los nopales, y señaló los medios más á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu, y en la otra el pan del cuerpo, transformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca, en un jardín delicioso, en una magnífica alquería.

Sin embargo, algún tiempo después, acatando una orden de su Prelado, y electo Prior de este convento, tuvo que de-

jar á Yanhuitlán, con gran sentimiento de los moradores, y volvió á México, donde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía, recordaban los pueblos de la Mixteca con efusión de gratitud, el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

X

Fr. Bernardo de Minaya

Observó muy bien el gran Humboldt, que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustración y de cultura.

Apóstol no de la Mixteca, sino de la Zapoteca, que linda con ella, fué el P. Minaya, y en su conducta no se desvió ni un ápice de la observada por el buen religioso cuya vida acabamos de bosquejar. Mas por cuanto se advierte una semejanza casi completa entre una y otra, excusaremos pormenores acerca de la del P. Minaya, y sólo referiremos un inciden-

te ocurrido en su viaje á los lugares donde iba á doctrinar.

El lector verá con gusto en este episodio la parte que cupo á los niños indios en la destrucción de la idolatría, y en la propagación del Evangelio. Pero cedamos el puesto al P. Motolinía, contemporáneo del suceso:

"Vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxyecac (hoy Oaxaca): á la sazón era aquí en Tlaxcallan guardián, nuestro padre de gloriosa memoria, Fr. Martín de Valencial, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algún muchacho de los enseñados, para que los ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana.

"Preguntados los muchachos si había alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales: al uno llamaban Antonio; éste llevaba consigo un criado de su edad, que decían Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querían partir, díjoles el P. Fr. Martín de Valencia:

—"Hijos míos, mirad que habéis de ir fuera de vuestra tierra, y váis entre gente que no conoce aún á Dios, y que creo que os veréis en muchos trabajos: yo

siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determinéis, miradlo bien.

"A esto, ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo, respondieron:

—"Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fé: ¿pues cómo no había de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios; y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si él fuese servido?

"Entonces, dándoles su bendición, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo, en Tepeyacac no había monasterio como le hay ahora, más de que se vistaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos.

"Luego, aquel padre Fr. Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos, y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro días, en los cuales trajeron todos los que podían hallar. Y después apartáronse más de una legua del pueblo, á buscar si había más ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Quauhtinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña.

"De unas casas de este pueblo sacó aquel niño, llamado Antonio, unos ídolos, é iba con él el otro su paje, llamado Juan: ya en esto, algunos señores y principales se habían concertado de matar á estos niños, según después pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses.

"Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Quautitlán, si había algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella más de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí, vinieron los indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan,

que había quedado á la puerta, y al ruído salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sajones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo:

—"¿Por qué me matáis á mi compañero, que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habéis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa.

"Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas palabras, ya los indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí también le mataron. Y en anocheciendo tomaron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal (otro niño de quien se hablará más adelante), y lleváronlos al pueblo de Orduña y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su maldad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residía en Tepeyacac, que se decía Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos, pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, ha-

bíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio había de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor, que se llama D. Luis Moscoso.

"Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por donde habían ido, y en dónde habían desaparecido, y luego supieron quién los había muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habían muerto; pero dijeron que ellos los habían muerto, y que bien conocían el mal que habían hecho, y que merecían la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen .

"Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla, en donde se decía la misa, porque entonces no había iglesia.

"Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y más por lo que había de sentir el padre Fr. Martín de Valencia, que tanto se los había encargado cuando se los dió, y pare-

cióles que sería bien enviarle los homicidas y matadores, y diéronlos á unos indios para que los llevasen á Tlaxcallan.

"Como el señor de Cuauhtinchan lo supo, y también los principales, temiendo que también á ellos les alcanzaría parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro á un español que estaba en Cuauhtinchan porque estorbase que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel español comunicólo con otro que tenía cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interés, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de los solicitadores, porque á los españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fr. Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en México, envió la justicia por ellos, y ahorcáronlos. Al señor de Cuauhtinchan, como no se enmendase, más añadiendo pecados á pecados, también murió ahorcado con otros principales.

"Cuando Fr. Martín de Valencia supo la muerte de los niños, que como á hijos había criado, y que habían ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba, en ver que había ya en esta

tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habían dicho al tiempo de su partida, que fué:—¿Pues no mataron á San Pedro y á San Pablo, y desollaron á San Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?—no podía dejar de derramar muchas lágrimas."

En este hecho observamos dos cosas: la imprudencia de Minaya en alejar de sí á los niños para que desempeñasen una comisión de suyo peligrosa, y la reprensible falta de respeto al domicilio de los naturales. Mas de ningún modo debemos imputarlas al religioso, que en todo era guiado por la más sana intención, sino á las ideas generalmente recibidas entonces, y que formaban esta pauta invariable para la conducta así del fraile como del gobernante; por alcanzar la conversión de los infieles no hay que excusar medios, pues todos son lícitos y todos se justifican.

En cambio, este mismo P. Minaya hizo mucho bien en la Zapoteca, donde misionó, y fué uno de los que cooperaron con más empeño á la grande obra de la libertad de los indios, yendo á Roma, según dijimos, á conseguir la bula que los declaró racionales y capaces de sacramentos.

XI

Bibliografía

Mas, ¿á qué extremo iríamos á dar si dejando correr la pluma, guiada por la admiración, pretendiésemos reseñar, la vida de tantos buenos religiosos, como ilustraron la orden de Santo Domingo en los primeros tiempos de su fundación en nuestro país? Los dos últimos tercios del siglo XVI forman en la historia del convento el período de su mayor esplendor, su edad de oro. Referir no ya los sucesos históricos enlazados con su existencia ó determinados por la propagación de su doctrina, sino meramente los hechos privados de sus hijos, los triunfos alcanzados en sus predicaciones, las conquistas de su ciencia sobre la ignorancia y la barbarie, la vida, digámoslo así, individual, doméstica de la orden; referir solo esto, decimos, es materia de una labor especial que no emprenderemos por no desviarnos de la senda, que seguimos, y que daría por fruto algunos interesantes volúmenes. Mas á pesar de esta consideración, no es dable pasar en silencio los nombres de varios religiosos que á los merecimientos de los que se

distinguieron en el apostolado, supieron unir la gloria de producir obras con que se honra nuestra literatura, para lo cual fueron movidos, no por la vanidad, sino por el deseo de ser útiles, participando á la sociedad los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y pacientes investigaciones. He aquí un catálogo de esos hombres beneméritos:

Fr. Benito Fernández.—Escribió un tratado de la doctrina cristiana en lengua mixteca.

Fr. Pedro de Feria.—Compuso una obra á que dió por título: **Confesionario Zapoteco.**

Fr. Diego de Carranza.—Nos dejó un tratado de la doctrina cristiana en lengua Chontal.

Fr. Diego de Santa María, que fué provincial, imprimió en lengua mixteca la doctrina cristiana y las epístolas y evangelios, que en opinión de su biógrafo "fué la luz que han tenido los predicadores de aquella nación."

Fr. Diego Durán, hijo de México, escribió dos libros, uno de historia y otro de antigüedades mexicanas, que es, según Dávila Padilla, la cosa más curiosa que en esta materia se ha visto; y aunque no llegaron á imprimirse en su totalidad, parte de ellos lo fué ya en la

Historia natural y moral de Indias, del Padre José Acosta.

Fr. Alejo García.—Imprimió en México el **Calendario Perpetuo.**

Fr. Juan de Córdoba.—Escribió vocabulario de la lengua zapoteca.

Fr. Francisco Alvarado.—Idem, vocabulario mixteco.

Fr. Antonio de los Reyes.—Imprimió Gramática de la Lengua Mixteca, con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años y tener luz en las historias de los indios.

Fr. Luis Rengino.—Supo las lenguas mexicana mixteca, zapoteca, mije, chochona y tarasca, y escribió en ellas algunos tratados sobre diversas materias.

Fr. Antonio Dávila—Escribió una buena gramática de la lengua mexicana.

Fr. Agustín Dávila Padilla, hermano del anterior, nació en México el año de 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Da. Isabel Padilla.—Beristáin nos da acerca de él las siguientes noticias. A los dieciséis años de edad recibió en la Universidad Literaria el grado mayor de maestro en artes, y á pocos meses, el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho, por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fué lector de Filo-

sofía y Teología en los colegios y conventos de Puebla y de México. El introdujo la costumbre de que sus hermanos en América llevasen el rosario descubierto por encima del escapulario, lo que no usan los dominicos de Europa. Su doctrina, celo y elocuencia le merecieron del Rey Felipe III los títulos de su predicador y cronista de las Indias, y últimamente la mitra de la iglesia primada de Santo Domingo, á donde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad y por haber vivido como religioso en una celda del convento de su Orden. Murió este digno prelado en la corta edad de cuarenta y dos años, en el de 1604.

Tenemos de su pluma.—**Historia de la Provincia de Santiago de la N. E. del Orden de Santo Domingo,** impresa en Madrid en 1596, reimpresa en Bruselas, 1625, fol. y en Valladolid 1634. De la primera edición es el ejemplar que posee la Biblioteca de nuestra Universidad. Escribió también "Historia de las antigüedades de los Indios." Manuscrito que cita el P. Franco en su "Segunda Parte de la historia de la Provincia de Santiago del Orden de Predicadores de la N. E."

El estilo de Dávila Padilla es sencillo,

natural y á veces ameno; en su lenguaje campea la soltura y gallardía de la buena locución del siglo XVI. La primera de las obras suyas que hemos enumerado, y es la única que conocemos, está reconocida por nuestros literatos como una de las fuentes de la historia nacional. En el mismo caso se halla la crónica de la provincia de Chiapas y Guatemala del P. Remesal. Esta, sin embargo, será consultada con más fruto por el que aspire á hacerse dueño de buenos y amplios datos acerca de la historia general de México.

En cuanto á las producciones de los demás religiosos que figuran en el catálogo antecedente, no hay más que advertir, sino que puestas á un lado las obras ascéticas, sólo hemos llamado la atención hacia las que tratan de arqueología y lenguas indígenas. La razón que para ello nos asiste, se comprende fácilmente. Sin pretender apocar las obras del género mencionado, en primer lugar, hemos creído que interesará más generalmente tener noticia de las colocadas en segundo, por cuanto los estudios filológicos y de antigüedades están destinados á hacer un papel muy importante en las investigaciones sobre el origen y emigraciones de las razas primitivas de nuestro continente.

Por otra parte, ellas indican la naturaleza de las labores secundarias que tomaban á su cargo nuestros misioneros, en las cuales se advierte desde luego un objeto de utilidad práctica é inmediata, como era, posesionarse de la lengua de los naturales para ponerse en contacto más íntimo con sus necesidades y remediarlas, al paso que sujetándola á reglas gramaticales, y ordenando sus elementos en forma de diccionarios ó vocabularios, la salvaban de una ruina inminente á causa de la destrucción progresiva de los que la hablaban, y la transmitían en toda su pureza á las generaciones futuras.

Remontándonos á la edad que tenemos á la vista, ¡cómo se agrada el alma en presenciar la aplicación de las facultades intelectuales y materiales que condujeron á ese resultado! Parécenos asistir á las escenas encantadoras motivadas por las primeras predicaciones evangélicas en el país. ¡Qué cuadros tan risueños!, ¡qué sencillez de costumbres!, ¡cuánta elevación en medio de la simplicidad y la pobreza! Ved ahí al misionero en medio de los neófitos; es el pastor rodeado de su grey. Acaba de hacer una conquista, la de su corazón, no para sí, mas para el cielo; acaba de obtener un triunfo

espléndido, reducirlos á la vida civil, tener reunidos en un solo pueblo á hombres que no ha mucho habitaban en las gargantas de los montes, ó en el laberinto de las cañadas, guarecidos en chozas miserables, contentos en su aislamiento, sumergidos en el fango de la superstición, y que no buscan la sociedad de sus hermanos sino para tener cómplices en las prácticas abominables de la idolatría. Pero el Ministro de paz goza en tenerlos á su lado, como un anciano patriarca al verse en medio de su numerosa descendencia, y ellos poseídos de un sentimiento generoso, gustan el mismo placer tranquilo que el viandante á la sombra de un árbol hospitalario. Ya experimentan ese bienestar inefable que trae consigo la adquisición de la verdad; ya ven ensancharse el horizonte de la vida, cuando escuchan de labios del apóstol los mágicos acentos de una religión sublime, que establece como uno de sus principios cardinales, el amor. El, entre tanto, modesto y diligente, laborioso como el ciervo activo del Evangelio, siembra y cultiva en un mismo terreno el árbol que da la vida y la tierna planta que perfuma la existencia temporal; pone en manos del indio el libro sagrado que encierra un bálsamo divino para curar las heridas de

la humanidad, y el arado civilizador con que obligará á la tierra á ser más pródiga de sus tesoros; muéstrale la senda que conduce al empíreo, y se la cubre de rosas; alecciónale en sus deberes de ciudadano; estudia sus costumbres, conserva fielmente sus tradiciones, y recoge una á una las voces de su lengua, para formar con ellas un tesoro que confía á un libro. ¿Se extrañará ahora que con esos méritos se haya granjeado su cariño? ¡Con una conducta semejante, no causan asombro las maravillas de Orfeo! Y cuando se reflexiona que estos hechos tuvieron por teatro una naturaleza virgen, fecunda, vigorosa y llena de encantos; cuando se piensa que el actor es un hombre separado millares de leguas de su país natal, ajeno de todo interes que no sea el de practicar el bien, y resuelto á sacrificarse por llevar adelante su misión bienhechora, entonces la admiración sube de punto, se aplauden tan nobles determinaciones y se siente un placer entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarlo: el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad

hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza excepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz!, ¡cuánto amor!, ¡cuánta enseñanza!, ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinterés! .... ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias!, ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies gloriosas!, ¡por qué todo lo humano decae y degenera! ¡qué maldición oculta pesa sobre las instituciones más benéficas! ¡por qué la relajación traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo!, ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales!, hombres de corazón limpio, que no podéis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupción, que apartáis los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Digamos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos

á la infancia de una orden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hacia la vecina montaña, de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cauce, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII

El Ilmo. Sr. D. Francisco Naranjo

Pero avancemos algún tanto más, y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la Orden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla, sucedía la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el deseo de amontonar tesoros: ya no basta el pan de cada día; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese más y más el anhelo por los bienes instables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrían, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decía entusiasmado al observarla:

"Su templo, casa y su riqueza admira."

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecía ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidían en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio, hacían resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oído, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra Orden volvía la espalda á los indios y hacía las paces con los opresores: divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisición.

No obstante, solia aún brotar en la soledad del retiro algún nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo, y transladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se apiña á sus puertas. Alabarderos hacen la guardia. La gente pugna por entrar al patio, y se agita y arremolina con rumor sordo, como el agua contenida que se esfuerza en romper el dique.

—¡Afuera!, ¡afuera! Ya no hay campo, exclama el centinela.

En efecto, el patio apenas puede contener la concurrencia, en que están representadas todas las clases, especialmente la de letrados y estudiantes. Todos conversan.

Puebla el ambiente un ruido confuso no interrumpido, como el que forma una arboleda conmovida por el aquilón. ¿De qué se trata?

Acerquémonos á aquel grupo situado junto al pedestal de una columna.

—¿Creerá su merced, señor Licenciado, que ya voy perdiendo la paciencia?

—De verdad, que ya es mucha espera.

—Como su excelencia ya vendrá bien almorzado, se le dará un ardite que nosotros estemos con el estómago vacío: cierto que la necesidad me aqueja.

—¡Pues qué, asiste el señor virrey!

—Así lo dicen.

—No lo crea vuesamerced: sobrado quehacer tiene en las casas reales.

—Diga más bien en los conventos, con los refrescos y jamaicas de las monjas.

—Y con los chismes de los capítulos de los frailes.

—Y con las nuevas de Filipinas.

—Y con el susto de que en la flota de España venga su sucesor.

—Y con los antojos de la excelentísima señora virreina.

—¡Vamos! vamos, señores, punto en boca!....

—Pero á todo esto, ¿asiste su excelencia?

—No.

—¿Y la real audiencia?

—Tampoco.

—Según eso, el buen fraile no lucirá delante de lo mejor del reino.

—¡Friolera, pues nosotros!..... ¿qué no valemos algo?

—Y la fiesta se quedará entre gente menuda.

—Y al pobre hombre de nada le valdrán sus afanes.

—Va á enfermarse de pesar.

—¡Tiene tal hipo de lucir!

—¡Silencio, mala canalla! sabed que el reverendo es un fraile humilde, que no hace alarde en público de su saber, sino por obediencia. Allá á los prelados las pullas.

—Y á vos, señor Licenciado, ¿cuánto os paga el padre por patrocinarle?

No lejos de estas personas que tan caritativamente hablaban del prójimo, se pasean en reducido trecho dos colegiales, que muestran ser teólogos.

—Ninguna oposición á cátedra de vísperas ha estado más concurrida.

—Estuvo aún más la que hizo el mis-

mo padre á la de prima. ¡Oh, eso fué sobresaliente! ¡cómo nos dejó á todos satisfechos el fraile!

—Su ciencia juzgan no adquirida, mas infusa.

—Así es la verdad. Si Escalígero le hubiera conocido, no se asombrara tanto del ingenio portentoso de Pico de la Mirándula, llamándole monstruo "sine vitio," por haber propuesto defender novecientas conclusiones. Nuestro teólogo en esa ocasión estuvo dispuesto á sustentar tres veces más.

—¡Tanto como eso!

—Figúrate que puesto ya en la cátedra, pidió se le asignasen puntos en toda la suma; y habiéndosele determinado, entre los que ofreció la suerte, el artículo quinto de la cuestión 71 de la "prima secundoe," dijo á la letra, de memoria, el artículo (que ya ves no es corto), y le comentó y explicó "de verbo ad verbum," y después excitó sobre él ocho cuestiones, sobre que habló con admirable erudición y magisterio por espacio de dos horas.

—¡Pues ya no es cosa!

—Y hubiera hablado mucho más, á no haberle hecho señal la universal aclamación del concurso, que atónito le cortó el hilo con esta sublime expresión: "Nunquam sic locutus est homo."

—Bien! bien! "jamás habló así hombre." ¡Bien dicho! muy merecido!.... ¿Pero, qué es aquello?

—¡Ya vienen los doctores!

—Con los padres dominicos: ¡mira al opositor qué afable!

—Es un gran sujeto. Pero, ¿á dónde vamos á dar si queremos entrar en el aula, todos á un tiempo?

—Dí más bien: ¿cómo haremos para que quepa en ella tanta gente?

—¡Imposible!, cabrá la más principal, y "laus Deo."

—No obstante, vamos entrando.

—Ya que fuimos llamados, procuremos ser de los escogidos.

En este momento, el gentío, que se agolpaba á la entrada del general, se abre formando calle para dejar paso á los doctores, á muchos seglares distinguidos, á las religiones, y entre ellas á la de Santo Domingo, á quien pertenece el opositor. No bien acaban de entrar todos, cuando invaden de golpe el local y los asientos vacíos los colegiales y demás convidados y curiosos, produciendo en el entarimado una trápala descomunal.

Gran parte de los concurrentes, que había quedado sin asiento por estar ya ocupada toda la sillería, permanece en pie á la puerta, formando un muro impenetrable, y con los semblantes vueltos á la cá-

tedra. No lejos de esta, se ven cuatro mesas con sus carpetas y recado de escribir, destinadas á otros tantos amanuenses.

Después de un momento de rumores sordos y cuchicheos, sigue un silencio general, quedando todos como petrificados en sus asientos ó en pie. Vése salir de entre los religiosos dominicos, uno de fisonomía distinguida y modesto continente, que haciendo una ligera inclinación ante los doctores, se encamina á la cátedra; mas antes de subir á ella, pone sobre un bufete ciento cincuenta y cuatro tarjetas, en que están apuntadas las principales y más difíciles materias que trata el maestro de las sentencias en sus cuatro libros, y pide se le asignen por elección ó por suerte, cuatro de ellas, para exponerlas de palabra ó por escrito.

Un murmullo general en la concurrencia, sigue á esta manifestación.

Restablecido el silencio, los que presiden el acto asignan por suerte las materias, leyéndolas en voz alta, y resolviendo que el religioso las exponga de ambos modos.

Puesto en la cátedra, implora de rodillas el divino auxilio, y saluda después al concurso con una oración latina cuyo exordio son las palabras que del angélico doctor dice la Iglesia: "De rebus di-

versis angelus inter homines, quandoque tribus, interdum etiam quatuor amenuensibus scribenda dictabat."

Prosigue exponiendo los cuatro puntos, que siendo de materias sumamente diversas, unas de la teología escolástica y otras de la moral, las ordena y combina con tal artificio, que habla de la primera, y sin violencia alguna en las transiciones, pasa á la segunda y á las otras, volviendo después á continuar la primera, y siguiendo en las demás, de modo que en cada una habla como si fuese sola: y tanto en una como en otra, hasta que cumplida una hora, se le dice que dicte sobre las mismas materias á los cuatro amanuenses, que ya están prevenidos frente de la cátedra.

Crece la admiración y la curiosidad en los circunstantes, especialmente en los que están en pie, los cuales estrechando más y más el círculo que media entre ellos y la cátedra, procuran todos observar á los amanuenses durante la operación que va á seguir.

Toman éstos la pluma en la mano, y con el rostro hacia el opositor, esperan que les hable.

Comienza dictando al primero una proposición, se la repite, y pasa al segundo; díctale otra proposición sobre distinta materia, y del mismo modo al tercero y

al cuarto en diversas materias, y vuelve al primero, dictándole otra proposición concerniente á su materia, y continúa así con los otros, sin que ninguno le dé pie y le repita la proposición que antes ha escrito.

Admiran todos la prodigiosa comprensión con que tiene presentes las proposiciones que ha dictado, para continuar dictando congruentemente en cada materia, sin necesitar de que le repitan una proposición, ni confundir los asuntos; de manera que después de pasar una hora en esta operación, se leen los escritos y se hallan cuatro lecciones del todo diversas, y tan perfectas como si separadamente y con especial estudio se hubieran formado.

No pudiendo en este instante reprimir su emoción los concurrentes, victorean al opositor, tendiéndole los brazos para bajarle de la cátedra. El entusiasmo se comunica á los que se han quedado afüera, y por todas partes se oye exclamar, al son de las campanas de la Universidad: —¡Viva el señor Naranjo! ¡Viva el gran doctor y maestro! ¡Este hombre es extraordinario! ¡El hecho es milagroso! ¡No hay duda que Santo Tomás le decía lo que dictaba!

Así concluyó un acto con que el Ilmo. señor Naranjo alcanzó una celebridad á

que no aspiraba, pero que hizo famoso su nombre en toda la nación y aun en España.

Era natural de México. Estando sirviendo en la milicia espontáneamente y sin sueldo en el castillo de Ulúa y puerto de Veracruz, se pasó, con edificación de sus camaradas y amigos, al claustro de la religión de predicadores, donde en poco tiempo hizo en virtud y letras tan ventajosos progresos, que se constituyó oráculo de su provincia y asombro de la República literaria.

Fué siempre de vida muy ejemplar. El autor del Prólogo á las Constituciones de la Universidad, que es quien nos ministra estos datos, hablando de este varón esclarecido, agrega: "Sus ocupaciones continuas eran las distribuciones de su santa regla, la oración y el estudio; y así, no sólo sabía de memoria la Suma del doctor angélico, sino que estaba tan versado en todas sus obras, que á cualquiera especie que le propusiesen, respondía con palabras del santo doctor, citando fielmente el tomo y el lugar donde la trataba."

Era, sin embargo, de genio amable y festivo, procurando con esta dote velar la austeridad de su virtud y la copia de ciencia que acaudalaba. La siguiente

anécdota viene en apoyo de nuestro aserto.

Años después del acto de oposición antes descrito, los dos colegiales teólogos que tenían del señor Naranjo el concepto que se merecía, y cuyo diálogo referimos, se volvieron á juntar en la Universidad, siendo ya doctores, con motivo de una función semejante.

—¿Haces memoria de una muy lucida oposición á que asistimos cuando éramos estudiantes?

—¿Es por ventura la del señor Naranjo?

—La misma.

—¡Cómo no había de acordarme de un acto que no ha tenido hasta ahora su igual, ni creo que llegue á tenerle! ¿Y qué me dices del buen anciano?

Tan jovial como siempre: apesadumbrado porque ya no puede bailar el Puerto-Rico.

¡Cómo es eso! no te entiendo.

—Ya verás cómo sí.

—Veamos.

—¿No ha llegado á tu noticia un sonecillo que llaman el Puerto-Rico?

—No tal.

—Pues sábete que le hay, y muy alegre.

—Bien; ¿pero qué tiene que ver eso con el señor Naranjo?

—Mucho: ya te lo manifestaré. Días pasados fuí á visitarle, y con su afabilidad acostumbrada, estrechándome la mano, me dijo:—Amigo! tenemos obispado!

—No esperaba otra cosa, le respondí, ¿y cuál?

—El de Puerto-Rico.

—¡Oh, qué me place!

—No hay gran razón para ello, volvió á decir, y después agregó, sonriendo:

> Me tocan el Puerto-Rico,
> Ya que no puedo bailarlo.

En efecto, el buen fraile tenía motivos para no alegrarse de su promoción al Obispado, siendo entre otros, el que por los achaques consiguientes á su avanzada edad, no podía desempeñarle como hubiera querido. Pero en los citados versos aludía principalmente á lo poco que en su concepto le faltaba que vivir.

Su muerte, acaecida algún tiempo después, vino á justificar la verdad del presentimiento.

Mas apartemos ya la vista del cuadro que presenta la existencia del convento en lo general, y fijemos la atención en un hecho particular con ella enlazado tan intimamente, que á primera vista parecen formar una misma entidad.

XIII.

La Procesión de la Cruz Verde.

Invitamos al curioso lector á que atraviese con nosotros el espacio lóbrego de los años pasados hasta llegar al de 1649. Es la tarde del 10 de Abril. Una colgadura de nubes de color aplomado como el de las cenizas volcánicas, se extiende por la inmensa cúpula celeste, privándola de su azul diáfano y suave, y comunicándole un aspecto extraño y fatídico. El sol, que ya se va acercando al ocaso, aparece sin brillo como el ojo de un moribundo ó como un astro siglos antes esplendoroso y ahora próximo á extinguirse.

Esta fisonomía del cielo, si así podemos llamarla, tiene un sello de inmovilidad, de indiferencia ó desprecio, que pesa sobre el alma; y la vista, que involuntariamente se aparta de ella, fíjase con placer en el punto del horizonte donde asoma, en medio de campo azulado, la frente del Popocatepetl descollando sobre un cúmulo de negras nubes, como se levanta la esperanza en medio de una escena de desolación.

El único indicio de vida y movimiento que se nota en los solitarios dominios del aire, viene de algunas de esas aves que

frecuentan los lagos cercanos á México y circulan con tardo vuelo, ya bajando, ya volviendo á subir, aguardando el anochecer para tomar hospedaje en los árboles.

No así en las calles, donde se agita un inmenso concurso.

¡A la procesión! á la procesión! se oye exclamar por todas partes en diferentes tonos; aquí con voces roncas y cascadas, allá con agudas y chillonas, y más adelante con desaforados gritos que truenan en medio de un concierto confuso de grotescas notas:—¡A la procesión de la Cruz! ¡á la procesión del Santo Oficio! ¡de Santo Domingo á la plaza del Volador! ¡á ganar las indulgencias! ¡á ganar todas las gracias!....

Estas explosiones de acentos humanos, fuertes y continuas, como son, no bastan, sin embargo, á matar la estentórea voz de las campanas de Catedral y demás iglesias, que se difunde por la atmósfera conmoviendo el ánimo como el presentimiento de alguna calamidad espantosa; el toque de rogativa es general é incesante.

Sale, entretanto, de Santo Domingo, la procesión del auto de la fe.

Asombroso es el gentío en las calles por donde ha de pasar. Dos muros humanos se extienden paralelamente desde la pla-

zuela de Santo Domingo hasta la del Volador, ocupando las aceras de las calles de la Encarnación, Reloj y Palacio, hasta el Puente del mismo nombre. Los balcones están engalanados con infinita variedad de vistosas cortinas; en ellos, así como en las azoteas, se ven grupos de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones: desde el esclavo negro que platica y ríe con sus camaradas en la azotea de la casa del gran hacendado ó del oidor; desde el niño consentido y travieso que molesta á cada rato á sus padres en el balcón, indicándoles con el dedo desaseado los conocidos de la familia, que distingue entre los espectadores; desde la rica y noble señorita que no tiene otro interés ni más ahinco que descubrir allá bajo sus pies, ó en la acera de enfrente al dulce imán de sus inocentes suspiros, hasta el anciano de cabellos como la nieve, que apenas logra ver formas confusas é indecisas, y la dama cincuentona, devota y arriscada á un tiempo, que así se pavonea y reverdece á la vista de un elegante caballero, como se santigua y da golpes de pecho elevando al cielo lánguidos ojos, cuando considera la desventura de los judíos y herejes que van á ser quemados vivos.

Un rumor desigual pero no interrumpido, pasea el aire, imitando el que se

produce en los bosques á los primeros empujes de un violento huracán. Verdad es que no todos los concurrentes platican, pero entre los muchos que lo hacen, se aventajan algunos por un metal de voz privilegiado. Estos sonríen, aquellos fuman en silencio ó conversan sosegadamente, los de más allá (y éstos son los elegantes de la época) clavan con descaro inaudito ardorosas miradas sobre las beldades que ilustran los balcones; por esta acera se abren camino entre las filas de curiosos, y con imponderable dificultad, algunos vendedores de golosinas, estimulando el apetito de muchachos y muchachas, y anunciando sus artículos con voz gangosa; por la de enfrente, se lanza con paso militar una falange de estudiantes, que están de asueto, atropellando por todos los obstáculos, arrollándolo todo, hasta situarse donde más les conviene, y granjeándose por ello sendas maldiciones, desdeñosas muecas, miradas centellantes de cólera, y mil otras demostraciones injuriosas de parte de los que bien colocados en su puesto, se ven precisados á dejarle violentamente.

Pero donde más carga la muchedumbre, es en las esquinas, junto á las cuales remolina, se agolpa, estruja y agita en vaivén, hasta chocar con las paredes ó con los enormes coches, que forman en

las bocacalles como un batallón de monstruos antidiluvianos, atraídos por la curiosidad de presenciar una escena del mundo actual.

Mientras esto pasa, los clamores majestuosos y severos de las campanas no cesan, y la procesión tan ansiada atraviesa apenas, con las detenciones de costumbre, la plazuela de Santo Domingo.

Cerca de una hora se consume en esta mortal agitación, y cuando la espectativa empieza á ser para muchos un tormento insufrible, se deja oír súbitamente un murmullo, una oleada de voces, hácia la esquina de las calles del Reloj y la Encarnación, que se propaga con eléctrica rapidez mayormente por la segunda de las calles mencionadas, dando nuevo impulso á la inquietud de la concurrencia: acércase la procesión al sitio desde donde vamos á verla desfilar.

—¡Ah! ¡vaya! ¡bueno!

—¡Ya estaba aburrida!

—¡Gracias á Dios!

—¿No se lo decía á vuesa merced?

—Pero ya estaba fastidiado de esperar.

—Esta gente anda con piés de plomo.

—Procesión de graves tortugas.

Estas y otras expresiones del mismo jaez cruzan el aire veloces como saetas, mientras todos los rostros, animados de

vivísima alegría, mezclada con sobresalto, se convierten hácia el sitio por donde en breve va á despuntar la procesión.

¡Héla allí!

Doce alabarderos de librea vienen abriendo paso.

Síguense los ministros de vara y familiares del tribunal, los comisarios, con bastones dorados, la nobleza y caballeros de órdenes militares ricamente vestidos, y por remate, el señor Don Fernando Altamirano y Castilla, conde de Santiago, que lleva el estandarte de la Inquisición, cuyas borlas sostienen dos caballeros de Calatrava y Santiago, sobrinos del Arzobispo.

Inmediatamente detrás del conde de Santiago, sigue su hijo don Juan, adelantado de Filipinas, y el alguacil mayor del Santo Oficio, don Juan Soaznábar y Aguirre.

Advertiremos de paso que la casa de los Condes de Santiago ha disfrutado siempre de la distinción de llevar en casos tales el estandarte. En efecto, si subimos hasta el primer auto celebrado en México el año de 1574, en él vemos que le saca Diego de Ibarra, caballero de la crüz de Santiago y abuelo de la condesa de Santiago, doña María de Velasco, prima y mujer de don Fernando Altamira-

no; y en 1600, que fué la segunda vez que salió el estandarte, ló sacó don Juan Altamirano, padre del citado don Fernando. Volvamos á la procesión.

Después del estandarte caminan las comunidades de religiosos mezclados entre sí, luego los consultores y calificadores del tribunal con sus insignias, después, la religión de predicadores con vela en mano, y á su cabeza el padre prior, llevando la cruz verde, que tiene tres varas de alto y dos de brazo y pendiente de uno y otro, un velo negro.

La capilla de coro de la Catedral va entonando el himno de la Santa Cruz, "Vexilla Regis," que los concurrentes escuchan con devoto recogimiento.

Pero ya comienza á entrar la noche: las luces que llevan los frailes en la mano se ven arder con más brillo; aumentan la confusión y el desorden en la muchedumbre que puebla las calles del tránsito de la procesión; y llega ésta, al fin, á la plazuela del Volador, donde ya de antemano está dispuesto un tablado y un altar en que colocan la cruz y cantan las preces y oraciones de estilo.

La construcción de este tablado se remató en basta pública en Marcos de Moya y Bartolomé Bernal, encargado de las obras del Santo Oficio, en siete mil pesos

el teatro y dos mil ochocientos ochenta la vela, á cuyas cantidades se añadieron después sumas no pequeñas, por nuevos agregados. En los tres meses que ha durado la fábrica, hubo excomunión para los curiosos que se acercasen á verla, aunque muchos lo consiguieron mediante licencia.

Tiene todo el teatro cincuenta y seis varas de longitud y cuarenta y ocho de latitud, sobre una altura de ocho varas. Cerca de sus cuatro ángulos se elevan otros tantos tablados, vara y cuarta más altos que el principal; dos de cincuenta y seis varas y dos de veintiocho de longitud, y todos cuatro de seis varas de anchura.

Arrimado al Convento de Portacoeli, se ve también un tablado en que se han dispuesto alojamientos para los jueces, y tiene la misma longitud de cincuenta y seis varas y cuatro y media de latitud. Para comunicarle con el convento ha sido menester romper una ventana. En la medianía, sobre una fachada, está colocado un dosel negro con las armas reales bordadas de oro; además, una mesa revestida de terciopelo negro, almohadas y sillas correspondientes, y tintero de plata para el tribunal. Ocho columnas de orden dórico jaspeadas adornan esta fachada, y en

su frontis se leen estas palabras: "Pax vobis, et ostendit eis manus et latus," que es el texto de San Juan, que ha de servir de tema al sermón que se predicará mañana en este lugar.

Del lado de la Universidad se eleva la media naranja con asientos para los reos, sostenida por cuatro arcos decorados con los escudos de Santo Domingo, Inquisición y San Pedro Mártir. En el centro está colocada una cruz de verde y oro. De esta media naranja parte una crujía hasta el centro de todo el tablado, donde se ve el asiento que será ocupado mañana por cada reo al oír su causa y sentencia, alternativamente. Frente á la media naranja está el altar para la cruz verde y dos púlpitos, uno para el sermón y otro para la lectura de causas, comunicados ambos y con la mesa de los secretarios por crujías. Dos escaleras, una del lado de la Universidad para los reos, y otra de los Flamencos para los inquisidores, dan paso al tablado, además de otras treinta para los muchos convidados, así de corporaciones como de gente principal de ambos sexos.

Completan este adorno magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, asientos cómodos y decentes, cien blandones de plata que sostienen cirios de cuatro pábi-

los, y una multitud asombrosa de hacheros igualmente de plata con sus correspondientes luces, todas las cuales producen una espléndida iluminación.

Terminadas las preces y oraciones, los padres dominicos despiden á las demás personas que formaban la comitiva, y se quedan ellos en el tablado para velar la cruz toda la noche.

XIV

Historia.

Entretanto, procuremos arrancar algunos secretos á las pasadas edades.

¿Qué significa este aparato teatral á la vez oficial y religioso, pero de carácter tan lúgubre? ¿Qué concurso de causas hizo importar de Europa á México, nación nueva y casi inculta, la institución terrible que ha preparado estos espectáculos imponentes llamados autos de fe?

La Inquisición, esto es, el tribunal instituído para descubrir y castigar la herejía y otros crímenes contra la religión; su origen, progresos, fines, tendencias y modo de obrar, son cosas de que se tiene generalmente una idea clara y exacta;

mas no así de su historia en nuestro país, y á este punto nos concretaremos.

Establecida la inquisición en España durante el reinado de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, para la persecución y juicio de los judíos y moros, que después de haber abrazado el cristianismo le diesen la espalda volviendo á sus antiguas creencias, fué recibida con general aplauso, atendido su objeto, que era hacer la guerra á unas sectas y razas miradas con odio. Sin embargo, los abusos que á su sombra se cometieron, especialmente en el reinado de Felipe II, la hicieron acreedora á la más agria censura, sin que ésta deba moderarse por la consideración de que la gravedad del mal á que se juzgó oportuno remedio, exigía un medicamento cáustico y proporcionado. No, la conducta de Felipe en esta parte no se disculpa con que tenía que seguir una política esencialmente española, é impedir á todo trance la introducción en sus reinos de las nuevas doctrinas de la reforma protestante, que tantas guerras y disenciones habían producido en el resto de Europa; tampoco puede invocar en su abono el que la atrocidad de las penas estaba en relación con las costumbres del siglo, todavía medio bárbaro, ni hallar apoyo en la concurrencia de la

nación en todas sus órdenes y las señales manifiestas de aprobación que daba á estos espectáculos sangrientos. Nunca deben emplearse remedios peores que la enfermedad, y era de esa especie un tribunal que en sus procedimientos tenebrosos violaba á sabiendas los principios más sagrados del derecho, y que en su esencia era un ataque declarado y sistematico á la libertad individual. En cuanto á la razón tomada de la aprobación con que era acogido el tribunal en todos sus actos, admira que el Dr. Balmes, que es quien la invoca, dé por esta vez tanta importancia á las manifestaciones populares. Lo más que de este hecho puede colegirse, es que en la nación se hacía cómplice del monarca, ó que los pueblos aceptan casi siempre lo que se les da ó impone, mayormente si lisonjea la parte corrompida del ser humano: "panem et circenses" tenía Roma y no aspiraba á más; España debía estar mucho más agradecida á su rey, pues no sólo le daba "pan y toros" según se expresa el ilustre Jovellanos, sino.... autos de fe.

Por otra parte, ¿eran francas estas señales de aprobación? ¿No serían, en unos, demostraciones hipócritas para no incurrir en la desgracia del soberano, y estudiadas apariencias en los más, para captarse

buena fama y alejar de sí los males de que otros eran víctimas?

Como quiera que sea, lo cierto es que de España vino la Inquisición á México. He aquí lo que acerca de su establecimiento en nuestro país hallamos en un excelente artículo inserto en el "Diccionario universal de Historia y de Geografía."

"Dependiente la Nueva España de la antigua, era forzoso que los asuntos de aquí siguieran en la debida proporción la marcha de los de allá, y de allí es que la expulsión de los judíos y moros hecha en la metrópoli, atrajera medidas semejantes en las colonias, y así vemos, que en el año de 1527 se dió aquí providencia para cumplimentar una cédula del emperador para arrojar del reino á los judíos ó sus descendientes, y á los condenados por la Inquisición, embarcándose, al efecto, los que hubiere, con prohibición conminatoria de volver á él.

"El tribunal, sin embargo, de la Inquisición no se fundó aquí hasta mucho tiempo después. Algunos comisionados especiales con facultades inquisitoriales solían venir de vez en cuando; tal fué el Lic. Marcos Aguilar, el cual vino aquí con encargo de "entender en las cosas tocantes al Santo Oficio de la Inquisi-

ción," y el Visitador don Francisco Tello de Sandoval, que vino en tiempo del Virrey Mendoza, y á quien se le encomendó que durante su visita ejerciese las atribuciones de inquisidor, como latamente lo expone Herrera en la cédula por la que se le nombra visitador y se le dan las facultades é instrucciones anexas: de Fray Martín de Valencia asegura expresamente Fray Antonio Daza en la crónica de la provincia de franciscanos, que ejerció el cargo de inquisidor.

"En el gobierno de la segunda audiencia, según Herrera, se celebró una junta en México, de que fué Presidente el que lo era en la audiencia, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, Obispo de la Española, los oidores Salmerón, Maldonado, Ceinos y Quiroga, el conquistador Don Fernando Cortés, el Arzobispo Zumárraga, los dos prelados de Santo Domingo y San Francisco, con dos frailes de cada religión en su compañía, Diego Fernández de Proaño, alguacil mayor; Bernardino Vázquez de Tapia, regidor; Francisco Ordóñez y Bernardino de Santa Clara, vecinos. En esta junta se determinó: "Que había gran necesidad de que se pusiese el Santo Oficio de la Inquisición, por el comercio de los extranjeros y por los muchos corsarios que

platicaban por las costas, que podían introducir sus malas costumbres en los naturales y en los castellanos, que por la gracia de Dios se conservaban libres del pésimo contagio de la herejía, y tanto era más necesario, cuanto los pueblos castellanos estaban unos de otros muy remotos y apartados."

"A consecuencia de la petición de esta junta, en que, como hemos visto, estaban representadas todas las órdenes y clases del reino, y calificada según las ideas del tiempo, la necesidad de establecer aquí el tribunal, se encargó por el rey al cardenal Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, presidente del consejo de Castilla, é inquisidor general, nombrase inquisidores para los reinos de Nueva España, y en efecto, eligió á los señores Dr. D. Pedro Moya de Contreras, que después fué arzobispo de México; Lic. Juan Cervantes, que murió en el viaje, y Lic. Alonso Fernández de Bonilla, deán de la Catedral de México, para fiscal. Se extendieron los términos de su jurisdicción á Guatemala y Filipinas, y quedó únicamente sometido el tribunal á la suprema de Castilla.

"Los indios fueron expresamente exceptuados de su jurisdicción desde su creación. Por cédula real, fecha 16 de

Agosto de 1570, que he visto en el archivo municipal, se ordena á la ciudad, que "por cuanto el reverendo en Cristo padre cardenal de Sigüenza, presidente del consejo é inquisidor general, nombró inquisidores á D. Pedro Moya de Contreras y Lic. Juan Cervantes, se les dé para ellos y sus familias buenas posadas, que no sean mesones, y la ropa que hubieren menester sin dineros, y todos los otros bastimentos y cosas necesarias por sus dineros. Que se les favorezca y honre, y se dé á los dichos inquisidores una buena casa para audiencia y cárcel, pagando á su dueño alquiler según tasa por dos buenos peritos, uno nombrado por los inquisidores y otro por el dueño, y en caso de discordia un tercero por la ciudad." Por otra cédula expedida en la misma fecha, se manda al virrey, audiencia, ayuntamiento y demás autoridades, "los honren y favorezcan como ministros de un tan santo negocio, porque así conviene al servicio de Dios y nuestro."

"Conforme estas disposiciones, el año siguiente se fundó el tribunal en México. El P. Vetancurt, á quien copio textualmente por encerrar la historia de la fundación de la Inquisición, se expresa así: "El tribunal de la Inquisición (alcázar fuerte y monte de Sión) se fundó en es-

ta ciudad de México, año de 1571. Fué su primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que murió en el viaje, y el Lic. D. Antonio Fernández de Bonilla. su primer fiscal. Consta de tres inquisidores apostólicos, un fiscal, con tres mil pesos de salario cada uno, los tercios adelantados; un alguacil mayor, un depositario y receptor, tres secretarios, muchos consultores, y calificadores, y familiares seculares. Está debajo de la protección de San Pedro, mártir, con una célebre cofradía que celebra su fiesta, para cuyo efecto se nombra un hermano mayor. Ha celebrado autos generales y particulares de fe, con notable grandeza de autoridad y concurso, quedando en todos la fe católica y su verdad con victorias. Para los salarios se ha señalado una canongía en cada iglesia catedral de su distrito, con cédula de S. M. del año de 629, despachada en conformidad de la concesión que le hizo la santidad de Urbano VIII para este efecto. Su fundación fué siendo pontífice San Pío V, rey de las Españas Philipo II é inquisidor general el Ilmo. y Rvmo. D. Diego de Espinosa, cardenal de la Santa Iglesia, y Presidente de Castilla. Cantóse en cuatro de Noviembre del mismo año, misa en la Santa Çatedral,

á que asistieron todos los tribunales, prece diendo la procesión con el estandarte de la fe, y el "Te Deum Laudamus," dando gracias de haber entrado en este nuevo mundo, el crisol de nuestra santa fe, la luz de la Iglesia y el complemento del Evangelio."

"No se sabe á punto fijo si desde un principio se fijó la Inquisición en el edificio que le conocimos, y que en su origen fué el convento de los dominicos: parece probable que así fuese; lo que consta, es la donación de estos religiosos de su casa antigua para el efecto.

"El brasero ó quemadero, como se llamaba, estaba entre la Alameda y San Diego, el cual era, dice el señor Alamán, "un espacio cuadrado con pared y terraplenado, para fijar en él los palos á que se ataban los ajusticiados y rodearlos de leña. Las cenizas se echaban en la acequia ó ciénega que estaba detrás de San Diego, en lo que ahora es jardín de Tolsa." Había otro quemadero en San Lázaro, que servía para ejecuciones de justicia, mandadas por otros delitos y autoridades. Cuando el virrey marqués de Croix mandó agrandar la Alameda, se quitó ese brasero."

Por esta breve noticia se ve que aunque la Inquisición pudo existir en nues-

tro país con total independencia de la religión dominica, el hecho es que ésta siempre se consideró respecto del tribunal del Santo Oficio, si no como un elemento constitutivo ó condición indispensable, sí como un auxiliar poderoso; y esta cooperación nata y eficaz es la que ha hecho creer que la Inquisición fué á manera de una planta parásita, que llega á confundir su follaje con el árbol á cuyo arrimo vegeta, ó como un ingerto que nuevo y vigoroso se hace dueño de toda la savia del tronco que le abriga y alimenta.

Pero insensiblemente nos hemos alejado del teatro á donde condujimos al lector después de la procesión de la cruz verde, y justo es que volvamos al punto de partida, á la plazuela del Volador.

XV

El auto de Fe.

Dejamos á los Padres dominicos velando la cruz, y mientras rezan el rosario todos en coro, asistamos al coloquio entablado entre dos viejos, que por no perder su asiento el venidero día, han

tomado el partido de pasar la noche, como varios otros curiosos, ante el altar de la cruz y en penosa vigilia.

—¿Vuesa merced será servido de decirme si hubo jamás en España cosa que iguale á esta solemnidad?

—¡Oh, y mucho que sí!, vosotros los criollos no sabéis hasta dónde alcanzan la gala y pompa que se gastan en Castilla. Aquello es corte, aquello es bizarría en todo: esto es nada!

—Mañana os lo preguntaré.

—Y lograréis la misma respuesta.

—Bien, bien, no disputemos.

—Lo que sí me place es que también por estas tierras hagan algo en pro de la integridad y aumentos de nuestra santa fe.

—Muy cierto: los señores inquisidores (á quienes Dios dé larga vida), se afanan por ello sin descanso.

—Ya lo sé.

—Y antes de este auto se han celebrado otros varios así generales como particulares.

—¿A cuánto subirá el número de los quemados hasta el día?

—Hombre, á punto fijo no lo sé.

—Por lo tocante á España, se calcula que sólo durante la época en que fué inquisidor general Fr. Tomás de Torque-

mada, pasaron de diez mil los relajados que visitaron el brasero.

—¡Muy en hora buena! Nosotros aquí no podemos gloriarnos de tanto: con todo, no han escaseado; como que, gracias á Dios, desde que su Divina Majestad me presta la vida, casi, casi no ha pasado año sin que haya habido un auto de la fe, no tan lucidos como éste, que..... diga vuesa merced lo que quiera, es mucho auto; pero sí fueron todos muy concurridos y famosos. En cuanto á los penitenciados, ni se diga....

—¿Y todos se han celebrado en esta plaza?

—No, señor, en distintos lugares. El de 1646, por ejemplo, se verificó en el cementerio de nuestro Padre Santo Domingo, donde se puso un tablado eminente. Fué á 16 del propio mes en que estamos; lo presidió el señor D. Domingo Vélez de Asas. Salieron en él cuarenta judaizantes y una estatua, los cuales se reconciliaron con Nuestra Santa Madre Iglesia; por otros delitos, ocho.—El del siguiente año se celebró en el átrio de la Santa Iglesia Catedral, á 23 de Enero, habiendo sido en él reconciliados veintiún penitentes, que salieron con corazas, soga y vela verde por judaizantes. Dos de éstos eran naturales de Castilla,

uno de Málaga, doce de Portugal, cuatro de Veracruz y dos de esta corte.

—¡Con que tambien mis paisanos tienen por aquí sus cuentas pendientes con el Santo Oficio! Es cosa peregrina, porque siempre los castellanos fueron cristianos viejos.

—Pues tampoco faltó uno, Fr. Gaspar Alfar, natural de ese reino, en el auto que celebró la Santa Inquisición el año próximo pasado, á 30 de Marzo, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús. En él salieron, además, un tal Fr. José de Santa Cruz, natural de Sevilla, cuyo delito consistía en que después de haberse fugado del convento, se fingió secular y médico, y contrajo dos veces matrimonio, el primero en el Valle de las Amilpas, y luego muerta la mujer, que le dejó cuatro hijos, casó segunda vez en la Puebla; otro llamado Alejo de Castro, de ochenta y dos años de edad....

—¡Pues era muy mozo!

Fué condenado á servir en un convento, mientras viviera, atendida su mucha vejez, por sospechoso de mahometano, como se deja ver de que no oía misa, ni ejercía algún otro acto religioso, siendo así que oraba los viernes delante de una espada y una llave, y cometía otras sande

ces por ese estilo. Otro de los desdichados que tuvieron su merecido en este auto, fué un negro esclavo, Domingo, (también llamado Munguía), que se había casado dos veces, viva su primera consorte, y que sirviendo en las cárceles de la Santa Inquisición, había violado el secreto de ellas, llevando recados y cartas á las familias de los presos. Fué sentenciado á doscientos azotes, seis años de galeras, y en caso de que el tribunal no le remitiera á galeras, fuese vendido en cien pesos de oro, para gastos extraordinarios del Santo Oficio.—Fuélo así mismo á doscientos azotes por hechicera, una mulata de sesenta años, llamada Ana Vega, la cual, según se sospechaba, tenía pacto con el demonio. Pero de todos los penitenciados, ninguno más célebre que Martín de Villavicencio Salazar, á quien por sus trampas llamaban unos **Martín Droga,** otros por sus maldades **Martín Lutero,** y todos por sus astucias y embelecos, **Martín Garatuza.**

—¡Ah!, ¡este es el famoso Garatuza de quien tanto se cuenta!

—El mismo. Habiéndole hurtado á un sacerdote sus títulos de órdenes, se puso su nombre y ejerció todas las funciones sacerdotales, valiéndose de este ardid para ganar dinero. Fué condenado á ga-

leras por cinco años y doscientos azotes. Declaró en su confesión, que cuando oía las de los penitentes, la absolución que daba era ésta: **Dios te tenga de su mano y á mí también.** Cuando celebraba misa, es voz común que consagraba, diciendo: **Martín, ¿en qué pararán estas misas?**

—¡Vaya si no era hombre que lo entendía!

—Ya lo veis.

—¿Y no tendremos mañana algunos tunantes de este jáez?

—No sé; mucho se habla de los penitenciados, entre ellos, de un relajado diabólico, un tal Temiño ó Treviño, de Sobremonte.

—Y después de todo, ¿qué harán á estas horas los pobres relajados?, ¿ya sabrán la suerte que se les depara?

—Sin duda alguna. Los señores inquisidores les habrán notificado su sentencia, cuando les hayan llevado los sacerdotes, que es costumbre se queden con los reos toda la noche para disponerlos.

—Pero qué, ¿obligan á los Padres á bajar á los calabozos, ó sacan de ellos á los ajusticiados para ponerlos en lugar decente?

—Nada de eso. Bajan á los sacerdotes después de tomarles el correspondiente juramento de sigilo, y en estos momen-

tos, los dichos sacerdotes están haciendo inauditos esfuerzos por reducir á los sin ventura, que mañana á estas horas se habrán convertido en ceniza.

Mas dejemos á nuestros viejos proseguir su conversación, y volvamos á los Padres dominicos, que ya acabaron de rezar su rosario.

A las doce cantan maitines, después de los cuales empiezan á decir misas hasta el amanecer.

¡Oh, qué noche ésta para la capital! ¡Cuán pocos la durmieron!, ¡qué afluencia de gente en derredor del tablado!, ¡cuánta en las calles inmediatas esperando con ansia el momento de la llegada de los reos!, ¡cuánta en la calle de la Perpetua y plaza de Santo Domingo, espiando su salida de las casas del Santo Oficio! Hay ahora en México forasteros de doscientas y trescientas leguas de distancia, atraídos por la curiosidad de tan grande espectáculo, y parece, como alguno ha dicho, que toda la Nueva España ha quedado desierta, y su población concentrada en la capital.

El concurso en las calles por donde pasó la procesión de la cruz, es el mismo de ayer, pues por ellas van también á venir los ajusticiados, y los coches se quedaron en las bocacalles desuncidos toda

la noche, para no perder el lugar. Forman valla y patrullan para evitar desórdenes, las cinco compañías del batallón de la ciudad, levantadas al efecto, y la de soldados de Barlovento.

Mas ya empieza el toque general de rogativa; el tañido de las campanas es lúgubre en señal de duelo, por la pertinacia de los reos.

En este instante salen de las casas del Santo Oficio dos procesiones, la de los ajusticiados y la de los señores inquisidores, corporaciones y nobleza. La segunda desfila por las calles de Santo Domingo, el portal, y las siguientes, á dar vuelta por el arco de San Agustín para entrar á Portacoeli. Vienen en ella todos á caballo: primero los familiares y nobleza, luego el consulado, el claustro de doctores, los dos cabildos con su pertiguero y maceros; va el eclesiástico á la derecha, y presidiendo al secular el corregidor D. Gerónimo de Bañuelos, general y del hábito de Alcántara: luego el tribunal, yendo el fiscal D. Antonio Gabiola con el estandarte y el inquisidor D. Bernabé de la Higuera y Amarilla; en su compañía, y detrás el Ilmo. señor Arzobispo, y á su derecha el inquisidor decano D. Francisco Estrada y Escobedo, y á la izquierda el señor D. Juan Sáenz

de Mañosca. A continuación el contador del tribunal, el abogado fiscal, á caballo, y los capellanes y demás familia, á pié; cierra el todo el coche del Arzobispo y los de los demás caballeros.

Mas ya se acerca la procesión de los ajusticiados. Vienen delante dieciséis familiares de vara, luego las cruces del Sagrario, Santa Catarina, mártir, y Santa Veracruz, con mangas negras, los curas y sus clérigos: traen estos tres misales, otros tantos ceremoniales, y tres cruces pequeñas. Siguen luego las estatuas de los reos muertos ó prófugos en número de sesenta y siete, y veintitrés cajas de sus huesos; luego cuarenta reconciliados, con sambenitos de media y entera aspa, sogas, corazas y vela verde, cada uno con su padrino; en seguida trece reos relajados con sus dos confesores cada uno, corazas de llamas y demás insignias de reglamento. Después el alcaide con bastón negro, á pie, y á caballo un gran acompañamiento de ministros, que conducen una acémila enjaezada y con campanillas de plata, la cual traé á lomos una caja de nácar y embutidos del Japón que encierra las causas, y á los lados de la caja vienen las varas de la reconciliación, todo cubierto con un telliz de terciopelo carmesí. Finalmente, rema-

tan la procesión doce alabarderos, el alguacil mayor, y el Secretario, D. Eugenio de Saravia, á caballo..

Llegan juntas ambas procesiones á la plazuela del Volador. Los alabarderos tienen gran trabajo en domeñar el gentío, que hace los esfuerzos de un mar enfurecido por acomodarse en los mejores lugares: no menos agitación reina en las azoteas de los edificios contiguos, Universidad, Palacio y casas de Flamencos, donde la concurrencia se ve apiñada á manera de una fuerte vegetación humana.

Hecha la reverencia á la cruz, y acomodados en sus respectivos asientos los inquisidores, corporaciones civiles y eclesiásticas, penitenciados y demás personas de cuenta, hacen la protesta de fe por el cabildo eclesiástico, su tesorero y provisor D. Pedro Barrientos; por el secular, el corregidor, y por todos los circunstantes, el secretario del tribunal, ministrando las cruces y misales para el auto los clérigos de las parroquias antedichas. Luego se lee por el Secretario la bula de S. S. Pío V de Protegendis en que constan las gracias é indulgencias concedidas por S. S. al tribunal, sus auxiliares y concurrentes á sus autos. Comienza en seguida á predicar, adoptando el tex-

to consabido, el señor D. Nicolás de la Torre, deán de la metropolitana, y obispo electo de Santiago de Cuba.

Son las siete.

Media hora después, y ya concluído el sermón, empieza la lectura de las causas de los relajados.

De éstos, uno es el famoso Tomás Treviño de Sobremonte, natural de Castilla; entre los cargos que se le hacen en su causa, es curioso el de que se comunicaba en las cárceles en lengua mexicana, y en ella maldecía la Inquisición, los reyes y Papas y demás que la han fundado. Se porta tan rebelde, que hasta su suegra, Leonor Núñez, también relajada. le ha dicho que le duele por su alma de verle tan iracundo; pero él le contesta: ¡ea! madre de los macabeos, refiriéndose á los muchos relajados que ha tenido por hijos.

No menos notable es Simón Montero, que en oyendo notificarle su sentencia, se puso á bailar.

Antonio Báez Tirado es un judío de importancia, rabino y hablando de los cristianos dice que son unas bestias, aplicándoles el salmo "**sicut equus et mulus.**"

Gonzalo Flores pidió audiencia una vez á deshoras de la noche, por molestar á los inquisidores, y otorgada que le fué,

les dijo en tono entre serio y burlón—Señores, solo he querido hacer venir á vuestras mercedes al calabozo, para asegurarles de nuevo, que es mi voluntad vivir y morir en mi secta.—Se fingió loco; pero los médicos han opinado que su demencia era simulada, lo mismo que la de su compañero Gonzalo Báez, que metía mucho ruido en las cárceles, por lo que á veces se le ha castigado, y denostaba á los inquisidores llamándoles "perros y ladrones de sus haciendas."

Ana Gómez se vanagloría de morir mártir, y María Gómez es tan celosa de su ley, que por paga de sus liviandades exigía ayunos y otras prácticas de sus ritos.

Concluída la lectura de las causas de los relajados, se procede en breves términos á hacer relación de las de los relajados en estatua. Anuncia el principio de cada relato el retiñir de la campanilla que toca el Arzobispo presidente.

Representan las estatuas diez relajados muertos en las cárceles del Santo Oficio, cuarenta y siete fuera de ellas, y ocho que se fugaron luego que tuvieron sospechas de que se les perseguía.

Uno de los primeros, Agustín Rojas, se ahorcó en el calabozo.

María Rivera se dejó morir de hambre.

Blanca Enríquez y Catalina Rivera, se dejaron sacramentar, añadiendo el sacrilegio á la impenitencia final.

Isabel Núñez pidió audiencia antes de morir; mas no pudo hacer ninguna confesión, y con grandes contorsiones expiró, lo que la hizo juzgar por posesa.

De los segundos, es decir, de los que murieron fuera de las cárceles, hay notable solamente la muerte de Gonzalo Díaz Santillán. Este, por estafar á sus correligionarios, los amenazaba con denunciarlos, y al efecto, salía y entraba á las casas de la Inquisición, para hacérselos creer hasta que ellos, cansados, le dieron muerte.

Isabel de Segovia se encontró ahorcada, sin haberse podido averiguar si por suicidio ó por los suyos.

Juan de Araujo murió bajo las ruinas de un templo que se derribó.

Leonor Báez, mexicana, soltera, estaba tan infatuada, que en su cama oía músicas celestiales; y aseguran muchos que era el demonio quien le daba estas serenatas, tomando la figura de una negrilla que por allí apareció una vez.

Entre los relajados fugitivos llaman la atención Pedro Mercado, que compuso una comedia, y en su representación dió asiento de preferencia á los judíos sobre

los católicos, lo que le acarreó sospechas y celos.

De los reconciliados también los hay en estatua, y en persona.

Figuran entre ellos primeramente un francés, Francisco Razén, único preso por protestante. De éste dicen que se burla del Papa, Inquisición y demás cosas de la Iglesia Romana; añadiendo que las demandas de las cofradías son abusiones y en pro de los clérigos, para recoger plata.

No es menos notable Da. Juana Enríquez, á quien todos han conocido en México por sus galas, coches y demás aparatos de grandeza, en compañía de su marido Simón Báez, hijo de un carnicero y verdugo, como después se ha averiguado.

Diego Correa se fingió loco en la cárcel de la Inquisición, y quiso matar á un ministro del tribunal; por este delito, antes del auto, se le recetaron doscientos azotes.

Finalmente, no es bien dejar sin mención especial á una muchacha de Ixmiquilpan, Inés Pereira, de quien dicen los suyos ha de nacer el Mesías, y la tenían muy adornada, le encendían velas y le tributaban otros homenajes de este género.

Concluída la lectura de las causas, se advierte en la concurrencia una gran conmoción, al tiempo mismo que cruzan el ambiente algunas ráfagas de acentos humanos; y en medio del ruido monótono y confuso de tantos pies que mudan de asiento, tantos vestidos que se rozan y rasgan, tantos sombreros que se doblan y estropean, y de tantos codos que se oprimen y forcejean; enmedio de este ir y venir continuo de la muchedumbre, que en masa compacta se agita, ora á esta parte, ora á la otra, como un monstruo de mil cabezas, y bajo un sol de Abril que arde en el firmamento como una hoguera, se oyen por todas partes y como á excusas, algunas frases indagadoras, algunos, ¿qué sucede?, algunos ¿y ahora qué sigue?, acompañados de miradas de fuego, y proferidos por labios tostados por el calor y la sed.

Pero cesa el ansia general luego que se anuncia la entrega de los reos al brazo secular para que se les aplique la pena. Verifícanla el alguacil mayor y el secretario, quienes dirigiéndose al corregidor de la ciudad, le recomiendan que al sentenciar á los relajados use de piedad.

Mas, ¡ay, del corregidor si toma á pechos la recomendación! En el primer

auto que siga al presente, figurará él mismo con coraza y vela verde.

XVI

El Brasero

Son las tres de la tarde.

Sobre un tablado que se respalda en las casas de ciudad ó Diputación se asienta el tribunal del Corregidor, ante quien comparecen los reos.

Vuelve á hacerse una relación sumaria de las causas, y terminada, con consulta de asesor, pronuncia la autoridad su sentencia condenando á doce de los relajados á ser quemados después de habérseles dado garrote, y á Tomás Treviño de Sobremonte por sus blasfemias y pertinacia á ser quemado vivo.

Acto continuo, en medio de los vivas al Corregidor y los mueras á los relajados, son conducidos éstos al suplicio, haciéndolos montar en bestias de alabarda

El paseo se verifica lentamente por las calles de Plateros y San Francisco, donde la muchedumbre es tal, que apenas deja espacio para que camine la siniestra y ridícula cabalgata.

Todas las miradas se clavan en Tomás Treviño, y él pasea las suyas por todo el espectáculo con una indiferencia y calma horribles. Los insultos que se le hacen, los acoge con un desdén abrumador. Un indio va estirando la bestia en que monta, y de cuando en cuando le da de puñadas en la boca si le oye proferir alguna palabra malsonante, ó le exhorta á reducirse á la fe católica, aconsejándole que "crea en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo;" pero él ni contesta, ni parece hacer caso de lo que se le dice, y su pensamiento vaga por otras regiones lejos de los objetos que le rodean.

En llegando cerca del brasero les sale al encuentro el Señor de la Misericordia..... ¡Profanación sacrílega!, ¡monstruosa inconsecuencia! Si esa efigie sagrada se animase, si se tranfigurase en el Hombre-Dios, ¡cuál sería su actitud ante las víctimas y los verdugos! —Yo soy, diría, el cordero sin mancha, sacrificado por los delitos del hombre; yo derramé mi sangre en un patíbulo para sellar la verdad de mi palabra; pero mi yugo es suave; mi doctrina no se impone, se predica; no se introduce en el corazón con la punta de la espada, penetra por sí sola en la inteligencia, como el primer rayo de la aurora que se abre paso entre las som-

bras. Yo soy la verdad y la vida; si vuestra alma duerme á mi voz, tiempo ha de venir en que salga de su letargo. Pero vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis la hacienda del huérfano y de la viuda, que profanáis mi templo convirtiéndolo en tienda de mercaderes, que os constituis ministros de la Divina Justicia, debiendo comenzar por vengarla de vosotros mismos, temblad ante mi brazo; yo os haré desaparecer de la haz de la tierra, porque sois indignos de contemplar ese cielo donde me buscan las miradas del bueno, ese sol que os da vida, las aves que derraman en vuestros oídos su armonía, y la nieve que mi mano ha puesto en las montañas para que brille entre el cielo y la tierra como un diamante eterno! Yo soy la verdad y la vida; pero á fuerza de cerrar los ojos á la luz, estáis ciegos; á fuerza de hollar mis mandatos, os habéis connaturalizado con el crimen; á fuerza de aparentar ante vuestros hermanos lo que no sois, habéis llegado á engañaros á vosotros mismos; habéis triunfado del remordimiento, y duerme vuestra alma el sueño de la muerte!....

El tumulto que se forma en torno del brasero á la aproximación de los ajusticiados es indescribible. Las mujeres ha-

cen la señal de la cruz como para conjurar al demonio, y en los semblantes se pinta un sentimiento inefable de temor y dolorosa curiosidad.

La gente se ha proporcionado puntos para observar no sólo en tablados construídos de improviso, no sólo en las azoteas y balcones de las casas circunvecinas, sino hasta en las ramas de los árboles de la Alameda.

Ejecutados doce de los reos, se arrima leña á las estatuas y huesos, que se consumen con gran facilidad. Proceden después los verdugos al suplicio de Tomás Treviño. Como un acto de piedad y por ver si se convierte ante la idea sensibilizada de los tormentos que le esperan, le aplican á las barbas un leño ardiendo antes de ponerlo en el cadalso.

Prorrumpe en execrables blasfemias. Rodéanle de leña á la que prenden fuego; óyese un chisporroteo infernal al tiempo que se levanta una llama monstruosa envuelta en una nube de humo, y en medio de esta horrible hoguera se ve á Treviño atrayendo á sí mismo con los pies los tizones encendidos.... Un grito de triunfo salvaje se oye resonar por el ámbito de la plazuela, y animado este pobre pueblo fanatizado de un delirio febril y diabólico, ríe á carcajadas de

las angustias del infeliz penitenciado que lucha con la muerte; los soldados disparan contra él sus armas de fuego, y hasta los muchachos le arrojan pie dras.

Así termina el bárbaro suplicio.

Dura el fuego hasta muy entrada la noche, devorando los restos de todos los sentenciados, sus huesos y estatuas. El hambre del brasero está satisfecha, y el monstruo dormita aletargado saboreando la grasa de su presa.

Mañana vendrá el corregidor, y en carretones hará transladar las cenizas á la ciénega que está detrás del convento de San Diego.

Entre tanto, volvamos nosotros á la plazuela del Volador, donde nos espera todavía algo curioso que presenciar.

XVII

La Reconciliación

Una iluminación tan soberbia como la de la noche antecedente baña el tablado y refleja en los muros de Palacio, la Universidad, Flamencos y Portacoeli, dando realce á sus partes salientes y

colorando los rostros de los circunstantes con una claridad rojiza.

Suena otra vez el clamor de las campanas en señal de rogativa, y hacen salir de Portacoeli en fila de dos en dos, á los reconciliados.

El inquisidor decano con sobrepelliz y estola, asistido de los curas, procede, según lo prescrito en el ritual, a la abjuración, reconciliación y alza de censuras á los penitentes; el secretario hace las preguntas del credo, que contestan éstos y los circunstantes, y les lee, repitiendo ellos, la abjuración. Tiene este acto un carácter de solemnidad forzada, que apenas puede disimularse. Al pronunciar los concurrentes las palabras del credo con voz fervorosa, en verdad que no están poseídos ni de amor á la fe católica, ni de celo por la gloria de Dios, recuerdan sí los lamentos de los infelices penitenciados y arde muy viva en su imaginación la llama de la hoguera.

Concluída esta ceremonia, el oficiante canta las oraciones, mientras los clérigos dan de varazos á los penitentes, hecho lo cual, termina la función. Al repique iniciado en Portacoeli sigue inmediatamente el de las campanas de toda la ciudad. El pueblo, ávido de espec-

táculos, ha saciado ya su sed. Reunido por todo el día en la plazuela del Volador, comienza á retirarse en desórden por las calles más próximas, como las corrientes que parten de un gran manantial.

Entre tanto, los inquisidores y los reos vuelven procesionalmente, en el mismo orden en que vinieron, á las casas del Santo Oficio.

Mas ya que hablamos de este edificio, bueno será consagrarle algunas líneas.

XVIII

La Casa de la Esquina Chata.

Así le llamaba el vulgo en años anteriores, á causa de la estructura particular de su fachada, construída sobre la superficie que deja el corte oblícuo de la esquina de las calles de los Sepulcros y de la Perpetua. En esta fachada está la puerta principal.

Los habitantes de México no han menester indicaciones con respecto al plano en que se asienta este célebre edificio, que por tanto tiempo tuvo el triste privilegio de ejercer en los ánimos un

horror incontrastable. Para los que no conozcan su situación, bástales saber que ocupa una área, de cuyos límites dos son las aceras de las calles antes mencionadas, que miran al Sur y al Poniente, y forman al tocarse la "esquina chata," opuesta al vértice del ángulo correspondiente de la plazuela de Santo Domingo. El departamento más amplio es el que posee actualmente la Escuela de Medicina, y los demás están convertidos en casas particulares, habiendo mudado de forma y disposición.

Antiguamente, en el gran patio de la casa del Santo Oficio, no se gozaba ese aspecto alegre y aseado que hoy ostentan los muros: su pintura era hosca y sombría, como el semblante de un alcaide. La persona que le visitaba era todo, menos lo que aparentaba en su fisonomía: una gravedad afectada, el silencio y la mesura eran de rigor.

El arco principal de la escalera, por la parte que mira hacia dentro, ofrecía al curioso una lápida, con la inscripción siguiente:

"Siendo Sumo Pontífice Clemente XII; Rey de España y de las Indias Felipe V; Inquisidores generales sucesivamente los Excmos. Sres. D. Juan de Camargo, Obispo de Pamplona; y D.

Andrés Orbe y Larreategui, Arzobispo de Valencia; Inquisidores actuales de esta Nueva España, los señores Lics. D. Pedro Navarro de Isla, D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, y D. Diego Mangado y Clavijo, se comenzó esta obra á 5 de Diciembre de 1732, y se acabó en fin del mismo mes de 1736 años, á honra y gloria de Dios, y Tesorero D. Agustín Antonio Castrillo y Collantes."

Al leer la parte final de esta inscripción, alguno tuvo duda sobre si la obra de que se trata se acabó siendo tesorero la persona indicada, ó si se acabó á honra y gloria de Dios y también del tesorero.

A la derecha de la escalera, en el corredor que mira al Poniente, había una puerta que daba entrada á las salas de audiencia y demás departamentos de oficiales y ministros. En la primera pieza estaban los retratos de los inquisidores, que llegaban á cuarenta, con pomposos rotulones, en que se indicaba el lugar de su nacimiento, la edad que alcanzaron y aún la enfermedad que les causó la muerte, no menos que los empleos que tuvieron durante su carrera respectiva, el año y día de su colocación en la casa, etc., etc.

"Por este cuarto se entraba al salón de audiencia, que tendría sus treinta varas de largo, sobre ocho de ancho, el cual estaba magníficamente adornado: las columnas y demás ornatos arquitectónicos eran de órden compuesto, y los intercolumnios estaban cubiertos de damasco encarnado. En el extremo del salón que miraba al Sur, había un altar bastante bien decorado, y en su centro, San Ildefonso, que recibía la casulla de la Santísima Virgen María. En el lado opuesto, y después de una gradería de poco más de una vara de alto, estaba la mesa de los inquisidores, con sus tres sillones cubiertos de terciopelo carmesí con franjas y recamos de oro, y sus tres cojines ó almohadones correspondientes aforrados en lo mismo. Había además un dosel clavado en la pared, también de terciopelo, del mismo color, con franjas y borlas de oro. En él estaban las armas reales, y apoyado en el globo de la corona un crucifijo, y al rededor: **Exurge, Domine, judica causam tuam.** Ps. 73.

"A su lado dos ángeles: uno tenía en una mano una oliva, y con la otra sostenía una cinta, en que se leía: **Nolo mortem impii, sed ut convertatur et vivat.** Ezeq., cap. 33.

"En el otro lado había otro ángel con una espada en la mano derecha, y en la izquierda otra cinta con este mote: **A el faciendam vindictam in nationibus: increpationes in populis.** Ps. 148.

"Todo lo cual estaba recamado de oro y seda, y era más antiguo que la casa, pues lo bordó Roque Zenón en México el año de 1712.

"En la pared de dicho salón que miraba al Sur, había una puertecilla que conducía á las prisiones: otra en la que miraba al Poniente con este rótulo:

Mandan los Señores Inquisidores, que ninguna persona entre de esta puerta para adentro, aunque sean oficiales de esta Inquisición, si no lo fueren del secreto, pena de excomunión mayor.

"Había también otra puerta junto al dosel, llena de escopleaduras circulares y oblícuas, para que el delator y testigos pudiesen ver desde dentro al reo, sin ser vistos por él.

Bajada la escalera que conducía á las prisiones, había un cuarto con un torno, por donde se daba la comida á los carceleros para distribuirla en los calabozos: en el mismo cuarto había dos puertas, una de las cuales conducía á un patio bastante espacioso, en cuyo centro había una fuente y "algunos naranjos"

y al rededor diecinueve calabozos; la otra conducía á una prisión bastante capaz, que los de la casa llamaban ropería, y que se componía de tres ó cuatro cuartos, de los que el último parecía ser el que más había servido.

En las paredes de este último cuarto había varias poesías de D. Antonio Castro y Salgado, que compuso durante su prisión: había también algunas pinturas del mismo sugeto, y entre ellas un paisaje que representaba un campamento; entre las tiendas de campaña había algunos árboles, á lo lejos se distinguían mástiles y velas de embarcaciones: en el centro un alférez con los brazos abierto, y á poca distancia un hombre embozado. Debajo de este paisaje había esta inscripción:

Atravesando el autor A. C. y S. el campamento de......á las diez de la noche, un embozado le dice: "Pon tu persona en salvo, y huye á Francia." Así lo hizo á la edad de 21 años, y á la de 25 vino á esta prisión, después de haber corrido una suerte no menos trágica que la del Barón de Trenck.

"Sobre la puerta que daba entrada al patio de las prisiones y mirando á éstas, había una lápida de piedra, y en ella

una inscripción latina, que traducida al castellano decía:

"Reinando Carlos IV y Luisa, siendo inquisidor general de España el Exmo. Sr. D. Ramón de Arce, y de México los Doctores Prado, Flores y Alfaro, esta cárcel, que se hallaba casi arruinada, se reparó y mejoró, habiendo quedado abierta por algún tiempo, para que el público la reconociese, día 9 de Diciembre del año del Señor de 1803, y el cuarto del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre Pío VII."

"Las más de las prisiones tenían de largo dieciséis pasos y diez de ancho, aunque había algunas más chicas y otras más grandes, dos puertas gruesísimas, un agujero ó ventana con rejas dobles, por donde se les comunicaba la luz escasamente, y una tarima de azulejos para poner la cama.

"Detrás de los diecinueve calabozos había otros tantos jardincillos, que llamaban asoleaderos, á donde llevaban algunas veces á los presos para que tomasen sol; pero construídos de manera que era imposible verse los unos á los otros: últimamente estaban llenos de yerba, y no cuidados como lo estuvieron hasta 1813."

Estas noticias nos las suministra el

Diccionario de Historia ya citado. No contentos con solo ellas, procuramos una vez identificar los lugares; pero todo nuestro afán no dió más fruto que determinar el local del antiguo patio de los naranjos. Este, según opinión de varios y en especial de un viejo portero de la Escuela de Medicina, era precisamente la misma área en que hoy está situada la casa número 7 de la calle de la Perpetua, en la que habitó nuestro elegante poeta D. José Joaquín Pesado.

Tampoco nos ha sido dable averiguar si es realidad ó fábula el tan mentado subterráneo que, según la creencia popular, comunicaba el edificio de la Inquisición con el convento de dominicos.

Otra cosa permanece envuelta en las nubes del misterio: la pieza á que se entraba por el salón de audiencia, y á cuya puerta tenían que detenerse sin pasar adelante, pena de excomunión, todos los que no eran oficiales del secreto: ¿qué objeto tenía, á qué estaba destinada? ¿Era por ventura el lugar donde se guardaban los instrumentos del suplicio? Curioso y horrible sería el aspecto de aquella reunión de aparatos inventados por la crueldad más refinada. ¿Era la galería donde las estatuas de los reos fugitivos y los huesos de los que habían muerto en

la cárcel, esperaban el día del auto de fe para ser devorados por el fuego?

La Inquisición no disimulaba su rencor salvaje. Avida de venganza, era un dragón que tenía cien garras para hacer presa, y cuando no podía dar alcance al fugitivo, se consolaba quemándole en efigie, que así á lo menos echaba un borrón indeleble en su memoria. Solía la muerte disputarle sus víctimas, sobre todo, cuando el tratamiento que se les daba en las prisiones era excesivamente bárbaro; pero todavía así le quedaban los cadáveres.... no, las osamentas, contentándose entonces con las sobras del festín. No sin razón dijo el cantor de la Grandeza Mexicana que la Inquisición era:

> Una espía, á quien no hay secreto obs-
> (curo,
> Que tiene ojos de Dios, y el delincuente
> Aun en el ataúd no está seguro

Por lo demás, su historia abraza épocas notables y episodios interesantísimos, matizados de hechos prodigiosos, á veces dramáticos, pero entre los cuales se descubre un fondo horrible como una niebla nocturna. No es, sin embargo, nuestro intento, referirlos, ni cabe tal empresa en el plan que nos hemos propuesto; consa-

graremos sí, algunas páginas á la parte leyendaria ó cíclica de la Inquisición por amor á nuestras tradiciones populares.

XIX

La Mulata de Córdoba.

¿No habéis asistido alguna vez á las risueñas pláticas de nuestra gente pobre? Si algún aguacero os ha obligado á tomar asilo en un zaguán, ¿no habéis escuchado los diálogos que alegran el cuarto del portero? ¿No ha llegado á vuestros oídos, sin quererlo, algún fragmento amoroso del idilio representado en la calle entre un mozo de café y una linda costurera? Se trata de una empresa difícil, se trata de que la muchacha, venciendo los obstáculos que le opone la suspicacia de una tía terrible, acuda á una cita.... ¡dura exigencia! ¡proyecto irrealizable!

Pero el amante insiste; redobla su empeño, y aun ya sospecha que la negativa procede del poco afecto que se le profesa, ó quizá de algún compromiso contraído con otra persona

—¡Nada de eso! pero.....

—¡Dí claro que ya no me quieres!

—Nada de eso, pero....

—¡Pero qué!

—Me pides un imposible! ¡eres un imprudente! ¡yo no hago milagros! ¿qué soy la Mulata de Córdoba?

Asoma á vuestros labios una sonrisa al oír este nombre que os hace recordar con deliciosa armonía en lo íntimo del alma la conseja á que se refiere, y que con mil otras escuchábais de niño durante las primeras horas de la noche, á la luz de la bujía, de labios de la sirvienta más antigua de vuestra casa, ó tal vez de los de alguna hermosa Scherazada que á la sazón se hallaba en ella de visita. Os transladáis involuntariamente á esos tornasolados años de la inocencia, que disfrutásteis ajenos de pesar y de inquietudes, dejado apenas el regazo de la madre, y en que recién venidos á la vida empezábais á gustar no más que sus placeres. ¡Oh! quién no vuelve los ojos con encanto á esa edad tranquila, aurora de la existencia, perfumada con el amor de la familia, fresca y pura con el rocío de tiernas puerilidades! ¡quién no conserva en el corazón, aunque marchitas, algunas de las flores que cortó durante sus primeros pasos en el mundo! ¡Quién no atesora como las reliquias de esa fugitiva edad las relaciones fantásticas, los sabrosos

cuentos que entonces le entretuvieron y embelesaron!

Sí, pocos habrá que no sepan la leyenda de la Mulata de Córdoba y no hay mas que penetrar en el hogar del pobre para oír frecuentes alusiones al poder mágico y portentoso de esa célebre mujer. ¿Pero existió realmente? ¿No es una de tantas ficciones inventadas para alejar de los niños el sueño? Prescindiendo de la virtud sobrenatural de que se presenta revestida, hay que convenir en que su existencia fué un hecho; y deponiendo la crítica veámos lo que acerca de ella cuenta la tradición.

La Mulata de Córdoba empezó á darse á conocer de una edad en que habiendo alcanzado el perfecto desarrollo de su organización, no podía llamarse ni joven ni vieja.

No faltaba, sin embargo, quien asegurase ya de edad avanzada. haberla conocido desde niño en el mismo estado en que todos la vieron siempre; por lo que una de las primeras virtudes que se le atribuían era la de conservarse la misma á pesar de la destrucción y desmejora que acarrea el trascurso del tiempo.

Lo cierto es que era el oráculo de la gente supersticiosa de su época, en atención á que se le suponía estar en contac-

to con seres de un mundo misterioso y sobre natural, con quienes comunicaba cuando mejor le parecía, sabiendo por ellos los secretos del presente y los del porvenir. Poseía, además, dotes que la hacían buscar como un remedio universal para las dolencias del cuerpo y las aflixiones del espíritu.

Él lugar de su residencia era un arcano: tenía el don de ubiquidad, y alguna vez se supo que á la misma hora había respondido á una consulta en Córdoba, y aplicado un medicamento á un enfermo de la capital. Ordinariamente habitaba una caverna; este la visitó en una hundida accesoria; aquél la vió en una de esas casas horrorosas que tan mala fama tienen en los barrios más inmundos de las ciudades, y otro la conoció en un modesto cuarto de casa de vecindad, sencillamente vestida, con aire vulgar, maneras desembarazadas, y sin revelar el mágico poder de que estaba dotada.

Pero el medio más común de ponerse en relación con ella, era invocar su presencia en cualquier lugar, y entonces aparecía súbitamente; dábase á conocer y ofrecía sus servicios al invocante. Las más veces se dejaba ver sin saber cómo; pero alguno la vió venir atravesando rápidamente los aires sobre una nube.

¿Qué fuerza natural ó qué elemento no caería bajo el dominio de semejante mujer?.

He aquí por qué era considerada como un paño de lágrimas en las necesidades más apremiantes.

¿Había una doncella herida de amorosos cuidados? Tal vez suspiraba lejos del dueño de su corazón; tal vez sentía el roedor veneno de los celos y anhelaba cerciorarse de la fidelidad de su amante, tal vez éste la había abandonado partiendo á lejanas tierras, y ella se consumía en estériles votos sin poder consolarse, sin poder reprimir sus ansias, sin poder echar en olvido al objeto á la vez aborrecido y adorado de su pasión, y entre tanto

"Llorando la ausencia
Del galán traidor,
La halla la luna
Y la deja el sol:
Añadiendo siempre
Pasión á pasión,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor"

En tal situación, ¿qué camino tomar? ¿á quién acudir?

La Mulata le dará un filtro maravillo-

so, que una vez circulando en las arterias de su amante, irá al corazón de éste y grabará en él con letras de fuego el nombre de la ninfa. Desde entonces nada tiene ya que temer, porque el prestigio de que se ha de ver rodeada será irresistible, omnipotente.

Un caballero está oprimido de mortal pesadumbre: el demonio de la pobreza le tiene entre sus garras, quiere mejorar de condición; pero le faltan medios; quiere elevarse en la sociedad, adquirir un puesto distinguido, fama, nombradía: pero carece de posibles.

"Poderoso caballero,
Es don dinero."

¿De dónde conseguirle? ¿Cómo obligarle á venir á sus manos? ¿cómo llegar á merecer sus favores? ¡Un tesoro! ¡una mina! ¡una lotería!.... Sí una lotería, ya que el trabajo nada produce, ya que la economía y las privaciones no mejoran la suerte, no ablandan á la fortuna. ¡Una lotería!.... Pero ¿cómo adivinar el número que ha de ser premiado?

Una hermosa dama, sí, hermosa, pero no rica, desea ardientemente presentarse en un baile adornada con magnificencia, ya logró un traje con que hará morir de

envidia á las más encopetadas señoritas de la corte. Consulta con el espejo y sonríe al mirarse tan hechicera. más..... ¿qué sombra anubla su frente? Nota que le hace falta el aderezo de diamantes; ¡ah, si poseyese el que estrenó hace poco la virreina! ¿cómo tener uno igual ó semejante?

La dama y el caballero saldrán de angustias acudiendo á la Mulata.

Era ésta, en suma, una Circe, una Medea, una Pitonisa, una Sibila, una bruja, un ser extraordinario á quien nada había oculto, á quien todo obedecía y cuyo poder alcanzaba hasta trastornar las leyes de la naturaleza.... Era, en fin, una mujer á quien hubiera colocado la antigiiedad entre sus diosas, ó á lo menos entre sus más veneradas sacerdotisas; era un "medium," y de los más privilegiados de los más favorecidos que disfrutó la escuela espiritada de aquella época..... ¡Lástima grande que no viviera en la nuestra! ¡de qué portentos no fuéramos testigos! ¡qué revelaciones no haría en su tiempo! ¡cuántas evocaciones! ¡cuántos espíritus no vendrían sumisos á su vez! ¡cuántos incrédulos dejarían de serlo!

Pero la Inquisición era demasiado lince y superlativamente materialista. Cuan-

do llegaron á sus oídos tan estupendas maravillas, sonrió con desdén y clavó sobre la maga una mirada de serpiente.

Después alzó la mano con sorna dispuesta á caer sobre su presa; escabúllese ésta con celeridad vertiginosa y cruza triunfante por el cielo; pero su perseguidora ya estaba preparada á este lance: tiende en el aire su red de acero y...... no hubo escape, la Mulata quedó prendida entre las mallas.

Cuando se supo que yacía sumida en una de las cárceles del Santo Oficio, quedaron consternados sus prosélitos y admiradores; mas entonces á ella, que todo lo sabía, le llegó su vez de reír y lo hizo con una desdeñosa carcajada que resonó pavorosamente por todos los ángulos del edificio.

Tenía razón.

Pasado algún tiempo, y cuando ya se iba desconfiando más y más de la fuerza sobrehumana de que había hecho alarde; cuando los que la tenían presente aguardaban que de un día á otro se leyera su causa en un auto de fe, é incontinenti fuese conducida al quemadero, ella se propuso chasquear á sus guardianes y dejar atónito á todo el mundo.

Estamos en la mazmorra inmunda que la aprisiona: en una de las paredes ha

pintado con carbón un buque, y está presente el carcelero contemplando el primor de la pintura.

—¿Qué le falta á este barco? pregunta la Mulata.

—Nada, repondió el guardián, solo que ande.

—Eso es lo de menos; pero no caminará solo.

En diciendo esto la hechicera, por una de sus artes se introdujo en el buque susodicho, el cual comenzó á deslizarse poco á poco á lo largo de la pared, hasta perderse con su carga en el rincón de la pieza, quedando el espectador de aquella escena con un palmo de narices.

Desde entonces desapareció para siempre la Mulata.

XX

Un reo que parece juez

—¿Ya sabes la gran nueva de hoy?

—¿Llega acaso el galeón de Filipinas? ¿está ya en Veracruz la flota de España? ¿trae mercedes?, ¿á quiénes?

—Cierto que ignoras cómo anda el mundo.

—Pues dime, ¿qué hay?....

—¡Qué ha de haber! ¡Que el Santo Oficio ha hecho hoy una gran presa, una presa ilustre! Ya se persuadirán los detractores de la Santa Inquisición, que no sabe lo que es acepción de personas, que para ella lo mismo es el rico que el pobre, el rey que el vasallo. Esto hacía falta, sí, un ejemplo ruidoso, un caso nunca visto, ¡la primera autoridad haber de reconocer que muy cerca de sí tiene al superior que vela sus pasos!, ¡excelente!

—Pero tú te has vuelto loco, y quieres que yo te acompañe á San Hipólito! ¿Acabarás de decirme qué pasa?

—¿Qué pasa?

—Sí.

—Que su excelencia el señor virrey tiene que comparecer hoy día, (óyelo bien) ante el tremendo tribunal del Santo Oficio!

—¡Cómo es eso!

—Sí, se le citó inmediatamente...... ¡muy acertado!... y á pesar de su pompa, á pesar de su boato.... habrá de obedecer. Ya lo veremos, señor marqués de Croix, ¡de Croix!, tras de la cruz está el diablo!

—Hasta ahora.... si no te explicas más.....

—Pues sí, sábelo bien. La corte está escandalizada, y en breve lo estará todo el reino; porque quien debía ser un espejo de religiosidad, un dechado para todos nosotros, es el primero que ve con menosprecio las cosas sagradas.

—¡Ah, vamos, algún sacrilegio!

—Hoy que nuestra Santa Madre Iglesia recuerda al hombre que es polvo y.....

—Ceniza: dígalo si no mi frente.

—Fueron los señores Canónigos á las Casas Reales á dar, según costumbre, la ceniza al señor virrey; pero su excelencia....

—¡La rehusó!

—No tanto; pero sí mandó decirles que tuvieran á bien aguardar.... ¡como si tratase con alguna comisión de concejales de pueblo!

—¿Pero al cabo tomó ceniza?

—Sí.

—¡Vaya, si no me sales con el parto de los montes! ¡No ves que su excelencia tendría á la sazón algún negocio, cuyo despacho no pudo retardar!

—Lo cierto es que á la media hora ya estaba emplazado para presentarse ante el Santo Tribunal.

—¿Y no le sorprendió la cita?

—¡Vaya si no! Dicen que al recibirla, exclamó: **Con que también los virreyes**

están comprendidos en la jurisdicción del Santo Oficio! Ya ves que lo que debe sorprender es la duda de su excelencia.

—¿Y no cabe duda en que acudirá al llamamiento?

—Y dentro de pocos instantes, como lo verás.

En efecto, no bien habían terminado su diálogo nuestros dos interlocutores, cuando los toques de ordenanza anunciaron en Palacio que salía el virrey; salía, es verdad, mas no solo, sino al frente de un batallón competentemente armado y seguido de una batería.

Toda la gente se preguntaba con susto qué objeto tenía aquel aparato; pero la comitiva siguió impávida en dirección á las casas del Santo Oficio.

Al llegar, la tropa puso cerco al edificio, y el virrey atravesó con serenidad el patio, subió la escalera y se presentó en la sala de audiencia ante los inquisidores, que con grande autoridad le esperaban sentados en el tribunal. Sus miradas se fijaron á un tiempo en el emplazado con una expresión indefinible que podía significar sorpresa, satisfacción, orgullo y aún altivez. Pero él, con una calma imperturbable y cierto aire libre y depresivo, como de quien viene á imponer la ley antes que recibirla, sin esperar

á que le hablasen, sacó el reloj y tomó la palabra, encarándose al inquisidor presidente:

—Ante todo conviene tener entendido que para esta entrevista no podemos disponer sino de diez minutos. Vea V. S. lo que tiene que decirme en este espacio, porque si expira antes de que salga á la calle, la artillería que está abocada al edificio empezará á obrar hasta reducirlo á escombros. Por lo mismo, creo que á todos nos importa ser breves.

—No cabe la menor duda, excelentísimo señor, aunque es extraño......

—Bien; pues pasemos al asunto.

—No hay para qué seguir adelante. excelentísimo señor.

—Según eso, la audiencia está terminada.

—Y muy felizmente, porque.... Será bien que V. E. piense ya en retirarse.

—Porque quien se presenta á juicio con tantos y tales abogados.....

—No puede menos de salir airoso; pero, dispensando, suplico á V. E. se digne retirarse.

—Podemos hablar todavía por algunos minutos.

—No es menester, y el tiempo es precioso.... una distracción.

—Podía sernos funesta..... comprendo. Así, que..... .

Al decir el virrey estas palabras, hizo una ligera inclinación ante el tribunal, y consultando el reloj con presteza, empezó á andar sosegadamente.

Cuando llegó á la calle, y antes de montar en su coche, dirigió una mirada alrededor. La gente estaba azorada esperando con avidez el resultado del juicio. La mecha humeaba en manos de los artilleros, y el jefe de la fuerza, inmóvil como una estatua, seguía con la mirada fija en la carátula de su reloj los pasos del minutero.

—¡A Palacio!, se oyó decir desde la testera del carruaje, con un acento que no indicaba la menor emoción, y casi en el mismo instante partió el carruaje, atravesando después orgullosamente la plazuela de Santo Domingo.

¡A Palacio!.... por entonces; más no pasó mucho tiempo sin que el marqués de Croix recibiese la orden de volverse á España.

No podía la Inquisición entregar maniatado al virrey á la voracidad del quemadero; pero sí pudo comparecer ante el monarca y suplicarle con semblante beato, con actitud doliente, que separase del gobierno de la Nueva España á un

hombre que hacía esperar á los canónigos para tomar ceniza, y que se presentaba á las casas del Santo Oficio, como si fuera á apoderarse de un fuerte por asalto. Faltas eran éstas que podía disimular, mas nunca echar en olvido. Sobre todo, jamás toleró que le usurpasen sus fueros, y nunca pensó sin derrame de bilis en un reo que parece juez.

XXI

Presos Insignes

El calabozo que la Inquisición había preparado para el virrey quedó, como hemos visto, esperando el bocado con la boca abierta. Al fin tuvo que resignarse á perderle, aunque no sin desconsuelo. Con todo, pronto vinieron á reemplazarle nuevas presas, supliendo la abundancia lo ilustre de la que se había escapado.

El Santo Oficio era insaciable: su actividad rayaba en fabulosa; no podía estar muchos días sin alimento, y casi siempre ponía los ojos en las eminencias de la sociedad; la vulgaridad le fastidiaba, y en esta parte, era más exigente y descontentadizo, que el minotauro. Obra inter-

minable sería la enumeración detallada de todas las víctimas que respiraron el aire infecto de sus cárceles, pero ¡cómo pasar en silencio los nombres de algunas, cuya memoria derrama un bálsamo en el corazón, y será el esmalte de este libro!

¡Morelos! ¡Hidalgo! ¡Teresa de Mier!.... ¡cuántos recuerdos despiertan en el alma al evocar estas sombras venerables! ¡Su gloria está llenando los primeros lustros de nuestro siglo, y se asocia melodiosamente á todos los sentimientos patrióticos, á todas las más nobles y fervientes aspiraciones que engalanaron la aurora de nuestra regeneración social y política!

Sí, estos ciudadanos eminentes fueron el blanco de los tiros de la Inquisición, y dos de ellos gustaron el pan negro de sus calabozos. Sin embargo, el tiempo en que tuvieron esta suerte, corresponde al período de la historia del tribunal, en que ya no era ni la sombra de lo que fué: su rigor ya había amainado; en el lugar del brasero crecían los árboles de la Alameda con su pompa y sus aves, como para borrar la enojosa memoria del tormento; ya no se celebraban tan á menudo los autos de fe; la mayor parte de éstos eran secretos y particulares, como si el tribunal se sonrojase de sus propios hijos; los penitenciados solían sustraerse con má-

frecuencia á sus furores; dos de ellos, Don Juan Olavarrieta y Don José Rojas, después de salir en el auto de 1804, lograron la absolución, y el primero partió á España, donde más tarde se hizo célebre, publicando el "Diario de Cortes," y el segundo emigró á los Estados Unidos, donde, en venganza, dió á luz un opúsculo contra la Inquisición. Era ésta, en suma, ya no más que un espantajo, y con mucha propiedad se le definía:

"Un Santo Cristo,
Dos candeleros,
Tres majaderos."

Sin embargo, al oír el grito de Dolores, que inició la gloriosa revolución de independencia, pareció reanimarse y dar muestras de su antiguo brío. El 13 de Octubre del mismo año en que ésta se proclamó, hubo de fulminar un edicto terrible contra Hidalgo y sus secuaces. Hay quien afirme que ya desde 1800 tenía el héroe causa pendiente ante el tribunal; pero que no se le había reducido á prisión, por la reforma que en él se notara. Doce son los cargos que le hicieron en el edicto, entre los cuales es curioso el de no haber querido graduarse en la Universidad, porque decía ser ésta "una cuadrilla de ignorantes." Concluye el edicto

citándole dentro de treinta días, so pena de seguir la causa en rebeldía, hasta la relajación en estatua, y además, fulmina excomunión y pone quinientos pesos de multa "á los que aprobasen la sedición, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo, ó le prestasen cualquier género de favor ó ayuda; así como también á todos los que no denunciasen ó no obligasen á denunciar á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias, ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen."

A pesar de esto, Hidalgo tuvo la rara felicidad de no pasar bajo las horcas caudinas del Santo Oficio.

No así el gran Morelos.

Promulgada la Constitución española en 1812, empezó la nación á caminar derechamente y de prisa por la senda de las reformas; una de las que primero introdujeron las Cortes, fué la extinción del funesto tribunal, previo un ardiente debate, que terminó con la aprobación del decreto de 22 de Febrero de 1813. Este se promulgó en México, el 8 de Junio, y por otros dos bandos se mandaron incorporar los bienes de la Inquisición á la real hacienda, y quitar de la Catedral las tablillas con los retratos y nombres de los reos que habían sido penitenciados.

"Por una ordenación de las cortes—

leemos en el Diccionario de Historia citado—se mandó publicar el decreto de extinción, tres domingos consecutivos, en la misa mayor de las Catedrales y parroquias. El Nuncio apostólico y el Cabildo de Cádiz, se opusieron á esta determinación, como contraria á los usos y cánones que sólo permiten "inter missarum solemnia," la exposición del Evangelio ó los edictos y pastorales de los Prelados. En México, para obviar, el Arzobispo Don Antonio Bergosa y Jordán, hizo preceder el decreto de un edicto suyo. En cumplimiento de estos decretos, el intendente Don Ramón Gutiérrez del Mazo, procedió á recoger é inventariar los bienes, entregando los inquisidores con la mejor buena fe, y cosa que en un siglo de corrupción como el en que vivimos, causa un asombro estupefaciente, sesenta y cuatro mil pesos en plata, ocho mil en oro, y lo que es más, la obra pía del Lic. Vergara para alimentos de los presos de la cárcel, de la que eran los inquisidores patronos y herederos, por una cláusula terminante, si dejara de existir el tribunal, ó quisiese otra autoridad intervenir en la obra pía, cuya condición se cumplía entonces. Por la Administración de esta fundación. tenía cada uno de los inquisidores un tintero de plata anualmente, el día de San Pedro Mártir; de

los productos de dicha obra pía, construyeron los inquisidores la casa de las Recogidas, de San Lúcas."

"Al tiempo de la extinción, eran inquisidores los Doctores Don Bernardo de Prado y Ovejero, Don Isidro Sáenz de Alfaro, primo del Arzobispo Lizana, y Don Manuel Antonio Flores."

Mas con la vuelta de Fernando VII al trono de España, y derrocada la Constitución, se restauró todo á como estaba antes de la sanción de aquel Código. El tribunal de la Inquisición fué restablecido en México el 21 de Enero de 1814. Días antes, el Arzobispo Bergosa había publicado un edicto, por el que mandaba "caritativamente" á sus diocesanos, "acudan á denunciar al Santo Oficio, á sus comisarios y ministros, todos los delitos de herejía ó sospecha de ella, como también la lectura de libros prohibidos, bajo la pena de excomunión mayor."

No tardó en darse cumplimiento á la prevención, y vemos á poco al Santo Oficio, fulminar contra la Constitución de Apatzingan, y apoderarse de cuantos en su concepto estaban comprendidos en el edicto, empezando por D. N. Movellan.

Aquí también da principio la tragedia de Morelos. Háse referido tantas veces y por plumas tan gallardas, que fuera sobrada avilantez pretender hacer una nue-

va edición por completo. No obstante, se nos excusarán algunas breves pincela das.... ¡hay tanto atractivo en reproducir esa emoción indefinible, ese placer doloroso que causa la narración de tales historias!

Era el 22 de Noviembre de 1815. El héroe, el caudillo insigne que acababa de ser aprehendido en Tesmalaca por el brigadier Don Manuel de la Concha, era traído de Tlálpan, muy de mañana, y en un coche, para evitar escándalo, á las cárceles secretas de la Inquisición.

Las jurisdicciones militar y eclesiástica unidas, comienzan la causa, que queda instruída en el espacio de veinticinco horas, y se desea proceder inmediatamente á la sentencia y ejecución. ¡Tan implacable y frenético así es el encono que se tiene contra un hombre, á quien deificarán las generaciones venideras!

Pero el Arzobispo electo, Dr. Don Pedro José de Fonte, reclama su parte en la triste gloria de condenar al acusado, y al efecto, nombra una Junta de eclesiásticos, que por dictamen unánime de sus miembros, le sentencia á privación de oficio y beneficio, degradación de las órdenes, y entrega al brazo secular.

No queriendo quedarse atrás la Inquisición, suplica al Virrey que difiera la

ejecución de la sentencia pronunciada por el Arzobispo y su Junta, y lo consigue.

Cuatro días después, se agolpa la gente á la entrada de una sala enorme. ¿Qué pasa en su recinto? Celebran auto los inquisidores Flores y Monteagudo, y el fiscal Tirado, asistidos de los dos consultores togados, el provisor y el delegado de la mitra de Michoacán. Morelos oye los cargos que se le hacen, sentado en un banquillo sin respaldo, con sotanilla corta sin cuello y vela verde, en hábito de penitente. El acusado se descarga satisfactoriamente, y con todo se falla: que el presbítero D. José María Morelos, es hereje formal negativo, fautor de herejes y perturbador de la gerarquía eclesiástica, profanador de los Santos Sacramentos, traidor á Dios, al rey y al Papa, y como á tal se le declara irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y se le condena á que asista á auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde, á que haga confesión general, y tome ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdone la vida, á una reclusión para todo el resto de ella en Africa, á disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en

la iglesia Catedral de México un sambe nito como á hereje formal reconciliado.

Presto se llevó el viento estas vanas palabras, que solapan intenciones más ruines y feroces. La verdadera sentencia está ya pronunciada de antemano, y se le notifica al héroe el 21 de Diciembre del propio año, estando en la Ciudadela. En la noche de ese día ocurre un incidente singular.

Entre los carceleros que custodian á Morelos y le dispensan toda suerte de consideraciones, se presenta á visitarle un personaje misterioso: manifiéstale que sólo ha venido para conocerle, y al conversar con él, queda prendado de su carácter; admira su entereza, trata de sorprender en su ánimo algún indicio de debilidad, y no puede menos de confesarse á sí mismo que las relevantes dotes que adornan al ilustre preso, le constituyen merecidamente el caudillo de un gran pueblo y el sostenedor de la causa que ha abrazado. Este desconocido, que para salir del paso, se ha valido del disfraz, es nada menos que el virrey Calleja.

Cuando vuelve á Palacio, ya muy entrada la noche, halla á la virreina en vela, esperándole en su retrete. Al verle, cae de rodillas, y bañada en lágrimas, le dice:

—No puedo ocultarte que me duele en el alma la suerte de ese hombre.... ¡pudieras librarle del suplicio!.... Sí, tú lo puedes; yo te lo suplico rendidamente; mándale á España. Acaso allí serán menos inhumanos.

¡Tal es la política de los satélites de la Corona!, ¡tal la simpatía que han encontrado siempre en la piedad del sexo hermoso, los caracteres heróicos y los grandes infortunios!!

Al siguiente día, cabalmente un mes después de la entrada de Morelos á las cárceles del Santo Oficio, sale de México. á la madrugada, un coche que, escoltado, camina hacia el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

En llegando, se apean á la entrada de una casa que sirve de cuartel, dos hombres, uno de los cuales porta modesto traje eclesiástico, y el otro uniforme militar, que parece de oficial de alta graduación.

Conversando amigablemente entre sí, pasan el umbral, y toman posesión de una pieza, donde se les sirve de comer. Hablan sobre el mérito de la fábrica de la iglesia del lugar, y se divagan, tratando de otras cosas indiferentes, como si estuviesen meramente de camino.

Concluída la comida, el militar dirigiéndose á su compañero, le dice:

—Señor cura, ¿sabe usted á qué ha venido aquí?

—No lo sé, contesta el eclesiástico; pero lo presumo.... á morir....

—Sí.... tómese usted el tiempo que fuere necesario....

—Muy luego despacho; pero permítame usted que fume un "puro," pues lo tengo de costumbre después de comer.

Diciendo esto, enciende el puro con tranquilidad, mientras le proponen traerle á un fraile para que se confiese.

—Que venga el cura, replica, pues no he gustado de confesarme con frailes.

Viene el Vicario, y encerrándose con él en una pieza, recibe la última absolución.

Después, viendo desfilar al toque de cajas, las tropas que componen el cuerpo de guardia del destacamento, exclama:

—Esta llamada es para formar: no mortifiquemos más.... Deme usted un abrazo, señor Concha, y será el último.

En seguida, metiendo los brazos en la "turca" y ajustándosela bien, añade:

—Esta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.

Quieren vendarle los ojos; pero él lo resiste, diciendo:

—No hay aquí otro objeto que me distraiga.

Saca el reloj, ve la hora.... pide un

Crucifijo, y le dirige estas palabras solemnes: "Señor, si he obrado bien, tú lo sabes, y si mal, yo me acojo á tu infinita misericordia."

Persisten en que se vende los ojos, y lo hace él mismo, tomando su pañuelo por las puntas encontradas, dándole vueltas y atándoselo....

—¿Aquí es el lugar? pregunta

—Más adelante.

Da unos cuantos pasos, y previniéndole que se arrodille, pregunta segunda vez:

—¿Aquí me he de hincar?

—Sí, aquí, exclama el clérigo que le auxilia: "haga usted cuenta que aquí fué nuestra redención!"

Puesto de rodillas, se da la voz de fuego, y el gran Morelos cae, atravesada la espalda por cuatro balas; pero dando todavía signos de vida, le duplican la descarga..... Pongamos un sudario sobre la víctima sublime; no, ¿para qué ofuscar el velo resplandeciente con que le cubre la inmortalidad? ¡No ha muerto! Vive, y vive la vida de los siglos! La gratitud nacional no le ha erigido una estatua en el pueblo humilde, altar del holocausto. ¡No importa! La memoria del héroe se transmite con nuevo brillo de generación en generación, como una herencia sagrada, y en cada corazón me-

xicano tiene un monumento imperecedero.

Las palabras pronunciadas en los instantes que preceden á la consumación del destino del hombre, tienen un carácter augusto y brotan de labios inspirados. Cuando hirieron el aire las palabras "haga usted cuenta que aquí fué nuestra redención," las sombras de las pasadas edades se miraron atónitas, y aplaudió el porvenir, acogiéndolas como una profecía cumplida; porque la patria iba en breve á extremecerse al sentir en su seno la caliente sangre del mártir, y este rocío del cielo lavaría su afrenta, y no hay duda, la redimiría de su esclavitud de tres centurias.

El día de este suceso fué también señalado con un violento terremoto....

¿Ha sido penoso al lector, seguirnos en la narración de este episodio?

Tal vez.

Confesamos que, seducidos por la valiente figura de Morelos, casi habíamos perdido de vista un objeto accesorio aunque muy atendible, en el mismo cuadro: la serpiente que tiene aquél bajo la planta, sin poder evitar que se la muerda.... la Inquisición. Démosle la postrer mirada.

Hemos comprendido poco antes al P. Mier entre las víctimas insignes del es-

pantable tribunal del Santo Oficio. Tiene, efectivamente, este mérito, ante la posteridad, y como de propósito hemos omitido enumerarle al bosquejar su vida, justo es que ahora le coloquemos en su propio lugar.

Después de acompañar el buen fraile al General Mier en toda su carrera de triunfos y desastres, cayó prisionero en la toma del fuerte de Soto la Marina, por el brigadier Arredondo, y se le trajo á México con fuertes grillos en los piés, en un macho aparejado, padeciendo en el camino el accidente de un golpe, que le quebró el brazo derecho, quedándole inutilizado para toda su vida. Al llegar, se apresuró la Inquisición á abrirle sus ferradas puertas, y no le devolvió á la luz del día, sino hasta el año de 1820, en que fué confinado al castillo de Ulúa.

Sin embargo, es preciso confesar, para hacer justicia á todos, que durante su prisión en los calabozos inquisitoriales, fué objeto de consideraciones hasta entonces sin ejemplo, llegando hasta á proporcionarle medios para escribir, y permitírsele comunicaciones de afuera.

Los que personifican en la orden de predicadores el tribunal del Santo Oficio, no podrán menos de ver reproducida en este hecho la fábula de Saturno, que devoró á sus propios hijos.

XXII.

Presente.

No siempre es injusto el tiempo al cumplir con la obra de destrucción que le ha confiado la Providencia. Si descarga sin conmiseración su rudo martillo, sobre las instituciones benéficas que honran á la humanidad, también se apresura á minar con la misma indiferencia esos negros monumentos, levantados por pasiones bastardas, que parecían eternos sobre sus bases de pórfido.

¡Murió la Inquisición para no resucitar jamás!

Avida de riquezas, confiscaba los bienes de los infelices, á quienes asestaba sus tiros..... ¡miseria humana! ¿Pudo acaso prever que le estaba reservada la misma suerte? Su temido alcázar pertenece ahora á muchos dueños, y por un alto destino, la casa donde ella fulminaba anatemas y destrozaba los miembros del hombre en la tortura, oprimiendo á la vez la conciencia y el cuerpo; esa casa, mansión un tiempo de la aflicción y la muerte, es hoy el santo albergue de la ciencia, que consagra sus vigilias al alivio de las enfermedades y á la conservación de la especie humana.

Nadie tiembla ya al acercarse á sus puertas, si no es el vulgo, que cuando pasa de noche por la calle de la Perpetua, todavía se estremece, al fijar la vista en el aspecto adusto del edificio, y cree oír allá en lo interior el son de las cadenas y los dolorosos ayes de los presos. Aun de día, cediendo á una preocupación invencible, poco transita por la calle mencionada, y acaso el nombre de ésta viene de la "perpetua soledad" en que regularmente se encuentra.

Mas ya es tiempo de decir adiós á las casas que fueron del Santo Oficio, y de encaminar otra vez los pasos al convento de dominicos. ¿Conocísteis la cerca que aprisionaba el atrio, quitando parte de la vista del templo principal, y casi sofocando las capillas? Ya no quedan del celoso muro sino los cimientos, que se dejan ver en una línea blanquizca y escabrosa; pero el monumento ha ganado, y ahora luce por entero la gallardía de su construcción y la magnificencia de su aspecto.

En uno de los ángulos del atrio está acumulado el escombro de la parte del claustro, que ha sido preciso derribar, para abrir la calle que desemboca en la de la Puerta Falsa. Acrecen también cada día ese cúmulo informe, los restos de las capillas del Señor de la Expiración y de la Tercera Orden, que no se sabe por

qué son destruídas. Es lástima, porque ambas eran de bella arquitectura, y particularmente la segunda, se hallaba aderezada con retablos de buen gusto. Dirigió la fábrica de ésta, el artífice Don Lorenzo Rodríguez; se bendijo en la mañana del 19 de Febrero de 1757, y todos sus costos fueron ministrados por los terceros, dando la mayor parte el teniente de capitán, Don Juan Martínez de Aspiú, y Don Juan de Inclán.

El templo mayor, tan pronto se abre como se cierra, y torna á abrirse al culto católico, y es un triste ejemplo del vaivén de las determinaciones humanas.... ¡No pongamos en ridículo nuestros ensayos de libertad religiosa! ¡hagamos palpar con hechos, que no es una impostura el principio felizmente conquistado de la independencia entre las potestades civil y eclesiástica! ¡no degrademos la política hasta convertirla en un perpetuo carnaval! ¡comprendamos al fin que encarcelar á la libertad en un círculo de pequeñeces, es desprestigiarla, y poner en sus manos el cetro del despotismo, prostituirla! ¡La suspicacia y el recelo son armas de la tiranía! ¡la libertad es franca y noble! ¡la libertad no es asustadiza, nada tiene que temer, porque es grande y fuerte, como la omnipotencia!

No ha mucho, era todavía la torre un

gigante que significaba sus pesares y contentos por medio de labios de metal: en el día sólo conserva la sonora campana mayor llamada "Nuestra Señora del Rosario," que se estrenó, según el Diario de Castro Santa-Anna, el 12 de Junio de 1753, habiendo sido fundida dentro del convento por el maestro José de Lemos, que se hallaba allí, retraído, y siendo provincial el R. P. Fr. Antonio Villegas. Sacó de peso cuatrocientas cuarenta arrobas.

Si del atrio pasamos al interior de la iglesia, veremos con gusto que su ornato es el mismo de siempre, y que las festividades religiosas se celebran con la pompa acostumbrada. El que no tenga idea de ese interior, imagínese una nave con crucero, pero una nave esbelta de más de cincuenta metros de longitud: además del cimborrio, forman su cima ocho bóvedas; tiene en el costado que está á la derecha del que entra, cinco capillas, tres grandes y dos pequeñas, debajo del coro, y la entrada que mira á la calle de los Sepulcros. En el izquierdo se vé una capilla más, que es la del Rosario, la cual es á manera de una rotonda, comunicada con el templo principal, por medio de una corta galería: su adorno es gracioso, y se conoce que fué obra de una mano hábil, aunque no muy severa,

y, por decirlo así, clásica, en punto á arquitectura. Con todo, produce buen efecto el altar mayor, no menos que el cornisamento, sostenido por dieciséis columnas, con chapiteles festonados, y la balaustrada, que descansa sobre la cornisa superior, cerca de la cual arranca el cimborrio. Completan el adorno unos cuadros del maestro Villanueva, que representan pasajes de la vida de la Virgen.

La fiesta del Rosario fué establecida, como todos saben, por San Pío V, en acción de gracias por la victoria que alcanzaron en Lepanto los cristianos contra los turcos, el 7 de Octubre de 1571. Muy luego después, fué introducida esta devoción en México, merced á los afanes del religioso dominico Fr. Tomás de San Juan, llamado también del Rosario, el cual fundó la Cofradía del mismo nombre, no sólo en esta ciudad, sino en la de Puebla. La capilla se construyó y dotó, por la munificencia de los mismos cofrades, entre los cuales figuraban personas de distinción y riqueza. El alguacil mayor de México, Gonzalo Cerezo, y su mujer, María de Espinosa, donaron para el culto, según refiere un cronista, una efigie de María Santísima, de plata, "del cuerpo de una mujer alta, cuyo rostro salió con mucha hermosura y perfección, y cuyo ropaje quedó adornado con

de más de cincuenta mil reales de plata, que son seis mil y tantos pesos, que llaman de tipuzque." La festividad correspondiente se celebraba cada año, precedida de quincenario, con una magnificencia regia. Era notable, sobre todo, por el simulacro de batalla naval entre cristianos y turcos, que se verificaba en el atrio del convento, en medio de tumultuoso concurso.

Mas no volvamos los pasos al terreno de lo que fué, y fijemos por última vez los ojos en el cuadro de lo que es. Aunque la destrucción no respetó el claustro, queda todavía una parte en pie, como para manifestar con arrogancia que el infortunio no le abate, y que su fuerza de inercia es mayor que la del destino Un ambiente sepulcral se respira en las abandonadas galerías; las celdas están sin techos, y el patio presenta en las junturas de sus losas algunas de esas plantas de tallos lánguidos, que son la única compañía de las ruinas. La soledad habita en el triste recinto, animado un tiempo por las sabias lecciones de Naranjo, y embellecido por las virtudes de Betanzos y Minaya. El genio de la melancolía, que deja ver sus formas pálidas á la escasa luz del cielo estrellado, suele aparecer al pie de una columna, abismado en la meditación.... ¿Qué se hicieron

varias piedras preciosas, haciendo costo los moradores del convento? El soplo de Dios los ha dispersado, como arrebata el viento de otoño las hojas marchitas que estaban para desprenderse del árbol. Los miembros de una misma familia ya son extraños entre sí, y gustan lejos unos de otros, el pan de la desgracia. Refiérese que el santo fundador de la Orden, poco antes de morir, legó su maldición á las comunidades de sus hijos, que, contraviniendo á su instituto, poseyesen bienes: ¿habrá alcanzado esa maldición á los religiosos que formaban la provincia de México?

LA ENCARNACION

I.

El Patio Principal.

Como hasta el día en que fueron reunidas las monjas en menor número de conventos, no conocíamos por dentro sino los de frailes, cuando los de aquéllas así como los de éstos, quedaron abiertos al público, el deseo de visitarlos que nos subyugaba fué imperioso, y no pudimos resistir á la tentación de formar parte de esa cadena de eslabones humanos que, como un hilo de hormigas, se extendía por las calles y enlazaba unas con otras las moradas de las religiosas.

La población toda, con raras excepciones, confundiendo sus clases, deponiendo por un momento sus odios de partido, y

acallando la voz de ciertos temores, se agolpaba á las porterías, derramándose en seguida por los corredores, escaleras, coros y viviendas de los monasterios, poseída de un sentimiento de curiosidad más enérgico que el que domina al viajero al penetrar por esas ciudades momias llamadas Pompeya y Herculano.

Lo que pasaba era real y verdaderamente una exhumación. Los piadosos asilos que por tantos años ocultaron las flores quizá más exquisitas de la juventud y la belleza, habían sido siempre para el mundo unos misterios de piedra. Sus puertas, eternamente cerradas, no se abrían sino para el capellán, el mayordomo, los prelados, y en caso absolutamente necesario, para el médico. Durante la dominación colonial, hubo, además de las personas indicadas, otras que disfrutaban el privilegio de salvar sus umbrales, y eran los virreyes. ¿Pero qué cosa se negaba á los virreyes? No se aventura mucho en asegurar que el bastón que empuñaban era una vara de virtud. Regularmente, los primeros días que seguían á la toma de posesión del Gobierno, eran los destinados á la visita de las monjas. Su Excelencia, acompañado de sus pajes, y la virreina con sus damas y algunas otras señoras principales convidadas, se dirigían á los monasterios ostentando todo

el refinamiento del boato cortesano, y afectando el porte desdeñoso de quien acaba de llegar de un país que conceptúa más culto. Era de ver entonces el aparato con que se les recibía, los agasajos de que eran objeto y las atenciones que se les tributaban. Un alegre repique anunciaba la aproximación de los ilustres huéspedes. Al poner las plantas en la portería, los acentos de la música les salían al encuentro, y los padres capellán y sacristán, y aun tal vez el arzobispo con su séquito de clérigos, les daban la bienvenida al frente de la comunidad. Pasaban luego á recorrer una á una las celdas ó viviendas de las monjas, los coros, salas de labor, noviciado, jardines, y, en una palabra, las oficinas y aposentos todos. Terminado este paseo, si la visita era de mañana, seguía inmediatamente un almuerzo opíparo; si de tarde, se les servía un magnífico refresco, después del cual, y previa la representación de algún entremés ó la vista de fuegos de artificio, regresaban sus excelencias al real Palacio, más que medianamente satisfechos.

La gente menuda, entre tanto, se consolaba con saborear en la imaginación la idea de tan primorosas fiestas. Ocho ó más días, no eran á veces bastantes para agotar las congeturas, adivinaciones y comentarios sobre el mismo asunto. Mas

al fin volvía la calma ó la indiferencia; la atención pública se fijaba en otro objeto, y pocos pensaban que había monjas en el mundo. De esta manera, el olvido por una parte, y por otra la estricta ley de la clausura, conspiraban á hacer ver en cada religiosa un ser invisible, y una tumba en cada monasterio.

Pero llega el año de 1861, y con mano de bronce se propone levantar la lápida sobre la que había impreso cada siglo al pasar, un sello formidable. El secreto que envolvía en su sombra los conventos, huye á la región de las tinieblas; y un día sin saber cómo, ni cómo no, dudando si es sueño ó realidad lo que vemos, nos encontramos en el recinto del monasterio de la Encarnación.

¿Quién es el que al ver por vez primera el interior de ese edificio, no se ha detenido á cada paso, cautivado por un sentimiento de asombro y admiración? El departamento principal es una maravilla; entre las antiguas glorias arquitectónicas de la capital en ese género, no puede disputarle la primacía, sino el departamento mayor del nacional colegio de San Ildefonso. El armonioso conjunto que forman su jardín, esmaltado de exquisitas flores, empapado en el rocío de la aurora ó idealizado con la luz de la luna, y cubierto por una atmósfera donde se besan

las emanaciones fragantes con los murmullos de las aguas, que ríen cariñosamente; sus tres corredores sobrepuestos ostentando hacia el patio otras tantas series de pilastras, perfectamente labradas, aún más perfectamente conservadas como si acabaran de salir de manos del artífice; esa senci llez, esa sobriedad de ornato que se nota en todas sus partes; las balaustradas que hacen de cada arco un balcón, de cada balcón un mirador excelente, y la suavidad de la pintura que le cubre, en consonancia con lo elegante de las formas y la festiva vegetación del patio, todo este armonioso conjunto, decimos, coloca el edificio en un lugar eminente entre las obras artísticas, y le hace aparecer, no como realidad, sino como un ensueño delicioso, ó como el palacio de una hada que ha venido á situarse repentinamente entre nosotros á las evocaciones de un mago. Si la fantasía crease alguna vez un libro de cuentos occidentales en contraposición al de las "Mil y una Noches," este departamento debía figurar, sin duda, como la encantada residencia de una hurí americana. Hoy, según sabemos, está destinado á las exposiciones de industria. Bien pensado; mas no así el cubrirle, como se ha pretendido, con una cúpula de cristal, porque sobre quitarle parte de la luz que realza sus primores, rebaja-

ría en gran manera la majestad de su apariencia. Este patio no debe tener más cúpula que el firmamento.

Tal, por lo menos, es el juicio que formamos la tarde que le hicimos nuestra primer visita. Tratemos de delinear el cuadro que á la sazón ofrecía, animado como estaba, por la presencia de los curiosos. Quizá á muchos de ellos, si estas páginas llegan á sus ojos, les será grata la imagen de lo que entonces observaron.

Pocas horas faltaban al sol para terminar su viaje diario: un haz de sus rayos, atravesando el espacio, venía á reflejar sobre los arcos superiores del edificio, dejando los de abajo juntamente con el jardín, envueltos en fresca sombra.

Después de clavar la vista en la colgadura luminósa de arriba, buscaban los ojos, por una propensión connatural al hombre, la extensión ilimitada del cielo; de este cielo de México que como una bóveda arrogante parece descansar, sin oprimirla, en la cumbre de la cordillera titánica que ciñe el valle; de este cielo incomparable, piélago azul, abismo fascinador que atrae con una fuerza irresistible el pensamiento, y absorbe las ideas y sentimientos todos del alma contemplativa para devolvérselos en oleadas de luz y de misteriosos consuelos.

En efecto, después de algunos momentos de observación, las miradas reposan en el cielo como en el regazo de una madre, ó como en un libro eternamente abierto donde está segura el alma de hallar solución á los mas importantes problemas de su destino.

No fuimos entonces la excepción de la regla.

Fijamos la atención alternativamente en el jardín y en el cielo, y descubrimos una relación graciosa entre ambos: parecían dos séres que simpatizaban; el jardín no tenía perfumes y sonrisas, sino para el cielo, y el cielo sólo tenía una mirada, única, exclusiva, profunda, apasionada, y ésta era para el jardín.

Alrededor de éste, y formando grupos en la galería inferior, se agolpaban á la reja, para mirarle, los espectadores: algunos muchachos trepaban sobre las verjas hasta donde más podían, para gozar del espectáculo á todo su sabor.

Al lado de estos grupos se mueven otros que van ó vienen, y se cruzan en sucesión interminable, como las ideas en un alma agitada.

Ningún semblante se muestra triste ó compungido; las miradas atraviesan instantáneamente por todas partes; todo lo recorren, examinan, juzgan, revisan y escudriñan, para abarcar el cuadro en todos

sus pormenores, en todos sus accidentes, y á la vez en toda su majestuosa unidad.

La curiosidad sentada á la puerta que comunica con este primer corredor, se apodera de cada uno de los que pasan, toca su corazón con dedo eléctrico, y limpiándole de toda preocupación ó malquerencia, le predispone á olvidar para sentir, y á ver para admirar.

La brisa embalsamada, que juguetea entre las verjas y pilastras, y retozando, acaricia los arbustos del jardín, se ha llevado en sus alas el polvo de nuestras rencillas políticas; y aunque pasan sin cesar unos al lado de otros, los colores rojos y verdes en las corbatas de los hombres, en los vestidos de las damas, y hasta en los adornos de los sombreros de las niñas, en esa hora y en presencia de tal espectáculo, se respira un ambiente de reconciliación y de paz, y no se oyen sino estas expresiones, y otras semejantes:

—¡Cuánto aseo!

—¡Cuánta elegancia!

—¡Con cuánta calma y placer se deslizarían aquí los años!

—¡Qué hermosos corredores!

—¡Cuánta amplitud!

—¡Este edificio es un palacio oriental!

II.

Carrera de Baquetas.

Sabido es que nuestros elegantes son el fruto de todo mercado, y los espectadores natos é indispensables en toda con currencia donde hay algo con qué divertirse, y mucho por qué reír á costa del prójimo.

El "lion" mexicano, aunque menos pulido y más superficial que el parisiense, es acaso también más intolerante, y desdeñoso en su censura. En todo halla defectos, nada está como es debido, todo le desagrada, nada satisface su gusto, y lo que es peor, todo lo ridiculiza y á nada perdona su sátira. Si en la mayor parte de sus juicios no asomara más bien el deseo de singularizarse que el fruto de las convicciones que abriga, debíamos conceptuarle el ser más desventurado de la tierra, porque no viendo en todo sino fealdad y ridículo, la sociedad sería para él un perpetuo sainete, la naturaleza un cuadro sin hechizos, y la vida un suplicio ó una ironía.

No es así, por fortuna, y en ninguna clase reina más buen humor que en la de nuestros jóvenes de moda: ¿No los oís cantar hasta en la calle, fragmentos

de arias de "Lucía" ó de "Traviata?" ¿No los véis en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros y tertulias? Pues esto está probando que sus días resbalan coronados de rosas en el río de la vida, y que no tienen en los labios ni una queja contra el cielo, ni una maldición contra el destino.

Era, por lo mismo, una necesidad, un hecho inevitable, su presencia en la Encarnación.

Allí los veíamos solos, de dos en dos, ó en hileras, recorrer todo el edificio, sin dejar cosa por ver.

Aquí se detiene uno que parece afecto á pintura, aplica el lente al ojo, y se pone á examinar el cuadro que tiene á la vista en la pared. Pasea brevemente la mirada por todo él, y haciendo después un gesto de displicencia, sigue adelante su camino, mostrando en el semblante una ligera nube de disgusto.

Este joven es un juez competente en materias artísticas. Con el **buen gusto** eternamente en los labios, fallando con aplomo sobre toda clase de producciones de ingenio, y poniendo el sello de su reprobación, sobre todo lo que se habla ó se escribe, pasa á los ojos de las personas de su compañía por un terrible y concienzudo aristarco.

Si se trata de música—¡oh!, este es un

arte divino que aún no se comprende en nuestro país! Aquí todo se ensalza, todo se aplaude; pero hábleles usted de las delicadezas, del idealismo de la armonía, todos se quedan en ayunas.—Tal es su juicio: en la ópera es el oráculo de los "diletanti," y ¡ay del tenor ó la primadona que no le satisfacen!

¿Gira la conversación sobre poesía?—¡Bah!, en México no hay inspiración, no hay originalidad, no hay más que versistas adocenados; Carpio, Pesado, Prieto, Roa Bárcena, Esteva..... ¡pobre gente!.... imitadores.... poetillas que no valen un comino. La Harpe ó Capmani no sentenciarían con más fundamento, ni de peor talante.

Con respecto á pintura, ya le vimos examinar el cuadro consabido: su juicio se reveló mediante una mueca epigramática. Es preciso, sin embargo, concederle la razón por esta vez: nada ó muy poco han hallado los inteligentes que admirar en los cuadros y obras de escultura de la Encarnación.

Pero él tiene la desgracia de dar siempre con los abortos del mal gusto, ¡y luego ser tan soberanamente descontentadizo!

Sus esperanzas de satisfacción literaria, han padecido también un choque

violento. La ciencia del anticuario le embelesa, y ante una buena inscripción se extasía horas enteras; mas todo se conjura contra él en este malhadado convento. Acierta á ver algunos renglones de caracteres antiguos grabados sobre la clave de un arco ó en la parte superior de una puerta..... ¡oh!, ¡buen hallazgo! Esto merece.... sí, leamos:

ESTA ES LA CASA DE DIOS
Y PUERTA DEL CIELO

—¡Vaya!, ¡qué estrella la mía, exclama; y estirándose los mostachos, pasa adelante para observar otro monumento epigráfico:

EN TU CONCEPCION, MARIA,
INMACULADA FUISTE.
RUEGA POR NOSOTROS....

¡Qué no vuelva á hallar lectura semejante!, dice con una especie de mugido sordo, como queriendo completar de burlas el sentido de la jaculatoria.

Después de dar mil vueltas, y ya casi descorazonado, pasa súbitamente delante de unos signos medio carcomidos:— ¡Vamos!, ésto ya es algo..... latín.... esto me va á recompensar: ¡qué veo!

SANCTUS DEUS, SANCTUS FORTIS SANCTUS INMORTALIS, MISERERE NOBIS

—¡"Miserere Nobis!" Sí, apiádate de mí, Dios mío, que soy un podenco: ¡querer hallar buenas piezas literarias en un convento de monjas!..... ¡Es empresa! Sin embargo, madres ha habido que no solo supieron azotarse y rezar en el breviario, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz, y..... ¡vamos adelante!

Terminando este soliloquio echa andar con mesurados pasos, mirándolo todo al soslayo y como con despecho. A duras penas halla un lenitivo en la vista del jardín; pero he aquí que al acercarse distraídamente á la escalera que conduce al primer alto, en medio del murmullo formado por las voces de la concurrencia, oye un ¡chis! que le obliga á volver el rostro hacia un lado. ¡Quién había de ser! un buen amigo que poniendo la mano sobre el hombro de nuestro erudito, le saluda: ¡Tú por aquí, perillán!

—Ya ves.

—Pues no declamabas tanto contra....

—Qué quieres, hijo, á todos nos arrastra el torrente. Y además, no estamos en la época de las transformaciones?

—Justo es que tú también dejes el hom-

bre viejo y te revistas del nuevo, como dicen los místicos, ¿no es eso?

—Cabal.

Aquí se interrumpe el diálogo con la llegada de otro amigo: en pos de este viene otro, y después un tercero y un cuarto, con los cuales se forma un corrillo no lejos de la escalera ¡pléyade maligna! ¡reunión de sátiras animadas! ¡conjunto de sarcasmos de levita y armados de "fouet"!

—Buenas alhajas nos hemos juntado.

—Y luego en la casa de la oración y de la penitencia.

—¡Hum! ¡penitencia!

—Por tal á lo menos la he tenido.

—¡Chico! tú acabas de llegar de Marruecos ¿crees que estamos en plena edad-media?

—No, pero siempre las monjas....

Excelentes, no hay duda, pero eso de penitencia.... sí, magnífica penitencia... no tener que apurarse por el pan de cada día, visitar diariamente el refectorio á las mismas horas y hallarle siempre bien abastecido, pródigo, zalamero; no ver á su lado ni chiquillos que lloran de hambre, ni mujer que carece de botines y de argelina, ni cobrador que se presenta á exigir el primer tercio de la contribución ó la renta vencida de la casa.... meritoria penitencia. Y luego sobre to-

dos los tormentos ennumerados, haber de vivir en un tabuco así como este que parece un alcázar.... ¡vamos, no hay duda que es agria penitencia!

—¡Calla, hombre, que allí viene una belleza de peinado verde!

—Tu ocurrencia me hace recordar...

—¡Vamos, vamos! no hay que proseguir el artículo de fondo.

—Tu ocurrencia me hace recordar....

—¡Qué cosa!

—El concepto que se ha formado un escritor francés—Thiers me parece de la vida monástica.

—¿Sí? ¿y cuál es?

—La considera como un suicidio.... como el único que permite el cristianismo en sustitución del suicidio físico á que acudían los gentiles cuando no podían sobrellevar la carga de la vida.

Y me parece exacto, porque quien abraza la vida de la celda renuncia á todo para siempre, muere para el mundo.

—Pues chico, si me afianzas todas mis comodidades, quiero morir para el mundo, quiero ese suicidio: ¡el mundo!..... ¡Para maldita la cosa!.... si precisamente yo estoy de cuernos con el mundo! ¡si precisamente es una de las ventajas más radicales que traé consigo la vida monástica, el morir para este mundo perverso! Pues, señor, tenga usted que alistarse en

la guardia nacional, quiera ó no quiera; que andar vestido á la moda ó de lo contrario, ser la befa de los pisaverdes; que hacer los domingos dos ó tres visitas de ceremonia, tenga ó no tenga ganas; que requebrar á Doña Pascacia, á quien quisiera usted ver ardiendo en el brasero de la Inquisición...... librarme de toda esta fantasmagoría infernal y de mis "ingleses" por añadidura, ¡chico!, esto sería no el suicidio, sino la resurrección, no la muerte, sino la vida eterna! Con que si tomas á tu cargo arreglar mis cuentas pendientes con Godard, Biron, etc., etc., ¡chico!, renuncio al mundo, muero cuantas veces quieras, me meto fraile.... ¡qué digo! ¡no han suprimido los conventos de frailes!

—Pero quedan algunos de monjas, y puedes pretender....

Una risa general acogió la chufleta, después de la cual continúa nuestro filósofo echando su retahila:

—Pero mirándolo bien, ¡cómo se conoce que Mr. Thiers, al formar ese concepto, no se acordó de lo que pasaba en México, ni España, ó tal vez no lo sabía! Cómo, á no ser así, llamara suicidio á lo que es realmente la aseguración por siempre, de la vida! De la misma manera que hay seguros contra incendios, naufragios y otras adversidades, los dan los

monasterios contra el hambre, y en la portada de cada uno bien se pudo escribir con sendos caracteres:

En esta casa no se conoce la miseria

—Pero Thiers habla en sentido moral.

—Pues yo hablo en uno y otro, en el moral y en el físico. Ya respecto de éste, creo que no debemos insistir más. En cuanto al primero, responde con la mano sobre el pecho, ¿será suicidarse moralmente sustraerse á todas las cargas de la sociedad y á los males con que el mundo se complace en angustiarnos? ¿será morir librarse de todas las tempestades de la vida y hallar en el claustro en la posesión del bien, la paz, la tranquilidad, el sosiego para el presente y la estabilidad para el porvenir? Cabalmente en esto consiste lo que puede llamarse felicidad sobre la tierra; cabalmente, esto es para mí pasarse "buena vida." Y si á lo dicho agregas que cada fraile y cada monja tienen certeza de alcanzar la bienaventuranza mediante la observancia de las reglas, deberás dar por sentado que en los conventos se logra todo lo que el hombre puede más apetecer.

—¡Bien! Pero lo que yo siempre sostendré, es que la vida monástica importa un sacrificio; porque el que la sigue, se desprende de ciertos bienes.

—Sí, mas para afianzar otros de mayor estima.

—Pero frailes y monjas ayunan y se zurriagan el cuerpo lindamente.

—Por su gusto, convengo, y en ello no hay propiamente un sacrificio meritorio.

—¿Cómo así?

—Es lo cierto: ¿has visto ú oído decir que álguien se irrite contra sí mismo, por las mortificaciones que se impone á sabiendas? Sería locura. ¿Por qué? porque en su mano está no padecerlas, y si las sufre, es por su gusto, en lo que ciertamente no hay mérito ninguno: le hay, sí, en estar expuesto á todos los contratiempos y sinsabores, y aceptarlos con resignación. Así es que debemos convenir en lo que decía al principio, esto es, que la vida del claustro está lejos de ser un suicidio, y que frailes ni monjas no hacen penitencia: ¿qué dices?

—Lo que puedo asegurarte es que las monjas son buena gente.

—Eso es otra cosa, y yo jamás lo he puesto en duda. A propósito, ¿sabes dónde están ahora las señoras religiosas que habitaban aquí?

—En San Lorenzo.

—No ha sido muy cuerdo pasarlas á una casa estrecha para dos comunidades, y más perteneciendo á distinta Orden, lo que supone reglas diferentes.

—Se dice que las huéspedas están muy disgustadas.

—Ya lo ves.... si hubiera tal penitencia, si hubiera tal suicidio, el cambio de habitación les fuera llevadero, se resignaran con este mal, en el que verían un suceso ordenado por la Providencia. El justo en todas las cosas, prósperas ó adversas, ve la mano de Dios; el justo por nada se abate, nada teme, y como decía el buen Horacio, aun el mundo al desplomarse, le hallaría sereno, "impavidum ferient ruinae."

—¡Ah!, hijo, déjate de latines: no me traigas á la memoria el colegio. Si vieras que cuando pienso en él, sudo como si me diera pesadilla....

—Así serías de perdulario; mas aguarda.... ¡qué veo! ¿conoces á esa simpática niña?

—¡Sí la conozco!.... Mucho

—Es mi vecina.

—Canta como pocas.

—En efecto, un ángel le ha dado su voz.... nota qué vestido tan sencillo y tan de buen gusto.

—Y sin los malditos adornos rojos ó verdes, que ya me hostigan.

—A fe que la que viene detrás.... ¡ay! ¡qué botines tan rojos! parece que viene pisando en brasas.

—¿Y qué me dices de la que le sigue? ¡mira qué piecito tan verde!

—Si el color verde simboliza la esperanza, podemos decir que jamás se ha visto ésta tan por los suelos. ¿Y quién es el jovenete que acompaña á la ninfa?

—¡Oh! es un bípedo que ya va pareciendo persona.

—¿Pues qué antes era cosa?

—Mueble de traspaso.

—¡Cómo!

—Ahora se nos presenta de "rojo" y ayer era hombre de cuenta entre reaccionarios.

—¡Bah! cosas del mundo.

—Después de todo, no es mala diversión la nuestra, estar viendo subir y bajar por la escalera botincitos rojos y botincitos verdes.

—Y estar comiendo prójimo, que es sabrosa fruta.

III.

El Pirata.

Según se ve, nuestros dos interlocutores no dejaban títere con cabeza. Hacían pasar carrera de baquetas á todos los transeuntes, con la misma afición, con el

mismo ahinco que si ejercitasen una obra de misericordia. Entre tanto, los demás compañeros no les iban en zaga, y asestaban sus pullas á las mil maravillas. Dos, sin embargo, eran los corifeos.

—¿Qué te parece la concurrencia?

—Heterogénea y curiosa.

—Parece que todas las naciones se han dado cita para este lugar, y comparecen por medio de sus representantes.

—Y la Encarnación está convertida en una Babel.

—¿Crees que me agrada esta diversidad de idiomas, todos en acción á un tiempo?

—Forman un mosaico de palabras primoroso. Mas, ¿quién habla por ahí con voz de pífano?

—¡Quién había de ser! Uno de los héroes de la noche del 13 de Febrero, el pirata.

—¡Hola!

—Sí, señor, no hay que asombrarse: piratas tenemos también por aquí.

—Sí, en las lagunas de Chalco ó de Texcoco.

—Y también de los que pretenden hacer cautivas á las monjas para vendérselas al Sultán.

—Tú deliras.

—Oyeme y sentenciarás: Eran las doce de la noche consabida. Las madreci-

tas estaban alarmadas con la noticia. que ya tenían de lo que les iba á suceder; y esperando el desenlace de tan desabrida situación, platicaban juntas, cuando el ruído de pasos masculinos por el claustro, las hizo estremecer. Poco á poco, las pisadas se fueron oyendo más cerca, y las voces, primero confusas, de los que penetraban en el recinto silencioso, se hacían más perceptibles, á medida que éstos iban subiendo las escaleras. ¡No hubo modo de conjurar la tormenta! Después de algunos instantes, nuestras reverendas se veían ante los inflexibles comisionados para intimarles la orden de trasplante, los cuales urgían por su cumplimiento, en atención á lo limitado del tiempo que podían emplear en esa operación. Aquí fué Troya. Por un momento todo es confusión, lágrimas y quejas; mas aquí engasta el episodio del héroe que nos honra con su presencia, y que sin duda viene hoy á cosechar tiernas memorias. Novelesco hasta el punto de conceptuarse un Lorencillo; enamorado como un Quijote, vasallo de una fantasía descabellada, y con achaques de poeta. emprende en tal ocasión la más risible diabólica aventura.

—Pues qué ¿formaba parte de la comitiva?

—Sí, señor, y se esforzó cuanto pudo por alcanzar esa honra.

—Adelante.

—Conmovido ante el cuadro lastimoso que presentaban las madres, alza la mano derecha, y dirigiéndose á ellas con aire inspirado, les apostrofa de la manera siguiente:

"Vírgenes del sacro altar,
Mal seguras por sencillas,
Moráis junto á las orillas
Del antojadizo mar."

. . . .

"Los piratas se aproximan
En las horas más calladas;
La presa que más estiman
Son las vírgenes sagradas
Con su velo y su sayal."

—¡Oh! ¡qué loco, qué animal!

—Pues no fué eso todo, sino que al oír llorar á las monjas, continúa en tono sepulcral:

"Por las bóvedas sagradas
Resonaban los lamentos,
Blasfemias y carcajadas.
Súplicas y juramentos.
"Si las vírgenes gemían,
Y por Cristo suplicaban,

Los piratas maldecían
Y de Cristo blasfemaban "

—¡Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacían caso, y otros se divertían á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—¡Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las más cómicas.

—¡Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcían por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habían de transladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante....

—¡Ah! ¡vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¡Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—¡Viejo! no es extraño.... ¡se trata de monjas!—Pues bien, la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas, y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor, que estaba ciego, quedándose en pie, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—"No te enojes con tu estrella.
Niña bella;
Déjate amar una vez:
Por tí me dará un tesoro
Rico moro,
Que Reina te hará de Fez"

—¡Oh! ¡qué horrible insensatez! contesta la novicia, asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—"Olvídate del Santuario,
Del Rosario,
Letanía y oración....
No has nacido (sin lisonja)
Para monja,
Con tan linda perfección."
"Pronto te veré sultana....

—¡Linda estaré de sotana!
—¡Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

"Pronto te veré "Sultana."
Seda y grana
Por túnica vestirás:
Ambar, oro y elefantes....
—¡Más elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que habérselas con un loco, se pone en pie y

rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobla su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquél de hinojos, huye ésta y síguela el amante, andando de rodillas y con los brazos abiertos.... No podría decirte á dónde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados, que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejo embaucar por más tiempo.

—Pues, ¿qué no das crédito á mi relación?

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¡Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el "salto de Alvarado," ó los piratas de Arolas, cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

Los nacimientos.

Después de haber recogido hasta la última expresión de la plática antecedente, que, como se vé, nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en

su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto, empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias. leímos esta inscripción:

Viva María y muera la herejía.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atención de todos los visitantes, y hoy, según nos han informado, se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más, que pertenecían á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo, se vé pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda.
En el silencio extremada,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asiste atenta,
Ora frecuente y devota,

De los cuidados remota,
De tu profesión contenta.

En el piso superior tuvimos ocasión de escuchar las maldiciones que algunas señoras mayores lanzaban contra la reducción de conventos de religiosas; maldiciones proferidas en tono fúnebre, y con ojos centellantes.

Desde allí también se goza la vista del jardín en su totalidad, así como la de los cuatro costados del interior del edificio, cuyo conjunto armonioso abarcado por una simple mirada hacia abajo, se presenta como el nido de la felicidad.

Las viviendas de las señoras religiosas eran unas casitas bien cómodas, ó "confortables," según ya suele decirse, y casi independientes unas de otras. Cuando no podíamos tener de los conventos más idea que la que reflejan los libros, de las vidas de santos; cuando en los sermones oíamos á cada paso éstas ú otras expresiones semejantes: "la austeridad del claustro, la estrechez de la celda, y el humilde rincón donde oculta sus lágrimas el religioso," creíamos positivamente y de buena fe, que los que nos ministraban tales apuntamientos sobre la vida monástica, hablaban en sentido literal. Así es que fué grande nuestro asombro, cuando ya en presencia de las realidades, obser-

vamos que en lugar de la "estrechez y pobreza," había en los monasterios habitaciones excelentes para cada religiosa, y que por el mucho uso que los braseros mostraban haber tenido, se podía concluir que la vida en común, impuesta por los cánones, no existía, á lo menos en la Encarnación, sino para las asistencias á los actos de oración y elecciones de preladas, y á mucho extenderse, para las diversiones domésticas permitidas á las monjas.

En efecto, según parece, no había refectorio como en siglos anteriores, y cada religiosa tenía una sirvienta que le preparaba los alimentos para tomarlos aisladamente en su morada. Sean cuales fueren las ventajas que acarreaba este sistema, hay que convenir que no se ajusta á la ley eclesiástica, y que no es el más á propósito para estrechar los vínculos que deben ligar á individuos de una misma familia.

Por lo demás, el menaje de estas moradas era humilde, sencillo, y de una limpieza que no se puede encarecer bastantemente. Si el estado en que se hallaba autorizase una inducción respeto á la moralidad de las personas que le usaban, sería forzoso concluir que las costumbres de éstas resplandecerían por la inocencia. Todo su lujo consistía en varios cuadritos colgados á la pared, que representa-

ban imágenes de santos, y en los nacimientos colocados sobre una mesa ó altar que regularmente ocupaba una buena extensión en la pieza principal. Sin aspirar á dar idea de todos esos nacimientos, procuraremos describir uno solo.

El que no los vió se ha de figurar un curso de historia sagrada expresado con muñecos de barro y de cera en una superficie plana de algunos metros.

Aquí, en un sitio poblado de árboles frutales, abrigado por la ladera de un monte y atravesado por un riachuelo cristalino, aparecen Adán y Eva ya en peligro de perder la inocencia primitiva. El árbol de la ciencia del bien y del mal los acoge bajo su funesta copa. La serpiente, formando espiral al rededor del tronco, extiende el cuello en actitud melosa hacia la madre del linaje humano, que tiene una manzana entre los dedos índice y pulgar. Los semblantes de una y otra parecen revelar al mismo tiempo, astucia, curiosidad, cariño simulado, temores y esperanzas. Adán, entre tanto, espera el resultado de este diálogo, mudo, pero elocuente. Las aves, que anidan en las ramas, y las fieras, que se solazan á la sombra, están suspensas ante la grande escena, que va á decidir de la suerte del mundo. He aquí el paraíso terrenal.

No lejos de este primer cuadro, huyen

Adán y Eva, perseguidos por la terrible espada de llamas que los destierra para siempre de la mansión de la felicidad. Eva aplica la mano á la mejilla, para enjugar sus lágrimas; Adán fija una mirada melancólica en las incultas soledades que se dilatan ante sus pasos. ¡Milton!... ¡perdona al nacimiento! ¡perdona á la pluma que la describe!

Mas, ¿quién es esta figura siniestra que vaga desatentadamente por el prado? Brilla en sus ojos una luz satánica, y en la frente marchita por la congoja, asoma algo que espanta.... la marca de la eterna reprobación. ¡Oh, Caín, bajo tu planta se agosta la yerba!.... Allá queda Abel tendido en la márgen de un arroyo, salpicando las flores con la sangre que brota de su herida. Apartemos la vista y contemplemos más acá el suceso que abre una nueva era.

El arca de Noé descansa sobre los mon tes de Armenia, ya pasado el diluvio. El patriarca recibe de la fiel paloma el ramo de oliva, y á su lado pasan en desórden los animales cansados de encierro y ávidos de espacio donde vagar á sus anchuras. Como restos del cataclismo , se ven todavía algunos espacios cubiertos por las aguas, entre los cuales ruedan los árboles y los cadáve-

res de los hombres. Asoma el íris en el cielo, y la selva parece sacudir á impulso de la brisa, su cabellera húmeda.

Un paso más. ¡El fuego está consumiendo las ciudades nefandas! ¡Cuánto estrago! ¡Cuánta desolación! Sólo hay salvación para una familia... huyen sin tornar la vista hacia atrás; y ¡ay de la mujer curiosa que volvió el rostro para contemplar el incendio! Ahí está convertida en estatua de sal.

Pasemos esta colina, y veremos extenderse una feraz llanura, donde los ganados pacen en sosiego. Abraham, á la entrada de su tienda de pieles, cerca de una palmera, brinda á los ángeles con la hospitalidad. Una luz apacible anima el sem blante de los celestes peregrinos.

Más adelante, en la cima de un collado, se representa la escena del sublime sa crificio de Isaac. Un ángel detiene en el aire la terrible mano con que el patriarca iba á herir á su hijo único. Con una venda en los ojos aguarda éste sobre el ara el golpe mortal; mas el cordero que asoma entre los tallos de una mata contigua, le substituirá en el holocausto.

La escala misteriosa que Jacob vió en sueños, por donde bajaban y subían los ángeles, la escala que unía el cielo con la tierra, símbolo de la oración, imagen

de la aspiración incesante del hombre hacia lo infinito, aparece allá á lo lejos, en el desierto medio oculta por un grupo de nubes tornasoladas.

En seguida, y á poca distancia de una cisterna, se ve una reunión de hombres que al parecer deliberan entre sí sobre la suerte de un joven, el cual se halla en pie en medio de ellos con aire tímido y humilde. Es José, que va á ser vendido por sus hermanos á los ismaelitas.

Poco después, este mismo joven, régiamente vestido, se presenta en la sala de un palacio ante unos extranjeros, que, poseídos de temor, no se atreven ni á mirarle; pero él los tranquiliza diciéndoles:

—Llegaos á mí, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendísteis para Egipto.

Tras estos cuadros siguen: la hija de Faraón á orillas del Nilo, sacando del agua la cestilla que contiene á Moisés. niño;

Los israelitas en el desierto;

Ruth y Booz;

David pulsando el arpa delante de Saul;

El templo de Salomón;

Los israelitas volviendo de la cautividad de Babilonia;

Esdras leyendo al pueblo los libros santos;

San Juan Bautista en el desierto;

La casa de María;

La Anunciación;

Y finalmente, el pesebre de Bethlén, bajo una gruta donde María, José y los pastores contemplan y adoran al niño. que viene á redimir al mundo.

Un ángel suspenso en el aire anuncia: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Tal es un nacimiento cuerdamente ordenado. En otros, la representación histórica se extiende hasta muchos sucesos posteriores, tales como la adoración de los reyes magos, la degollación de los inocentes, Jesús entre los doctores, su bautismo en el Jordán, la multiplicación de los panes y la conversión de la Samaritana. Los que se paguen de estas fruslerías, decidirán si tratándose de representar un hecho como el nacimiento del Salvador, no es tan absurdo invadir el terreno del Evangelio, como retroceder á los tiempos bíblicos.

Lo curioso, en tales espectáculos, es observar los absurdos y anacronismos de

que regularmente adolecen; y así, no es raro ver campanas en el templo de Salomón, sillones del tiempo de Luis XV, y cama á la Josefina, en la casa de la Virgen, y, lo que es más, ermitaños que en las grutas hacen penitencia delante de un Crucifijo, vestidos con el hábito de San Francisco ó de San Diego.

Mas basta de un asunto tan pueril, en cuyo relato, á fuer de historiadores minuciosos, hemos creído conveniente emplear algunas líneas, pero que no es bien prolongar demasiado.

V.

El víctor.

Antes de salir del patio principal, entremos en el coro alto de las religiosas. Además del órgano, que es de muy graciosa hechura, se ven en su recinto algunos cuadros, debidos á un pincel no despreciable, entre otros, el que representa á Jesús, con la cruz á cuestas, cuyo rostro ha merecido elogios de un inteligente.

No sabemos qué ha sido de la sillería ni de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que estuvo colocada en el re-

tablo, la cual fué donada al convento á mediados del siglo XVII por una india principal. En el acta de esta donación, que se conserva en el archivo del monasterio, consta que el día fijado para la entrega de la imagen, concurrieron al templo todos los individuos que componían la familia de la donante, y que puesta aquélla en el altar mayor, alumbrado por cirios, cantaron las monjas una salve muy solemne, después de cuyo acto fué llevada en procesión hasta la portería, donde la recibieron, para colocarla en el retablo del coro. A los lados de éste, y dilatándose hacia adentro de la iglesia, se hallan dos tribunas espaciosas.

El coro bajo es memorable por las tomas de hábito y las profesiones, no menos que por las elecciones de preladas. A la de abadesa concurría el R. Arzobispo ó algún otro eclesiástico, á quien delegaba para el caso con las facultades necesarias.

Este acto pasaba á puerta cerrada. Cerca de la reja del coro, por la parte que da á la iglesia, colocábase bajo dosel el sitial que ocupaba el prelado. Se imploraba el auxilio divino, y por la ventanilla del comulgatorio iban las religiosas depositando en la urna las cédulas con los nombres de las personas á quienes votaban. Reunidas todas, se llevaba la

urna á manos del Arzobispo ó su delegado, para la computación de los sufragios, hecho lo cual, y después de poner fuego á las cédulas, se proclamaba electa canónicamente á la nueva abadesa.

Pasaba en seguida el Arzobispo, si era él quien había presidido la elección, á visitar el templo, sacristía y todo el monasterio, para informarse del estado en que se hallaban los objetos pertenecientes al culto y al uso de las religiosas Despedíase de éstas: acompañábanle hasta la portería, é inmediatamente después se encaminaban á cumplimentar á la prelada recién electa, que las esperaba en el coro. Hacia la entrada, tenían ya dispuesto un carrito triunfal, en el que la hacían montar de grado ó por fuerza, y entre risas y aclamaciones, la paseaban por los corredores, adornados con colgaduras, hasta que, rendidas de cansancio, la dejaban en sus habitaciones.

Tal era la ceremonia del víctor.

Este festejo era de rigor después de la elección de abadesa, la cual se verificaba según nos han dicho, y ahora sucederá lo mismo cada tres años.

No es improbable que para ganarla se pusiesen en juego algunas intriguillas, si bien no de la misma estofa que las que deslustran nuestras elecciones populares. Bajo el sayal y bajo la levita

late de la misma manera el corazon humano.

Sin embargo, la regla de las monjas concepcionistas, que es la que siguen las de nuestro convento, preceptúa en cuanto á elecciones de abadesa lo bastante para hacerlas acertadas. "Procuren las religiosas, (leemos en el capítulo V), con toda diligencia y cuidado elegir tal abadesa, que resplandezca en ella toda virtud, religión y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, más por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversación, que su vida les sea viva predicación."

Del patio principal al llamado de los lavaderos, no había antes más que un paso. En el día están incomunicadas por razón del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenía inscrito en él su nombre. Al presente, todo se ha transformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hacia la calle de Santa Catalina,

balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados días concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagiieñas esperanzas.

Con este patio comunicaba también un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

VI

Una Estrella Eclipsada.

I

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivían; cuando se solemnizaba cada día de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con el paseo del pendón que saca-

ba el alférez real, acompañado del virrey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacía uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies transladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de la Nueva España tenía sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oír nombrar á Su Majestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora virreina, se veían reunidas en el real Palacio las principales familias de México.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentación de riqueza, á veces le excedía; al fin en México y no en la península residían los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competían en lo costoso de los trajes, como en días anteriores habían competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus excelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminación de la sa-

la. Algunos pajes en traje de rigurosa etiqueta, estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las exquisitas galas que vestían. A falta del virrey, á quien asuntos de Estado tenían ausente, eran recibidas por la señora virreina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco después se les servían refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música, los corazones palpitaban de alegría, la conversación se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y éstas correspondían con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jóvenes sentados cerca de la puerta, pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡Oh, mirad con cuidado aquella hermosura!

—¿Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mío!

—Si un ángel tomase forma humana, estos y no otros serín sus ojos.

—Una alma muy sensible y pura asoma por ellos.

—En efecto, son extraordinarios.

—Decís bien: tienen mucho de divino! Cuidado con prendarse!

—Es verdad: ya no es tiempo....el que la obsequia.... parece haberse anticipado en su conquista.

—¡Quién!, ¿el hijo del señor virrey?

—Sí.

—¡Cómo la corteja!

—¡Ay amigos! no hay como ser un señor don Carlos!

—Hablais como unos papagayos.

—Pero con sobra de razón.

—Pues poco entendéis de achaques amorosos: el galán se lleva todas vuestras miradas; ¿pero habéis visto hasta ahora con detenimiento á la dama? Ved ¿cómo recibe los servicios de don Carlos?....

—Tienes razón.

—No había reparado.

—Hay algo de frialdad en el modo de aceptarlos.

—Todo es pura ceremonia.

—Le paga con tristes sonrisas.

—Pero el galán se afana.

—Para no alcanzar nada.

—¿Nada? Estos tunantes con sus humos de próceres castellanos seducen á nuestras criollas con harta más facilidad que nosotros.

—Pero en esta aventura se estrella "su excelencia chica."

—Como que la niña no querrá suerte igual á la de tantas otras conquistas del virreicito.

—¡Pobres muchachas!

—¡Qué pobres! ¡qué más quieren¡ El se divierte con todas para ir después á casarse con una grande de España.

La llegada de otro caballero interrumpió la conversación por un instante; pero se reanudó con más fervor luego que aquél vino á formar parte del corro.

—¿De qué se trata, calaveras?

—¡De la reina de la fiesta! de la criatura más linda que ha visto el sol.

—No te dejes arrebatar de un entusiasmo inútil; ya tiene dueño.

—¿Quién?

—¡Quién había de ser! ¿no ves lo que pasa?

—¿Pero acabaréis de decirme quién es la hermosura que os ha flechado?

—Ve, ¿quién está junto de la virreina?

—¿Al lado izquierdo?

—No, al derecho.

—¡Válgame Dios! ¡Esa es vuestra dulcinea! la obesa de doña Pánfila!.... Sí, no lo dudo os ha hechizado con su enorme tontillo, su rostro encendido, sus ojuelos picarescos, y sobre todo, con esa respiración trabajosa que ya la mata....

—¡Con setenta de á caballo! no seas ligero. Ya destrozaste á la matrona; pero mira bien, ¿quién está más acá escuchando los requiebros de don Carlos?

—¡Ah! la hermosa Clara, hija de doña Pánfila!

—¿La conoces?

—¡Qué pregunta! nuestras haciendas son colindantes, y mi familia y la suya se visitan. Pero ¿quién te ha dicho que don Carlos la requiebra?

—Lo supongo.

—Supones bien. Desde que la dama se presentó en la corte por primera vez, la tomó á su cargo y ha dado en llamarle la estrella de México.

—¿Y consigue algo?

—Desdenes, y de los que punzan el alma. Hace bien, porque es mucha mujer para un botarate.

—Tendrá demasiado orgullo.

—Te equivocas. Lo que hay en esto es que, según sospechas, ama á otro hombre en secreto...... ó quizá á ninguno.

—Por fin, ¿ama ó no ama?

—No sé lo cierto. Ella vive muy retirada, y se le ve en la corte por Corpus y San Juan.

—Y es linda si las hay.

Este diálogo se prolongó con el mismo calor hasta muy entrada la noche, y tal parecía que todos aquellos jóvenes estaban enamorados de la dama.

Pero llegó un momento en que la música negó sus armonías á la concurrencia, los cortesanos empezaron á despedirse, y acabó la tertulia.

Pasado algún tiempo, las hermosas bajaban por la escalera platicando alegremente, acompañadas de los caballeros, y en la calle no se oía más que el ruido de los coches que trasladaban á las familias á sus casas respectivas.

El hijo del virrey acompañó á Clara hasta la puerta de su carruaje, con gran disgusto de los adoradores de la ninfa, que envidiaban tanta dicha, especialmente al notar que en el acto de despedirse se mostró menos desdeñosa.

II

—Plácemes y enhorabuenas, señora doña Clara. No esperaba menos de tu mucha discreción, y si sigues conducién-

dote de la propia manera, ya tienes asegurada tu fortuna.

—No sé á qué viene esto, madre mía.

—Vamos, niña! ¿Me hacías tan embebida en la plática de la señora virreina? ¿crees que no oí toda tu conversación con el señor don Carlos? ¡qué galante! ¡qué buen mozo! aquello de llamarte el único amor de su alma, el blanco de sus deseos, la estrella más hermosa de este cielo americano, y qué sé yo cuántas cosas más.....

—Señora, si le escuché fué porque era preciso.... hubiera sido gran descortesía.....

—¡Tontuela!, ¿qué crees que me parece mal? Al contrario: el señor don Carlos te dotará, ¡y qué donas!, ¡qué festejos!

—Pero, madre mía, vuesa merced se adelanta demasiado.... no es para tanto.....

—¡Cómo!, ya verás, hija, tú no conoces á los hombres!

—Y además que yo no aspiro á riquezas: tenemos lo bastante para vivir con decoro.

—Lo que sabré decirte es que á estas horas están rabiando más de cuatro mozuelas al ver que tú tan sencillamente vestida, tan seria y tan modesta, al-

canzaste lo que ellas no pudieron con todos sus atavíos.

—Repito, señora, que las galanterías de don Cárlos nada significan, y yo no las estimo.

—¡Cómo así!, ¿y si me pidiese tu mano?

—Yo, madre mía, con licencia de vuesa merced, se la negaría sin titubear. Mi corazón....

—¡No sabes lo que te dices! Cuando llegue á realizarse mi sospecha, ya verás cómo varías de resolución.

Así hablaba doña Pánfila con su hija, mientras el coche las conducía á su morada por las calles del Seminario y del Reloj.

III

Una hora después paseaba un embozado frente á la casa contra esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso. Parecía ser un joven que acudía á una cita misteriosa. Sus miradas se dirigían con inquietud hácia los balcones que daban á la calle de la Encarnación; y como la espera se prolongaba, sin que nadie asomase por ellos, para matar el tiempo y animado acaso por

la serenidad del cielo estrellado, comenzó á cantar de esta manera:

¡Dulce imán de mis amores,
Estrella del alma mía!
Si me esquivas tus fulgores
Detesto la luz del día!

Torna á mí los ojos bellos
De que el cielo se enamora,
Porque sus claros destellos
Seducen más que la aurora.

Dame, sí, el mirar divino,
Lleno de casta ternura,
En que me guarda el destino,
Tesoros mil de ventura.

Bello es el sol, belló el mar
Y las flores, vida mía,
Mas sin tí, qué puedo amar?...
Detesto la luz del día!

Apenas se había apagado en la soledad el último acento del canto, cuando el brillo movible de los cristales de un balcón dió á conocer que álguien abría poco á poco la puerta. Tal por lo menos fué la esperanza del trovador.

No se engañó.

Asomó una joven pálida, vestida de

color obscuro, en cuyo pecho brillaba por todo adorno una cruz de diamantes. Parecía el genio de la noche que salía á contemplar la inmensidad del espacio, tachonado de estrellas.

Al verla el desconocido, encaminó los pasos hasta situarse debajo del balcón.

—¿Por qué tardabas, alma mía?, ¿te es ya menos grato concederme un momento de ventura?, has visto en Palacio algún objeto menos indigno que yo de tu cariño? Dime, ¿quién te ha cautivado?

—¡Oh, cuán injusto eres, Gonzalo!...

—Perdona, dueño de mi vida, que me exprese así contigo; pero es tanto lo que temo... ¡eres tan seductora!, ¡hay tántos que darían su vida por alcanzar un momento como el que disfruto! Tal vez á estas horas muchos suspiran por tí, y pensando en tus hechizos, no pueden conciliar el sueño; tal vez algún magnate.... tal vez el mismo don Carlos, el hijo del virrey.... ¡ah, si alguna vez conozco lo que vale la fortuna, es en este caso! ¡Tuviera un Estado, un nombre glorioso que poner á tus plantas!.....

—¡Basta, Gonzalo! ya no solo eres injusto, sino que muestras tener de mí un concepto que no creí te hubieras forma

do ¿Qué has visto en mí para juzgarme vanidosa?, ¿te hablo de riquezas, de títulos y honores?, ¿no eres tú quien trae siempre en los labios la gloria, las proezas, el renombre, la fama que no muere, y mil otras cosas que apenas comprendo?, ¿no te he descubierto mi ambición, limitada á una vida modesta como la más conforme á mi carácter? Vivir siempre contigo, escuchando tus palabras, disfrutando tus caricias, pendiente de tus menores deseos, ¿no es para mí el colmo de la felicidad?

—¡Clara de mi vida!.....

—¡Nada temas!, ¿qué mayor honra que llamarme tuya? ¡La nobleza!..... ¿qué cosa más noble que tu alma? No te apoques pensando que el hijo del virrey vale más que tú: yo en tu lugar me afrentaría si me compararan con él. No ya don Carlos, mas ni el monarca te iguala en bizarría; y si todos los reyes del mundo pusiesen sus coronas á mis pies, á todos los despreciaría por una sola palabra afectuosa de mi caballero!

—¡Quién al oirte no pierde el juicio! ¡Estrella de mi cielo, ángel mío, dueño de mi alma!... Todo el ardor de mi pecho, todo este incendio que me consume es nada para satisfacerte por lo que

acabas de decir.... ¡con que me amas tánto como yo te amo!....

—Ese cielo que nos está mirando me es testigo de que te adoro!

—¡Cuánto bien me hacen tus palabras!... mas, ¿qué ves tanto en el cielo?, ¿miras cruzar por él algún ángel?, ¿estás enamorada del cielo?

—Después de tí, él es el objeto que más amo en la tierra: es mi confidente.

—¿Y qué te dice ahora de mí?

La joven permaneció algunos instantes silenciosa; después respondió:

—No sé; pero me anuncia algo funesto!....

—¡Tú me asustas, alma mía!

—Como si dijese al corazón que esta es la última vez que estamos juntos... ¡mas, qué digo!.... no.... temores infundados, fantasmas: no me hagas caso. ¿Me amarás siempre?

—¡Ahora y en la eternidad!

No bien había proferido Gonzalo esta expresión, cuando el ruido de pasos que se acercaban en la calle hizo volver á Clara á su retrete.

IV

El amante puso la mano en el pomo de la espada y echó á andar con paso tardo hacia la calle de San Ildefonso, co-

mo tratando de esquivar un encuentro con la persona que venía en seguimiento suyo, y manifestando á la vez que no la temía; pero ésta se daba prisa para alcanzarle.

Advirtiendo Gonzalo que le perseguía con ahinco, detuvo el paso para entrar en explicaciones. Un desconocido, embozado hasta la nariz con una gran capa, se le acercó.

—¿Quién sois, vos?, le dice encarándose á él sin miramiento.

—Un caballero, contestó Gonzalo con sequedad.

—No tan cumplido que pueda verse conmigo cara á cara!

—¿Por qué no?, probad, si queréis...

—Dijéronme que servís á doña Clara, y quise tener una prueba.

—¿Y la habéis obtenido?

—Muy cabal.

—Me alegro que no hayáis perdido vuestro tiempo.

—Pero hay que advertiros en este particular, que el haber obtenido esa prueba os costará caro.

—¡Lo veremos!

—¡Al instante!

—¡Al instante!

Y al decir estas palabras, iban ambos interlocutores á desnudar las espadas;

pero, mudando de parecer, convinieron en buscar sitio más adecuado y se dirigieron á la plazuela de Santo Domingo, á la sazón desierta. Llegan, cruzan los aceros, combaten largo espacio, asestándose denuestos, y al fin caé uno de ellos mal herido. Quiere su adversario prestarle socorro, pero no le da tiempo la ronda que se acerca, y emprende la fuga.

V

En la tarde del día siguiente, recibía doña Pánfila en su casa una visita ilustre, la visita del virrey.

Su excelencia en persona iba á pedir para D. Carlos la mano de la hermosa Clara, excusándose de que no le acompañase aquél, por hallarse algo indispuesto á causa de algunas travesuras juveniles, que le habían salido mal la noche precedente.

En poco estuvo que no se volviese loca doña Pánfila.

—Vamos, niña, declara al punto tu voluntad á su excelencia; la mía no puede serte más notoria; entiendo que debes darte prisa en aceptar la honra que se nos ofrece.

—¿Podríais otorgarme tan sólo tres días para pensarlo?

Doña Pánfila se mordió los labios; pero el virrey contestó con aire apresurado:

—De mil amores, hija mía; y ahora estimo en más tu mucho juicio, porque siempre es bueno para obrar pensar. ¡Hermosa y discreta! No sin razón te llaman la Estrella de México.

VI

Acababa de despedirse su excelencia, cuando madre é hija salieron al balcón atraídas por un cierto rumor de gente, que pasaba por la calle en número mayor que el ordinario.

—¿Qué será eso, madre mía?

—¡Ah, vaya! había olvidado participarte.... sí, ¿no oyes doblar en San Ildefonso? Es un entierro: ve, ya sale el acompañamiento....

—Pero será el muerto algún colegial noble, ó tal vez uno de los reverendos padres jesuitas.

Era un joven de prendas. Su familia está inconsolable: ¡pobre, qué pérdida!..... esto pica en historia. Los padres jesuitas han puesto el mayor empeño en que no se sepa el cómo fué esa

muerte; pero ya vez que en este mundo nada se oculta, y los criados que todo lo husmean.... Un desafío por amores, hija de mi vida! ¡Oh, qué mozo tan calavera! Se quedó anoche fuera del colegio, y á la madrugada, ya casi moribundo, entraba el desdichado á su cuarto en hombros de varios amigos que le trajeron desde el lugar de la contienda. Dicen que por poco no dá en manos de la ronda, y entonces hubiera sido grande el sonrojo de los deudos, porque el señor corregidor le hubiera tenido en las casas de ciudad á lo menos por algunas horas, y el caso se supiera á las mil maravillas. ¡Pobre familia! ¡cómo estará su madre!..... No vayas á contarlo!.... Me han dicho que es el hijo de la señora de Leiva.

—¿Quién de los dos, señora, porque son dos?

—Gonzalo.

—Gonzalo! ......

Distraída la madre por la gente, no hacía caso de Clara; más notando que ésta permanecía enagenada, volviéndose á ella, le dice:

—Pero, ¿qué tienes, hija, qué es eso?... óyeme!...... no me oyes! ¡Válgame la Vírgen! entremos! Ya no volveré á con-

tarte semejantes historias!...... Soy una aturdida!

Las dos damas tomaron asiento. Clara permaneció cerca de un cuarto de hora inmóvil, con el rostro inclinado sobre el pecho y la vista fija en un lugar. Sus mejillas y frente tenían la palidez de la azucena. Después salió de su enagenación dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo dejó escapar una lágrima, limpia y brillante como una perla.

—Pero, mi alma, ¿por qué te ha conmovido tánto este suceso?

—Porque ese joven.... Gonzalo. . . era mi único amor: ¡era el alma de mi vida! Con él todo lo he perdido, y hoy nada en el mundo vale para mí. . . . ¡Madre mía, ved aquí mi última voluntad..... la última merced que os pediré y que no dudo me concederéis....

Clara suspendió el curso de sus ideas al ver que la madre lloraba, y guardó silencio. Después prosiguió:

—¿Me la concederéis, madre mía? Es la mejor resolución que en estas aciagas circunstancias puedo tomar. Sí, cerca está el monasterio.... allí sepultaré mi dolor. El Señor me enviará una gota de consuelo en la soledad: oiré su voz en el silencio del retiro, y sus divinos acentos me infundirán la esperanza de vol-

ver á juntarme con Gonzalo en la eternidad!....

—Pero esta resolución debe tomarse con madurez, ¡Clara mía!, la elección que haces del estado de religiosa.....

—No me pesará jamás. Muerto Gonzalo, toda me debo á Dios. Sí, esconderé mis días en el claustro.

—Pues bien, amada mía, obedece á la inspiración del cielo; sigue siempre sus avisos. Yo no podré otorgarte mi licencia sin profundo pesar, pues sabes cuánto te he querido desde niña, desde que jugabas sobre mi rodillas.... ¡Ah, qué días aquellos!, ¡si tu padre viviera!.... pero voy á quedarme sola en el mundo, separada de tí, sin tus gracias y cariño que han sido hasta aquí mi embeleso y mi ventura. El deseo de darte estado conforme á tu calidad, es lo que me ha detenido en el mundo; mas, renunciando tú al matrimonio y en la firme voluntad de consagrarte al cielo enteramente, á mí no me queda otro camino que volverme al campo á cuidar de nuestra hacienda, y sólo de cuando en cuando vendré á visitarte.... ¿Y á qué convento prefieres entrar?

—A la Encarnación; á la Encarnación.... para estar cerca de vos, mi buena madre: cerca de la casa donde nací y

me crié.... ¡tiene para mí tantos hechizos esta morada!, ¡abriga tántas y tan tiernas memorias!

—Hija, me ocurre—porque insisto en dejar la corte—decía que me ocurre una idea; yo no quiero conservar esta casa si tú no vives en ella conmigo; propondré á las religiosas que te concedan habitarla.

—¿Cómo puede ser eso?

—Bien, cerrándole toda comunicación para la calle y abriéndosela para el convento. Así las madres aumentan su casa con una finca más que puede serles muy útil con el tiempo, y tú consigues quedarte viviendo en la morada que tanto amas.

VII

Tres días después de este suceso, los curiosos pudieron observar á un gallardo joven que iba y venía por la calle de la Encarnación, fijando la vista con asombro en la fachada de la casa de Clara. ¡Cuánta mudanza se notaba en ella!.. ¡ni puertas ni balcones! Unas y otros se delineaban en el muro á causa de los marcos que sobresalían; pero á las puertas y vidrieras habían sucedido cuadros de pared como las cubiertas de los ni-

chos de un panteón. El edificio del convento había hecho presa en aquella morada, asimilándose de tal suerte, que cual quiera afirmaría haberle pertenecido siempre.

Apenas podía el joven dar crédito á sus ojos, y le parecía soñar. A nadie preguntó qué significaba aquel extraño cambio. Después de clavar una mirada horrible en la fachada ciega é inexorable de aquella casa, echó á andar precipitadamente por la segunda calle del Reloj.

Era D. Carlos que iba á saber si por fin Clara aceptaba ó no su mano; pero la hermosa le había preparado la respuesta algún tanto ruda. La Estrella de México, se había eclipsado.

VIII

Fundación.

Del patio de los lavaderos, y atravesando el departamento principal, puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo á la iglesia, en donde no verá con desdén una fuente, ó más bien, arca de agua, que ocupa el

centro y se eleva á unos tres metros de altura. La primera impresión que se recibe á su vista es un ligero disgusto ocasionado por la inconveniencia de su colocación en aquel sitio: el que le estaría bien es un jardín compuesto de floridos arbustos, ó acaso el medio de un peristilo construído conforme al gusto romano.

Hay, en efecto, en el todo y los detalles de esa fuente, algo que imita la severidad y sencillez de la arquitectura de los antiguos. Su forma es la de un pedestal ensanchado gradualmente hacia la parte inferior y coronado por una pequeña cúpula, dividida en fajas horizontales y paralelas. Al pie se hallan cua tro tazas correspondientes á los lados, destinadas á recibir el agua que de ellos caía por otras tantas llaves. Aquí se lavaban los manteles, corporales y demás piezas de lienzo pertenecientes á la iglesia. El estilo de esa fábrica parece ser igual al de las arcadas del departamento principal, y tal vez una y otro fueron obra de un mismo artífice. Sea de ello lo que fuere, el observador no puede apartar la vista con facilidad de una pieza labrada con tal maestría, que parece formada en molde.

Mas ya es tiempo de visitar la igle-

sia. Es de una nave amplia; pero desearíamos que el arquitecto hubiese dado alguna más elevación á las bóvedas. Los retablos son del mismo gusto que los de todos nuestros templos, donde el adorno antiguo ha cedido el puesto á las construcciones modernas; la mayor parte son semejanzas de portadas de templos griegos ó romanos, en cuyo centro se ve por lo común un nicho ó un tabernáculo.

El retablo principal, construído no ha mucho, es obra sorprendente por el lujo del dorado. Costó gruesas sumas, porque se hizo dos veces, hasta quedar á gusto de las religiosas.

Si del estado actual de la iglesia pretendemos pasar á conocer su origen, la curiosidad nos conduce insensiblemente á los principios del convento, por un enlace de ideas inevitable. Hablemos, pues, de su fundación y progresos, á lo menos hasta donde puedan suministrarnos luz los datos que tenemos á mano.

En el año de 1594, ó según otros en el anterior, algunas religiosas del monasterio de la Concepción de México, salieron á fundar el que se conoció comunmente por de Nuestra Señora de la Encarnación, designado hoy con sólo el último nombre por ahorrar palabras.

Ignoramos muchas de las circunstancias de este suceso. Todos nuestros esfuerzos para averiguar los nombres de las fundadoras, han sido estériles, y en cuanto á su número apenas podemos conjeturarlo, en vista de un documento en que se hace referencia á la escritura de dotación, según el cual eran diez las religiosas que había en el monasterio el año de 1596.

Sabemos sí con certeza, que quien dotó al convento fué el Dr. D. Sancho Sánchez de Muñon, maestre-escuela de la iglesia Catedral. Según consta de escritura otorgada por él en 19 de Enero de 1594, ante Pedro Montiel, escribano de provincia, ofreció la dotación de veinte mil pesos, que por haber muerto antes de llegar á exhibirla enteramente, quedaron las monjas reducidas á pobreza.

El Ayuntamiento, como se ve en el libro de cabildo, les hizo merced del agua en 29 de Julio del propio año, á costa de la sisa, que era un impuesto sobre comestibles, licores y otros géneros.

La misma falta de cumplimiento del compromiso indicado dió lugar á que las religiosas privasen al sobrino y sobrina del maestre-escuela, no menos que

á todos los sucesores de ellos, del patronato, ó como entonces se decía, patronazgo del convento, sin reservarles ninguno de los derechos anexos á esa dignidad, bien que fuesen compelidas á este paso muy particularmente, por el natural deseo de mejorar de estado, supuesto que no reconociendo ningún patrono, podían esperar que no faltaría quien se moviese á socorrerlas por llegar á serlo. Cuál fuese el cimiento de esa esperanza, se conocerá atendiendo al carácter de aquella sociedad, dominada en verdad por el sentimiento religioso, mas también por el amor de las preeminencias. En efecto, no salió fallida.

Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad y de los principales por su riqueza, se ofreció á ser patrono del convento. Admitida la propuesta y concertados en breve los términos de la obligación, se extendió la escritura correspondiente, en la cual aparecen minuciosamente des critas las prerrogativas concedidas al nuevo patrono, en cambio de las cuales echaba éste sobre sí, cargas de no poco peso.

Una de ellas era la de fabricar á su costa nueva iglesia, por ser estrecha y mal construída la que entonces había, para lo cual cedió el convento "el terre-

no frontero á las casas de Alonso Picazo de Hinojosa."

Alvaro de Lorenzana se dió prisa á cumplir la palabra empeñada, y en la mañana del día primero de Diciembre de 1639, se ponía la primera piedra del edificio, cuyo acto fué acompañado de la solemnidad que en tales casos se acostumbra. Asistieron á él las comunidades de religiosos, los cabildos eclesiástico y seglar, la nobleza y el virrey de Nueva España, que lo era á la sazón D. Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereita.

Bendijo y puso la piedra el Dr. D. Bartolomé González Soltero, conforme á los ritos y ceremonias que prescribe el ceremonial y pontifical romano, y después celebró misa en un altar colocado donde aquella se asentó.

El virrey echó por su mano las monedas corrientes del rey D. Felipe IV el Grande, que fueron un doblón de á cuatro y otro de á dos de oro; un peso de á ocho reales, un real de á cuatro y otro de á dos, con otro sencillo, y medio real de plata; colocándose, además, debajo de la piedra "una lámina curiosa de bronce con dos letreros ó inscripciones de letras grandes grabadas con buril, y el de la parte principal es del tenor siguiente:

D. O. M.

Incarnato

Alvarus A. Lorenzana

DIVINAE. INCARNATIONIS

S. H. D.

A. Fundaments.

Hoc. Templum

Grat Ergo

Erigit. DD. CC.

Anno. A. Salute. Mundi.

M.D.C.XXXIX.

A. Creatione

VIVDLXXXVIII

Ab. Aera. Caesaris.

I. CIↃ. CIIↃ.

"A la vuelta de la dicha lámina está el otro letrero tallado en la misma forma, que es como sigue:

Urb. VIII. Pont. Max.

Anno XVI

Philippi. IV. R. Cath.

Anno XVII

Ferdinandi. Germ. Imp.

Anno III

D. D. LVPIO DE ALMENDARIZ

March

Gub. N. H.

Dioecesi. In. Se. Vac

Existente

Primariam Lapidem

Sacravit.

D. D. BARTH. GON. SOLTERO

Inq. App."

Concluída la fábrica de la iglesia, que diseñó el P. Luis Benítez, de la Compa-

ñía de Jesús, y que sacó de costo más de cien mil ducados, se pensó en la dedicación, la cual tuvo verificativo en 7 de Marzo de 1748, día de Santo Tomás de Aquino.

Se gastaron en esa fiesta, para darle todo el lucimiento necesario, tres mil ciento trece pesos, cuya suma se empleó, en su mayor parte, en paramentos de los altares y en comestibles para obsequiar durante ocho días consecutivos á los convidados. ,

En la cuenta correspondiente á este gasto, figura un asiento que llama la atención, y es el siguiente:

"Noventa y ocho pesos de siete piezas de cambray que se compraron á catorce pesos la pieza para cuarenta pañuelos que se hicieron y las enaguas de su excelencia, (la virreina), y ocho valonas con vuelos para personas de obligación."

No era esta la primera vez que se hacía un obsequio semejante á la virreina, pues que dos años antes, en la fiesta de Nuestra Señora de la Encarnación, regalaron las monjas á la condesa de Salvatierra, que asistió á las segundas vísperas, una toca de oro que sacó de costo veintidós pesos.

Entre las personas de obligación se contaban los bienhechores de la comuni-

dad, y en primera línea el patrono, á quien mostraban las religiosas su gratitud de cuantas maneras les era dable.

Sin embargo, Alvaro de Lorenzana parece haber sido un hombre verdaderamente desinteresado, según el desprendimiento que manifestó renunciando para sus sucesores el patronazgo y legándole á Nuestra Señora de la Encarnación.

Acerca de su muerte hallamos esta noticia en el diario de D. Martín de Guijo, que copiamos íntegra y literalmente, para dar idea de las costumbres de aquella época.

"Viernes 23 de Noviembre, á las doce horas del día sacramentaron á Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad, patrón del convento de religiosas de la Encarnación, y á cuya costa se edificó el templo; uno de los hombres más ricos que en este reino y fuera de él se ha conocido. Sacramentóle el Dr. D. Pedro de Barrientos, chantre de esta santa iglesia Catedral, y comisario de la Cruzada: fueron alumbrando doce religiosos de Santo Domingo y otros doce de San Francisco, y á sus expensas se va edificando la enfermería de dicho orden de San Francisco de esta ciudad, que es obra que costará más de cuarenta mil pesos. Murió el día de Santa Ca-

tarina, Mártir, á 25 de dicho mes, y dejó por sus albaceas al dicho Dr. D. Pedro de Barrientos, y al P. Soriano, de la Compañía de Jesús. Enterróse de cabildo en su bóveda en dicha iglesia de la Encarnación, y asistió toda la clerecía del reino, porque ordenó que se le diese á cada uno de los que acudiesen con sobrepelliz un peso y una vela: asistió asimismo la Congregación de San Pedro, por ser congregante. Sacáronle de su casa los provinciales de las órdenes, y luego le tomaron los hermanos del orden tercero. Presidió en este entierro el regimiento de la ciudad, corregidor y alcaldes ordinarios, pocos republicanos. Quedaron por tenedores de bienes los dichos Barrientos y P. Gerónimo Soriano. Dícese dejó en reales más de ochocientos mil pesos, sin las escrituras de casas y huertas y menaje de casa: hicieron figura de viudos detrás del cuerpo el provincial de la Compañía y el P. Francisco Calderón."

Después de la muerte de Lorenzana se presentó á las religiosas un sugeto reclamando para sí y sus descendientes los derechos de patrono del convento, dando por razón ser hijo de aquél; mas hecha la averiguación competente, se descubrió que el reclamante era un caballero de industria.

Ya tenían las religiosas un templo hermoso; pero sus escasas rentas no les permitían edificar un monasterio más amplio y cómodo que el que poseyeron al principio. Hiciéronlo, sin embargo, á fines del siglo pasado, y de entonces data el departamento principal, cuya vista ha producido tan grata impresión en los que no le conocían. Ignoramos su costo; mas sí tenemos noticia del arquitecto que dirigió la obra, y fué el célebre D. Miguel Constanzo.

No terminaremos esa relación sin mencionar un nombre estimable, el de la madre María de San Miguel. Esta venerable monja, natural de Puebla, floreció en el convento en el último tercio del siglo XVII, y murió con grande olor de santidad el 22 de Julio de 1702. Dejó escrita su vida por mandato superior. Esta producción, hasta hoy inédita, y que no vacilamos en colocar al lado de las obras de Santa Teresa, por la semejanza que con ellas tiene, así por el estilo como por lo castizo del lenguaje, bien merece ver la luz pública y pasar á enriquecer el catálogo de nuestras piezas literarias conocidas. El erudito sugeto que posee el manuscrito, comprende sin duda esa necesidad, y creemos que se apresurará á satisfacerla, ya que el convento tuvo este im-

perdonable descuido. Justo es que esa flor, oculta en la soledad por más de una centuria, exhale su fragancia y brille con sus nativos colores en nuestro cielo literario. De esta manera, si el convento de la Encarnación llega á desaparecer en algún tiempo, seguirá viviendo en los pensamientos, los afectos, inocencia y santas aspiraciones que embellecieron la vida de una de sus hijas.



LA PIEDAD

I

El día 2 de Febrero de 1652.

Después de tratar del convento de Santo Domingo, parece natural seguir la historia de los que pertenecen á la misma orden, ya porque la armonía exige presentarlos coleccionados en un solo grupo, y ya porque á veces entre la existencia de unos y la de otros se nota un enlace íntimo. Este proceder observaremos igualmente respecto de los demás monasterios que no son de esta orden, y mientras les toca su vez, hablemos del Santuario de la Piedad.

¿Conocéis la calzada de este nombre?, ¿habéis observado con atención esa hermosa calle de árboles que no es más que

la prolongación del Paseo de Bucareli, y que remata casi á la entrada de un templo de apariencia rústica? Al principio, y por un lado se asienta Romita, cuyas avenidas de fresnos y sauces se extienden en todas direcciones, como otros tantos brazos hospitalarios que no quisieran dejaros pasar adelante sin haberos estrechado.

En la misma línea os brinda sus placeres el "Petit Versailles," que no ha menester condecorarse con un nombre tan pomposo para ser una bonita casa de campo.

Si proseguís, por ambos lados hallaréis objetos en que la mirada se detiene complacida: ora es un sembrado de maíz, una "milpa," cuyas hojas verdes ó secas, según la estación, mece la brisa girando caprichosa y esmalta el sol con sus rayos más apacibles; ora un plantío de magueyes que se presentan alineados como un ejército de vegetales; ora, en fin, un prado extendido como una inmensa alfombra, donde pacen sosegadamente algunas vacas de ordeña.

Por último, después de algunas millas de camino llegáis al Santuario, que acompañado de algunas casitas y en medio del horizonte que le cerca, parece como encantado á la vista de México, que

se pinta en las lomas del Tepeyac, de la sierra de Ajusco, que se levanta como una muralla sombría, y de las frentes plateadas del Popocatepetl y el Istaxihualt, titanes que aún pretenden escalar el cielo.

Esta calzada fué construída de nuevo, según nos informa el Barón de Humboldt, bajo el virreinato de D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, después de la gran inundación de México, ocurrida en 1604, y la nivelaron y alinearon los Padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo. De entonces acá no ha dejado de ser frecuentada por toda clase de personas, especialmente los días festivos; pero nunca se ha visto en toda su extensión un gentío más numeroso que en el día de la fecha apuntada al frente de este capítulo.

Era una mañana serena: el sol, que apenas asomaba por la cima del Telapon, hería oblícuamente las lomas de Santa Fe, las casas de Tacubaya, el alcázar de Chapultepec, lugar de recreo de los virreyes, y la calzada de la Piedad, por donde transitaba la gente levantando nubes de polvo. Tal parecía que los habitantes de la capital, obedeciendo á una fuerza magnética, formaban una masa que se de-

rramaba en dirección al Santuario como un río caudaloso. Algunos caminaban de prisa, con semblante alegre, platicando y riendo como si fuesen meramente á un paseo; otros, formando reuniones numerosas, guiaban los pasos con mesura, y sin distraerse á vista de los objetos que los rodean, van rezando en alta voz el rosario. Al llegar á la Piedad, un cuadro risueño y animado se ofrece á sus ojos. Las vendedoras de frutas, los gallardetes y cortinas que adornan la torre de la iglesia y las colgaduras de las casas de los vecinos, todo indica en el lugar una gran fiesta, un regocijo extraordinario. La plaza y parajes que rodean la iglesia, apenas pueden contener las olas de aquel torrente humano; y en medio del murmullo no interrumpido de voces que se cruzan, chocan y confunden para formar el acento prolongado, sostenido, variado, gigantesco y único de un solo pueblo junto, se recogen al vuelo éstas y otras expresiones:

—¡Con que al cabo tenemos estreno!

—Ya no se quejarán los Padres, porque hasta les han sobrado limosnas.

—¡México es capaz de todo cuanto quiere!

—No ha mucho los frailecitos no tenían un solo tomín, y lo cierto es que

hoy vemos en pie un Santuario magnífico.

—Merced á nuestros sudores.

—¡Bien empleados!, la sagrada imagen merece mucho más.

—¿Y el señor virrey ha contribuido con algo?

—Dió, según dicen, una fuerte suma, y hoy asiste á la función.

—¡Qué gozo no tendrá el buen Padre!

—¿Quién?, ¿el predicador?

—No, el que trajo la bendita imagen.

—Vamos haciendo por entrar á la iglesia.

—¡Imposible, hay tanta gente!

En este momento el repique de campanas convocaba á la misa, que con gran pompa iba á celebrarse. Poco después, comenzó y no concluyó sino hasta la una de la tarde.

Durante este tiempo los curiosos que no pudieron tener cabida en el templo, invadían el claustro y corredores del nue vo convento de dominicos admirando las pinturas y la buena distribución de las celdas. Todo estaba flamante, todo acreditaba la munificencia de los hijos de México, y su amor á la Virgen de la Piedad, cuyo Santuario se abría entonces por primera vez.

Hacía poco tiempo en aquel paraje no

se veía más que un terreno pantanoso, recién abandonado por las aguas de la laguna, y á la sazón estaba convertido en una pequeña aldea, merced á las personas que de la capital y lugares circunvecinos habían pasado á fijar su residencia á la sombra del Santuario. La devoción semeja al heroísmo en la facultad de hacer prodigios.

Las danzas y festejos continuaron por el resto del día, y en la noche, terminó aquella solemnidad con fuegos artificiales, ó como entonces se llamaban, árboles de fuego.

II

Tradición.

Hallábase en Roma un religioso dominico con un encargo de su prelado, cuyo desempeño le hacía tomar informes acerca del pintor de más fama en aquella ciudad de artistas. Dió con uno, cuyo mérito corría parejas con su orgullo, y estando en el taller, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Quiero de vuestro pincel una imagen de María Dolorosa.

—Está bien: la tendréis.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Pero debo advertiros que regreso pronto á mi patria, y no puedo irme sin la imagen.

—La llevaréis si está acabada.

—Yo soy un fraile mexicano que no viene á Roma sino para lograr esa obra, con que enriquecer á mi convento.

—Ya habéis oído....

—Pero un esfuerzo para terminarla en breve....

—No trabajo sino cuando me viene la idea.... la inspiración si queréis.

—¡Eso es otra cosa! ¿Pero cuento con la pintura?

—Sí.

—Deseo que represente á la Virgen con Jesús en los brazos, y....

—Yo sé lo que debo hacer, y vendréis por vuestro cuadro cuando recibáis mi aviso.

Despidióse el religioso desconsolado, presintiendo que acaso tendría que regresar á México sin traer consigo el objeto que se le había encargado.

En efecto, días después volvía el dominico á pisar los umbrales de la casa del pintor. Por su aire y ademanes, podía adivinarse la zozobra que le agitaba.

—¿Qué me decís, amigo?, preguntó con una sonrisa forzada.

—¿Lo que os digo?, preguntó á su vez el artista con aire distraído y frunciendo ligeramente las cejas.

—Sí, del cuadro, replicó vivamente el religioso.

—¡Ah!..... sí...... olvidaba, está en bosquejo.

—¡Santo Dios!..... en bosquejo, y tener que partir mañana mismo... sin dilación.... ¡en bosquejo!

—Yo no os determiné cuándo quedaría concluido.

—¡Vamos!, no hay más partido que..... sin duda, la orden del prelado es terminante......

Aquí faltó la voz al religioso y permaneció en pie con los brazos cruzados, miéntras el artista, recobrando su calma habitual, que parecía haber perdido un instante, prosiguió en sus quehaceres con una indiferencia aterradora.

—¡Venga ese bosquejo!, exclamó al fin el dominico: llevándoselo al prelado verá que no soy tan culpable como me creería si compareciese sin él en su presencia: tomad y pagáos, añadió encarándose á su interlocutor, y presentándole al mismo tiempo una bolsa llena de oro.

—Pero ¿qué queréis?, preguntó el pintor sorprendido.

—¡El bosquejo!

—¡Y de qué os servirá!

—No faltará en mi patria quien acabe el cuadro.

—¡Hum!

—¿Lo dudáis?, ¿créeis por ventura que mis paisanos son lapones?

—No, pero.... hablemos claro: ¡para perfeccionar esta obra no hay más que un pincel en la tierra, y es el mío!

—¡Y no contáis con el cielo!

Por la primera vez en todo el curso del diálogo miró fijamente el artista al religioso. Su aspecto se había dulcificado á los acentos de una alma que contrariada por el poder humano, pone su confianza en el divino: el númen del pintor pagó un tributo de admiración á la sencilla religiosidad del fraile.

Un mes había transcurrido después de tan poco halagüeña entrevista, y el religioso, en compañía de un lego, navegaba en alta mar con rumbo á la América. Un frágil leño los separaba del abismo. No obstante, el océano había sido hasta entonces para ellos el regazo de una madre, y el rumor de las olas, el canto de una hermana que vela al lado de su hermano menor, y le mece en la cuna.

Mas vino un día, en que la luz del sol parecía enfermiza. Poco á poco fué asomando por el horizonte una gasa opaca de niebla, que se dilató, cubriendo el hemisferio como el velo de la muerte. Hubo un momento de calma espantosa en que pudieron oírse hasta las palpitaciones del corazón.

Empezó después á hincharse la mar como un monstruo que se ensaña, y un huracán violento levantaba montes de agua, en medio de los cuales flotaba la nave como una gaviota. La tripulación que en tal conflicto había perdido hasta la última esperanza de salvarse, imploraba á veces misericordia, sin hacer caso de la maniobra. Todos los pasajeros estaban helados de terror, á escepción de los dos compañeros mencionados.

—¿Padre mío, pereceremos?

—Ten confianza en la Estrella del mar, en la Virgen pura, que con una mirada de sus divinos ojos serena las tempestades.

—Hagamos un voto á María Santísima.

—Sí que lo haremos, y sea éste: si la Reina de los ángeles permite que el dibujo de su sagrada imagen, que traemos en el buque se salve juntamente con nosotros, prometemos de fabricarle un

santuario en los suburbios de México, mendingando las limosnas necesarias para cubrir el costo; y por cuanto habrá de usar piedad con éstos sus humildes siervos, sacándolos de la tribulación en que se encuentran, luego que el pintor acabe la obra que ahora llevamos delineada, la llamaremos Virgen de la Piedad, y la expondremos en dicho santuario á la veneración de los fieles.

Pasado algún tiempo, los buenos frailes desembarcaban en Veracruz, y cargados con su precioso bulto, se ponen en camino. Llegan á México, saludan los muros de su ciudad natal después de haber gustado el pan de la ausencia; pasan á su convento, y cuando desarrollan el lienzo delante de los prelados para mostrarles un bosquejo, quedan todos estupefactos al ver en su lugar una pintura acabada, que representa á María, tal cual la deseaba el religioso que la pintase el artista romano.

Inútil parece añadir que los dos compañeros de infortunio y de salvación se dedicaron en seguida á cumplir su voto con el mismo empeño, con la misma eficacia que si aún no hubiera pasado la hora del peligro.

Tal es lo que refiere la tradición acerca del origen del Santuario de la Piedad.

III

El Convento.

Desde el principio estuvo yendo á la iglesia un monasterio de dominicos, á quienes por un derecho indisputable correspondía cuidar del culto de la milagrosa imagen.

Este monasterio era de recolección, esto es, una casa en que se observaba más estrechez que la comun de la regla, ó por lo menos, según afirma el P. Florencia en su Zodiaco Mariano, en que vivían "muchos religiosos en exacta observancia, apartados del todo del tráfago de la ciudad, y dedicados del todo al servicio de Dios, y al cumplimiento de sus sagradas leyes y constituciones."

Posteriormente, y ya amortiguado el fervor primitivo, era tan sólo una ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya y servida por un religioso de la misma Orden, clérigo por sus costumbres más bien que fraile.

Así es que la supresión de las órdenes regulares no causó más variación en este religioso que ponerle en lugar del hábito una sotana, mientras que el convento sigue hasta el día en el mismo estado, si

no es la huerta que por haber pasado á otro dueño, va mejorando con el mayor cuidado que se pone en su cultivo.

Pasada la portería, se ve la entrada al peristilo, en la parte superior de la cual está pintada la noticia siguiente:

> Se reformó esta puerta y se acabó de enlosar y secutar este claustro, día 29 de Noviembre de 1785 años.

El peristilo nada ofrece de notable, á no ser el brocal del pozo que ocupa su centro, y está formado de una sola piedra.

Antes de entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, tropieza la vista con esta jaculatoria escrita en la portada:

> Sit nomen Mariae
> Benedictum
> Ex hoc nunc, et usque
> In seculum.
> Mayo 17 de 1786.

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atención la de Nuestra

Señora de la Piedad, que ocupa el altar mayor, y es la imagen de María al pie de la Cruz, teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales colocado cerca del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradición acerca del origen milagroso de la Sagrada Imagen:

De romano pincel un religioso
Solicita la imagen de Piedad,
Por encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla sólo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en México ha de darse el complemento.
A la vela se da, y una tormenta
Iba á hacerle sepulcro de la nave:
Por la imagen se libra, á buena cuenta.
Y aún no da con la cuenta que le cabe:
Libre á México arriba, y cuando intenta
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imagen, con desvelo,
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composición de este cuadro, es hermosa. María cercada de soledad, María al pie del patíbulo, gimiendo en silencio en el instatnte supremo de su dolor, es una concepción sublime.

No sin razón este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunión de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generación, se ha conservado por las que le sucedieron, y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia, no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.

ATZCAPOTZALCO

I

El Hormiguero.

Años después de consumada la conquista de México, y cuando los guerreros españoles, demasiado entretenidos en mejorar sus habitaciones en la capital, apenas dejaban el recinto de ésta para atender á sus primeros establecimientos en el valle, dos peregrinos de más que mediana edad, en traje modesto y precedidos de un joven que les servía de guía, entraban lentamete por la llanura que se dilata al Norte de Tlacopan, hoy Tacuba.

México en aquella época estaba rodeado por la laguna, y no se comunicaba con tierra firme sino por tres avenidas ó cal-

zadas, que eran las de Ixtapalapan, Tepeyac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales se asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personajes solían volver los ojos hacia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecía una ondina, á quien sorprendía el astro rey, medio dormida en su lecho espléndido.

Era aquel un momento inefable. No se oía más ruido que el del aleteo de algunas aves acuáticas que de cuando en cuando pasaban en bandadas y pronto se perdían en el horizonte. Reinaba un silencio solemne. Las frentes de las montañas nadaban en una atmósfera ligeramente nacarada. La naturaleza parecía absorta, ensimismada, admirada de su propia hermosura; nunca como entonces se comprendía en un solo acto su variedad inagotable y su magestuosa unidad; era un solo pensamiento grandiosamente expresado por la Divinidad.

Entre tanto, nuestros dos caminantes se gozaban en el espectáculo sin desplegar los labios y como temiendo que el ruido de sus pisadas interrumpiese el delicado sentimiento que saboreaban á su vista. Iban poseídos de una embriaguez divina; pero como lo sublime no puede sentirse mucho tiempo, pasado un momento emprendieron conversación.

—¿No os parece soñar?, dijo uno al otro con voz suave.

—¿Queréis hablarme, contestó el compañero, de esta vista incomparable que el Señor nos concede gozar?

—¡De qué queréis que os hable, si no de este valle peregrino! Igual no le ví en mis días. Conozco las riberas del Tajo, celebradas por nuestros poetas; he paseado por la nunca bien ponderada vega de Granada; visité algunos de los reales sitios, pero ante el cuadro magnífico que contemplamos, debe callar toda alabanza, porque ninguna llegará jamás á dar cumplida idea de tanta hermosura.

—Los gentiles hubieran colocado en estos sitios sus elíseos campos.

—Y nosotros, á no indicarnos otra cosa los sagrados libros, no tendríamos reparo en creer haber hallado aquí el paraíso.

—Dios ha echado su bendición sobre

esta tierra, y nosotros, siervos suyos, nos afanaremos porque los moradores no pierdan los frutos de esa bendición.

Alzando después uno de ellos la voz, para que le oyese el guía, que iba á algunos pasos adelante, exclamó:

—Hijo, parece que no nos has traído por el camino más corto. Está la aldea algo más distante de lo que creía: ¿cómo la llamas en tu lengua?

—Atzcapotzalco, contestó el guía.

—"Escapuzalco".... ¿y qué significa?

—Significa.... lugar de hormigas.

—¡Ah, sí!, hormiguero querrás decir. ¡Es singular! Habrá en el lugar muchas hormigas.

—No, Padre.

—¿Pues por qué le llaman así?

—Ya lo verás cuando lleguemos, respondió el joven con acento franco.

Poco después entraban todos tres en la población.

Las calles eran en extremo irregulares á causa del poco ó ningún orden en la situación de las casas, que cada vecino edificaba á su modo. ¡Pero cuánta animación en los senos de aquel laberinto!

Los hijos de Atzcapotzalco no eran grandes agrícolas; pero sí excelentes alfareros. Su mercado competía con el gran "tiánguis" de Tlatelolco; y nuestros

dos caminantes quedaron asombrados al observar la muchedumbre infinita que se agitaba en la plaza.

—¡Loado sea Dios!, exclamó uno de ellos levantando las manos al cielo: en pocas partes se ofrecerá á nuestro celo una cosecha más abundante; ¡cuántas almas que son merecedoras de conocer al Señor y de entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Hermano, aquí está la tierra para cuya conquista hemos venido desde nuestra España!

—Vámonos con tiento. Reparad cómo á pesar de que nuestros españoles han echado por tierra muchos ídolos y templos de estas partes, quedan aún muchos en pie dentro de esta villa. Dura es la condición de estos naturales.

—Todo se alcanzará con la ayuda del cielo. ¿Juzgáis por ventura que nuestros mayores fueron más dóciles á la voz de la fe cristiana, cuando se les predicó la vez primera?.... Confiad en que no pasarán muchos años sin que tengamos el gusto de ver en el lugar de cada templo del demonio, una iglesia del Dios verdadero.

Dichas estas palabras, nuestros buenos peregrinos, en quienes se habrá conocido fácilmente á dos misioneros, llegaban á lo más poblado del lugar, atra-

yendo en pos de sí todas las miradas. El guía, que era un azteca recién convertido, se veía á cada paso detenido por los curiosos que pretendían saber el objeto de la visita de los personajes, á quienes ya conocían por el vestido.

—¿Vendrán á vivir en nuestra tierra?

—¿Quieren que vayamos á levantarles sus casas en Tenochtitlán?

—Muchos de nuestros hijos han muerto de fatiga en esas obras.

Estas y otras frases eran el saludo con que recibían los habitantes de Atzcapotzalco al joven neófito; pero él los tranquilizaba, asegurándoles que nada tenían que temer de los religiosos de Santo Domingo, á cuya orden pertenecían los huéspedes, y que antes bien, no traían más objeto que enseñarles el camino del cielo.

Con tales insinuaciones bien pronto se vieron cercados los misioneros de los principales moradores de la aldea, quienes los acogían con singulares demostraciones de simpatía y benevolencia. A éstos siguieron otros vecinos de inferior categoría, y tras ellos, enjambres de gente llena de curiosidad silenciosa. De cada casa brotaban familias enteras que salían al encuentro de los extranjeros, y se asociaban á esta entrada triunfal de

los representantes de la religión y de los principios humanitarios, que iban tomando posesión de los pueblos para transformar las costumbres y encarrilarlos por una nueva senda. Cada semblante era una pregunta muda, pero expresiva; cada mirada un deseo; y de las palpitaciones de cada corazón, una significaba el temor y otra la esperanza. Un genio misterioso extendiendo las alas diáfanas sobre aquel pueblo sencillo que asistía á una época de mudanzas y prodigios, señalaba con una mano el hasta aquí á las glorias y miserias del pasado, y con la otra los inciertos horizontes del porvenir.

Mas entre tanto, ¿qué se había hecho el joven neófito?

Arrollado y casi envuelto por las olas del concurso, había perdido de vista á los misioneros. Cuando buscado por uno de ellos se les presentó, notaron en su semblante, ligeramente risueño, una expresión de triunfo:

—Y ahora, ¿qué me dices, Padre, tuvieron razón mis abuelos en llamar á esta ciudad lugar de hormigas?

—En efecto, hormiguea aquí la gente, hijo mío.

—Pues nada es hoy en comparación

de lo que fué, dijo el mexicano con un acento de melancolía.

—Pero vosotros podéis llamaros muy más dichosos que las generaciones pasadas, por cuanto ellas no conocieron á Jesucristo, de quien vosotros seréis dignos hijos.

Hablando así, fué el apóstol levantando por grados su sonora voz, y dirigiéndose á la muchedumbre, empezó á predicarles la doctrina del Evangelio, adoptando los términos más sencillos y capaces de herir vivamente la imaginación; sus ojos ardían en un fuego divino; hablaba á veces con mesura, y á veces las expresiones brotaban de sus labios una tras otra, como las llamas de un incendio. El auditorio permanecía como arrobado ante aquel ser eminente á quien no entendía por su lengua, pero sí por otro idioma sin disputa más perfecto y más inteligible para todos, el del amor y la virtud. Aquel hombre en esos momentos era más que hombre; era un ser esclarecido, privilegiado, sobrehumano; era por sí una doctrina viviente, animada, purificada, que se insinúa dulcemente en el ánimo como la armonía, como el sentimiento con todos sus misterios, como la pasión con todo su entusiasmo, como

la caridad con sus delicados sacrificios y sus ímpetus celestiales!

Una hora después, los dos frailes, acompañados del joven, tornaban á México por el mismo camino que siguieron antes; pero ya dejaban plantada una cruz de madera en lo más alto del **teocalli** situado en el corazón de Atzcapotzalco. El signo de la redención del género humano, se divisaba como un geroglífico divino bordado en la inmensa cortina de los cielos.

Más tarde, en el lugar del templo gentílico edificaban los dominicos el convento que ahora podemos visitar como un monumento, si no de los más bellos por el arte, sí de los más notables por su antigüedad.

Se conoce que ocupó una área de extensión considerable; pero la acción del tiempo ha sido en él muy poderosa, y gran parte está reducida á escombros. Este hecho, que hemos visto reproducido en otros lugares aun en días en que el estado de las rentas eclesiásticas era floreciente, patentiza la decadencia del espíritu monacal. Encerrado el fraile entre sus muros medio derruidos, parecía como agobiado bajo el peso de los siglos, sin dar muestras de acción fecunda para el presente ni lo venidero. Mucho antes

de que surgiera la Reforma, se suprimían por sí mismos los conventos.

Pero la parte que aún subsiste del de Atzcapotzalco es un ejemplo del gusto de las edades precedentes.

El cementerio, que es una superficie amplia y cuadrada, tiene por límite una cerca coronada de trecho en trecho de pedestales, donde se asentaron, primitivamente, varias estatuas de piedra que representaban santos de la orden de predicadores. Decimos que se asentaron, porque al presente sólo quedan una que otra, y tan desfiguradas por la acción de la atmósfera sobre la materia de que se componen, que más que efigies, parecen momias ó problemas de efigies. Con todo, las que descansan sobre los tres arcos de la entrada principal abierta en la cerca misma, se conservan en estado menos deplorable, y parecen ser de Santo Tomás de Aquino, San Pedro, mártir, y del Patriarca de la Orden. En la parte frontera de los arcos que les corresponden, se leen los letreros siguientes·

Nosotros predicamos á Jesucristo cruci- (ficado,
Lució este como sol en la casa del Señor,
Temed á Dios y dadle el honor debido.

El centro del cementerio está ocupado

por el osario, y á los lados de éste, aquí y allí, vegetan algunos olivos seculares.

A la izquierda de la iglesia, la cual mira al Poniente, se abre la portería, y después de ella, el patio principal recibe al curioso con sus frondosos naranjos que parecen coetáneos del edificio, su fuente á flor de tierra á manera del **impluvium** de los antiguos, sus corredores techados y artezonados de madera de cedro, y sus paredes laterales cubiertas de pinturas. entre las cuales se admiran dos cuadros de Juan Correa, y son **el prendimiento y la última cena.**

El artista que enriqueció con estas dos joyas al convento, es uno de aquellos hombres modestos que no legan á la posteridad ninguna noticia de su vida, y sí solo el esplendor de su gloria. Todo lo que de él sabemos, es que fué natural de México y que floreció en la segunda mitad del siglo XVII. He aquí algunos apuntes que acerca de sus obras nos da el señor Orozco y Berra, en el Diccionario de Historia y Geografía. "Con asombrosa facilidad para la pin tura y un raro talento, dejó en la ciudad inmenso número de cuadros. No sobresale por lo bello del colorido, sino por lo grandioso y sublime de la composición: sus obras principales existen

en la sacristía de la Catedral. Hasta su tiempo ningún pintor había sabido copiar con exactitud y verdad la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyas efigies eran buscadas con empeño por el amor nacional; él tomó los trazos sobre papel aceitado, con el mayor esmero, y desde entonces se reprodujeron las Guadalupanas sin faltarles ni una estrella, ni uno solo de los rayos. Correa, que fué sin duda un grande artista, hizo además á su país el servicio de ser el fundador de la escuela que sobresalió en el siglo XVIII, formando discípulos como Cabrera, Ibarra, Antonio Aguillara, Antonio Sánchez, José de Rudecindo y otros de menor importancia."

La iglesia actual se edificó mucho después del convento. La fecha de la construcción de éste se ve todavía grabada en una viga de las que forman el techo de una galería. y es la siguiente:

: Mexicapa: A XXIII. Marco. 1565 años.

Es de suponerse que esta fecha se inscribiría á la conclusión de la fábrica, lo que prueba que el principio remonta á los primeros años después de la conquista.

En cuanto á la iglesia, sabemos que

se abrió á los fieles el domingo 8 de Octubre de 1702. Su interior es desmantelado y triste. Cerca de la entrada á la sacristía se ve colgado á la pared el retrato de una de las personas notables del pueblo, con esta noticia escrita en la parte inferior:

Don José del Carmen Rocha, Gobernador del pueblo de Atzcapotzalco, insigne bienhechor de este convento.

Si volviendo al cementerio se dirige la vista hacia el templo, no se observará con desagrado la fachada y la torre que son de una elegante construcción. Su mismo color sombrío contribuye al efecto pintoresco y poético del paisaje, cuyo complemento son los árboles del cementerio, las casas circunvecinas con sus grupos de fresnos, las demás capillas, cuyos campanarios blancos sobresalen entre los árboles, y por último, las sierras y el firmamento azul que sirve de fondo al conjunto.

Insistiendo en la torre, si se examina con detenimiento el lado que da frente á la plaza, se descubrirá hacia el remate del primer cuerpo una figura, á manera de hormiga, que simboliza la numerosa

población que contaba el pueblo en la antigüedad; á no ser que se quiera referir al significado de la palabra misma Atzcapotzalco, que según la traducción que de ella nos hizo el joven neófito, tanto quiere decir como **lugar de hormigas.**

II

Recuerdos.

Como quiera que sea, Atzcapotzalco, aunque escaso de población en el día, no por eso deja de ser una tierra clásica, ora se consulte á los tiempos modernos, ora se engolfe el pensamiento en el océano de las pasadas edades.

Xolotl, primer rey chichimeca en Anáhuac, concedió el Estado de Atzcapotzalco á su yerno Acolhuatzin, uno de los tres príncipes acolhuas, que con un grueso ejército de su nación vinieron á establecerse en el país. Tal fué el principio de la poderosa monarquía tecpaneca, cuya capital, ciudad entonces opulenta, es hoy el humilde lugar de que tratamos.

Tezozomoc, uno de sus reyes, sujetó á yugo tiránico á los mexicanos recién

venidos al valle, y por mucho tiempo fueron sus tributarios.

¿Quién ignora la horrible tragedia de Chimalpopoca, tercer rey de México, que se ahorcó él mismo en la prisión á que por fin le redujo Maxtla, después de los graves males que le causó en venganza de la parte que tuvo en la conjuración de Tayatzin contra el tirano? Esa muerte se verificó en Atzcapotzalco.

Pero pasando ya á nuestro siglo, nada ilustra tanto los anales de esa población, como la memoria de la batalla dada por el General Bustamante, contra los españoles en 19 de Agosto de 1821.

Después de la toma de Querétaro por los Independientes, emprendió el ejército su marcha para la capital: ¡cuántas esperanzas!, ¡cuánto ardor en el corazón de los héroes!, pero también, ¡cuántos obstáculos todavía qué vencer! El sendero de la gloria estaba sembrado de abrojos, y aún faltaba mucha sangre que verter en las aras de la patria. Llegó, sin embargo, el momento de acreditar en un nuevo combate la omnipotencia del valor hermanado con la justicia. Mas cedamos el puesto al señor D. D. Revilla, que nos refiere el suceso de la manera siguiente:

"El gallardo Epitacio Sánchez iba á

la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demás tropas: las divisiones de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla, con una división de caballería, á las órdenes de Sánchez: Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, (el jefe español), lo provocó el 22 de Julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuauhtitlán con algunas pérdidas, que fueron cortas por ambas partes; una tempestad y la entrada de la noche, también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

"Otro día, bien temprano, los realistas marcharon para Tlalnepantla, y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones, sin alejarse de la capital, y con la intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se

volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con O'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamente había quedado, pues, á las órdenes de Quintanar, y no sin algún disgusto interior, por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor batir á Concha.

"El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide, con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones expresadas, se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán, hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien había escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia, y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán D. Miguel Barreiro, hoy General y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar, y dijo á éste:

—"Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México, si le parece á usted, iré con una sección para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—"Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—"Pero también sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—"Está bien que avancemos; pero encargo á usted que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serían sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—"Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

—"Supuesto que apruebo el plan de usted, expediré en este momento la orden para que se disponga la tropa que lleve usted.

"Después de una hora, el Coronel Bustamante se dirigió á los puntos expresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español: su infantería constaba de los regimientos espedicionarios Infante D. Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y Granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julián Juvera.

"El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacuba. El ejército español, lleno aún de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país; su peculiar tenacidad, alentada á la voz de sus obcecados jefes, su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado. Ronca y terrible era todavía la voz del coloso que se había enseñoreado del vasto imperio de Moteuczoma por trescientos años. ¿Cómo terminar

sin esfuerzos el reinado que dió nuevo ser á la España de Cárlos V, y nuevo giro al viejo continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

"El Coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de 80 caballos, á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamar al enemigo la atención y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzcapotzalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás Acosta, oficiosamente y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente, en el que se había hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían más fuerzas que los independientes.

Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—"Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga usted al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería, y un cañón para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.

"Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con gran violencia: él mismo pasó á donde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

"Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Esteban Moteuczoma.

—"Es necesario que moderen ustedes su exaltado valor; el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos exponemos á perder algunos soldados.

"Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido, y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante, con su presencia y sus rápidas

disposiciones, logró salvar á los suyos, nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que, sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida, los americanos se retiraron á Atzcapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo, sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquél tocó alto y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución, de que resultó que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de exterminio; púsose Bustamante con espada en mano al frente de las guerrillas, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega; jamás se le ha-

bía visto más decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria donde la muerte aparecía; lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo más puro, pero como lleno de despecho y prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la sierra de Guanajuato, Príncipe y Granaderos de la Corona y Primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis, con una pieza de artillería, y enardeciéndose más el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuedo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos, la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de éstos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegarse á Atzcapotzalco, en donde se parapetaron para no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

"Los independientes, sobreponiéndose

á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno, cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á porfía por ambos bandos.

"Serían las siete de la noche, cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante, hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brío de los mexicanos, que se estaban batiendo desde el principio, pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

"Sabido es que el Capitán D. Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el Bajío, y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí y contra los de otros

cuerpos que venían ahora en el cjército trigarante, y con satisfacción recíproca tenían el orgullo de scr compañeros. Esto, sin embargo, no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulación toda de ho nor, toda de gloria.

"Eran las ocho de la noche, cuya obscuridad impedía distinguir los objetos más cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían más parapeto que sus pechos, que latían á los nombres sagrados de independencia y libertad; y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de ¡viva México!, ¡viva Iturbide!, bajaban á la tumba de los héreos. En medio de la más terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, can sado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—"Ahora se verá si los Fieles van

hasta donde llegan los de la sierra de Guanajuato.

—"Los Fieles, dijo un oficial joven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres: vamos adentro, compañero.

—"Vamos, dijo el Pachón, (Ortiz), y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron, perdiendo algunos de los suyos.

"El joven oficial era el capitán de los Fieles, Don Manuel Arana.

—"Erdozain, dijo Bustamante montado en furor, á uno de sus ayudantes: busque usted á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga usted al teniente coronel Don Francisco Cortazar, que al toque expresado avance también por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres Villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moteuczoma, divida usted en dos trozos su caballería, y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando antes las entradas más fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las

guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á ustedes su impaciencia.

"Habían pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines "alto," que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban; el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro; la acción se había hecho más general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, Don Manuel Arroyo y un joven como de veintiséis años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metrallas que disparaba incesantemente. Ese joven teniente fué presidente interino de la República, General de División Don Valentín Canalizo.

"Los españoles, no obstante sus posiciones y la desesperación con que se batían, sufrían pérdidas considerables; á pesar de esto, se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones

que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido, y más que todo, el que los independientes hubiesen entrado en detal á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para éstos eran muy aciagas; reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte. Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo más comprometido de la batalla, llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—"Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en el fango.

—"El cañón no debe abandonarse sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz,

Vamos, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—"También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados, hacían frente al enemigo, ínterin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las más temerarias; el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habían caído muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose heróicamente el nunca bien ponderado D. Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo. Al pie del cañón sucumbió al fin Ortiz; cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habían multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto; Arana también ha sido mortalmente herido y de los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—"¡Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad!... exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo, como si dudase de lo que acababa de oír; y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar; hizo un gesto y sacudió la cabeza; después anduvo poco hacia adelante y dijo:

—"Erdozain, marche usted y dígale á Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

"Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habían cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió más de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de nuestros intrépidos soldados, cuya pérdida

era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

"Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esta acción Bustamante y sus soldados; les manifestó desde Puebla, á nombre de la patria, su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de que "pasara revista de presente." En los anales mexicanos se leen estos tres escudos: "Se distinguió en la brillante acción del 19 de Agosto de 1821." Este escudo le llevaron ó llevan el teniente coronel de la Corona, Don Francisco Cortazar; el mayor del mismo regimiento Tomás Castro; el comandante del escuadrón de Fieles, Don Estéban Moteuczoma; el teniente de Príncipe, Don Manuel Valiente; el teniente de San Luis, Don José María Castillo; el sargento mayor del ligero de Querétaro, Don Cayetano Montoya; el ayudante del mismo, Don Antonio Chávez; los capitanes Don Pablo Erdozain y Don Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería, Don José María Sandoval. El segundo que pertenecía con envidia á los heridos, tenía este lema: "Virtió su

sangre por la libertad de México en 19 de Agosto de 1821." Para los demás que concurrieron á la acción, se decretó el siguiente: "Acción victoriosa por la felicidad de México, 19 de Agosto de 1821." Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron además ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe."

Si en la pintura que precede se ven reforzadas algunas tintas; si las épicas figuras de los independientes aparecen en el cuadro gigantescas y bañadas con todos los esplendores de la poesía, no se olvide que es un mexicano, y mexicano patriota, quien ha guiado el pincel.

Hay, sin embargo, una gran dósis de verdad en la representación histórica de aquel drama sangriento. ¡Cómo se agrada el alma en el estudio de unas costumbres en que todavía se advierte el sello de la nacionalidad con todo su candor y esclusivismo! Los pueblos llegarán á constituir una sola familia, pues que tales son las tendencias de la civilización, tales las aspiraciones de una política generosa, tales las exigencias del progreso basado en la mancomunidad de intereses, en la propagación ilimitada de las luces, en el trabajo de todos para todos y en la participación equitativa de los

mismos goces, de los mismos afanes y de los mismos contratiempos en la humana existencia. Pero entretanto, el espectáculo de una nación en los momentos que preceden á la realizacion de un cambio, de una pericia en su vida social ó política, es altamente interesante é instructivo. El corazón se complace á la vista de una sociedad tal cual la modeló la naturaleza ó un conjunto de causas peculiares en el transcurso de los siglos, que sin desprenderse de sus antiguos hábitos, encastillada en sus costumbres y adorando sus tradiciones, entra sin embargo en la nueva senda por donde la llaman principios más luminosos, una perspectiva de mayor ventura, y sobre todo, ese poder misterioso, sobrenatural é irresistible que llaman algunos "fuerza de las cosas," y en el que nosotros reconocemos la ley indeclinable de la Providencia que obliga á las sociedades á transformarse.

Esos momentos son también los de acción y superabundancia de vida, en que se presentan á obrar los grandes caracteres, los héroes, los hombres privilegiados, favorecidos con la mágia de la palabra y con todos los recursos de la fuerza.... ¡Epoca sublime de la independencia de la patria! ¡Sombras augustas de Hidalgo

y de Morelos! ¡Generación homérica á quien fué concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hacia las doradas regiones de la libertad! ¿No será su existencia más que una poética mentira? Sus hechos, sus grandes proezas, ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fábula? La historia de su vida, cuadro imperecedero donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será, por ventura, una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores, para inclinarnos á la virtud?

Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradación de las generaciones posteriores. ¿Dónde están esos hombres cuyo corazón, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales? A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres!

¡Hijos de los insurgentes, alzáos!.... ¡No más molicie, no más desórdenes, no más fango! Jóvenes sois, y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrépitas. Desechad los harapos de vuestras añejas rencillas; limpiáos la frente del polvo de las mezquinas ambi-

ciones. Mirad!.... el Oriente ha obscurecido, cubierto de tempestades! El nublado se presenta amenazante para invadir nuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Llegó la hora terrible para la patria; mas si obráis como vástago de los independientes; si unís vuestros esfuerzos, no temáis, porque resistiréis los rayos como el pórfido de las montañas; la unión os dará la omnipotencia! Mas si permanecéis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponéis el traje muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejáis la existencia del reptil para emprender el vuelo del águila, símbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones donde el sol nace, tomará en su mano de hierro vuestro sér político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojará al abismo!

III.

Zancopinca.

Mas, ¿á dónde nos conduce el poderoso torrente de las ideas?

De los recuerdos hemos pasado al campo obscuro de los presentimientos.

Esto es natural á la vista del Oriente, que se nos presenta como una amenaza. El peligro no impone tanto por sí mismo, cuanto por la conciencia de la falta de medios para conjurarle ó hacerle frente. Hé aquí por qué la actitud de México ante los amagos de la guerra extranjera, es una dolorosa espectativa, es el ansia que acongoja la mirada fija en el punto del horizonte, de donde se espera la honra ó la infamia, la vida ó la muerte. ¿Y es posible dormir en la indiferencia?

De ningún modo. Pero mientras Dios resuelve el gran problema que se nos ofrece á la vista, mientras despeja la tremenda incógnita que habrá de fijar para siempre nuestro destino, no nos abandonemos á la inacción. Los hombres que empuñan el timón de la nave del Estado, piensen en los medios más eficaces de salvar el honor nacional, y nosotros volvamos á nuestra historia.

No nos despidamos de Atzcapotzalco sin visitar los dos objetos notables que ilustran sus afueras: Zancopinca y los Ahuehuetes.

Si de la calle que se extiende á espaldas del convento se camina durante un cuarto de hora hacia el Oriente, se llega á un sitio ameno donde yacen las ruinas de un acueducto al lado de una alberca de agua dulce y potable. Todas las apa-

riencias inducen á creer que el acueducto sirvió para surtir á Tlaltelolco, hoy barrio y en otro tiempo ciudad anexa á Tenochtitlán.

En la alberca, como en un palacio cristalino, habita la Malintzin: la Malintzin, la ninfa de Anáhuac, náyade aquí, nereida allá, que aparece á la mitad del día en una de las albercas de Chapultepec, y que se ve personificada en una montaña que se asienta á pocas leguas de Puebla, y tiene su nombre.

Pero si su aparición en Chapultepec no acarrea ningún resultado funesto, no sucede otro tanto en Zancopinca, donde el desdichado que llega á ver á la ninfa queda al punto herido de amores, y avasallado por sus hechizos, tiene que seguirla á su líquida morada, de la cual jamás vuelve á salir, sino muerto.

Dotada de una hermosura divina, no es extraño que ejerza tan mágica influencia; pero tiene, además, otra arma poderosa, y es una voz de sirena. ¡Oh, cuán arriesgado es pasear por los sitios vecinos á la alberca, muy de mañana, ó durante las primeras horas de la noche! El sol acaba de ponerse: el perfil de la cima de los montes se dibuja en una cortina de ópalo; hacia el meridiano, se ven agrupadas algunas nubes de color de perla, y por el Oriente asoma ya la noche,

cubierta de un velo melancólico, como una virgen que separada eternamente del objeto de su cariño, le sigue, sin poder alcanzarle.

Estos son los momentos en que se deja oír el canto suavísimo de la bella habitadora de Zancopinca. Sus melodías nacen de una región misteriosa, y se propagan por la llanura, como los acentos de una antigua pasión sin consuelo, acentos tristes y sentidos como el dolor; puros, etéreos, inefables como la inocencia sin ventura, como los trinos que suspira de noche un ave en el corazón de las selvas.

Quien ha comenzado á deleitarse en este canto, si aún no quiere desaparecer de entre los vivos, huya lo más pronto que sea dable. De lo contrario, habrá de apoderarse de sus miembros una dulce languidez, y cediendo á un imán irresistible, se verá conducido sin saber cómo ni por quién, hasta precipitarse en la alberca.

El anciano indio de Atzcapotzalco, de quien aprenderéis esta conseja, os dirá también muy al oído, y con la mayor formalidad, que el tesoro de Cuauhtemotzin, yace sin menoscabo alguno, en las profundidades de Zancopinca.

IV.

Los Ahuehuetes.

Emprendiendo el paseo por el rumbo opuesto, esto es, por el Occidente, se entra, pasada la plaza, en una calle un si es no es tortuosa y limitada de uno y otro lado por hileras de arbustos. Á su extremo se alza un objeto en que desde luego se pára la atención, y de donde no se apartan fácilmente las miradas, una vez descubierto.—Es un árbol: no, son varios; es un grupo sombrío de vegetales gigantescos!

Tales son los ahuehuetes.

Señoreando la llanura en magestuoso aislamiento, aparecen desde lejos como un solo individuo, como el magnífico coloso de su misma especie, que forma el orgullo de Atlixco.

Cuanto más avanzáis, adquiere su figura mayores dimensiones: ensánchase la calle, y en medio de una placeta, en parte alfombrada de césped, arraiga el corpulento grupo, compuesto de unos cinco árboles, cuyas ramas, eternamente vestidas de follaje, se entrelazan, estrechan y adunan, como si fueran los brazos de algunos séres amigos que se prestan recíproco auxilio.

Contempláis unos instantes aquella copa sombrosa, imponente, y pasando por entre los robustos troncos, os halláis con admiración bajo una cúpula de verdura. Descansad sobre el asiento natural que os brinda la cepa de uno de los ahuehuetes, y contemplemos á todo nuestro sabor esta maravilla del reino vegetal.

Si habéis emprendido la vista en un día de primavera ó de verano, gozaréis aún más que en otra estación, á causa de la muchedumbre prodigiosa de pajarillos que frecuentan las ramas saltando de una en otra, persiguiéndose y cantando de amor, de ternura, de alegría y de felicidad. Todos sus trinos, todos sus gorgeos, todas sus modulaciones, combinándose entre sí al acaso y sin arte, forman un conjunto inexplicable en la lengua del hombre, una consonancia, una harmonía inimitable en el idioma de los sonidos. El alma se extasía al escuchar ese concierto halagüeño en que bebe la calma y el contento consigo misma; y nunca como entonces, está en mejor disposición de comprender el sentimiento que dictó á Luis de León estos versos:

"Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves

De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido."

En una palabra, aquella reunión de voces tiernas, infantiles, juguetonas y placenteras, parece una conversación sostenida de los árboles con el cielo.

Pero si los visitáis en invierno, otra será la impresión que han de producir en vuestro ánimo. Subsiste el mismo lujo de follaje, pues que el ahuehuete pertenece á esa generosa especie de árboles que no sueltan las antiguas hojas, sino cuando ya se engalanaron con otras nuevas. pero los huéspedes risueños que antes los alegraban, los séres verdaderamente libres que no siembran ni siegan para alimentarse, y que no reconocen más ley que la voluntad del cielo, ya no habitan entre el ramaje, que está solo y triste, como un palacio deshabitado. La brisa helada del Norte, el aliento del invierno, atravesando suavemente entre las sutiles hojas, ocupa el lugar de las aves de primavera, y conmueve las ramas con voluptuoso vaivén, produciendo un rumor desigual, vago, como un suspiro exhalado del seno de los árboles.

Esta música apacible, armonía delicada, quejosa, amante, divina, desciende á vuestra alma como un rocío perfumado, como la memoria del primer amor, como

la poesía de los antiguos tiempos. Abismada la mente en el Océano de la historia, recuerda y medita ; ¡de cuántos acontecimientos no habrán sido testigos estos árboles! ¡Los primeros señores de Atzcapotzalco vinieron tal vez á solazarse bajo su copa, y les confiaron sus proyectos de ambición y sus ensueños de amor y de gloria!

Quizá mientras saboreáis estas ideas, acierta á pasar no lejos de vuestro asiento, algún pastor que conduce lentamente su rebaño á pacer el rastrojo en los vecinos campos. Ya tenéis un compañero. Es un joven tímido, pero vos le alentáis dirigiéndole la palabra:

—¡Amigo! ¿me dirás quién plantó estos árboles?

—¡Ah, señor! ¡quién sabe!

—Pero, ¿cuántos años tendrán, poco más ó menos?

—Ya son muy viejos: desde que mi señor padre era como yo, los ahuehuetes ya estaban así de grandes y copados; sólo que.... los señores más viejos de mi pueblo, dicen que estaban encantados.

—¡Cómo así! Díme, ¿cómo es eso?

—Aquí cerca había un venero de agua dulce. Y la agua nacía, pero se quedaba represa junto á las raíces de los ahuehuetes. Y ninguno quería venir á beberla, aunque tuviera mucha sed. Y se sentía

mucha sed pasando por aquí; pero, ¡pobre del que bebía la agua, porque ya no se volvía á saber de él. Y cuando algún caminante se atrasaba y no lo volvían á ver sus compañeros, luego decían: ¡éste bebió del agua de los ahuehuetes! Y esto era, porque estaban encantados.

—¿Y desde cuándo ya no lo están? ¿Cómo desapareció el manantial?

—Yo se lo diré á su merced, señor amo. Un día salió de la iglesia grande una procesión, y se fué viniendo para acá; traían á la Virgen en unas andas, con muchas flores. Y todos decían: ¿á dónde irá esa procesión? Y los padres del convento (porque entonces, dicen, que había muchos padres) venían cantando por el camino. Y luego que llegaron al venero, pusieron á la Virgen en un altar, con sus velas, y un padre empezó á predicar. Y dijo que aquí estaba el enemigo malo; pero que echando tierra sobre el agua, se iría. Y todos se pusieron á echar tierra y piedras sobre el agua, hasta que quedó el suelo como ahora está.

—¿Y se acabó el encanto?

—Sí, señor amo. Y luego hicieron una capilla de tablas debajo de los árboles, con su altar, para la Virgen. Y desde entonces, los ahuehuetes quedaron desencantados para siempre.

—Pero, ¿cuánto tiempo duró esa capilla?

—¡Quién sabe! Dicen que se cayó de puro vieja. Y entonces se llevaron á la Virgen á la iglesia. Pero si su merced pone el oído contra la tierra, todavía oirá el ruído del agua, que pasa por debajo.

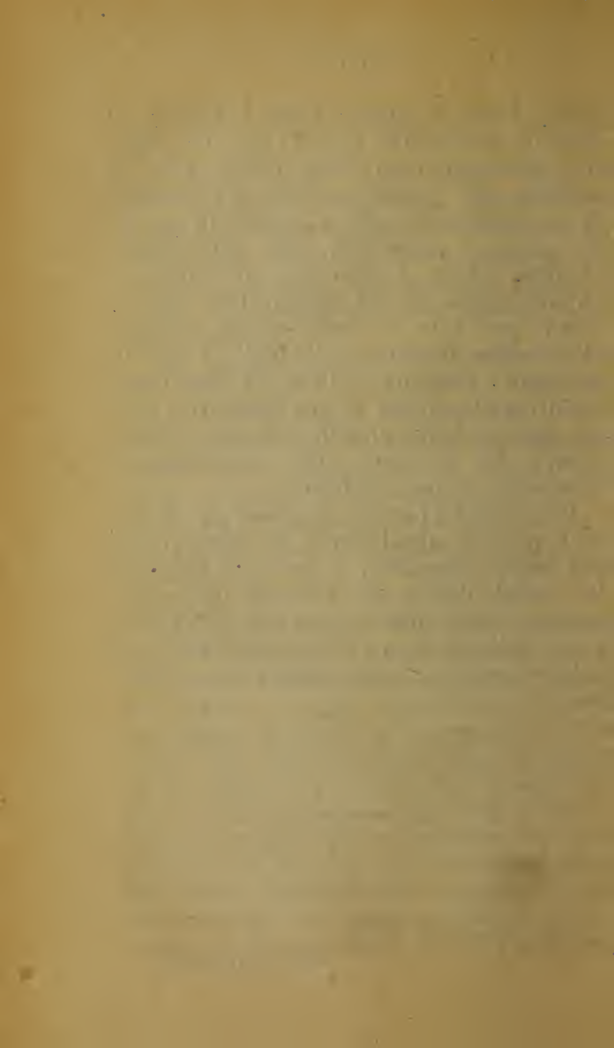
Tal es la antigualla con que os divertirá el pastor.

En seguida, pasando la mirada en torno, observaréis con agrado una vasta llanura, sembrada por todas partes de primores: ora es una hacienda que blanquea medio velada por los sauces, ora un campo de trigo ó cebada, donde juega la luz como en un tapiz de terciopelo, ora, en fin, un barrio aislado con su capilla, que sobresale de entre las cabañas, como un ánsar en medio de sus polluelos.

Atzcapotzalco y el convento llamarán también vuestra atención, en medio de una tierra favorecida por tantas bellezas naturales.... ¡Que transformación! Atzcapotzalco es ahora el convento; el convento que se desmorona bajo la planta de los siglos! ¡Y esto es todo lo que queda de la monarquía tecpaneca y de los Reyes antiguos que impusieron su cetro de hierro á los pueblos del valle! ¿Será que en ese lugar se alzó erguido el alcázar del tirano que tuvo usurpados los dominios de Netzahualcóyotl? El David ame

ricano hubo de apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Errante por los montes; perseguido en todas partes por los satélites del régulo ambicioso; armado de su excelsa filosofía y dotado de un alma tierna y generosa, supo ser grande, sublime. Dióle el cielo una voz divina, y en dulcísimos cantos inmortalizó sus pesares: por esto su memoria ha cruzado el nebuloso desierto del olvido, y se nos presenta radiante y llena de harmonía, mientras el nombre de sus contrarios asoma apenas entre el polvo de las generaciones. En la tierra, sólo al númen corresponde la inmortalidad.

Pero quizá el lector se cansa ya de pasear por los alrededores de México con tan triste compañía, y justo es volver á la ciudad, donde nos esperan otros monasterios más interesantes por sí mismos, ya se atienda á su belleza material, ó ya á las memorias imperecederas que atesoran.



PORTACŒLI

I

La Iglesia

Don Tadeo Ortiz, en su obra titulada "México considerado como nación independiente y libre," publicada en 1832, hablando de la plazuela del Volador, manifiesta el deseo de que, desembarazada de la reunión de inmundicias y figones que á la sazón la desfiguraban, ahuyentando la concurrencia, se convirtiera en un paseo nocturno, que por su excelente posición ofreciese atractivo á la gente, propor cionando variedad. "Un portal de gusto al rededor (añade), dedicado á las librerías y á las tiendas de los objetos de nobles artes, líneas de naranjos, una hermo-

sa fuente y cinco pedestales de mármol, adornados con las estátuas de nuestros grandes hombres y sabios compatriotas, Sigüenza, Alzate, Clavijero, Velázquez é Inés de la Cruz, le darían el nombre de plaza de los Grandes Hombres; y un nuevo y digno teatro entre el callejón de Tabaqueros y el colegio de Porta-Coeli, convertiría este sitio en uno de los más frecuentados y deliciosos."

Conviene saber que á la fecha en que escribía Ortiz, aún no se edificaba en la ciudad el gran Teatro Nacional, que actualmente es una de sus glorias.

En cuanto á la concurrencia, cuya falta deploraba el escritor, si ahora visitase la plaza, le parecería no solamente copiosa, sino sobrada, y las más veces, importuna, por favor del mercado. En el centro hierve, y en las cuatro calles laterales se choca, mezcla y arremolina, particularmente á ciertas horas del día. Con todo, hemos de abandonarnos á su corriente, para llegar á situarnos frente por frente de una pequeña iglesia que mira al Norte, y está embutida en la manzana.

Recién construída, hubo de ser graciosa su fachada. En el día tiene el aspecto de una dama bonita, en la flor de la edad, pero ajada y triste bajo el peso de los inviernos.

Las torres, que apenas se elevan so-

bre el nivel de las azoteas contiguas, semejan dos espectros que con faz adusta contemplan la animación del mercado, echando menos el Volador, que en otro tiempo ocupó el medio de la plaza, y la muchedumbre que asistió al célebre auto de fe de la "domínica in albis."

En el frontispicio, que es de agradable arquitectura, se leen estas palabras bíblicas:

Terribiles est locus iste
Domus Dei est, et
Porta-Coeli.

¿Recordáis el pasaje de donde están tomadas?

En cumplimiento de la voluntad paterna, caminaba Jacob á Mesopotamia de Siria, con objeto de tomar mujer de las hijas de Laban, su tío por parte de madre. Habiendo llegado á Luza, y queriendo reposar después de puesto el sol, tomó una de las piedras que había en tierra, y poniéndosela de cabecera, durmió en el mismo lugar.

Durante el sueño vió una escala cuyo pie estaba en la tierra y su remate en el cielo, por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios. Al mismo tiempo el Señor, apoyado sobre la escala, le decía: Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y

el Dios de Isaac; la tierra en que duermes la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra: serás dilatado al Occidente, y al Oriente, y al Septentrion, y al mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra. Y yo seré tu guarda á donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra; y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho."

Luego que Jacob despertó, dijo: "Verdaderamente, el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía." Después, lleno de espanto, exclamó: "¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa, sino Casa de Dios, y puerta del cielo."

Se ve, por esto, que ha sido una feliz idea inscribir las citadas palabras en el frontispicio de la iglesia de que tratamos. El interior de la nave se ve adornado con retablos no de mal gusto, mereciendo atención el principal. En ella estaba la cátedra donde sustentaron actos y conclusiones públicas los más de los religiosos dominicos, que se distinguieron, por sus talentos é instrucción, en la provincia de Santiago de México.

La dedicación de esta iglesia se verificó en 23 de Mayo de 1711, y actualmente sigue destinada al culto católico

II.

Transformación.

Acabamos de decir que en el templo de Porta Coeli tenían sus funciones literarias los dominicos, lo cual no extrañará á quien sepa que la casa era el colegio de la Orden, á donde pasaban los profesos á hacer sus cursos de gramática, filosofía y teología.

Fundóse este colegio, con el nombre de Santo Domingo de Porta Coeli, el año de 1603. El sitio, que fué donde permaneció hasta la fecha de la supresión de las Ordenes religiosas, estaba ocupado por las casas de Doña Isabel de Luján, nieta de Juan Alonso de Estrada, que fué Gobernador de México, en compañía de Gonzalo de Sandoval. Vendiólas la señora á los dominicos de esta provincia, en doce mil ochocientos dos pesos, y aderezadas lo mejor que se pudo para acomodarlas al objeto á que se destinaban, tomaron posesión de ellas los religiosos en 18 de Agosto del mismo año, nombrando por primer Rector al padre Fr. Cristóbal de Ortega, por lectores de teología, á los padres Fr. Antonio de Hinojosa y Fr. Diego Pacheco, y por maestro de estudiantes, á Fr. Damián Porras.

Hecha y aprobada esta fundación por capítulo provincial del año 1604, la aprobó asimismo el general de la orden Fr. Gerónimo Javierre, en el capítulo que celebró en Valladolid de Castilla el año siguiente de 1605, concediendo á Porta-Coeli todos los privilegios de que gozan los demás colegios y universidades de dominicos, lo que por otras letras patentes confirmó y ratificó en 4 de Noviembre de 1609, el que le sucedió en esa dignidad, Fr. Agustín Galamino.

Posteriormente se amplió más la iglesia y colegio con haber comprado otras casas, que son las contiguas por uno y otro lado, pero sin demoler la primitiva que subsiste, y denota haber sido una de las primeras que se edificaron después de la conquista.

Al presente todo ha cambiado. La casa, según parece, ha pasado ya á dominio particular, y está completamente transformada por dentro. Su aspecto exterior, donde no se ven más que muros ennegrecidos y ventanas sin puertas, parece el esqueleto del antiguo edificio. Ya no resuenan en los claustros la voz de los buenos religiosos que iniciaban en los misterios de la ciencia. Allí brillaron grandes ingenios, cuyas obras encierran caudales de erudición y de doctrina: hoy,

sin embargo, pocos las conocen y estiman, y mucho menos á sus autores, pudiendo decirse de la nombradía que en otro tiempo alcanzaron, lo que el poeta rey de Texcoco en su elegía de la vanidad de la gloria humana:

Son del mundo las glorias y la fama
Como los verdes sauces de los ríos,
A quienes quema repentina llama,
O os despojan los inviernos fríos;
La hacha del leñador los precipita,
O la vejez caduca los marchita.



SAN FRANCISCO

I

El Mercado.

Dos años y meses después de la conquista de México, cuando las costumbres de los naturales conservaban todavía su carácter primitivo, amaneció un día de gran conmoción para la ciudad de Tlaxcállan.

Veíase entrar por todas las calles una muchedumbre afanosa que se iba aglomerando en la plaza principal, la cual sólo cedía en extensión á la de Tlaltelolco.

Cuadrillas de comerciantes aztecas, llevando en hombros todo género de mercaderías y apoyándose en báculos como los vemos hasta ahora, pasaban por en-

tre los habitantes, platicando alegremente y congratulándose unos con otros por haber llegado al término del viaje.

Luego que ponían las plantas en el lugar que les correspondía en la plaza, ataban juntos en un solo haz todos los báculos y les tributaban adoración. Lo mismo habían hecho en la posada donde durmieron la noche precedente, sacándose, además, sangre dos ó tres veces en honor de los palos, en quienes veían la imágen de su dios Yacateuctli.

Concluída aquella ceremonia empezaban á descomponer sus fardos y á presentar á vista de los curiosos los varios objetos que traían á vender. Por aquí se ven con admiración joyas de oro y plata y pedrería, obra de los artífices de Atzcapotzalco, por allí telas de algodón con sus magníficos bordados, en este lugar obras de resplandeciente pluma, en aquel innumerables especies de animales así vivos como muertos, toda suerte de comestibles, polvo de oro y piedras preciosas, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, ungüentos, aceites, bebidas y otros medicamentos preparados por los médicos, toda clase de manufacturas y tejidos de hilo de maguey, de palma silvestre, de pelos de animales, y en una palabra, todos los productos naturales ó

artificiales qe pueden servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres.

He aquí el mercado ó el "tianquiztli" de la capital de la antigua república, patria del gran Xicotencatl.

Tlascallán, la Esparta del Continente americano, se enorgullecía justamente con reunir en su plaza un concurso que re cordaba el de sus mejores tiempos; concurso que poblaba el mismo lugar cada cinco días, y le constituía en uno de los emporios de Anáhuac.

Pero en el día á que nos referimos, sobre ser extraordinaria la muchedumbre, hubo un motivo especial de curiosidad para moradores y forasteros. Dominando el sol la sombría sierra donde se adoraba á Matlalcueye, diosa de las aguas, acercábase al meridiano: sus rayos herían las olas caprichosas del río que atraviesa la ciudad, naciendo en Atzompa y rodando por los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacán con los nombres de Atoyac, Río Poblano, de las Balsas y Mexcala hasta desembocar en el Pacífico, cerca de Zacatula. Era el momento de mayor tráfico; las voces de todos los concurrentes formaban un murmullo sordo y monótono, como el rumor de

las olas de un lago alborotadas á impulso del aquilón. Entre tanto, salían del palacio de Maxiscatzin, uno de los principales señores de la República, algunos extranjeros recién llegados, que por su vestido y el semblante á la vez melancólico y afable, no tenían, al parecer, nada de común con los terribles conquistadores.

Los naturales, que ya estaban familiarizados con la vista de éstos, quedaron atónitos á la presencia de aquellos hombres de porte singular, que en una lengua extraña les hablaban con entusiasmo, señalándoles el cielo y procurando hacerles comprender el misterioso sentido de sus discursos. Olas de gentes los seguían por donde quiera. Todas las miradas expresaban esta pregunta: "quienes son estos nuevos huéspedes?" Algunos de los jóvenes más gallardos de la población, formando corros en los parajes menos frecuentados, reían y cuchicheaban entre sí al verlos pasar; otros se mezclaban á la gente que se detenía á escucharlos cuan do hablaban, y no comprendiendo ninguna de sus palabras, mirándose unos á otros, se decían:

—¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando?

—Mírese, decía alguno con sarcasmo,

si tienen hambre: deben ser enfermos ó estar locos.

—Dejadlos vocear, decía otro con aire de maligna indiferencia, que les debe haber tomado su mal de locura: pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al cabo de ello morirán.

—¿Y no hebéis notado, preguntaba uno dirigiéndose á sus compañeros, cómo desde que están entre nosotros á medio día y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran?

Sin duda, contestaban todos sonriendo, es grande su mal, porque no buscan placer, sino tristeza.

Durante esta conversación, sostenida en "nahuatl," que era la lengua más culta, melodiosa y expresiva de los antiguos tlaxcaltecas, nuestros huéspedes nada entendían, sino por medio de intérprete. Uno de ellos, sin embargo, al oír la palabra "motolinia" creyó adivinar, bien por lo mucho que jugaba en la expresión, bien por el tono y manera con que se pronunciaba, que debía envolver una idea altamente significativa, y tal vez referente á ellos mismos. Ardiendo en deseo de cerciorarse, pregunta al intérprete qué significa ese vocablo.

—"Motolinia," contestó su interlocutor, quiere decir "pobre, infeliz, desdichado"....

—¡Qué me place! repuso el recién venido: quiero empezar á aprender la lengua de estos reinos; éste es el primer vocable que sé, y porque no se me olvide, él será de aquí en adelante mi nombre.

El sujeto que tal decía era conocido con el nombre de Fr. Toribio Paredes, ó de Benavente, y después, abreviando, se llamó Matolinia, Fr. Toribio.

II.

La llegada á México.

¿Por qué tanto júbilo, por qué tantos preparativos de fiesta? Los ávidos conquistadores dejan hoy de pensar en el oro y en el embellecimiento de sus moradas; los infelices indios descansan de las faenas á que los obliga la codicia y el regalo de sus nuevos señores.... ¡Tenochtitlán, no todos los días pertenecen al llanto! ¡No siempre el dolor es insaciable, y alguna vez se olvida de exigir al mortal sus ofrendas de amargura! ¡Aprovecha la tregua que te concede el destino, que tal vez no se repita, sino después de algunos siglos!....

Las calles están aseadas con primor, y

todas las flores de las "chinampas," regadas en el suelo, alegran la vista con sus brillantes matices, y el olfato, con sus olores exquisitos. Ricas gasas y damascos adornan las ventanas de los edificios; cuelgan de las azoteas mil flámulas y gallardetes, y la ciudad toda, vestida de pompa y regocijo, parece una reina en el acto de su coronación.

¡Cielo de México! ¡cielo incomparable! ¡cuán bella es tu luz, qué primorosos tus celajes! El sol se levanta señoreando la cordillera, como un ser superior ante quien son nada las demás grandezas; su luz se difunde por el espacio, acariciando las cumbres de Popocatépetl, de Ixtacxíhuatl y de Ajusco, reflejando en las lagunas del valle y en sus frondosos árboles, de donde hace brotar centellas apacibles de cada hoja, y de toda la copa un aureola mágica.

¿Mas, qué rumor circula por los aires?

—¡Ya llegaron!

¡Ya vienen por la calzada!

—Pronto los saludaremos en nuestros hogares.

—¡Bien venidos los enviados de Dios!

Tales son las expresiones que, con otras del mismo género, cruzan el ambiente, medio envueltas en la continua vocería. Algunos minutos después, los extranjeros singulares, los hombres mis-

teriosos, á quienes dejamos hace poco en Tlaxcala, pisan las calles de la capital, rodeados de prestigio y siendo el blanco de las aclamaciones de todos los habitantes. Cortés y los demás conquistadores, en compañía de los restos de la antigua nobleza mexicana, les salen al encuentro, llenos de alborozo; póstranse en su presencia; toman sus manos entre las suyas y las llevan á los labios, en un arrebato de cariño entrañable. En esta escena solemne, que contemplan absortos los naturales, calla la lengua y hablan los corazones y las lágrimas, lágrimas que nó arranca el dolor, lágrimas que hace nacer el exceso de la dicha.

Después de este encuentro, verificado en un lugar de los suburbios, siguen los extranjeros, con la comitiva, en procesión, hasta el centro de la ciudad, donde no se oyen sino los vivas de la muchedumbre y los suaves acentos de la música. ¿Quiénes son estos huéspedes, tan poco parecidos al feroz guerrero, y á quienes se tributan honores divinos? ¿De dónde vienen? ¿Qué objeto, qué ambición ha dirigido sus pasos hacia las regiones de Occidente? ¡Ni traen ejércitos, ni procuran granjearse aliados! Vienen solos, y á pie caminan, su única compañía es la pobreza, un tosco sayal es su

vestido; sus armas, la oración; su tesoro las virtudes, su aspiración el cielo.

Y sin embargo, toman posesión de esta tierra como señores, como si para ellos hubiera sido conquistada. Ved á los bruscos capitanes, sumisos á sus pies, tender las capas en el suelo para que sobre ellas pasen. ¡Y cuánto más valen estos hombres modestos, de palabra insinuante, de modales atractivos, de corazón puro y rectas intenciones! ¡Moradores de Anáhuac! ¿no os parece ver en ellos algo de divino? ¿no es cierto que resplandece en sus frentes una luz celestial?

¡Pueblos recién conquistados y mal avenidos con el yugo que os oprime, saludad á vuestros protectores! Ved aquí el amparo de vuestros hijos, la guía de su corazón, la luz de su inteligencia. ¡Ved aquí á los hombres de corazón limpio que os dirán la verdad, que velarán por vuestra dicha, que os enseñarán las artes, y que serán el antemural de vuestra vida, donde se estrellen los tiros del despotismo exacerbado por la codicia! Si vuestra raza se ha de salvar de la destrucción que la amenaza, será por ellos. ¡Ellos son la compensación que os da la Providencia por tantos males, por tanta degradación como sobrevendrán á la conquista! ¡Hijos de México, abrid los brazos para recibir en vuestro corazón á

los santos misioneros, á los humildes religiosos de San Francisco!

III.

Mirada retrospectiva.

Deseaba el Emperador Carlos V, que la nación mexicana, hacía poco adquirida para su corona, lo fuese igualmente para la religión de Jesucristo. Con esta mira, solicitó del Papa Adriano VI, plenísima autoridad para enviar á América misioneros apostólicos, que, como delegados de la Santa Sede, y con gran suma de poder y facultades, pudiesen proveer á todos los asuntos espirituales que ocurriesen en regiones tan lejanas. La solicitud se contraía especialmente á los hijos de la orden seráfica.

Accedió el Pontífice á tan justa demanda, y como ya León X había expedido una bula por la cual se otorgaba lo que ahora pretendía el Emperador, todo lo que había que hacer era confirmarla, como lo verificó S. S. en 9 de Mayo de 1522, facultando ampliamente á todos los religiosos de las órdenes mendicantes, y singularmente á los franciscanos, para predicar el Evangelio en los países recién descubiertos. En el archivo de San Fran-

cisco, de México, se conservaba esta bula, que en lugar de sobrescrito tiene este título: "Carissimo in Christo Filio nostro Carolo Quinto, Romanorum Imperatori." El compendio de su contenido, según Torquemada, es el siguiente:

"Lo primero, concede en ella (el Pontífice) que todos los frailes mendicantes (en especial de los frailes menores, como á los primeros, en cuyas personas se concedía) que fueren nombrados por sus Prelados para esta obra, y ellos, movidos con espíritu de Dios, voluntariamente se quisieren ofrecer al trabajo, para efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios, pusieron lícita y libremente pasar á estas partes, con tal que á Su Majestad ó real consejo parezcan idóneos en su vida y doctrina, para tan alta obra. Y para esto encarga la conciencia de los superiores que los hubieren de nombrar y darles licencia, que los elijan tales. Y á los así nombrados y señalados, después que ellos voluntariamente se hayan ofrecido, les manda, por el mérito de la santa obediencia, que cumplan el viaje y la obra á que son enviados, á ejemplo de los discípulos de Cristo, y les da su apostólica bendición, y so pena de excomunión "ipso facto incurrenda," manda que ninguno sea osado de impedírselo, por ninguna vía.

"Otrosí: concede en la misma bula, que los Prelados de las órdenes en estas partes de Indias, y los otros frailes á quienes ellos lo cometieren, tengan toda autoridad plena del Sumo Pontífice, tanta cuanta á ellos les pareciese ser conveniente para la conversión de los indios, y para su manutenencia y aprovechamiento de ellos y de los demás cristianos en la fe católica y en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma. Y que esta autoridad tengan así para con sus frailes y otros de cualquier orden que acá estuvieren diputados para la tal obra, y para los indios convertidos á la fe, como también para los demás cristianos que para ejercitar la tal obra les tuvieren compañía. Y que se extienda esta autoridad para ejercer también todos los actos episcopales que no requieren orden episcopal (con tal que usen de esta autoridad, tan solamente en las partes adonde no hubiere Obispos), y adonde los hubiere, usen de ella cuando dentro de dos dietas (que son dos jornadas comunes) no se pudiere haber la presencia del Obispo ó de sus oficiales. Y además de esto, confirma y de nuevo concede en la dicha bula, todos los indultos que sus predecesores concedieron, y los que sus sucesores después de él, concedieren á los frailes que están ó vienen á estas par-

tes, para que libre y lícitamente usen y gocen de todos ellos."

Dado este paso, nombróse para la misión de las Indias Occidentales al V. padre Fr. Francisco de los Angeles; mas habiendo sido electo Ministro general de la orden el año de 1523, no pudieron tener efecto por entonces ni la bula de León X, ni la que se acaba de estractar. Lo tuvieron, sin embargo, algún tiempo después, cuando para substituir al P. Fray Francisco, se nombró al sujeto más digno, al ilustre superior de la provincia de San Gabriel, en la cual se guardaba en toda su pureza y severidad la regla de San Francisco: ese sujeto no era otro que el venerable Fray Martín de Valencia.

Exonerado del cargo de provincial, y con el título de comisario de la nueva custodia, del todo independiente de las provincias de España, se dispuso la partida de este religioso á las tierras recién conquistadas, con otros doce compañeros, dignos de vivir en la memoria y gratitud de la nación mexicana. Estos fueron los siguientes:

SACERDOTES.

Fray Francisco de Soto,
Fray Martín y
Fray José de la Coruña,

Fray Juan Juárez,
Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo,
Fray Toribio de Benavente,
Fray García de Cisneros,
Fray Luis de Fuensalida,
Fray Juan de Rivas, y
Fray Francisco Jiménez, corista.

LEGOS.

Fray Andrés de Córdova, y
Fray Bernardino de la Torre.

El número de los religiosos que componían este nuevo apostolado, iba á quedar incompleto, con la separación de Fr. José de la Coruña, motivada por ciertos despachos que debían traerse á Indias, y que fué menester recoger en la Corte; pero ocupó el lugar de este religioso, Fr. Juan de Palos, que se les agregó en San Lúcar de Barrameda, en donde se embarcaron el 25 de Enero de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo.

Después de una navegación larga y molesta, arribaron los insignes expedicionarios á San Juan de Ulúa, el 13 de Mayo del mismo año, y en el propio día, pisaron las playas de Veracruz, donde los esperaba Juan de Villagómez, criado de Cortés, para felicitarlos y agasajarlos á nombre de su amo. Ellos, sin embargo,

rehusando las comodidades y regalo que se les ofrecían, emprendieron su camino hacia la capital, á pie y descalzos, como verdaderos alumnos de Jesucristo, causando admiración en todas las poblaciones por donde pasaban, hasta llegar á Tlaxcala, y después á México, que llena de júbilo los recibió en su seno con la pompa que hemos descrito.

IV.

Convento Primitivo.

No se sabe de cierto el día en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fué el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524. Reina la misma incertidumbre en orden al sitio donde tuvieron su primera morada. Hay quien afirme que ésta ocupó una parte del palacio vulgarmente conocido por "de las fieras," que era un jardín donde los reyes aztecas, y en especial Moteuczoma, conservaban á gran costa un museo viviente de historia natural, compuesto de fieras de todas clases, peces raros que mantenían en estanques, y aves gallardas de cuya pluma se fabricaban esos

vestidos y dibujos que tanto admiraron los europeos; otros, como el padre Vetancur, de acuerdo con Torquemada, dicen resueltamente que el primer monasterio se edificó donde ahora está la Catedral, añadiendo que su iglesia fué, asimismo, la primer parroquia que hubo en México.

Pero lo más probable y que resulta de un examen minucioso, es, que de Junio del año de 1524 á 2 de Mayo de 1525, hubo dos monasterios de San Francisco, uno provisional, cuya verdadera situación se ignora, y el llamado en los libros de cabildo "San Francisco el nuevo." Este, según toda apariencia de verdad, estuvo en la calle de Santa Teresa, en un sitio contiguo á la casa que forma la esquina de la calle del Reloj y de la antes mencionada; y no estando destinado á servir definitivamente de habitación á los religiosos, es creíble que su fábrica sería de escasas dimensiones, especialmente la iglesia, que se reduciría á un pequeño oratorio, por el estilo del que tenía Cortés en su palacio.

Estas indicaciones con respecto al número y situación de las primeras moradas de los franciscanos, están fundadas, principalmente, en un pasaje del "Diccionario de historia y geografía," que parece ser el resultado de una investigación no me-

nos exacta que curiosa. En él hallamos establecida la distinción como nosotros la reconocemos, entre San Francisco el viejo y San Francisco el nuevo; de manera que, según su contexto, podemos concluir, que los religiosos tuvieron dos casas antes de establecerse en el convento grande.

No faltan, sin embargo, autores que difieren de este sentir, entre otros, Alamán, que en sus "Disertaciones" declara de la manera más terminante, que los franciscanos no tuvieron más de dos conventos, entendiendo por San Francisco el nuevo, el que existió hasta nuestros días. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los religiosos, desde los primeros días á su llegada, empezaron á dedicarse á sus apostólicas tareas, con un celo que los honrará eternamente en la memoria de los hombres. Encontráronse en el país con otros cinco piadosos colaboradores, que los habían precedido en el apostolado desde el principio de la conquista, ó poco tiempo después, y reunidos todos, ya no formaron más que un solo cuerpo: tres de esos religiosos eran Fr. Juan de Tecto, Fr. Juan de Aora, y el amable y virtuoso Fr. Pedro de Gante, flamencos el primero y el último. La historia acaso ha sido injusta al callar los nombres de los demás.

Reforzada de esta suerte la benéfica milicia, empezó á luchar contra los estorbos que se oponían á su paso en la difícil senda de la predicación: el idioma de los naturales fué, desde luego, el objeto de su atención y de su más asiduo estudio. Los frailes recién llegados se valían, para aprenderlo, de los conocimientos adquiridos por los individuos de su orden, que habían pisado antes nuestro suelo, y más todavía, de los niños mexicanos, cuya natural viveza aprovecharon no sólo para este objeto, sino para otro de mayor estima, cual fué la propagación de la doctrina evangélica por todas las clases de la sociedad azteca.

Señalóse también este primer período de la existencia de la orden franciscana en nuestro país, por un hecho importante que afianzó la buena dirección de las futuras empresas de los religiosos, y cuyo inmediato resultado fué el concierto de las voluntades de todos para someterse á un jefe: tal fué el primer capítulo celebrado en 2 de Julio del mismo año de 1524, en que salió electo custodio el V. P. Valencia.

De aquí propiamente toman principio las tareas apostólicas de nuestros misioneros. Repártense de cuatro en cuatro por las ciudades principales, como eran entonces Texcoco, Tlaxcala y Huetxot-

zinco, ufanos con salir á sembrar entre los idólatras la semilla de la divina palabra. Si remontándonos con el pensamiento hasta esa época de transformación, asistimos á la partida de los obreros evangélicos, ¡cómo admiramos en ellos el sublime privilegio que goza la verdad en sus conquistas, jamás compradas con devastación ni llanto! Vémoslos caminar á pie y sin séquito, con una cruz en la mano y la vista fija en el horizonte; la esperanza los sostiene, les comunica valor la caridad, y los proteje la conciencia: ¡fuertes colonos que salen de la capital para internarse en un país desconocido, y que no han menester más guía que su celo, ni más intérprete que un niño!

Entre tanto, Fr. Martín de Valencia, á quien con otros cuatro religiosos tocó, según era natural, quedarse en México, seguía entendiendo en la conversión de los naturales al cristianismo. Habitaron en el convento situado en la calle de Santa Teresa, poco menos de un año, hasta que se pasaron al actual, cuya construcción tuvo principio, según todas las probabilidades, á poco tiempo después de su llegada. Hízose á expensas de Cortés, quien, por esta razón, tuvo el patronato del mismo, y se dedicó al patriarca de la orden, San Francisco. Mas reservando

tratar de este monasterio en otra parte, con la detención que merece, procuremos estudiar los tiempos en que floreció la religión franciscana en nuestra patria, penetrando en el santuario de la vida de sus fundadores. La existencia y las glorias del instituto se reflejan en los hechos de sus hijos.

V.

Fray Martín de Valencia.

I.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo, en Extremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito, desde donde aquéllas se recitaban. Un momento después, leía en voz apenas perceptible, un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplación, á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la

voz al recitar la lección sagrada, hasta que, llegando á cierto pasaje, en que pareció deleitarse singularmente, como saliendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió, exclamando: "¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!"

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demás religiosos que el lector se volvía loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel, donde se le había dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo, volvió en sí; mas como se viese en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le había sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecían haber abrigado, de que como loco, no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente á que se cerciorasen que no lo merecía, y entre tanto, puesto de rodillas oraba con fervor, exclamando á veces: "¡Oh! ¿y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No sería yo digno de ver este con-

vertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?"

El hombre á quien sucedía tan extraña aventura, era nada menos que el futuro superior de la Colonia franciscana, destinada á plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Fr. Martín de Valencia

II.

Este insigne varón fué natural de la Villa de Valencia, llamada de D. Juan, que está situada entre la ciudad de León y la Villa de Benavente, en la ribera del Esla. Nada sabemos de las circunstancias de su nacimiento ni de la posición social de sus padres, si bien podemos conjeturar que serían éstos de excelentes costumbres, atendida la buena y cristiana educación que supieron dar á su noble hijo, y cuyos frutos cosecharon más tarde, tanto España como México. Tampoco sabemos nada acerca de los primeros años de su juventud, pues su vida permanece envuelta en una completa obscuridad, hasta que le vemos retirarse al claustro, tomando el hábito de San Francisco en el convento de la Villa de Mayorga, provincia de Santiago, que es uno de los más antiguos de España.

Tuvo allí por maestro á Fr. Juan de Argumanes, excelente guía, con cuyas sabias lecciones hizo notables progresos, no menos en la ciencia que en la virtud; y ya profeso volvió á Valencia, por mandato de los superiores, de donde salió no mucho tiempo después, y muy contento, pues la compañía de sus parientes y conocidos solía distraerle del tenor de vida que había adoptado. Dedicábase ardientemente á la contemplación de las eternas verdades, y apeteciendo, por tal motivo, el recogimiento y el retiro del yermo, solicitó y obtuvo, pasar á vivir al monasterio de Santa María del Hoyo, donde ocurrió el peregrino incidente que acabamos de referir: ¿qué misterio encerraba este suceso tan malamente apreciado por los monjes?

Más tarde lo sabremos

III.

Aunque suele el hombre enderezar su vida hacia un objeto que no es el que la Providencia le destina, rara vez deja de conocer, por ciertos movimientos interiores, que aún no acierta con el camino que le señala su verdadera vocación. El corazón en este estado, es una nave sin piloto, á merced de las olas de la incertidumbre. Pero llega al fin el instante de-

cisivo en que calmándose la tempestad de la inconstancia, y revelándose al mortal su verdadero destino, ya no vacila entre las mil sendas que se ofrecen á sus ojos, y de todos los elementos de su ser, de sus mismas pasiones, saca fuerza para encaminarse adonde le llama su estrella.

Nuestro buen fraile, como se ha visto, parecía exclusivamente nacido á la vida contemplativa, según el amor que mostraba á la soledad y al apartamiento del trato con sus semejantes. Así lo creyó él mismo por algún tiempo; mas hallándose en el monasterio poco antes mencionado, estuvo á punto de variar de su primer propósito. Un biógrafo, el P. Motolinía, nos describe con los más vivos colores, el estado de perplegidad en que cayó esa vez el P. Valencia, indicándonos también el medio singular de que Dios se valió para librarle del escollo.

"Comenzó (dice) á tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en la oración; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponía á orar, hacíalo con gran pesadumbre; vivía muy atormentado. Vínole una terrible tentación de blasfemia contra la fe, sin poderla lanzar de sí; pa-

recíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y á regaña dientes comulgaba; tanto le fatigaba aquesta imaginación, que no quería ya celebrar, ni podía comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecía sino tener los huesos y el cuero, y parecíale á él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentación le traía Satanás para derrocarle de tal manera, que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese y no pudiese tornar en sí, y saliese de juicio; y para esto también le desvelaba, que es también mucha ocasión para enloquecer; pero como Nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni quiere que caigan, ni da á nadie más que aquella tentación que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentación, sin detrimento de su ánima, y convirtióla en su provecho, permitiendo que una pobrecilla mujer le despertase y diese medicina para su tentación; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias, y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

"Que como el varón de Dios fuese á pedir pan á un lugar que se dice Roble-

da, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar, viéndole tan flaco y debilitado, díjole: ¡Ay, padre! ¿y vos qué habéis? ¿Cómo andáis, que parece que queréis expirar de flaco, y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?—Así entraron en el corazón del siervo de Dios estas palabras, como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó á abrir los ojos de su entendimiento, y á pensar cómo no comía casi nada, y dijo entre sí:—Verdaderamente, esta es una tentación de Satanás—y encomendándose á Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el demonio le tenía, dió la vuelta á su vida.... Después que fué librado de aquellas tentaciones, quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozábase en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, parecíanle un paraíso, y de allí le quedó que doquiera que estaba, luego plantaba una arboleda, y cuando era Prelado, á todos rogaba que plantasen árboles, no sólo frutales, sino de los monteses, para que los frailes se fuesen allí á orar.

"Asimismo le consoló Dios en la celebración de las misas, las cuales decía con mucha devoción y aparejo, que después de maitines, ó no dormía nada, ó muy po-

co, por mejor se aparejar; y casi siempre decía misa muy de mañana, y con muchas lágrimas, muy cordiales, que regaban y adornaban su rostro, como perlas."

Así se vió libre el V. P. Valencia de aquella suma de padecimientos inefables que abrumaban su vida, y que amenazaba precipitarle en un abismo. Por el fragmento que acabamos de dar á conocer, se habrá visto hasta dónde llegaba la sencillez y pureza de costumbres del religioso, y cómo ageno ya del hastío que por algún tiempo le causó el retiro, se afirmó más en el estado que había elegido en su juventud.

"Con todo, un nuevo deseo se apoderó de su alma, un deseo vehemente que quiso á toda costa realizar. Para expresarlo nos serviremos de las palabras mismas del escritor citado antes. "Otro sí: de allí adelante tuvo gran amor con los otros frailes, y cuando alguno venía de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecía que le quería meter en las entrañas; y gozábase de los bienes y virtudes agenas, como si fueran suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios á un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas, vino á de-

sear padecer martirio, y pasar entre los infieles á convertirlos y predicar: aqueste deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios, con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigilias y muy continuas oraciones." Pero este mismo deseo y este mismo celo fueron también en lo sucesivo los únicos que dominaron en su alma, identificándose con su naturaleza, y comunicándole á torrentes ese entusiasmo con que abrazó el proyecto de transladarse á los países más remotos para evangelizar á pueblos gentiles. Esta era su verdadera vocación.

IV

Consecuente con ella nuestro apóstol, echó mano de los medios más eficaces para comenzar desde luego la gloriosa carrera de sus benéficas labores; pero, ¡cuántos obstáculos tenía que allanar antes de dar el primer paso! Previene la regla de los frailes menores, que si alguno por divina inspiración fuere movido á desear ir entre los moros ú otros infieles, pida licencia á su provincial para efectuar su deseo; y ajustándose él á este ordenamiento, solicitó la referida licencia por tres veces. Una de ellas,—pero

dejemos hablar al candoroso Motolinia— "una de estas veces había de pasar el río, el cual llevaba mucha agua é iba recio tanto, que tuvo que hacer en pasarse á sí solo, y fué menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una biblia, y el río se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros y rogándole que se los guardase, suplicándole á Nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenía cosas anotadas para su espiritual consolación, fuélos á tomar buen rato el río abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua."

Pero le fué negada la licencia tantas veces cuantas la pidió, sin que conste cuál fuese la causa de esa negativa: acaso no inspiró la suficiente confianza para acometer y llevar á buen término su empresa, pues suele acaecer que para la realización de los humanos proyectos, sean pospuestos cabalmente los hombres más aptos y merecedores. Con todo, él no desmayó, como que entre sus innumerables prendas, poseía en grado eminente la constancia.

Por este tiempo pasó á morar en compañía del P. Fr. Juan de Guadalupe, en un convento de la custodia de la Piedad, donde se observaba la más rígida pobre-

za: perseguidos allí por los malos frailes, á quienes daban envidia la estrechez y aspereza en que vivían, se refugiaron en una isla formada entre el Tajo y el Guadiana, "que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal." A instancia de sus hermanos volvió después nuestro Valencia á la provincia de Santiago, donde edificó un monasterio junto á Belvis con el nombre de Santa María del Berrocal; y así de este como de los conventos que tenía á su cargo Fr. Juan de Guadalupe, con otros que dió la provincia mencionada, se formó en 1516 la custodia de San Gabriel, en que estaba comprendido el monasterio de San Onofre de la Lapa. En él vivió algún tiempo el venerable apóstol; y como es peculiar atributo de los buenos hacer bien en todas partes, contribuyó eficazmente desde su retiro á establecer armonía entre las casas de Priego y Feria, á la sazón desavenidas, conduciéndose de tal suerte, "que más les pareció á todos ángel del Señor, que no persona terrenal."

V

Vengamos ahora á la época más interesante de la vida de nuestro héroe.

La que fué custodia de San Gabriel es

ya provincia con el mismo nombre, y tiene por superior al venerable P. Valencia, que habita en el monasterio de Belvis. Llega un día á las puertas de éste un personaje, á quien los religiosos dan la bienvenida con las mayores muestras de cordialidad y acatamiento: es el General de la orden, el P. Fr. Francisco de los Angeles, después Cardenal de Santa Cruz, y viene ahora visitando las provincias de regulares de España sujetas á su obediencia. Esto pasa en el año de 1523, dos después de la conquista de México.

De esta visita, esperaban los religiosos ver hacer algún hecho de suma trascendencia, y no se engañaron, porque llegado el día de San Francisco, que estaba señalado para celebrar capítulo; hallándose en él llamó el general al P. Fr. Martín de Valencia, "é hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva España era nuevamente descubierta y conquistada, á donde, según las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creía y esperaba que se haría muy gran fruto espiritual, habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinado de pasar en persona al tiempo que le eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pa-

sada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenía él muy gran confianza en la bondad divina, que sería grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban."

Por esta vez tuvo una amable excepción la sentencia de La Bruyére, que dice: "Lo que más se desea es también lo que menos acude, ó si sucede no es ni en tiempo ni en circunstancia en que causaría extremado placer." En la indicación que el general hizo al venerable religioso y que honra tanto á entrambos, el segundo vió colmados los deseos más vehementes que abrigara, y del placer que entonces hubo de sentir, puede juzgarse por la prontitud con que á poco tiempo efectuó su venida á nuestro país.

Ya apuntamos los más notables incidentes de este viaje y hemos seguido al P. Valencia con sus doce compañeros hasta dejarlos establecidos en la capital; dijimos también cómo se habían repartido de cuatro en cuatro á misionar á las principales poblaciones entonces existentes, después de haber celebrado capítulo en que salió electo custodio nuestro apóstol; réstanos estudiar la vida de éste en el nuevo teatro á donde le llamó su

celo y que en breve llenaría con el esplendor de sus virtudes.

VI

Era una de esas mañanas de otoño, en que tras la lluvia de la noche precedente, el valle de México respira alegría y frescura: los árboles cargados de sabrosas frutas atesoran todavía en las hojas algunas perlas de agua cristalina, que dejan caer silenciosamente á las blandas caricias del céfiro: un ligero vapor que se tiñe de oro á los tibios rayos del sol naciente, se exhala de los lagos, y parece de lejos como el humo del incienso, como si fuese la plegaria que á su modo dirigiera el agua al Criador; los esbeltos montes descubren la frente de nieve por entre un anillo de nubes, y el cielo, lleno de luz y serenidad, fija una mirada cariñosa en la morada del hombre.

Apiñábase entre tanto, en el patio del convento de San Francisco, una muchedumbre de mexicanos al rededor de una gran cruz adornada de flores naturales. Colocados entre ellos algunos religiosos, le enseñaban una especie de canto llano; pero de suave y tierna melodía, que ellos repiten en coro, mostrando en

el semblante la seriedad y respeto del que asiste á un acto religioso. El aire recoge estos acentos como la expresión de un amor sencillo que sólo aspira á una vida de paz y de inocencia; como la protesta de sumisión á una fe divina, cuya enseñanza empieza á insinuarse en el alma, haciéndole entrever un horizonte de mejor vida.

De este modo enseñan los religiosos la sublime doctrina de Jesús á los recién convertidos aztecas, antes de darles el bautismo.

Vése asimismo en el patio no lejos del concurso, otra reunión compuesta de niños, á quienes da el nombre de hijos un fraile de unos cincuenta años de edad, y que rodeado de ellos, parece decir, como su divino Maestro: "Dejad á los niños acercarse á mí."

Este es el P. Fr. Martín de Valencia.

Como luego que vino á México se vió abrumado de tantas atenciones, siendo, además, ya entrado en años, no pudo dedicar al estudio de la lengua mexicana todo el tiempo que hubiera querido: logró, sin embargo, aprender algunas voces de las más usuales y necesarias, con cuyo caudal tenía lo suficiente para doctrinar á los párvulos, y enseñarlos á leer, en lo que mucho trabajó. Sentía

demasiado esta falta de conocimiento, especialmente porque le impedía ganar almas para el Evangelio mediante la predicación; mas procuraba repararla, así con las labores indicadas, como con la enseñanza práctica de las virtudes y con el santo ejercicio de la oración, á que se entregaba fervorosamente mientras sus hermanos se atraían los corazones desde el púlpito.

Pero su ocupación favorita eran las lecciones á los niños, ante los cuales deponía su severo talante, revistiéndose de aquella bondad y mansedumbre que requiere tan sagrado como penoso magisterio. He aquí por qué la mañana referida asistía entre sus alumnos, y era grato contemplar al lado de la inocencia de los primeros años, á la inocencia adquirida á fuerza de virtud: ¡escena tierna en que se estrechaban la mano la niñez y la experiencia, la aurora y el ocaso de la vida!

No menos seductor, aunque de diverso carácter, es el cuadro que representa la gente agrupada en torno de la cruz, oyendo cantar y cantando alternativamente. Míranse en él felizmente hermanados en una sola familia animada de los mismos deseos, al pobre con el rico, á los siervos con los señores, á los "ca-

ciques con los "macehuales;" en una palabra, á todas las clases y condiciones de la sociedad mexicana. ¡Hechizo poderoso de una religión de amor y paz! Ella inculca el augusto principio de la igualdad, y le realiza; predica la paz, y la establece; rodéase del infortunio, y le consuela; y de las ruinas de un imperio subyugado por la codicia armada, logra formar una sociedad laboriosa, inocente, benéfica, civilizada.

¡Espectáculo hermoso y que admiraría Grecia en sus mejores tiempos! Anáhuac ve reproducirse en su seno las maravillas y la santidad de la primitiva iglesia. A la voz del humilde hijo de San Francisco, fiel intérprete de las bellezas y armonías del cristianismo, despierta un pueblo del letargo de la superstición que pervertía sus más nobles instintos, congrégase, obedeciendo á un atractivo inefable, á escuchar los acentos de la verdad, se despoja de sus hábitos feroces, y amamantado por una doctrina de amor y perfeccionamiento, se hace digno de alcanzar en el porvenir los más altos destinos.

VII

Desde el primer año que siguio al establecimiento de los franciscanos en la capital, los habitantes de México y de Tlaltelolco, que como ya se ha indicado, formaban dos ciudades reunidas, comenzaron á tener sus juntas en la cabecera de cada barrio, señaladamente los días festivos, y á ellas concurrían los apóstoles á doctrinar á los adultos y bautizar á los niños.

Celebrábanse estas juntas en unas piezas que Motolinía llama **salas antiguas,** "porque iglesia aún no la había, y los españoles tuvieron también, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de éstas que servían por iglesia, y ahora es allí en la misma sala **la casa de la moneda.**" Nuestros investigadores no deben perder de vista este apuntamiento, cuando traten de fijar las primitivas localidades del establecimiento que se acaba de mencionar. Cuánto tendrían que trabajar los misioneros en esas juntas para dar idea de los dogmas cristianos, y desarraigar de las almas el torpe vicio de la idolatría, sólo puede congeturarse en vista de los obstáculos que presentaban por una parte la dificultad de ex-

presarse á derechas en una lengua extraña, y por otra, la resistencia de los indios á desnudarse de antiguas preocupaciones. Pero todo lo avasallaba el noble celo de que estaban aquéllos animados, y ora valiéndose de figuras simbólicas para hacerse comprender, ora patentizando las inestimables ventajas de una religión de paz y de clemencia sobre los ritos sanguinarios del paganismo, lo cierto es que en breve salieron airosos de la empresa.

Contribuyó no poco á este feliz resultado la rara disposición que acreditaron algunos religiosos para el aprendizaje de la lengua mexicana, en la que llegaron á expresarse á los seis meses de residencia en la capital los reverendos Fr. Luis de Fuensalida y Fr. Francisco Jiménez. Ayuda eficaz para ésto les dieron también los niños, como ya en otra parte se ha indicado, si bien al principio no sacaron de ella todo el fruto que se prometían, y era de esperarse, por haber cometido el grave error de comenzar sus instrucciones en latín, enseñando en este idioma á persignarse y rezar las oraciones, tanto á niños como á gente adulta. Esta práctica no podía menos de inducir confusión en quien los escuchaba, sin saber latín ni castellano, pues oyéndolos

expresarse unas veces de un modo y otras de diverso, hubo de inferir que para aprender lo que le enseñaban y para enseñar lo que él sabía, era forzoso hacer prodigios de memoria.

Pero conocido el error, luego le enmendaron, echando mano del recurso que describe Vetancurt, y que expresaremos con sus mismas palabras: "inspiróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían á jugar con ellos con pajas y pedrezuelas, para quitarles la vergüenza y con la comunicación aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo, lo asentaban al propósito de lo que se hablaba; en juntándose comunicaban sus escritos, y sucedían no acertar; á los niños les enseñaban el castellano, y como hábiles á pocos días los niños, no sólo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían."

Descolló por sus servicios entre estos niños, uno cuyo nombre nos ha conservado la historia. Llamábase Alonso, y era hijo de una dama española que tenía dos, uno de los cuales era él. Ambos mantenían trato continuo con los muchachos mexicanos, y merced á esta circuns-

tancia habían llegado á ser muy peritos en la lengua, tanto que sabiéndolo los religiosos, consiguieron de Cortés que Alonso pasase á vivir de asiento con ellos en el monasterio, y de allí adelante los acompañaba de pueblo en pueblo, vistiendo el hábito, leyendo á la mesa, y siendo "maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio." Al fin llegó á ser religioso, con el nombre de Fr. Alonso de Molina.

Ya en nuestros estudios sobre el convento de Santo Domingo, señalamos, aunque brevemente, la cooperación de los niños mexicanos á la obra de la conversión del pueblo, y no será ésta la última vez que toquemos este asunto,encontrando á cada paso ejemplares que lo comprueban, pues con mucho fundamento decía Fr. Toribio de Benavente: "si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversión, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el Obispo de Tlaxcállan al emperador, diciendo: "Nos, los obispos sin los frai-"les intérpretes, somos falcones en mu-"da." Así lo fueran los frailes sin los niños."

Mas no perdamos de vista á Fr. Martín de Valencia.

VIII

Los sobrinos y nietos de Motecuzoma, que se educaban con gran esmero en el convento de San Francisco, eran señores de Cuauhtitlán, Tepotzotlán y otros pueblos á estos sujetos. Esta consideración movió á nuestros frailes á dar preferencia á los lugares indicados, con respecto á otros de la comarca, en la predicación del Evangelio y administración del bautismo; si bien no llegó á tal extremo que descuidasen de la salud espiritual de las otras poblaciones del valle y aún de tierras más lejanas. Prueba de este aserto son las expediciones fructuosas que hacían con esa mira á los lugares situados á las márgenes de la que entonces se llamaba "laguna del agua dulce."

Una vez salió de México nuestro Valencia, acompañado del P. Fr. Francisco Jiménez, y se encaminaron á visitar esos lugares que, según dice un historiador, no sabían ni cuántos eran.

Rayaba el alba convirtiendo el horizonte en una diadema de suavísima luz.

Desde las copas de los sauces, ó cerniéndose á gran altura, saludaban las aves el advenimiento del día con esos himnos inefables, siempre los mismos, y

siempre nuevos para el corazón que los escucha.

Era el momento solemne en que combate el misterio de las sombras con la franca claridad del sol, que va á ostentarse; en que se apagan las estrellas, ofuscadas por las oleadas de esplendor que se derraman por el firmamento azul-obscuro; en que las menudas nubes teñidas de oro y púrpura emulan y aventajan á las flores de los prados y de los jardines; y en que la luna pálida, como una corola de azucena, parece una virgen sorprendida con la inesperada presencia de su amante.

Tal vez la brisa pasaba rozando con sus alas diáfanas la superficie de los lagos, y suspiraba armoniosamente entre la juncia.

Tal vez el agua hacía visos como una masa líquida de plata, enmedio de la cual jugueteaba el ánade azulado.

Y tal vez mientras vagaba la mariposa sobre las matas como una flor voladora, el eco solía traer al oído el melancólico canto del viandante que de apartadas regiones venía á la capital.

Entre tanto, los dos misioneros guiaban los pasos por la calzada de Iztapalápan, levantando al andar ligeras nubes de polvo, llegan al fuerte de Xolotl;

después á Huitzilopochco, hoy Churubusco; y por último, á Coyohuacán, pueblo donde residieron los españoles los primeros meses después de la conquista de México, y que más tarde perteneció con el nombre de villa al Marqués del Valle.

Para los naturales fué este un día de gran fiesta y regocijo. Antes de que llegaran los misioneros, salían á recibirlos en tropel, ofreciéndoles vistosos ramilletes, ordinario agasajo con que hasta ahora suelen algunas poblaciones obsequiar en tales casos á los curas.

La presencia de los ministros de paz los consolaba de las continuas vejaciones que les causaban el poco miramiento y aún crueldad de los conquistadores insaciables.

—¡Ah, si todos fueran como éstos!, decían entre sí, dudando de lo que veían con sus propios ojos

—Ni nos hacen esclavos, ni violan á nuestras hijas.

—¡Ah, la esclavitud!, exclamaba alguno con muestras de la más viva indignación: ¡la esclavitud!.... ¡es intolerable! Dentro de algunos años ya no habrá en todo Anáhuac suficiente carne de esclavos para contentar á esos gavilanes rabiosos. ...

—Nuestros reyes y caciques, es verdad, nos hacían también sus siervos; pero no nos marcaban la cara con el hierro ardiendo.

—Hombres hay que ya no se conocen por el rostro, según lo desfigurado que le tienen con tantos y tantos letreros.

—¡Y así tuvieron algunos menguados por hijos de Quetzalcóatl á estos ladrones! Nuestros antepasados decían que este buen dios enseñó á los pueblos á labrar la tierra y á vivir como hermanos: y si los extranjeros son sus descendientes, cierto no se parecen á su padre.

—La tierra que ellos cultivan son las minas, donde nos hacen morir de fatiga ó de hambre, buscando el oro en las entrañas de la tierra.

¡Cuán poco se parecen á estos otros extranjeros pobres, que dicen haber venido para llevarlos al cielo! Si no les damos de comer, ellos no tienen boca para pedirnos nada, y morirían de hambre antes que quitarnos el pan.

—Pero sí nos quitan nuestros dioses, y echan por tierra los **teocallis.**

—¡Bien hecho! Huitzilopochtli ha gozado ya mucho tiempo en la sangre de sus adoradores; no quería más ofrenda que los corazones arrancados de las víctimas sacrificadas en sus altares, y no

creo en la deidad que se complace en la destrucción de los humanos.

—Tienes razón, hijo mío, decía un anciano de faz amable; pero la creencia que tratan estos hombres de inculcarnos no es nueva para mí: el gran monarca de Texcoco, Netzahualcóyotl, profesaba en secreto otra religión, si no igual, muy semejante á la que ahora se nos predica; y había erigido un templo, no á los dioses que adoraba el vulgo supersticioso, sino al Dios desconocido que está en todas partes sin tener figura humana, y que no exige del hombre sino amor, adoración, incienso y flores.

—¡Volvamos, pues, á los tiempos de ese buen rey, que tantos beneficios hizo á su pueblo, y que recuerdan nuestros ancianos con tanta complacencia! Quizá se irán de aquí los extranjeros malos, y sólo quedarán en la tierra los extranjeros buenos.

—Estos serán nuestros padres, yo lo espero, y nos defenderán de los malvados. Hagámonos de su partido.

Tal era la disposición de ánimo con que los naturales recibían á los dos religiosos. ¿Qué resulta de aquí? Un hecho sorprendente y de carácter sobrehumano.

Comienzan su predicación los minis-

tros del Evangelio, y atónito el auditorio, no sabe qué admirar más, si la excelencia y majestad de la palabra santa, ó la maravillosa soltura y propiedad con que aquéllos se expresan en un idioma que poco antes ignoraban.

—¡Raro portento!, exclama alguno con aire pensativo: no hay duda en que un Dios habita en estos hombres singulares: él les dicta una doctrina nueva para nosotros, pero amable, que al escucharla va penetrando en lo interior del alma como un rayo del sol que nace, como una suave melodía, ó como el aroma de una flor recién abierta. Su voz alivia los pesares, como la voz de una madre ó de una esposa: nuestros hijos la oirán desde la infancia, y durante las horas amargas de la vida, sonará en su corazón, como la palabra del amigo ausente, como un cántico divino.

Conmovidos hasta este extremo los mexicanos, no bien termina la alocución que se les dirige, cuando expontáneamente hacen pedazos los ídolos que antes veneraban, levantan cruces sobre los **teocallis** y señalan sitios para fabricar templos cristianos.

Los dos apóstoles pasan adelante; llegan á Xochimilco y á los demás pueblos de la **laguna dulce**; repítense las mismas

escenas que en Coyohuacán; los principales caciques piden para sí y para sus hijos el bautismo, y los religiosos alzan los ojos al cielo, y apenas pueden contener el júbilo por la abundante cosecha que se les prepara.

Entonces fué cuando el P. Valencia, dirigiéndose á su compañero en un arrebato de entusiasmo, le dijo:

—"Muchas gracias sean dadas á Dios, que lo que en otro tiempo el espíritu me mostró, ahora en obra y en verdad lo veo cumplir."

Aludían estas palabras al extraño incidente ocurrido en el coro de Santa María del Hoyo, durante los maitines, cuando nuestro buen fraile recitaba desde el púlpito una lección de Isaías. Habla en ella el profeta de la venida de los gentiles á la fe, y elevado el espíritu del lector á las regiones misteriosas donde se revela al hombre lo que es y lo que será, vió puntualmente lo que ahora pasa en su visita á los pueblos de la laguna de Xochimilco, esta presteza, esta expontaneidad, con que un sinnúmero de personas, tribus enteras, vienen á ser iniciadas en la sublime doctrina de Jesús.

Desatábase el enigma de su destino.

IX

Las ideas, los sentimientos, las opiniones, las doctrinas y en general todo lo que de algún modo interesa la suerte de la humanidad, ejerce ahora, y siempre ha ejercido, una especie de magnetismo intelectual ó moral en las sociedades. He aquí por qué al resonar la palabra que envuelve un pensamiento fecundo, tiene un eco más ó menos vivo, más ó menos duradero en todas partes; he aquí por qué una vez proclamado un principio social ó político, encuentra partidarios y por qué desde el punto en que una religión se predica, tiene prosélitos.

Mas la propagación del cristianismo en nuestro país, tuvo algo de excepcional y verdaderamente prodigioso; porque al dejarse oír la voz del Evangelio en un lugar, no parece sino que al mismo tiempo se conmovían otros muchos, y la influencia ejercida en el primero se hacía sentir en todos como una corriente eléctrica.

Con todo, esta virtud atractiva fué mayor y más poderosa para unas poblaciones que para otras, y contrayéndonos á las de que hablamos no ha mucho, señalaremos como una de las más prontas

en adoptar los nuevos dogmas á Cuitlahuac, lugar de suave temperamento y que por estar cercado de agua, fué llamado por los españoles Venezuela.

"En este pueblo, (dice el Padre Motolinia), estaba un buen indio, el cual era uno de los tres señores principales que en él hay, y por ser hombre de más manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo: éste envió á buscar á los frailes dos ó tres veces, y llegados, nunca se apartaba de ellos, más antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe.

"Otro día de mañana, ayuntada la gente después de misa y sermón, y bautizados muchos niños, de los cuales, los más eran hijos, y sobrinos, y parientes de este buen hombre que digo; y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio á Fr. Martín, que le bautizase, y vista su santa importunación y manera de hombre de muy buena razón, fué bautizado y llamado Don Francisco, después en el tiempo que vivió fué muy conocido de los españoles.

"Aquel indio hizo ventaja á todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles, que excedieron

á los que habían venido muchos días antes.

"Este D. Francisco, aprovechando cada día en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un día muy de mañana en una barca, que los españoles llaman "canoa," por la laguna, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo ví y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron, habían sido canto de ángeles, y de allí adelante fué aprovechando más; y al tiempo de su muerte, pidió el sacramento de la confesión, y confesado y llamando siempre á Dios, falleció.

"La vida y muerte de este buen indio, fué grande edificación para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlahuac, en el cual se edificaron iglesias; la principal advocación es de San Pedro, en la obra de la cual trabajó mucho aquel buen indio D. Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha á la manera de España."

Como este hecho se repitieron varios otros que sería largo referir, y que demuestran por una parte, el anhelo con que abrazaban el cristianismo los naturales, y por otra la vida laboriosa, fecunda y verdaderamente evangélica que observaban los primeros frailes, señaladamen-

te el P. Valencia, de quien puede con razón asegurarse que su celo por la conversión de los gentiles era una llama siempre activa, siempre eficaz y siempre en aumento.

Pero tiene otros títulos á la gratitud de la nación mexicana. El fué, como el P. Betanzos, el defensor más firme y decidido de los indios; él fué quien primero fulminó contra los abusos de la tiranía; y él fué, por último, quien para ponerle freno, levantó la voz en contra suya en el seno de la primera asamblea, que con el carácter de concilio, se verificó en el convento de San Francisco. Presidióla él mismo, como legado apostólico, y fué compuesta de cinco clérigos, diecinueve religiosos y cinco letrados, ó tres, como asienta el P. Vetancurt. Asistió á ella D. Fernando Cortés, y empezó sus sesiones á fines del año de 1524, concluyendo á principios del siguiente. Su principal objeto fué proveer á la salud espiritual de los pueblos, procurando aprovechar las luces y experiencia de los asistentes para elegir los medios más adecuados al establecimiento de la fe, á la extirpación de las malas costumbres y especialmente de la idolatría, muy arraigada en los habitantes de distritos poco visitados.

Fué además el venerable religioso un astro de consuelo en medio de la tormenta suscitada por las malas pasiones de los hombres depravados, en cuyas manos dejó Cortés las riendas del gobierno, durante su funesta expedición á las Hibueras. Veamos cómo se expresa acerca de este suceso el P. Cavo.

X

"A este bravo capitán, (Cristóbal de Olid), que se había hecho famoso en la guerra de los mexicanos, vencidos éstos, lo despachó Cortés, como dijimos, á conquistar la provincia que llamaban Hibueras, distante de México más de cuatrocientas treinta leguas al sudeste; para este efecto le confió una formidable escuadra de seis velas con cuatrocientos infantes y treinta caballos, encomendándole al partir que á cierta altura destacara una de las embarcaciones al mando de Diego de Hurtado de Mendoza, su pariente, que costeando arribara al Darien en cumplimiento de la orden del Emperador, que deseoso de quitarse de contestaciones con los portugueses, por todos sus dominios de aquel nuevo mundo hacía buscar el estrecho que se decía del de un mar al otro.

"Olid, cumpliendo este encargo, llegó

á aquella provincia, y como los naturales de ella eran gente pacífica, con facilidad los redujo al dominio español; pero este hombre tan favorecido de Cortés le pagó ni más ni menos como Cortés había pagado á Velázquez. Se sustrajo de su jurisdicción y cortó con él toda comunicación.

"Mas Cortés, que tenía más poder y brío que Velázquez, determinó vengarse de aquel ingrato, y publicó la jornada de Hibueras, tanto más que en aquellos días una embarcación de Cuba le había traído la noticia del fallecimiento de Velázquez y de la instalación en aquel gobierno de su paisano Manuel de Rojas, casado con una pariente suya, de donde coligió que los amigos del muerto pasarían á Hibueras á unirse con Olid para su ruina. Entre tanto que se disponía al viaje, envió con los poderes más amplios que pudo á aquella provincia á Francisco de las Casas, para que viera el modo de asegurar la persona de Olid....

"Hecha esta diligencia, procedió á disponer su viaje, y ante todas cosas constándole de la mala voluntad que le tenían los oficiales reales, acaso por hacérselos amigos les dió repartimientos, con la condición de derribar los ídolos y pro-

curar la instrucción de los indios que les había señalado; las demás cosas dispuso de esta manera.... A Francisco de Solís nombró Cortés por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas; á Rodrigo de Paz, su primo, hombre bullicioso, encomendó su casa y hacienda, dándole los cargos de regidor y alguacil mayor; nombró por gobernador del reino en su ausencia, al tesorero Alonso de Estrada y al Licenciado Alonso de Zuaso. Cortés quería llevarse al contador Albornoz, por ser el más moderado de los oficiales reales; pero habiendo caído enfermo, por instancias del factor Salazar, lo asoció á los gobernadores. Este consejo de Salazar fué con el malvado fin de poner á los gobernadores en la ocasión de reñir, pues sabía muy bien la enemiga que tenía el tesorero con el contador.

Finalmente, para que el factor y veedor no quedaran sujetos á sus colegas, se los llevó á Coatzacoalcos, á donde apenas habían llegado, como que presintieron lo que sucedía en México, ambos pidieron á Cortés licencia de volverse. Este, acaso arrepentido de llevar por testigos de sus acciones, hombres que procedían de mala fe, les otorgó su demanda, y añadiendo á un favor otro favor,

también los asoció al gobierno del reino....

"Esto pasaba en Coatzacoalcos al tiempo que un correo despachado á toda furia del ayuntamiento de México, llegó á aquel lugar con la noticia de que luego que Cortés se alejó de la ciudad, habían reñido malamente el tesorero Estrada y el contador Albornoz; y por un asunto de tan poca monta como era de poner un nuevo alguacil, echaron mano á las espadas, perdiendo así el respeto debido á las casas de cabildo; que requeridos de que si no se conformaban con los dictámenes, serían depuestos del empleo de gobernadores, no por eso habían cesado los escándalos; que si Cortés no refrenaba la presunción del uno y la arrogancia del otro, la ruina del imperio era inevitable.

"Incontinenti Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacía proceder tan escandalosamente, los privaría del oficio, mandó que al punto se pusieran en camino para la capital el factor y veedor, dándoles por escrito toda su autoridad para procesar aquellos hombres, caso que aún durara el rompimiento.

"Entretanto, sobresaltado Cortés con la nueva de haber sido preso por Olid

Francisco de las Casas, apresuró su viaje, y así, habiendo juntado todos los soldados españoles que pudo y mexicanos que había convocado, con una comitiva inmensa partió para Hibueras, á tiempo que por Cuaulhtemalan venía á grandes jornadas Francisco de las Casas á darle aviso de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, lo había muerto con alevosía.

"Habiendo Cortés partido de Coatzacoalcos para las Hibueras y restituídose á México Salazar y Chirinos, bien que hallaran agitadas las desavenencias entre Estrada y Albornoz contra la prohibición de Cortés, no sólo trataron de procesarlos, sino que tuvieron la avilantez de romper públicamente su mandamiento, que temeroso de sus violentos genios les había dado por escrito. En estos contrastes pasaron algunos días. hasta que se comprometieron á estar á lo que el licenciado Zuaso decidiese: éste declaró, que la voluntad de Cortés era que todos cinco unánimes gobernaran el reino; resolución que disgustó tanto al factor y veedor, que de ella apelaron al emperador, y determinaron vengarse á su tiempo del que la había dado.

"Corrieron casi tres meses sin que el mal ánimo de estos prorrumpiera en al-

gún escándalo. Pero Salazar, que era el que más ojeriza tenía á sus dos compañeros, no pensaba entre tanto sino en perderlos: para esto creyó oportuno grangearse la amistad de Rodrigo de Paz, hombre el más poderoso acaso que había en México, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Este designio lo ejecutó valiéndose de este diabólico artificio: propone á los tres gobernadores que se prenda á Paz: ignoro el pretexto que alegó para procedimiento tan irregular; lo que consta es, que Estrada, creyendo que la proposición de Salazar nacía de particular enemistad, hizo cuanto pudo por impedir aquella violencia; pero al fin, sabedor de que los otros dos gobernadores habían expedido el mandamiento de captura, contra su voluntad la subscribió, y se procedió á la prisión de Paz. Cargado éste de hierros, fué encerrado en la casa de Salazar, que seguro de su intento, pasa á verlo, y mostrándole el decreto de prisión de los gobernadores Estrada, Albornoz y Zuaso, no de otra manera que si se compadeciera de su desgracia, le dice:

—"He aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en

la realidad lo somos Peralmidez y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esa injuria, unámonos todos, que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.

"Oído este razonamiento, y considerando Rodrigo de Paz que aquellos en quienes más confiaba se habían vuelto contra él, incautamente juró á Salazar y á Peralmindez Chirinos eterna amistad. De hecho, estos dos al siguiente día intercedieron con los tres gobernadores para que el preso quedara libre, como se ejecutó. Y para más disimular su traición Salazar, propuso á sus compañeros que al otro día fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entendería el pueblo que cuanto se había hecho en la prisin de Paz, era con acuerdo de todos

"El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entre tanto no lo barruntaran los tres gobernadores; por eso al siguiente día, habiendo concurrido. les dieron en cara con su traición en estos términos:

—"Con capa de amistad nos habéis engañado: á nuestras expensas habéis comprado la de Paz: gran premio á fe de caballero, obtendréis de esta maldad."— Hasta aquí el historiador antes mencionado.

Los hechos subsecuentes forman una horrible cadena de perfidias, intrigas, violencias, tumultos, robos, asesinatos, y, en una palabra, de todo cuanto importa la transgresión de la moral y el olvido de todo sentimiento de virtud ó caballerosidad. Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habían ganado, tienen una junta en las casas de cabildo, y en ella declaran privados de su empleo á los tres gobernadores. Ocasiónase de aquí un alboroto en la ciudad, armándose todos para defender á este ó al otro partido; prende el fuego de la guerra civil, que procuran apagar los religiosos de San Francisco; luchan los de un bando con los del contrario; triunfa el de los reboltosos, y cuando ya se consideran suficientemente asegurados en el poder, pagan á Rodrigo de Paz con la más negra ingratitud, entregándole á manos del verdugo. Poco antes divulgaron que Cortés con su comitiva habían muerto en la expedición á las Hibueras, y para dar más visos de verdad á la noticia, celebran funerales por el alma del conquistador, todo con la mira de apoderarse de su hacienda; logran su intento, y al registrar el palacio de éste, se cometen mil villanías con las nobles mexicanas que había encargado fueran servidas en su ausencia con todo decoro; ávidos

de riqueza, no omiten diligencia para descubrir los tesoros que según la fama, tenía Cortés ocultos. Salazar, que quiere conciliarse la amistad de Albornoz, pone preso á Pedro de Paz, su enemigo; escápase éste de la cárcel y se retrae á San Francisco, lugar entonces de refugio para todos los que eran el blanco de la persecución; quieren los infames gobernadores asegurarlos, cercan el convento, y sacados de él, los ponen en la cárcel.

El Venerable Fr. Martín de Valencia desplegó en esa ocasión una energía de que pocos le juzgarían capaz. Requiere por tres veces á los profanos que habían violado el sagrado asilo, conminándolos con las censuras eclesiásticas si no reponían en el mismo lugar á los retirados. Salazar y Chirinos se hacen sordos á esta voz, pero el custodio fulmina entredicho en la ciudad, y saliendo de ella en procesión con sus frailes y los vasos sagrados, se encamina á Tlaxcala.

Desconcertados los gobernadores, y prestando oídos á la voz de su propia seguridad, amagada por los hombres que no podían ver con ojos serenos tanto desafuero y tantos escándalos, hacen volver á los religiosos y reponen inmediatamente en el monasterio á los retirados.

La Providencia quiso en esa vez manifestar que la justicia puede alcanzar

victoria aun en manos del mortal más débil.

XI.

Tal fué el desenlace de aquel ruidoso acontecimiento, que con razón pudo considerarse como una epidemia social. "Habiendo vuelto Cortés á la capital (dice el Ilmo. Baluffi, citado por el señor Dávila en un escrito relativo al P. Valencia), habiendo vuelto Cortés á la capital, fué recibido entre los mayores aplausos y lágrimas de consuelo, no solamente de los españoles, sino también de los mexicanos, que esperaban en él ver restablecida la paz y general prosperidad. Los primeros pasos del ilustre capitán fueron al templo de los franciscanos, de donde había venido la salvación, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio. Y no contento con esta demostración, consignó á la memoria de la posteridad, que así como poco antes un puñado de valientes soldados habían conquistado á la Europa aquel imperio, así entonces lo habían conservado un incomparablemente menor número de franciscanos."

Acreedor á este elogio es, singularmente, el V. Fr. Martín de Valencia, por cuyas inspiraciones se guiaban los demás religiosos. Y nótese de paso cómo sin in-

clinar la balanza de su afecto en pró de ninguno de los Bandos contendientes, como tales, se aprestó á la lucha luego que se trató de salvar al oprimido, luego que llegó la oportunidad de poner coto á tantos desmanes, á tantas injusticias y á tantas profanaciones como entonces se cometieron. Aun cuando no hubiera otro rasgo de su vida que nos le diera á conocer como un hombre extraordinario, bastaría la conducta que observó en esa crisis peligrosa, para graduar de muy subido el temple de su carácter y de excelente la bondad de su corazón. Pero cada paso que daba en su carrera, le acreditaba como un espejo de virtud, y su existencia era de aquellas cuyas horas se consumen en la práctica del bien, ó cuando menos en el deseo eficaz de realizarle: era una cadena de eslabones de oro.

Sigamos el hilo por las otras situaciones adonde plugo á Dios llevarla.

XII.

¡Bella es la ciudad populosa, capital de la antigua República, que, nutrida con sabias lecciones de virtud, y acrisolada en la escuela de la adversidad, supo mantener su noble independencia, á costa de privaciones y combate, en medio de un imperio poderoso que todo lo abarcaba!

¡Grande y gloriosa la capital del fértil territorio que no sintió jamás sobre sí el yugo monstruoso del despotismo azteca, que pesaba sobre la cerviz de tantos y tantos pueblos! ¡Digna y benéfica la patria de los héroes, la "tierra del maíz," la hermosa Tlaxcállan!

Un astro luciente preside sus destinos; su clima aconseja las grandes acciones: el tiempo la contempla respetuoso, sin atreverse á minar sus muros, y el río que pasa besando su planta le tributa el homenaje de sus linfas y la arrulla de noche en medio del silencio, con la armonía de sus murmurios.

Mas, ¿qué extraño rumor se levanta de su seno? ¿por qué puebla tanta gente sus calles? ¿adónde se encamina ese concurso imponente, que con paso mesurado parte de la gran plaza, y emprende la subida por la falda de la montaña vecina? Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos van de consuno, y todos llevan una cruz en la mano.

En su andar, aunque tardo, se descubre la impaciencia, y en su semblante hablan á un tiempo el gozo y la curiosidad: ¿van á la conquista de un tesoro?

Ya desfilan por las sinuosidades de la garganta fresca y amena, y ya se dilatan por la ladera sin árboles, como una cinta viviente, como un solo cuerpo anima-

do. De lejos se ven en conjunto como una serpiente escamosa que sube tranquilamente á solazarse á la cumbre.

Poco después, una vegetación recia y lozana les abre su seno de sombra y silvestres perfumes. Los niños gozan en recoger las bellotas de los pinos, y en arrancar del tronco torcido de las encinas, las plantas parásitas que en él hallan abrigo.

Deléitanse las muchachas en el gemido de la tórtola y en los suspiros de la brisa al peinar la cabellera de los "ocotes."

Los ancianos rezan en coro, presididos por un religioso de San Francisco, que lleva al hombro una gran cruz de madera; y entretenidos cada uno á su modo ni sienten cansancio, ni dan entrada en su corazón al fastidio. Sin embargo, no ha muchos años que nadie podía penetrar por entre aquellos troncos seculares sin un sentimiento indefinible de temor supersticioso. Allí habita Matlacueye, la odiosa de la vestidura azul, la protectora de la labranza, el genio de los nublados, la diosa de las aguas. Desde la cresta de la montaña, adonde acuden las nubes sumisas á su voz, prepara las lluvias que han de ir á derramar la prosperidad en los sembrados de sus adoradores.

Aún se ve en pie en lo interior de una gruta, la imagen de la diosa: no bien

oreada está todavía en sus aras la sangre de las víctimas; mas el culto de que es objeto, va muy pronto á desaparecer, y su prestigio se desvanecerá como el humo del "copalli" que veía impasible elevarse hasta su fàz de piedra.

Llegó yá este instante supremo. El fraile y su comitiva tocan ya á la entrada de la gruta, y entre los mueras al enemigo del linaje humano, y los himnos y aclamaciones á Jesús y María, derriba el ídolo y levanta y pone en su lugar el sagrado signo de la redención. Dirigiéndose después con aire de triunfo á los que le rodeaban, dice en alta voz:

—¡Sóio el Dios verdadero es el que da el agua, y sólo á él se tiene de pedir!

El religioso que así obraba era el P. Fr. Martín de Valencia.

XIII.

Desde que el venerable apóstol vió reforzada la Colonia de franciscanos de México con la llegada de nuevos obreros, libre del cargo de custodio que había desempeñado por dos veces, y ardiendo en vivos deseos de ganar más almas para el Evangelio, resolvió pasar á China en compañía de Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, y de Fr. Domingo de Betanzos.

Este proyectado viaje quedó, sin embargo, lejos de realizarse, pues aunque llegaron los misioneros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que había mandado hacer Cortés con esa mira, encontráronse con que éstos estaban en muy mal estado. De regreso ya en México, el P. Valencia, fué destinado á morar en Tlaxcala, cuyo monasterio se debe á él, siendo su guardián por mucho tiempo, y desde allí hizo la subida á la montaña de Matlacueye, con el objeto ya indicado.

Mas no sólo se encerró en el círculo de estas labores. Constante en el apego que tenía á los niños, dividía su tiempo entre las prácticas de religión y los ejercicios literarios, enseñando á sus alumnos, como dice Benavente, "desde el abecé hasta leer por latín."

XIV.

Después que dejó á Tlaxcala, fué sucesivamente guardián de Amaquemécan y de Tlalmanalco, hasta que llegado el año de 1533, en que hubo de celebrarse capítulo en México, pasó á esta ciudad para asistir á él; y aunque atendidas sus relevantes prendas, pensaron sus hermanos en reelegirle para alguna prelacía, instó tanto porque desistiesen de esta idea, que le

dejaron en libertad de vivir en la humilde clase de súbdito y en el lugar que más á su gusto conviniera.

Acerca de este último período de su vida, hallamos una noticia curiosa en Motolinía. "El año postrero (dice) que dejó de tener oficio, por su voluntad escogió de ser morador de un pueblo que se dice Tlalmanalco, que es ocho leguas de México, y cerca de este monasterio está otro que se visita de éste, en un pueblo que se dice Amaquemécan, que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para á tiempos darse allí á la oración; y á tiempos salíase fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles había uno muy grande, debajo del cual se iba á orar por la mañana; y certifícanme que luego que allí se ponía á rezar, el árbol se henchía de aves, las cuales con su canto hacían dulce armonía, con lo cual sentía él mucha consolación, y alababa y bendecía al Señor; y como él se partía de allí, las aves también se iban; y que después de la muerte del siervo de Dios, nunca más se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fué notado de muchos que allí tenían alguna conversación

con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar é irse para él, como en el no parecer más, después de su muerte."

Ocurrió ésta en 21 de Marzo del año siguiente de 1534, á consecuencia de un ataque de pulmonía. Este suceso fué acompañado de tales circunstancias, que bien merece nos detengamos en describirle minuciosamente.

Hallábase el varón insigne en la gruta de Amaquemécan, con Fr. Antonio Ortiz, y aunque con asomos de buena salud, encarándose á él, le dijo en acento sosegado:

—"Ya se acaba."

—"¿Qué, padre?" contesta el compañero, sin atinar con el verdadero sentido de la expresión.

—"La cabeza me duele, añade aquél. pasado un rato, y desde entonces se le declara y va tomando creces la enfermedad.

En tal estado, emprende con su compañero el camino de Tlalmanalco. La gruta, en cuyo seno de paz había hallado el recogimiento que tanto le halagara, quedaba desde ese instante sola para siempre; y las aves que se congregaban en el árbol á gozarse en su oración, echándole menos al siguiente día, no tendrían ya á quien tributar el homenaje de su ternura y sus gorgeos.

Llega á Tlalmanalco, recibe los auxilios espirituales, y obsequiando la orden de su guardián, consiente en que se le translade á México para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una población escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hacia el pueblo de Ayotzinco, donde habrá de embarcarse para llegar á México por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice: —"Defraudádose ha mi deseo," aludiendo con estas palabras al martirio que había intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos después, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo cuanto inesperado. Arrodíllanse todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo

inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

XV.

Así terminan los días de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes había asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriría en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada, las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso, se sentían huérfanos y desolados. Algunos días después, el P. Testera, que á la sazón era custodio, hizo exhumar los restos venerables, y transladarlos al convento de México, en donde se les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años, fueron de allí transladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol, permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aún más fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se vé en el catálogo de los santos, ocupa,

sí, un lugar eminente en el de los bienefactores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mención de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer. por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse al P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu extasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido más móvil, no ha tenido otro deseo, que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.

VI.

Popularidad

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mexicanos, fué debido á que los mismos en cuyos labios resonaba, eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituídos de todo amparo, expuestos á todo género de vejaciones y abandonados á su primitiva ignorancia en materias de sumo interés, como son las que miran al conocimiento de la Divinidad y á los deberes del hombre con sus semejantes. Ellos, entonces, fieles á su enseña de paz y caridad, se consagraron á remediar estos males con el anhelo, con el amor entrañable que hemos visto precedentemente, y que los puso en la categoría de misioneros apostólicos, no menos que de padres y protectores de los infelices indios.

De aquí procedió el cariño verdaderamente apasionado con que éstos los trataban, y que llegó hasta el extremo de que rehusaran en sus pueblos la presencia de los religiosos de otras órdenes,

particularmente de aquellos que no les mostraban el afecto sincero que los hijos de San Francisco. Sobre este particular, es notable el siguiente caso, sucedido en Yeticatlan, y que refiere Motolinía. "Yendo por ahí un fraile de cierta orden, que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra (á los indios), y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque hacía mucho tiempo que no habían ido por allí frailes á visitar, y deseaban la venida de algún sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español de los aposentos á la iglesia, do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte, diciendo: "amo, amo," que quiere decir:—no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros, ni á nuestros hijos.—Y ni basta el español ni los frailes, á poderlos hacer juntar, hasta que después fueron los que ellos querían; de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenía á cargo, y así lo contaba como cosa de admiración."

Así como para persuadir es necesario estar persuadido, tiene que amar mucho quien quiera ser muy amado. Salvo casos

muy excepcionales, esta ley de reciprocidad se observa en la correspondencia de los afectos humanos: ¡cómo, pues, podían sustraerse á ella, corazones como los mexicanos, naturalmente rectos, inclinados al bien sin el más mínimo esfuerzo, y en los cuales la memoria del beneficio recibido es una llama siempre viva que obliga á la gratitud! ¡Y cómo no aficionarse á unos hombres que sin aparato, sin otra mira que el deber, á costa de mil penalidades y con peligro de su fama y aun de su misma existencia, desempeñaban el papel de patronos de la desgracia, ante el inexorable tribunal de los opresores! Apreciada como es debido esta conducta, ¿podía el corazón, podía la inteligencia, desdeñar el suave yugo del Evangelio? ¿Era dable rechazar una doctrina que se predica, que se patentiza con la palabra y con las obras? ¿Podían ser objeto de indiferencia los misioneros sencillos en quienes se admiraba este feliz consorcio del pensamiento con la realidad?

De ninguna manera, y hé aquí por qué la popularidad de los franciscanos era inmensa; hé aquí por qué ese prestigio, hijo de la caridad y de la pureza de costumbres, fué siempre en ellos un poder irresistible y sobrehumano con que realizaron en aquella sociedad las más nobles empresas.

¿Se pretende tener un ejemplo de los hechos que servían de base á esa influencia? No hay más que recordar la respuesta que los vecinos de algunos pueblos dieron á Don Sebastián Ramírez de Fuen Leal, Presidente de la primera audiencia, con ocasión de preguntarles por qué no recibían bien sino á los frailes de San Francisco. "Porque éstos (decían) andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente."

¡Respuesta admirable! ¡lección sublime que debieran aprovechar en todos tiempos los ministros de paz, pues que resume las causas de merecimiento y simpatía entre todos los hombres, y señaladamente entre los desgraciados!

Pudieran también los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caía á pedazos de viejo, en lugar de cubrir su desnudez con otra tela más fina, como pudieran, echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mexicanos para el mismo objeto; pues tal es el origen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros días, y que no usan los de su misma observancia en Europa.

Hasta este grado llegó el espíritu de confraternidad práctica de los frailes me-

nores con los hijos de México. Y si se reflexiona que entre esos frailes se contaban hombres tan eminentes en santidad. artes y letras, como los Valencias y los Gantes, los Sahaguns y Torquemadas, los Margiles y Aparicios, no será fácil contener un movimiento de admiración y gratitud.

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fué el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

Fray Pedro de Gante.

¿Conocéis el Canal que une la laguna de Texcoco con la garita de San Lázaro? ¿Habéis entrado alguna vez en una canoa, y caminado desde el embarcadero hasta el "Cubito," deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Sería posible que no hubieseis visitado los baños del Peñón, que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de eflorecencias de sosa, que se dilata á uno y

otro lado del canal, no existía en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veían espejear las salobres aguas del lago, que extendía sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad más bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandó construir Cortés, y que tan poderoso auxilio le dieron para la toma de México; en la misma se hundió destrozada la flota azteca, después de combatir heróicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñón, que aparecía como un escollo, ó como el rostro de un titán asomando entre las aguas; y por ella también en un día de júbilo, después de tanta desventura, después de tanta humillación, se veía resbalar, engalanada y risueña, otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se preparaba á ningún combate, y que en lugar de envenenadas pasiones, sólo encerraba corazones agradecidos.

I

Hermosa está la mañana.

El sol, que ha caminado apenas algunas horas, en su carrera extiende sus ra-

yos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creación.

Todo á su presencia parece nadar en una atmósfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la majestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos, henchidos de savia, brotan tiernos y graciosos renuevos; las aves que cantan cerca del nido situado en la parte más recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas, que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá, tranquilo y silencioso, y más acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, ríen, suspiran y hablan entre sí, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesión de una felicidad imperturbable, no respira más sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animación, es el momento de superabundan-

cia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tanto, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago?

Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coronadas de flores; los jóvenes reman, y los ancianos llevan ramilletes en la mano. Todos son mexicanos.

Arriban á orillas del Peñón; mas no se detienen. Su vista indagadora busca á lo lejos un objeto, un objeto que esperan con ansia, y que tan pronto creen descubrir, como se les pierde en la línea indecisa que forma el límite visible del lago.

—¿Nos habrán engañado?

—¿Habrá diferido para otro día su venida?

—No, sino que la canoa en que viene ha de ser muy pesada.

—¡Malos remeros!

—¡A qué hora llegará nuestro padre!

—Si tarda más. el sol va á molestarle demasiado.

No bien se ha pronunciado la última de estas expresiones, cuando se escapa una voz de triunfo de labios de un joven que va en la canoa delantera.—¡Ya viene!

—¡Sí, ya viene!. exclaman varios á un tiempo.

Y á estos gritos siguen otros mil que casi ahogan los acentos de las músicas, producidos por instrumentos poco tiempo antes desconocidos de los naturales, y que ahora tocan con destreza.

La armonía y los discordes gritos se perdieran en el espacio, si no fuera por el Peñón, en cuyas laderas hallan un eco fiel é instantáneo

III.

Al principio se deja ver un punto negro inmóvil en el confín plateado: ¿es un ánade, ó es una barca?

Poco á poco, su forma va tomando más bulto.

Tan pronto parece alzarse como sumergirse en el agua.

Es una canoa que avanza ligera, y ya se distingue el movimiento de los remos.

La flota se mueve con gentileza, y re-

doblan la algazara y los conciertos de las músicas.

—¡Oh! cuánto tardaba, exclaman los ancianos.

—Ahora sí, ya viene nuestro padre, y vosotros tornaréis á la escuela, dicen las madres, dirigiéndose á los niños que juegan á su lado.

—¡Enhorabuena! contestan éstos, y sonriendo complacidos, se hacen entre sí diversas preguntas:

—Y tú, ¿qué sigues aprendiendo, luego que sepas leer y escribir?

—Yo, aprenderé á contar, ¿y tú?

—La música, la música, que tanto me agrada.

—Es mejor un oficio de carpintero ó de herrero.

—Es oficio de españoles; yo, más quiero irme á labrar el campo de mis padres.

—¡Y qué vida vas á pasar en tu pueblo!

—Mejor que la que tú pases en la ciudad.

—Allí no verás las fiestas de San Francisco, que son tan galanas.

—Veré las fiestas de mi lugar.

—¿Y si te fastidias de vivir allí?

—Nadie se fastidia de vivir en la tierra donde nació, y donde tiene su padre y su madre.

—Pero nuestro padre quiere que todos, cuando grandes, vivamos en México, y por eso nos enseña oficio de españoles.

—No, lo que quiere es que cada cual tenga medios para ganar su pan en donde quiera que se encuentre.

—¡Oh! ¡ya se acerca! dicen muchas voces en coro: ¡miradle!

Y en efecto, la barca de forma equívoca no ha mucho, está ya á poca distancia de la flota.

Viene en ella un anciano religioso de San Francisco, y al notar que la muchedumbre de canoas que tiene á la vista, se mueve en masa para salirle al encuentro, se pone en pié, apoyándose en su báculo.

—Hijos míos, dice en muy buen mexicano, hijos míos, ¿por qué hacéis esto conmigo? ¡no fuera mejor habernos visto hasta México! ¡para qué molestaros!

Y en este instante todas las canoas ya se ven en torno de la que él ocupa.

Cesan de repente las músicas, cesa la vocería; y en medio de un silencio sólo interrumpido por el sonar de las olas, que acarician los lados de las barcas, se deja oír la voz de un anciano cacique, que en actitud respetuosa pronuncia delante del franciscano una alocución de bienvenida.

Esa voz es tierna é insinuante, como

mo la voz de un padre lleno de experiencia que da sabios consejos á su hijo; esa voz recuerda las arengas que en otro tiempo pronunciaban los embajadores aztecas en el palacio, y ante el Monarca á quien iban á felicitar por algún fausto suceso, á nombre de sus Soberanos; voz solemne y apacible, hija de la amistad, expresión de benevolencia, que hacía exclamar al objeto del agasajo, en respuesta al embajador:

"Fragantes son los ecos de tus labios,
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas"

Recuerda el anciano cacique todos los beneficios de que es deudor el pueblo al buen religioso; siente placer en referirlos con todas sus circunstancias, con todos sus pormenores; promete en su nombre y de todos los mexicanos, que la memoria de esos beneficios será eterna en los corazones; y haciendo una conversión á los días más risueños de su juventud, concluye asegurando que jamás ha experimentado mayor gozo que el que siente en este instante, al recibir á tal personaje, y en presencia de tal espectáculo

El religioso contesta en términos bre-

ves y expresivos, y estrechando contra su corazón al cacique y á todos los de la comitiva, llega á tal punto su emoción, que le priva del uso de la palabra; dirige al cielo sus miradas y vierte lágrimas de ternura.

IV.

Veamos qué pasa, entre tanto, en la ciudad.

La gente que puebla las calles y la que está reunida en el llano ó plaza de San Lázaro, hace mil comentarios acerca de los hechos que acabamos de referir.

—Dicen que hoy llega.

—¿Quién?

—Quién había de ser, Fr. Pedro

—¿Fr. Pedro de Gante?

—Ya, y por eso los naturales están tan regocijados, que no parece sino que han ido á recibir á uno de sus antiguos señores.

—Razón les sobra: ¡es tan bueno Fr Pedro!

—Sí, más parece que antepone los indios á sus propios paisanos.

Merecida afición por cierto

—No es compatriota nuestro, que es de la tierra del emperador. Tampoco Su Majestad ve en todo por nuestro interés, y ya por ahí se dice que va á man-

dar quitar las encomiendas. Fr. Pedro hace sus veces en la tierra, quitándonos el amor que los naturales era justo nos tuvieran.

—Fuera justo cuando vosotros los encomenderos los tratáseis como Fr. Pedro. El los acaricia como á hijos; ha puesto escuelas para los niños, donde los enseña á leer y escribir, es su maestro en la música, y ha conseguido que muchos hayan aprendido á tocar varios instrumentos, que ya es maravilla ver cómo ofician en la iglesia; por él, ya saben todo género de industrias, y han salido hábiles en las artes mecánicas, como pocos artífices de España. Y vosotros, ¿que habéis hecho por su bien? Ni la doctrina les enseñáis, con ser obligación de todo cristiano viejo enseñarla á sus sirvientes, y mayormente cuando la condición con que os los da Su Majestad en encomienda, es, que los habéis de asistir y atender en todo lo que mira á su salud espiritual. Con que no portándoos con ellos como padres, razón tienen en amartelarse de Fr. Pedro, dándole un corazón que vosotros no habéis sabido granjearos.

—Si les mostrásemos cariño se rebelarían contra nosotros, creyendo que era de miedo: son de mala condición.

—Al contrario, apenas haya gente en

el mundo de mejores entrañas y de condición más apacible.

—Poco, según veo, los conocéis.

—Converso y trato con ellos muy á menudo, y vos sóis quien poco los conoce.

—Han menester ser gobernados con rigor. Nos quieren mal, que no pueden hasta ahora perdonarnos la conquista de sus reinos, y he oído, yo, que les entiendo su lengua, mil blasfemias y juramentos contra los españoles, en todas las conversaciones que tienen entre sí, sobre todo cuando recuerdan la muerte de su último monarca, y la matanza que hizo de sus principales caciques Don Pedro de Alvarado. No hay que dar crédito á los frailes en todo lo que ellos cuentan, que por mi parte, apenas me voy convenciendo que son hombres capaces de sacramentos.

—¡Pero vos habéis perdido el seso!

—Eso de que pueblos enteros vienen á la fe, los siguen por todas partes, quiebran los ídolos, derriban los templos del demonio, y otras mil proezas, cuéntenlo allá á los bobos.

—¡Pero es imposible que tengáis ojos y no veáis! ¿no habéis nunca asistido á San Francisco, ó á la casa de Tlaltelolco? ¿Quién fuerza á tantos y tantos indios como allí se juntan, para venir á escuchar

la divina palabra, pedir el bautismo, quebrar los ídolos delante de los frailes, y mostrarse contentos de conocer la verdadera religión? ¿Por qué traen sus hijos al templo de Dios á que se eduquen?

—Perdonad; reparo que habéis tomado muy á pechos la defensa de los indios, y que usurpáis sus fueros al Obispo de Chiapas, á ese Cassaus ó Las Casas, ó llámese como se quiera....

—Y noto yo que envolvéis en vuestro injusto menosprecio no sólo á los indios y sus protectores los frailes, mas también á un varón tan eminente como el que acabáis de nombrar, y bueno será daros á entender que, á fe de caballero, conceptúo vuestro sentir en esta parte, harto infundado, y muy lejos de lo que fuera de esperarse de un buen castellano.

—¡Ni vos ni nadie, serán capaces de medir toda la grandeza del mal que ese Obispo iluso nos ha causado, y que redundará en perjuicio de los intereses de la corona.

—Los vuestros son los que os ponen una venda en los ojos, que os defiende ver las cosas como en sí son, ¡y voto á Dios que el buen Obispo saldrá con la suya, mal que pese á la codicia! Su raro ingenio y los quilates de su virtud le granjearán amigos en la corte, que serán ahora y más adelante, celosos patronos de

la causa de los naturales. Mas perdonad.... no es en mi mano refrenarme, cuando se trata de levantar la voz en pro del que padece.

—Sufra el yugo quien se ha hecho merecedor de llevarle en la cerviz. Sírvanos de algo la nueva tierra, que harto padecimos también en conquistarla.

—No siente como vos, el señor Marqués del Valle, que aunque (acá para los dos) deslustró su blasón con algunos hechos crueles durante la conquista, después se ha mostrado y muestra muy humano con los pobres vencidos, y él pidió á S. M. los frailes para que los sostengan y amparen.

—¡Y torna á los frailes!

—Y algo más os hablara de todos, si no se acercara ya uno en quien se encierran y acrisolan las perfecciones de muchos: allá viene Fr. Pedro; ved la gente cuál se agita: ¡qué victoria! ¿no os da envidia?

V.

Y en efecto, un inmenso concurso se adelanta por las calles que parten de la garita de San Lázaro.

No es una procesión: es un tumulto, pero un tumulto suscitado por generoso entusiasmo, por el amor, por el agradecimiento.

Las notas de la música vagan por los aires como los acentos mágicos de la alegría.

El semblante de los indios, habitualmente grave y melancólico, se ve animado de un gozo purísimo; sus ojos brillan con el delirio de la dicha.

Mas, ¿quién camina ensalzado en medio del gentío?

Es un anciano, en cuyas sienes venerables se ostenta una magnífica guirnalda de rosas; es un héroe modesto que va sostenido en los hombros de aquellos á quienes hizo bien, y enmedio del triunfo más espléndido y más desinteresado que han presenciado los montes de Anáhuac; es el padre de los desgraciados, el insigne Fr. Pedro de Gante!

Espárcense flores en su camino; vistosas danzas le preceden, y en medio de una muchedumbre atónita de admiración ó exaltada por un júbilo febril, llega á los umbrales del convento de San Francisco, donde le reciben sus hermanos.

El sol, desde el zenit, contempla con faz radiante y majestuosa el espectáculo.

VI.

Digamos dos palabras acerca de la vida del hombre que era objeto de un recibimiento tan suntuoso.

Fué hijo de Flandes, nativo de la ciudad de Igiien, en la provincia de Budarda. Tomó en su juventud el hábito de San Francisco, en el convento de Gante, según se puede conjeturar. Su extremada humildad le impidió aspirar al sacerdocio, y contentóse con ser siempre lego, aunque le sobraban méritos para figurar en los más altos puestos y dignidades de la Orden.

Fué, como ya hemos dicho, de los primeros franciscanos que vinieron á nuestro país, recién hecha la conquista, emprendiendo su viaje en compañía de los padres Fray Juan de Aora, hermano del Rey de Escocia, y de Fray Juan de Tecto, su mismo guardián en el expresado convento, y catedrático de teología, que había sido, en París.

Consagróse desde luego á sus apostólicas labores, enseñando á los naturales, juntamente con los principios civilizadores del cristianismo, las artes y los ramos todos del saber, que forman la cultura de las sociedades. El primer teatro de sus virtudes y talento, fué Texcoco.

De allí, y cuando hubo de asociarse á los doce misioneros que vinieron en 1524, pasó á México, donde hizo construir la capilla de San José, á espaldas de la primera iglesia de San Francisco el grande; y en el gusto por edificar, sobresalió tan-

to, que á él se deben más de cien iglesias de esta ciudad y los alrededores, siendo, entre otras, según se cree, las de San Antonio de las Huertas, Santa María, Salto del Agua, Popotla, Tacuba y San Bartolo.

Asimismo, puso él los cimientos del actual colegio de San Juan de Letrán, que, según su institución primitiva, era escuela de niños nobles, hijos de los señores del imperio mexicano, á quienes el venerable Gante aleccionaba en los ejercicios artísticos y literarios ya dichos, cuidando á un tiempo de su cristiana educación, y de asegurarles en la vida la felicidad que proporciona una subsistencia honrosamente adquirida por la industria y el trabajo. En esa escuela, que á la sazón era el santuario de las artes entre nosotros, se hicieron las primeras imágenes y retablos para las iglesias de toda la República.

Con no menos empeño procuró saber la lengua mexicana, y consiguió su objeto tan cumplidamente, que á pesar de ser tartamudo, conversaba en ella con los naturales, como si la hubiera ejercitado desde sus primeros años, no siendo éste el menor de los motivos porque tanto le querían. Cuando no había sacerdote que la supiese, él hacía sus veces, con fruto en la predicación. Compuso en la propia

lengua un tratado de la doctrina cristiana, muy extenso. Vetancurt afirma que Fr. Pedro la tradujo en mexicano, y que á los dos años la tenía ya impresa en Amberes, cuya edición pone en duda con buenos fundamentos, nuestro docto anticuario, Don José Fernando Ramírez, según lo expresa en una nota que acompaña á su curiosa obra titulada: "Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Benavente, ó Motolinía."

Tales méritos, prendas tan raras y estimables, era imposible que no le granjearan el amor de todos, y en especial de los mexicanos, siendo muy notable sobre este particular, un pasaje del artículo que el señor Dávila consagró á nuestro héroe en el Diccionario de Historia y Geografía ya citado. Hélo aquí:

"Fué muy querido este varón de Dios, de toda nuestra nación, y en todo el discurso de su vida, como se vió con multiplicados y repetidos ejemplos. Porque siendo fraile lego, y habiendo otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios, y Prelados de la Orden, que los confesaban y predicaban, sólo conocían á Fray Pedro de Gante por particular padre, y á él acudían en todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependían de él principalmente los Gobernadores de las parcialidades de indios de esta ciudad,

y los de su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, que solía decir el segundo Arzobispo D. Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de predicadores, como refiere el P. Torquemada:—Yo no soy Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.—Y á la verdad, aunque no lo era, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su venerable antecesor, D. Fr. Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego hubiera querido ordenarse de sacerdote; porque el Emperador Carlos V, como era de su patria y tenía entera noticia de su apostólica vida, y veneración de su persona, lo estimaba en mucho, y lo convidó con el Arzobispado de México; pero el religioso varón, huyendo esta elevada dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego. Viniéronle en distintas veces tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera, del Papa Paulo III; la segunda, del capítulo general celebrado en Roma, siendo Generalísimo de la Orden, Fray Vicente Lunel, y la tercera, de un Nuncio apostólico, que estuvo en la Corte de Carlos V, que sería por ventura á solicitud del mismo Emperador, que, como queda dicho, lo quería hacer Arzobispo, y tomaría este medio para ejecutar mejor su intento; mas todo

esto desechó el verdadero siervo de Jesucristo, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fué llamado de Dios al estado monástico."

Quizá esta afición señalada, quizá este empeño de parte de Carlos V en colmarle de favores, ha dado visos de probabilidad á la sospecha de algunos que le han supuesto hijo natural del Emperador, si bien ésta parece corroborada con las palabras de Vetancurt, cuando refiriéndose al Monarca, le llama "su muy cercano pariente."

Sin envolvernos en investigaciones de tan poco momento, señalemos ya el motivo que le tuvo por algún tiempo fuera de la capital, su ordinaria residencia.

Como á todo varón eminente, no le faltaron émulos y enemigos que le suscitaran persecuciones, porque, dice bien el citado cronista, "los que sirven más, suelen estimarse menos, y son más arresgados á la calumnia, ó ya con celos indiscretos de los que persiguen, ó ya por falsos testimonios que les levantan." No se sabe á punto fijo la absurda especie que sirvió de cimiento á la calumnia, ni por quién fué ideada, pero sí es seguro que nuestro Fr. Pedro fué víctima de las intrigas de algún mal queriente, que le atribuía faltas que no había cometido, y

que tal hubo de ser la causa, ó pretexto para que los superiores le obligasen á irse á morar en el convento de Tlaxcala, en donde, siempre sostenido por el espíritu que le animó desde sus primeros pasos en la carrera apostólica, siguió doctrinando y civilizando á los naturales, con la paciencia y tolerancia que le distinguían, y sin que se alterase en nada el carácter jovial que le hacía tan amable y buscado de todos.

Pero el triunfo de la calumnia fué de poca duración, y la verdad dió á conocer la inocencia del virtuoso fraile, disipando las nieblas de la intriga; arrepiéntense los superiores, del injusto destierro á que le condenaron; llámanle á México, á donde su presencia era la dicha, su persona un objeto idolatrado, y vuelve, en efecto, sin rencor, sin animadversión para con nadie, ángel de paz, lleno de amor y de ternura, haciendo su entrada, modestamente alegre, con sus amigos, en brazos de éstos, y con la pompa sin rival que se ha descrito.

VII.

¿Por qué es inevitable la ley de destrucción? ¿por qué todo está sujeto á fenecer en este mundo?

Si algún argumento formidable tienen

contra sí los partidarios del optimismo, es esta triste necesidad de la muerte, "necessitas leti," que, aunque á veces se acepta como una dicha, pesa también sobre séres cuya existencia debía durar eternamente para beneficio de la humanidad. Acabe el mal, desaparezca de la tierra; pero, ¡cómo es que el bien, la ciencia, la virtud, se abisman igualmente en las lóbregas profundidades del sepulcro!....

Al recorrer el libro de la vida de nuestro héroe, no hemos hallado, hasta aquí, sino motivos de agrado y bendiciones; mas, tiempo es ya de leer la última página, la página sombría.

Amaneció un día aciago, en que una voz de dolor circuló por la ciudad y pueblos comarcanos:—¡El siervo de Dios ha muerto!

Todos se conmueven á este anuncio.

Los lúgubres acentos de las campanas se difunden por el aire, como los gemidos de todo un pueblo que queda en la orfandad.

La gente se apiña en el cementerio del convento; agólpase á las puertas, y quiere á toda costa bañar con su llanto los restos ya fríos é inanimados del varón ilustre.

Los naturales vienen de muchas leguas á la redonda, á imprimir sus labios en la mano que en otro tiempo les enseñó las

artes, y que jamás se abrió, sino para derramar beneficios á los pobres y acariciar á la inocencia. Vienen á tributar el último homenaje de su reconocimiento, al padre, al amigo que acaban de perder.

Mas si el duelo se pinta en los semblantes, si todos los vestidos son luto, el aspecto del venerable religioso dista mucho de infundir tristeza: posa en su frente una claridad divina, una amable sonrisa expresan sus labios, y tiene los ojos cerrados apaciblemente. Parece un niño dormido....

Las flores que cubren los bordes del ataúd, las que alfombran la estancia, ofrecen esmaltados colores á la vista, esparciendo suavísima fragancia en el ambiente.

Llega después la hora de las exéquias, que se celebran con una solemnidad, con una magnificencia que no se ven iguales en el funeral de los Reyes. Todo en ellas, lo desempeña la más pura amistad, y el más profundo reconocimiento.

Los naturales se empeñan en poseer el cuerpo venerable, para darle sepultura en su iglesia favorita de San José, y así se ejecuta. Cada una de las parcialidades de esta ciudad, le tributan fúnebre homenaje, y el duelo dura por muchos días.

VIII.

El aniversario fué tan solemne como el entierro, manifestando los naturales, el día en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo, no se había evaporado de su corazón.

Fr. Pedro de Gante es uno de esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas más hermosas; es imposible negarle este tributo que nace expontáneamente del alma, seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, sólo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenía una mano para el silabario y la otra para algún instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias, de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

VIII.

Literatos.—Motolinía.

Ya hemos seguido á la religión seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversión de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.

Descuella entre ellos Fr. Toribio de Benavente ó Motolinía, cuyo carácter personal, así como el de sus escritos, pueden estudiarse ampliamente en el opúsculo del señor Ramírez, poco antes citado. Contrayéndonos á estos últimos por ahora, llama ciertamente la atención el extenso catálogo que los abraza, no menos que la variedad de materias sobre que versan, con especialidad cuando se reflexiona que el escritor no podía consagrar á las letras sino los escasos momentos que le dejaban libres, ocupaciones de más valía.

De estas obras no conocemos nosotros más que las publicadas por el señor García Icazbalceta, en su colección de documentos, y son: la "Historia de los Indios de la Nueva-España," y la "Carta al Em-

perador Carlos V." El primero de estos escritos, nos ha suministrado varias noticias que están sembradas en el curso de esta narración; mas para que el lector que no los conozca se forme una idea completa, en cuanto cabe, del estilo de Motolinía, vamos á presentarle algunos otros pasajes, prefiriendo aquellos que derraman luz sobre puntos interesantes de historia y geografía.

"En el año del Señor, de 1523, día de la conversión de San Pablo, que es el 25 de Enero, el P. Fr. Martín de Valencia, de santa memoria, con once frailes sus compañeros, partieron de España para venir á esta tierra de Anáhuac, enviados por el Reverendísimo P. Fr. Francisco de los Angeles, entonces ministro general de la Orden de San Francisco. Vinieron con grandes gracias y perdones de nuestro muy Santo Padre, y con especial mandamiento de S. M el Emperador, nuestro señor, para la conversión de los indios naturales de esta tierra de Anáhuac, ahora llamada Nueva-España."

Hé aquí el primer párrafo de la historia, que no hemos podido resistir al deseo de transcribir, como un dechado de narración sencilla y elegante. Bien se echa de ver que Motolinía seguía el precepto de Horacio en orden á evitar los comienzos retumbantes, **inceptis gravibus**.

No menos fácil y gracioso es el estilo en lo restante de la obra, siendo notable entre otros, el siguiente pasaje, que da á conocer el estado de las costumbres religiosas de los naturales en aquella época, el cual ha variado muy poco en nuestros días, según se notará:

"Celebran las fiestas y pascuas del Señor y de Nuestra Señora, y de las advocaciones principales de sus pueblos con mucho regocijo y solemnidad. Adornan sus iglesias muy pulidamente, con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería, suplen con muchos ramos, flores, espadañas, juncia que echan por el suelo, yerbabuena, que en esta tierra se ha multiplicado cosa increíble, y por donde tiene de pasar la procesión, hacen muchos arcos triunfales, hechos de rosas, con muchas labores y lazos de las mismas flores; y hacen muchas piñas de flores, cosa muy de ver, y por esto hacen todos en esta tierra mucho, por tener jardín con rosas, y no las teniendo, ha acontecido enviar por ellas diez y doce leguas á los pueblos de tierra caliente, que casi siempre las hay, y son de muy suave olor. Los indios señores y principales, ataviados y vestidos de sus camisas blancas, y mantas, labradas con plumajes, y con piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua, de las fiestas que

se celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares los han puesto á su modo, á manera de metro, que son graciosos y bien entonados; y estos bailes y cantos comienzan á media noche, en muchas partes, y tienen muchas lumbres en sus patios, que en esta tierra los patios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente es mucha y no caben en las iglesias, y por eso tienen su capilla fuera en los patios, porque todos oigan misa todos los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana: y después también cantan mucha parte del día, sin se les hacer mucho trabajo ni pesadumbre. Todo el camino que tiene de andar la procesión, tienen enramado de una parte y de otra, aunque haya de ir un tiro ó dos de ballesta, y el suelo cubierto de espadaña y de juncia y de hojas de árboles y rosas, de muchas maneras, y á trechos puestos sus altares muy bien adornados.

"La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea, y van las casas una legua, y dos, y más parecen de noche un cielo estrellado: y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas que ponen mucha devoción y dan alegría

á todo el pueblo, y á los españoles mucho más. Los indios en esta noche vienen á los oficios divinos, y oyen sus tres misas, y los que no caben en la iglesia, por eso no se van, sino que delante de la puerta, y en el patio, rezan y hacen lo mismo que si estuviesen dentro....

"En la fiesta de la Purificación ó Candelaria traen sus candelas á bendecir, y después que con ellas han cantado y andado la procesión, tienen en mucho lo que les sobra, y guárdanlo para sus enfermedades, y para truenos y rayos; porque tienen gran devoción con Nuestra Señora, y por ser benditas en su santo día, las guardan mucho.

"En el Domingo de Ramos enraman todas sus iglesias, y más á donde se han de bendecir los ramos y á donde se tiene de decir la misa; y por la muchedumbre de la gente que viene, que apenas bastarían muchas cargas de ramos, aunque á cada uno no se le diese sino un pequeñito, y también por el gran peligro de dar los ramos y tomarlos, en especial en las grandes provincias, que se ahogarían algunos, aunque se diesen los ramos por muchas partes, que todo se ha probado, y el mejor remedio ha parecido bendecir los ramos en las manos; y es muy de ver las diferentes divisas que traen en sus ramos; muchos traen encima de sus

ramos unas cruces hechas de flores, y éstas son de mil maneras y de muchos colores; otros traen en los ramos, engeridas rosas y flores de muchas maneras y colores, y como los ramos son verdes y los traen alzados en las manos, parece una floresta. Por el camino tienen puestos árboles grandes, y en algunas partes, que ellos mismos están nacidos; allí suben los niños, y unos cortan ramos y los echan por el camino al tiempo que pasan las cruces, otros encima de los árboles cantan, otros muchos van echando sus ropas y mantas en el camino, y éstas son tantas, que casi siempre van las cruces y los ministros sobre las mantas."

La "procesión de las palmas," tal como la describe nuestro autor, se verifica hasta ahora de la misma manera, en varias poblaciones que hemos visitado. En un lugar situado cerca de Tehuacán, llamado Zapotitlán de las Salinas, los niños, á semejanza de los que menciona el historiador, desempeñan su papel con el nombre de "benedictus," para lo que manifiestan gran alborozo. Vístenlos las madres, con un traje blanco, adornado de lazos de colores, y provistos de sendos pañuelos con rosas, suben á los árboles situados á orillas de la carrera de la procesión; tan luego como pasa el Señor de Ramos, cantan "benedictus qui venit in

nomine Domini," y lanzando al aire el pañuelo, que sostienen, mediante una cuerda, hacen caer una lluvia de flores.

En punto á descripción de costumbres, el padre Benavente quizá no tiene superior entre los historiadores de nuestra nación Hay tal candor, hay tal verdad en las pinturas que nos presenta, como en todos los cuadros que son la genuina expresión de la naturaleza; y el ánimo se ve arrastrado á darle ascenso, porque no puede menos de ser así, porque hay algo que convence, de que el hombre que tal dice, no ha sido engañado ni pretende engañarnos.

De su obra pudiéramos sacar una série completa de cuadros de las fiestas cristianas, tales como entonces se celebraban, lo cual sería salvar los límites dentro de los cuales debe permanecer nuestra relación en esta parte: basta asegurar que todas las principales festividades tenían verificativo, así en México como en las demás poblaciones, con una pompa y magnificencia que parecen fabulosas.

Pero á todas se aventajó la solemnidad del día de Corpus Christi, y en especial la que celebraron los tlaxcaltecas en el año de 1538, hablando de la cual el padre Fr. Toribio, dice, "que merece ser morada, porque creo que si en ella se hallaran el Papa y Emperador, con sus

cortes, holgaran mucho de verla, y puesto que no había ricas joyas ni brocados, había otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cría en los árboles y en el campo, que había bien en que poner los ojos y notar, cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial, supiese hacer tal cosa."

Difuso en demasía fuera presentar por completo la descripción que hace de esa fiesta tan ruidosa; pero creemos que será vista con gusto la noticia que nos da, relativa al tiempo y lugar en que comenzaron las procesiones en el país:

"El cuarto año (dice) de la llegada de los frailes á esta tierra, fué de muchas aguas, tanto que se perdían los maizales y se caían muchas casas. Hasta entonces, nunca entre los indios se habían hecho procesiones, y en Texcoco salieron con una pobre cruz, y como hubiese muchos días que nunca cesaba de llover, plugo á Nuestro Señor por su clemencia, y por los ruegos de su Sacratísima Madre, y de San Antonio, cuya advocación es la principal de aquel pueblo, que desde aquel día mismo cesaron las aguas, para confirmación de la flaca y tierna fe de aquellos nuevamente convertidos: y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones, y los indios de México fueron luego

allí á sacar muestras para lo mismo: y desde á poco tiempo comenzaron en Huezotzinco é hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron á ataviar sus iglesias, y hacer retablos, ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más."

No menos curiosa es la noticia que acerca del origen de las palabras Yucatán y Catoche nos da Motolinía en las líneas siguientes:

"Hay en estas montañas (las de México) mucha cera y miel, en especial en Campeche; dicen que hay allí tanta miel y cera, y tan buena como en Safi, que es en África. A este Campeche llamaron los españoles al principio, cuando vinieron á esta tierra, Yucatán, y de este nombre se llamó esta Nueva-España Yucatán: mas tal nombre no se hallará en todas estas tierras, sino que los españoles se engañaron cuando allí llegaron: porque hablando con aquellos indios de aquella costa, á lo que los españoles preguntaban, los indios respondían:—Tectetan, Tectetan, que quiere decir:—No te entiendo, no te entiendo:—los cristianos corrompieron el vocablo, y no entendiendo lo que los indios decían, dijeron:—Yucatán se llama esta tierra;—y lo mismo fué en un cabo

que allí hace la tierra, al cual también llamaron cabo de Cotoch; y Cotoch en aquella lengua, quiere decir casa."

Acabamos de saber el origen de la denominación de los lugares: veamos el de una ciudad como la de Puebla, en cuya fundación tuvo nuestro historiador una parte tan activa como inteligente. He aquí cómo se expresa:

"La ciudad de los Angeles, que es en esta Nueva-España en la provincia de Tlaxcallan, fué edificada por parecer y mandamiento de los señores Presidente y oidores de la Audiencia Real que en ella reside, siendo Presidente el señor Obispo Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, y oidores el Licenciado Juan de Salmerón, y Licenciado Alonso Maldonado, el Licenciado Ceinos y el Licenciado Quiroga. Edificóse este pueblo á instancias de los frailes menores, los cuales suplicaron á estos señores, que hiciesen un pueblo de españoles, y que fuesen gente que se diesen á labrar los campos y á cultivar la tierra al modo y manera de España, porque la tierra había muy grande disposición y aparejo; y no que todos estuviesen esperando repartimiento de indios; y se comenzarían pueblos en los cuales se recogerían muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos; y que también los indios toma

rían ejemplo y aprenderían á labrar y cultivar al modo de España; y que teniendo los españoles heredades y en que se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver á sus tierras, y cobrarían amor con la tierra en que se viesen con haciendas y grangerías, y que juntamente con esto, haciendo este principio, sucederían otros muchos bienes, y en fin, tanto lo trabajaron y procuraron, que la ciudad se comenzó á edificar en el añ de 1530, en las octavas de Pascua de F res, á diez y seis días del mes de Abril, día de Santo Toribio, Obispo de Astorga, que edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, en la cual puso muchas reliquias que él mismo trajo de Jerusalem. Este día vinieron los que habían de ser nuevos habitadores, y por mandato de la Audiencia Real, fueron ayuntados aquel día muchos indios de las provincias y pueblos comarcanos, que todos vinieron de buena gana para dar ayuda á los cristianos, lo cual fué cosa muy de ver porque los de un pueblo venían todos juntos por su camino con toda su gente, cargados de los materiales que era menester, para luego hacer sus casas de paja. Vinieron de Tlaxcallan sobre siete ú ocho mil indios, y pocos menos de Huexotzinco, y Calpa, y Tepeyac, y Chalollan. Traían algunas latas y ataduras y corde-

les, y mucha paja de casas, y el monte que no está muy lejos, para cortar madera, entraban los indios cantando con sus banderas y tañiendo campanillas y atabeles, y otros con danzas de muchachos y con muchos bailes. Luego, este día, dicha misa, que fué la primera que allí se dijo, ya traían hecha y sacada la traza del pueblo, por un cantero que allí se halló, y luego, sin mucho tardar, los indios limpiaron el sitio, y echados los cordeles, repartieron luego al presente hasta cuarenta suelos á cuarenta pobladores, y porque me hallé presente, digo que no fueron más á mi parecer los que comenzaron á poblar la ciudad.

"Luego, aquel día, comenzaron los indios á levantar casas para todos los moradores con quien se habían señalado los suelos, y diéronse tanta prisa que las acabaron en aquella misma semana; y no eran tan pobres casas, que no tenían bastantes aposentos. Era esto al principio de las aguas y llovía mucho aquel año; y como el pueblo aún no estaba sentado ni pisado, ni dadas las corrientes que convenían, andaba el agua por todas las casas, de manera que había muchos que burlaban del sitio y de la población, la cual está asentada encima de un arenal seco, y á poco más de un palmo tiene un barro fuerte, y luego está la tosca. Ahora

ya, después que por sus calles dieron corrientes, y pasada al agua, corre de manera que aunque lluevan grandes turbiones y golpes de agua, todo pasa, y desde á dos horas, queda toda la ciudad tan limpia como una Génova. Después estuvo esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse, y ahora ha vuelto en sí, y es la mejor ciudad que hay en toda la Nueva-España, después de México; porque, informando su magestad de sus cualidades, le ha dado privilegios reales.

"El asiento de la ciudad es muy bueno, y la comarca la mejor de toda la Nueva-España, porque tiene á la parte del Norte á cinco leguas á la ciudad de Tlaxcallan; tiene al Poniente á Huexotzinco, á otras cinco leguas; al Oriente tiene á Tepeyacac, á cinco leguas; á Mediodía es tierra caliente, están Itzocan y Cuauhquechollan á siete leguas; tiene á dos leguas á Chołollan, Totomiahuacán; Caipa está á cinco leguas: todos estos son pueblos grandes. Tiene el puerto de la Veracruz al Oriente, á cuarenta lenguas; México á veinte leguas. Va el camino del puerto, á México, por medio de esta ciudad; y cuando las recuas van cargadas á México, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han menester en mejor precio que los de Méxi-

co; y cuando las recuas son de vuelta, cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos· por lo cual esta ciudad se espera que irá aumentándose y ennobleciéndose."

Dos capítulos, y no cortos, consagra nuestro autor al mismo asunto, encerrando en ellos la descripción geográfica y topográfica no sólo de Puebla, sino de sus alrededores, alcanzando hasta el valle de Atlixco, que llama vega, y de la cual dice, "que en toda la Nueva-España no hay otra mejor; porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega, que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela."

Campean singularmente en la obra que estudiamos, los datos estadísticos; pero esto no quiere decir que la narración de Motolinía carezca de ese brío, de ese tono apasionado que distingue los escritos del hombre sensible á las bellezas físicas y morales, y suele tener pasajes en que brilla cierta elocuencia encantadora:

"De dos veces que yo navegué por este estero que digo (el formado por el río Papaloápam), la una fué una tarde de un día claro y sereno, y en verdad que yo iba con la boca abierta mirando aquel Estanque de Dios, y veía cuán poca cosa son las cosas de los hombres y las obras

y estanques de los grandes príncipes y señores de España, y cómo todo es cosa contrahecha adonde están los príncipes del mundo, que tanto trabajan por cazar las aves para volar las altanerías desvaneciéndose tras ellas: y otros en atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad: pues miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afán ni trabajo, lo cual todo convida á dar gracias á quien hizo y crió las fuentes y arroyos, y todo lo demás en el mundo criado con tanta hermosura"...

Motolinía estaba muy lejos de aprobar la conducta de los españoles que pasaban á América sólo por el ansia de enriquecerse, y más cuando para buscar los tesoros se servían de los naturales, oprimiéndolos y haciéndolos trabajar hasta que morían. Sobre este punto. es notable la variedad de armas de que hace uso para combatir el vicio, y la destreza con que las maneja. Echa mano, á veces, de la sátira, como en el siguiente pasaje:

"Cuando los españoles se embarcan para venir á esta tierra, á unos les dicen, á otros se les antoja, que van á la isla de Ofir, de donde el Rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos en ella van; otros piensan que van á las islas de Tarsis ó al gran

Cipango, á do por todas partes es tanto el oro, que lo cogen á haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de va”....

Otras veces clama indignado, enumerando los graves males que causa la maldita sed de la riqueza, “aurí sacra fames:”

“¡Oh, qué río de Babilonia se abrió en la tierra del Perú! ¡Y cómo el negro oro se vuelve en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! Y engañados en sus vanas fantasías, de donde pensaban llevar con que se gozar, vinieron á llorar, porque antes que llegaran al Perú, de diez, apenas escapaba uno, y de ciento, diez; y de aquellos que escapaban, llegados al Perú han muerto mil veces de hambre, y otras tantas de sed, sin otros muchos innumerables trabajos, sin los que han muerto á espada, que no han sido la menor parte. Y porque de mil ha vuelto uno á España, y éste, lleno de bienes, por ventura mal adquiridos, y que según San Agustín no llegarán al tercer heredero, y ellos y el oro, todos van de una color, porque con el oro cobraron mil enfermedades, que los que por esta

Nueva-España aportan en la color los conocen, y luego dicen:—este perulero es:—y por uno que con todos estos males (sin el mayor mal que es el de su alma) aporta á España rico, se mueven otros mil locos á buscar la muerte del cuerpo y del ánima; y pues no os contentastes con la que en España teniades, para pasar y vivir como vuestros pasados, en pena de vuestro yerro es razón que padezcáis fatigas y trabajos sin cuento. ¡Oh, tierra del Perú: río de Babilonia, montes de Gelboe, adonde tantos españoles y tan noble gente ha perecido y muerto, la maldición de David te comprendió, pues sobre muchas partes de tu tierra, ni cae lluvia, ni llueve ni rocía! ¡Nobles de España, llorad sobre estos malditos montes! pues los que en las guerras de Italia y Africa peleaban como leones contra sus enemigos, volaban como águilas siguiendo sus adversarios, en la tierra del Perú murieron no como valerosos ni como quien ellos eran, sino de hambre, y sed y frío, padeciendo otros innumerables trabajos, unos en el mar, otros en los puertos. otros por los caminos, otros en los montes y despoblados!"

Contrayéndose particularmente á las crueldades de los españoles con los desdichados indios, dice Benavente, como poseído de horror é indignación:

"Mas bastante fué la avaricia de nuestros españoles para destruir y despoblar esta tierra, que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que en todas partes se sacrificaban, que eran muchos, y porque algunos tuvieron fantasía y opinión diabólica que conquistando á fuego y á sangre, servían mejor los indios, y que siempre estarían en aquella sujeción y temor, asolaban todos los pueblos donde llegaban; ¡cómo en la verdad fuera mejor haberlos ganado con amor, para que tuvieran de quien se servir!" . . . .

Como el pasaje anterior, pudiéramos poner á la vista otros muchos que honran á la vez los sentimientos del escritor y dan cabal idea de su estilo animado, vigoroso y piadosamente tierno. Ya en otra parte, cuando tratamos del convento de Santo Domingo, dimos á conocer á Motolinía como narrador de incidentes dramáticos, pues tal es la muerte de aquellos dos niños que el P. Fr. Bernardino Minaya pidió al guardián del monasterio de Tlaxcala, al pasar por esta ciudad en su viaje á la Zapoteca, y que fueron víctimas de los indios de Cuauhtinchan, pueblo de las cercanías de Tepeaca. Este incidente, con el martirio del niño Cristóbal, que refiere también Fr. Toribio, for-

ma el asunto de su opúsculo, titulado: "La vida y muerte de tres niños de Tlaxcalla, que murieron por la confesión de la fe," del cual, nos da un compendio en la obra que estudiamos.. Y así, para no dejar trunca esta leyenda, como porque la relación de los padecimientos del niño Cristóbal forman un episodio interesante, será bien transcribirlo consagrándole el capítulo siguiente. Escuchemos á nuestro misionero.

IX.

Cristóbal.

"En esta ciudad de Tlaxcallan fué un niño, encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas ó señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salían cien mil hombres de pelea.

"Además de aquellos cuatro señores principales, había otros muchos que tenían y tienen muchos vasallos. Uno de los más principales de éstos, llamados por nombre Acxotecatl, tenía sesenta mujeres, y de las más principales de ellas, tenía cuatro hijos; los tres de éstos envió

al monasterio á los enseñar, y el más amado de él y el más bonito, é hijo de la más principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido

"Pasados algunos días, y que ya los niños que estaban en el monasterio descubrían algunos secretos, así de idolatrías, como de los hijos que los señores tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron á los frailes cómo su padre tenía escondido en casa á su hermano mayor, y sabido, demandáronle á su padre, y luego le trajo, y según me dicen, era muy bonito, y de edad de doce á trece años. Pasados algunos días, y ya algo enseñado, pidió el bautismo, y fuéle dado, y puesto por nombre, Cristóbal.

"Este niño, además de ser de los más principales, y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser muy buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendía, enseñaba á los vasallos de su padre, y al mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese á Dios del cielo y á Jesucristo su Hijo, que él le perdonaría, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven á Dios.

"El padre era un indio de los encarni-

zados en guerras, y envejecido en maldades y pecados, según después pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazón, ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y los vasallos se quejaron al padre, diciendo:

—"Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y á nosotros echa en vergüenza y en pobreza.

"Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto con nuestro romance.

"Demás de estos criados y vasallos que esto decían, una de sus mujeres, muy principal, que tenía un hijo del mismo Acxotecatl, le indignaba mucho é inducía para que matase aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fué que ahora este Bernardino posee el señorío de su padre. Esta mujer se llamaba Xochipa Palotzin, que quiere decir flor-de-mariposa.

"Esta también, decía á su marido.

—"Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza.

"El muchacho no dejaba de amonestar á la madre y á los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándoselos.

"En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo á su marido, y él, que de natural era muy cruel, que determinó de matar á su hijo mayor Cristóbal, y para eso, envió á llamar á todos sus hijos, diciendo que quería hacer una fiesta y holgarse con ellos, los cuales llegados á casa del padre, llevólos á unos aposentos dentro de casa, y tomó á aquel su hijo Cristóbal, que tenía determinado de matar, y mandó á los otros hermanos que se saliesen fuera: pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fuí informado, porque éste vió cómo pasó todo el caso), este, como vió que le echaban de allí, y que su hermano mayor lloraba mucho, subióse á una azotea, y desde allí, por una ventana, vió cómo el cruel padre tomó por los cabellos á aquel hijo Cristóbal, y le echó en el suelo, dándole muy crueles coces, de las cuales fué maravilla no morir, (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo, le conocí), y como así no lo pudiese matar, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo, hasta quebrantarle y molerle los bra-

zos, y piernas, y manos, con que se defendía la cabeza, tanto, que casi de todo el cuerpo corría sangre: á todo esto, el niño llamaba continuamente á Dios diciendo en su lengua:

—"Señor, Dios mío, haced merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si tú quieres que viva, líbrame de este cruel mi padre.

"Ya el padre, cansado, y según afirman, con todas las heridas el muchacho, se levantaba y se iba á salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor-de-mariposa, le detuvo la puerta, que ya el padre, de cansado, le dejara ir.

"En esta sazón súpolo la madre del Cristóbal, que estaba en otro aposento, algo apartado, y vino, desolada, las entrañas abiertas de madre, y no paró hasta entrar adonde su hijo estaba caído, llamando á Dios; y queriéndole tomar para como madre apiadarle, el cruel de su marido, ó por mejor decir, el enemigo estorbándola, llorando y querellándose, decía:

—"¿Por qué me matas á mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar á tu propio hijo? Matárasme á mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar mi

hijo, y si quieres, mátame á mí, y deja al que es niño é hijo tuyo y mío.

"En esto, aquel mal hombre tomó á su propia mujer por los cabellos, y acoceóla hasta se cansar, y llamó quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos indios y llevaron á la triste madre, que más sentía los tormentos del amado hijo que los propios suyos.

"Viendo, pues, el cruel padre, que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mándale echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encinas secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa; en aquel fuego le echó, y le revolvió de espaldas y de pechos cruelmente, y el muchacho, siempre llamando á Dios y á Santa María, y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que á puñaladas le acabó de matar; pero lo que yo con más verdad he averiguado es, que el padre anduvo á buscar una espada que tenía, y que no la halló.

"Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él, con mucha paciencia, encomendándose á Dios, estuvo padeciendo toda una noche aquel do-

lor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre á Dios y á Santa María.

"Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen á su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo:—"¡Oh, padre! no pienses que estoy enojado, porque, yo estoy muy alegre, y sábete que me has hecho más honra que no vale tu señorío.

"Y dicho esto, demandó de beber, y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España, el vino, no que embeoda, sino substancial, y en bebiéndolo, luego murió.

"Muerto el mozo, mandó el padre que le enterrasen en un rincón de una cámara, y puso mucho temor á todos los de su casa, que á nadie dijesen la muerte del niño; en especial habló á los otros tres hijos que se criaban en el monasterio, diciéndoles:

—"No digáis nada, porque, si el Capitán lo sabe, ahorcarme ha.

"Al marqués del Valle al principio todos los indios le llamaban el capitán, y teníanle muy gran temor.

"No contento con esto aquel homicida malvado, más añadiendo maldad á maldad, tuvo temor de aquella su mujer, y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilotzin, de la cual nunca he podido averiguar si fué bautizada ó no, porque

hay cerca de doce años, que aconteció, hasta ahora que esto escribo, en el mes de Marzo del año de 39.

"Por este temor que descubriría la muerte de su hijo, la mandó llevar á una su estancia ó granjería, que se dice Quimichocan, no muy lejos de la venta de Tecoac, que está en el camino real que va de México al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atlihuetzia, cuatro leguas de allí, y cerca dos leguas de Tlaxcálla: aquí á este pueblo me vine á informar, y ví adonde murió el niño, y adonde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto: llámase Atlihuetzia, que quiere decir adonde cae el agua, porque a se despeña un río de unas peñas y cae de muy alto.

"A los que llevaron á la mujer, mandó que le matasen y enterrasen muy secretamente: no he podido averiguar la muerte que le dieron.

"La manera con que se descubrieron los homicidios de aquel Acxotecatl, fué, que pasando un español por su tierra, hizo un mal tratamiento á unos vasallos de aquel Acxotecatl, y ellos viniéronsele á quejar, y él fué con ellos adonde quedaba aquel español, y llegado, tratóle malamente; y cuando de sus manos se escapó, dejándole cierto oro y ropas que traía, pen-

só que le había hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino, llegó á México, y dió queja á la justicia del mal tratamiento que aquel señor indio le había hecho, y de lo que le había tomado: y venido mandamiento, prendióle un alguacil español que aquí en Tlaxcállan residía; y como el indio era de los más principales señores de Tlaxcállan, después de los cuatro señores fué menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en México, á lo cual vino Martín el Calahorra, vecino de México, conquistador, y persona de quien se pudiera bien fiar cualquier cargo de justicia. Y éste, hecha su pesquisa y vuelto al español su oro y ropa, cuando el Acxotecatl pensó que estaba libre, comenzáronse á descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso que el dicho Martín de Calahorra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas más claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrían entonces averiguar, por ser los delitos más frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender á la verdad en lo que dijere.

"Sentenciado á muerte por estos dos delitos, y por otros muchos que le acumularon, el dicho Martín de Calahorra ayuntó los españoles que pudo para con

seguridad hacer justicia, porque tenía temor que aquel Acxotecatl era valiente hombre, y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado, no parecía que tenía temor; y cuando le sacaron, que le llevaban á ahorcar, iba diciendo:

—"¿Esta es Tlaxcállan? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sóis para quitarme de estos pocos españoles?"

"Dios sabe si los españoles llevaban temor; pero como la justicia venía de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca.

"Luego que se supo adonde el padre le había enterrado, fué de esta casa un fraile, que se llamaba Fr. Andrés de Córdoba, con muchos indios principales, por el cuerpo de aquel niño, que ya había más de un año que estaba sepultado, y afírmanme algunos de los que fueron con Fr. Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido."

X

Apuntes biográficos

Bien se habrá visto, por los fragmentos anteriores, tomados de la Historia de los Indios, que el mérito del P. Benavente como escritor, dista de ser común. Su lenguaje adolece, es verdad, de algunos descuidos: en vano se buscarían en él la gallardía, la expresión, la pulidez y esmero en el decir que distingue á los autores clásicos: en su estilo se notan, además, no pocas incoherencias, algún desaliño, como si jamás hubiese revisado lo escrito; pero, en cambio, ¡cuánta naturalidad, qué amable abandono! Tal parece que no se preocupaba sino de referir la verdad, desentendiéndose absolutamente del modo, aunque no fuera este el más agradable, con tal que á su juicio llenase las condiciones de exactitud y precisión. ¡Y cuánto más ganaría el hombre en que siempre se le manifestase la verdad en este traje modesto, para poder distinguirla en todo tiempo y en todas las circunstancias, del error engreído que suele disfrazarse con una vana pompa!

Mas no sólo es notable Motolinía como escritor: sus virtudes, sus largos afanes por la conversión y civilización de los

mexicanos, y en especial, su constancia en hacerles bien sin ruído, sin alarde, son otros tantos méritos que le colocan en un puesto envidiable, y llamando la atención hacia su persona, despiertan el deseo de conocer su vida.

Esta es, por desgracia, una de aquellas que no entran en el dominio de la historia, sino desde que toman el cauce por donde han de caminar hasta su término. Lamentamos el vacío consiguiente, como una verdadera desgracia, porque el corazón se interesa naturalmente en saber todo lo que concierne á la niñez y juventud de los varones insignes; porque ya que los consideremos á inmensa distancia de nosotros, luego que han llegado al apogeo de una carrera ilustre, todavía nos es muy grato estudiar su carácter, su índole y hasta sus defectos, en aquel período de su existencia, cuando aún no se les señalaba con el dedo, cuando eran como nosotros, cuando sin salir de la esfera vulgar, pensaban, sentían, vivían como nosotros.

Así es que respecto de nuestro buen fraile tenemos que conformarnos con algunas noticias, no muy circunstanciadas, de los sucesos de su vida, posteriores al día en que tomó el hábito en la provincia de Santiago. Si colocados en este punto pretendemos dar una mirada retros-

pectiva, nos encontramos con una noche impenetrable, en medio de la cual no descubrimos más que un dato, y harto insignificante, acerca del apellido que tuvo mientras vivió en el siglo, que fué el de "Paredes," el cual cambió por el de "Benavente," nombre del pueblo de donde era nativo, al tiempo de entrar en la Orden franciscana. Tal era la usanza de aquellos tiempos.

De la provincia de Santiago pasó á la de San Gabriel, de donde vino á México con los primeros doce misioneros de su misma observancia, según ya hemos referido; y llegado á la capital, permaneció en ella después de la separación de sus hermanos para ir á residir á otros pueblos. Fué el primer guardián del convento grande; fuélo, asimismo, de los de Texcoco, Tecamachalco y Tlaxcala, morando en este último punto seis años; evangelizó en Guatemala, Yucatán y Nicaragua, recogiendo abundantes noticias acerca de esos países; edificó el monasterio de Atlixco; acompañó al P. Fr. Martín de Valencia hasta Tehuantepec, en el proyectado viaje á China, que se malogró, según dijimos; fué electo sesto provincial en el año de 1548; y finalmente, murió en México en 9 de Agosto de 1569, día de San Lorenzo, siendo el últi-

mo de sus doce compañeros que pagaron esta deuda á la naturaleza humana.

De sus predicaciones cosechó frutos copiosísimos; bautizó por sí mismo más de cuatrocientas mil personas; fué singular defensor de los indios contra los inhumanos encomenderos; y, en suma, es, como lo califica el señor García Icazbalceta, uno de los tipos más admirables y completos del misionero español del siglo décimosexto.

Parece haber sido muy aficionado á la pompa y brillo en las solemnidades del culto cristiano, según lo demuestran sus descripciones, que tienen por objeto este asunto, y el empeño que manifestaba porque las vestiduras sacerdotales fuesen de lo más lucido, ha llegado á nuestra noticia, por un dicho del P. Fr. Juan de Rivas que asienta Vetancurt en su menologio. Hallábase aquél de guardián en el monasterio de Tlaxcala, mientras nuestro misionero ocupaba igual puesto en el de Atlixco; y sabiendo que éste había hecho unas dalmáticas de raso para que sirviesen en la iglesia, habló de esta manera con el sujeto que se lo había participado:

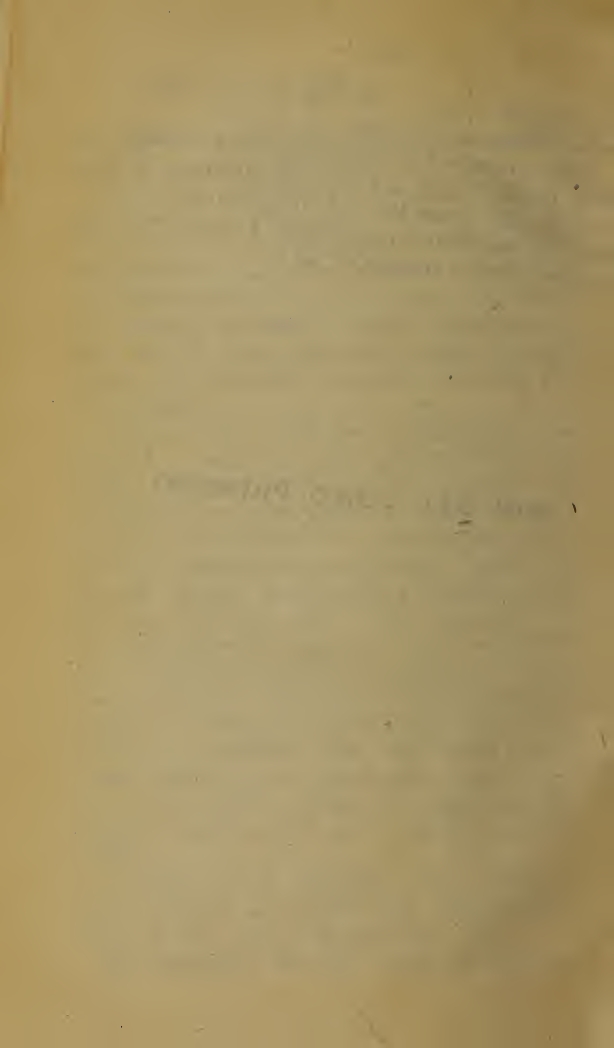
—"Díganle al hermano Fr. Toribio, que se quite el nombre de "Motolinía," pues en las obras muestra ser rico."

La antítesis se hace más perceptible,

recordando que la voz motolinía tiene, entre otras, la acepción de "pobre."

Finalmente, el ilustre misionero sobresalió también por sus conocimientos en la lengua azteca, en la cual compuso un tratado de la doctrina cristiana, y supo, asimismo, varias otras del país.

FIN DEL TOMO PRIMERO



INDICE DEL TOMO I.

Págs.

SANTO DOMINGO

Págs.

LA ENCARNACION

LA PIEDAD

ATZCAPOTZALCO

PORTACŒLI

SAN FRANCISCO

